LEA YPI

Indignidad

Una vida recreada

Traducción de Albert Fuentes



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

Portada
PERSONAJES
CRONOLOGÍA HISTÓRICA
MAPAS
Primera parte
PRÓLOGO: LA FOTO
1. EL ENFERMO DE EUROPA
2. LA DESMEZCLA DE LOS PUEBLOS
3. TODO TIENE UN PRECIO
4. ASUMIR RIESGOS
5. UNA HABITACIÓN LLENA DE HUMO
6. NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA
7. LA ALBANESA
Segunda parte
PRÓLOGO: LA GRIEGA
1. LOS PERROS
INTERMEZZO: BIOGRAFÍA DE ASLLAN
2. LAS PANTUFLAS Y LA VOLUNTAD GENERAL
INTERMEZZO: LECCIONES DE HISTORIA
3. CEBOLLA Y LAVANDA
4. UNA SEÑAL
INTERMEZZO: MATERIAL RELATIVO A LEMAN YPI
5. LAS PAREJAS DE SKANDERBEG
INTERMEZZO: EL TELEGRAMA
INTERMEZZO: ACTAS DE LA REUNIÓN DE LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE ALBANESA
6. SOFOCAR INCENDIOS
7. ESTRELLAS ROJAS AL AMANECER
8. ELIGE BANDO
9. JE M'APPELLE 10017
Tercera parte
PRÓLOGO: UNA VISITA RECIENTE A TESALÓNICA
INTERMEZZO: UNA MUJER DE SALÓNICA
INTERMEZZO: INFORMES DE VIGILANCIA
1. OTRA INTERVENCIÓN HUMANITARIA
2. CORDEROS Y ÁGUILAS

3. EL FUTURO DE LA DEMOCRACIA
INTERMEZZO: FRAGMENTO DE UN INFORME SOBRE LA ADMINISTRACIÓN ACTUAL DE ALBANIA
INTERMEZZO: LA DECLARACIÓN DE ASLLAN
INTERMEZZO: LA DECISIÓN DEL TRIBUNAL
4. EL GABÁN GRIS
INTERMEZZO: ÓRDENES DE DEPORTACIÓN
5. CAMARADA LEMAN
6. NO HABÍAMOS HECHO NADA MALO
7. COMPRENDER
INTERMEZZO: UN CERTIFICADO DE DEFUNCIÓN
CODA: LA OTRA LEMAN YPI
AGRADECIMIENTOS
Créditos

En memoria de mi padre, Xhafer Ypi, «Zafo»
(1943-2005)

En el reino de los fines todo tiene o un precio
o una dignidad.

IMMANUEL KANT,
Fundamentación de la metafísica
de las costumbres

Así pues, es muy exacto, tanto metafórica
como filosóficamente, decir que la belleza es
nuestra segunda creadora.

FRIEDRICH SCHILLER,
Cartas sobre la educación estética
de la humanidad

PERSONAJES

Se detallan a continuación los personajes que aparecen en el libro. Véanse *infra* sendas notas sobre los títulos de dignidad que empleaban y sobre la pronunciación albanesa. Constantinopla cambió oficialmente su nombre a Estambul en 1930; Salónica y Tesalónica son topónimos casi equivalentes. Empleo Salónica para referirme a los acontecimientos históricos del periodo otomano y a los años inmediatamente posteriores, y Tesalónica para la ciudad actual.

La familia Leskoviku y su círculo en Constantinopla y Salónica

Leman Ypi (de soltera Leskoviku): mujer nacida en Salónica y abuela de la autora.
Avni Bey Leskoviku: padre de Leman.
Ismet Hanim: madre de Leman.
Mediha Hanim: abuela paterna de Leman.
Ibrahim Pachá: abuelo paterno de Leman.
Selma Hanim: tía de Leman y hermana de Avni Bey.
Gustav Heym: empresario alemán.
Cocotte: mejor amiga de Leman y prima por parte de padre.
Doctor Elías Levy: el médico de la familia.
Dafne: niñera de Leman y criada de la casa.

La familia Ypi y su círculo en Tirana

Asllan Ypi: marido de Leman y abuelo de la autora.
Xhafer Bey Ypi: padre de Asllan, décimo primer ministro de Albania (1922-1923), presidente y plenipotenciario para la Justicia del Comité Provisional de la Administración (abril de 1939).
Zafo (Xhafer) Ypi: hijo menor de Leman y Asllan, padre de la autora.
Enver Hoxha: amigo del colegio de Asllan, fundador del Partido Comunista de Albania (1941), primer secretario del Partido Laborista de Albania (antiguo Partido Comunista) hasta su muerte en 1985.
Ahmet: primo de Asllan, amigo de Enver Hoxha y miembro del Partido Comunista de Albania.
Vandeleur Robinson: amigo de Asllan, escritor y destacada figura militar británica, vinculado a las operaciones de la inteligencia británica en Albania durante la Segunda Guerra Mundial.
Eliot Watrous: amigo de Asllan, mayor de las fuerzas armadas británicas, director de la sección albanesa de la Dirección de Operaciones Especiales (SOE, por sus siglas en inglés), una organización de la inteligencia británica activa en los Balcanes durante la Segunda Guerra Mundial.
Brigadier Edward Hodgson: amigo de Asllan, director de la Misión Militar Británica en Albania en 1945.

Nota sobre los títulos de dignidad

En la sociedad otomana, el título de *pachá* se concedía a hombres que desempeñaban un alto mando militar o administrativo, como gobernadores, generales, almirantes y otras figuras importantes de la burocracia del Imperio. El título de *bey* se concedía a nobles de menor rango o líderes provinciales, mientras que *hanim* era una

dignidad, semejante a *dama*, empleada para dirigirse o referirse a una mujer de clase alta y expresar respeto.

Nota sobre la pronunciación albanesa

Ç (como en Çim) se pronuncia *ch*, como en la palabra inglesa *chain*.
Ë (como en Shkëlqim) es un sonido vocálico breve, neutro, semejante a la *e* de la palabra inglesa *taken* o la *u* de *supply*.
J (como en Sulejman) se pronuncia *y*, como en el nombre Leyla.
Xh (como en Xhafer o Hoxha) se pronuncia como la *j* de la palabra inglesa *jam*.
Y (como en Ypi) se pronuncia con una *u* alargada y cerrada, como la que encontramos en la palabra francesa *tu* o en la *ü* alemana (por ejemplo, *über*).

CRONOLOGÍA HISTÓRICA

1362	La conquista de Adrianópolis (actual Edirne, Turquía) marca el inicio de la colonización otomana de la península balcánica, que se extendió a territorios de la Grecia continental (1460) y Albania (1468).
1821-1832	Revolución griega y guerra de independencia contra el dominio del Imperio otomano, que culminan en el Tratado de Constantinopla y el reconocimiento del Reino de Grecia.
1839-1876	El Edicto de Gülhane (1839) pone en marcha las reformas de la *Tanzimat* («reorganización») para modernizar el Imperio otomano.
1876	Primera Constitución y Parlamento otomanos.
1877-1878	Guerra ruso-turca.
1878	Final del primer periodo constitucional del Imperio otomano.
1908	Revolución de los Jóvenes Turcos.
1909	El sultán Abdülhamid II es derrocado y se exilia en Salónica.
1912-1913	Guerras de los Balcanes: el Imperio otomano pierde sus dominios europeos.
1912	Declaración de Independencia de Albania. El Imperio otomano pierde Salónica y la ciudad es anexionada al Reino de Grecia.
1913	Las Grandes Potencias reconocen la independencia de Albania en la Conferencia de Londres.
1914-1918	Primera Guerra Mundial.
1917	Gran Incendio de Salónica.
1920	Albania es reconocida como miembro de la Sociedad de las Naciones.
1922	Caída del Imperio otomano y fundación de la República de Turquía con Mustafá Kemal Atatürk

como primer presidente (desde 1923).
Xhafer Ypi es elegido décimo primer ministro de Albania, siendo ministro de Asuntos Interiores Ahmet Bey Zogoli (también conocido con el nombre de Ahmet Zogu y posteriormente como Zog I).
Zog sustituye a Ypi como primer ministro ese mismo año.

1923 El Tratado de Lausana, último de los tratados que ponen punto final a la Primera Guerra Mundial, reconoce las fronteras vigentes de Turquía y ordena un intercambio de poblaciones obligatorio entre Grecia y Turquía. Los griegos ortodoxos que viven en territorio turco deben trasladarse a Grecia y los musulmanes que viven en Grecia, a Turquía. También se contemplan disposiciones legales específicas para el intercambio de propiedades.

1924 Caída de la monarquía griega y proclamación de la Segunda República Helénica. Se fija la fecha límite para completar el intercambio de poblaciones.
Una revolución democrática (la Revolución de Junio) en Albania fuerza a Ahmet Zogu a emprender el camino del exilio.
Fracaso en diciembre de la Revolución de Junio y regreso de Ahmet Zogu como primer ministro.

1927 Acuerdos de libre comercio de Ginebra bajo los auspicios de la Sociedad de las Naciones para reducir los aranceles y las barreras al comercio internacional.

1928 Ahmet Zogu, presidente de Albania, se autoproclama rey Zog I de los albaneses.

1929 Crac de Wall Street en Estados Unidos, que provocará la Gran Depresión.

1935-1936 Restauración de la monarquía en Grecia, con el nombramiento de Ioannis Metaxás como primer ministro.

1936	Triunfo del Frente Popular en Francia y elección de Léon Blum como primer ministro.
1936-1939	Guerra Civil española.
1938	Hitler invade Austria. Matrimonio del rey Zog con Géraldine Apponyi de Nagy-Appony.
1939	Invasión italiana de Albania. Xhafer Ypi se convierte en jefe de la Asamblea Constitucional Provisional Albanesa, que proclama a Víctor Manuel de Saboya rey de Italia y Albania en unión personal de las dos coronas.
1939-1945	Segunda Guerra Mundial.
1940	Invasión italiana de Grecia. El Gobierno británico crea la Dirección de Operaciones Especiales (SOE, por sus siglas en inglés) para dar apoyo a la resistencia en los territorios bajo ocupación alemana.
1941	Creación del Partido Comunista Albanés con el liderazgo de Enver Hoxha.
1941-1943	La ocupación alemana de Salónica supone la creación de un gueto judío y la deportación de los judíos de la ciudad a los campos de concentración y exterminio de Bergen-Belsen y Auschwitz.
1943	Invasión aliada de Sicilia. Tras la caída de Mussolini, el mariscal Badoglio firma el armisticio de Italia con los Aliados. Final del control italiano sobre Albania e inicio del dominio nazi. La Conferencia de Mukje, celebrada con el apoyo de las fuerzas de inteligencia británicas, permite un acuerdo entre nacionalistas, progresistas y comunistas albaneses para crear una comisión conjunta de liberación que organice la resistencia del país contra las fuerzas del Eje. La Conferencia de Labinot de los comunistas

MAPAS



El Imperio otomano en 1900

Territorios bajo teórica suzeranía otomana, pero no bajo su dominio efectivo.



Sur de Europa y los Balcanes tras la Segunda Guerra Mundial

Primera parte

PRÓLOGO: LA FOTO

–Estoy buscando el archivo del servicio secreto –digo mientras me acerco al primer taxi aparcado en Comuna de París, una de las bulliciosas calles de Tirana que conectan el centro de la ciudad con su circunvalación. Dudo en llamarla *mi* calle, aunque he tenido en ella mi dirección en Albania durante más de veinte años. Recién llegados a la capital en los noventa, la pregunta «Tú no eres de por aquí, ¿no?» ya surgía con irritante regularidad cada vez que entablaba una de esas conversaciones con desconocidos que de entrada parecen inofensivas, pero enseguida se vuelven incómodas.

La mayoría de la gente que vuelve a Tirana comenta lo mucho que ha cambiado la ciudad: ahora hay más rascacielos, calles pavimentadas, cafés, bares y carriles para bicicletas. Sin embargo, para mí es un lugar de pena, culpa y un sinfín de posibilidades truncadas. No guardo buenos recuerdos de él; a lo sumo lo que conservo son vínculos más bien fríos con algunas noticias de la tele, las películas de los años comunistas y, en tiempos más recientes, los atascos de tráfico. La estancia más larga que he podido soportar en la ciudad fue cuando mi abuela murió y volví de Italia, donde estaba estudiando, para ocuparme de su funeral. Sola en nuestra cocina durante los cuarenta días de luto obligado, me costaba aceptar que, tras décadas enseñándome la importancia de cumplir las normas, mi abuela hubiera desaparecido de mi vida sin dignarse a avisarme antes. Una vez le había dicho que volvería para cuidar de ella, igual que ella me había cuidado a mí durante toda mi infancia. Ahora era demasiado tarde; ya no podía cumplir con mi palabra. Tirana se convirtió para mí en la capital del remordimiento y, quizá para aliviar la culpa, se lo achaqué a la ciudad. Pesaba sobre ella una maldición, un maleficio capitalista después del mal de ojo comunista. Mi abuela

no debería haber regresado a Tirana, cincuenta años después de que la desterrasen al campo por enemiga del Estado comunista...

–Estoy buscando la Autoridad para la Información Relativa a la Documentación de la Antigua Dirección de Seguridad del Estado –digo, esta vez precisando el nombre del organismo en los mismos términos formales con los que se me presentó en el e-mail que me envió para darme cita.

El taxista parece no oírme. Hombre de pelo canoso, de unos setenta años, con un rostro desmejorado que oculta detrás de unas gafas de sol, lleva una camisa de cuadros de manga corta y una gorra roja con el lema «Make America Great Again». En la radio del coche suenan a todo volumen las canciones que dan en Top Gold, una emisora de clásicos. Mientras espero su respuesta frente al Mercedes-Benz amarillo, reconozco las notas de «Only You», intentando imponerse a «Just Dance» de Lady Gaga, que suena en el taxi aparcado justo detrás. El taxista no escucha la música, que evidentemente ha elegido para atraer a cierto tipo de clientela. Fuma y está absorto en la lectura de un periódico que cubre todo el volante.

–Señor, estoy buscando la Autoridad para la Información Relativa a la Documentación de la Antigua Dirección de Seguridad del Estado –repito.

Debo de parecer preocupada, o por lo menos inquieta, porque mi tono de voz finalmente anima al taxista a levantar la cabeza, apagar la radio, tirar el cigarrillo sin terminar por la ventanilla y volverse hacia mí con un gesto de leve inquietud.

–*Avash avash*. Con calma. Siéntese. ¿A quién dice que está buscando?

–Oh –murmuro, sorprendida de que no haya reconocido mi destino–. Estoy buscando el archivo donde guardan todos los expedientes. Ya sabe, el archivo de la antigua Sigurimi.

–Usted no es de por aquí, ¿no? –me pregunta cuando el motor del coche vuelve a la vida con un bramido. Empezamos a abrirnos paso entre el ajetreado tráfico matinal.

Sonrío tratando de disimular el fastidio. Ojalá no tuviera que ir en taxi. Ojalá supiera ir en bici al archivo sin perderme en el dédalo de

callejuelas que surcan esta ciudad como venas que se bifurcan sin fin. De hecho, ni siquiera sé orientarme en Comuna de París, que supuestamente es mi barrio. Quizá haya algo en mí que inconscientemente desea perderse a cada instante para recordarme a mí misma que este nunca fue mi hogar y que ya es demasiado tarde para ponerle remedio.

–Me sorprende que lo haya adivinado...

–Ha dicho que va a los archivos de la «antigua» Sigurimi. Así es como hablan los extranjeros. Aquí nada es «antiguo». Todo sigue igual que siempre, con la misma gente. Mi hija, que vive en Florida, viene todos los años. También me dice que todo parece distinto.

Quiero explicarle que no lo decía en ese sentido, pero no encuentro un resquicio natural en su torrente de palabras.

–Soy viejo, antes era camionero, importación y exportación, vi mundo antes que nadie. Estuve en Polonia, en Cracovia..., ¿sabe cuántas veces...?

Se interrumpe para soltar un largo silbido, como si quisiera que el sonido recorriera toda la distancia entre Tirana y Cracovia, ida y vuelta.

–Las gafas de sol son de esa época. Me gustan, hacen que todo se vea oscuro, con un ligero resplandor rojizo. Créame, nada ha cambiado. Es lo mismo de siempre.

–Pero esto sí que ha cambiado, ¿no? –digo, señalando la cola interminable de coches parados en un semáforo en rojo antes de doblar hacia la calle Cuatro Héroes.

–Esos no saben conducir –replica con la evidente satisfacción de alguien acostumbrado a aplastar una objeción tan superficial–. Todos los días pienso que me voy a matar. ¿No nos iría mejor a todos si se conformaran con caminar? Como hacíamos todos en los viejos tiempos. Ahora inhalan este veneno todas las mañanas y luego, por la tarde, pagan por unas clases de yoga o por ir al gimnasio.

–También han cambiado otras cosas –digo, solo para ver cómo responderá–. Mire todos estos árboles nuevos que ha plantado el alcalde.

–¡Bah, es usted igual que mi hija! –exclama–. Solo viene a pasar la Nochevieja. Creo que la compañía aérea tiene alguna oferta para

esas fechas. Y se queda embobada con las luces que ponen en los árboles. ¿Ha visto usted lo que pasa aquí en invierno? Hay tantas luces que parece que haya una guerra. Todo por los adornos navideños. Venga en cualquier otra época del año y usted misma podrá comprobarlo: nada ha cambiado, es lo mismo de siempre. Hasta los árboles lo saben.

Sigo dándole vueltas al pasatiempo favorito de esta ciudad –«¿Es lo mismo? ¿Es distinto?»– cuando de pronto el taxista pega un frenazo y, con la ventanilla bajada, empieza a increpar a los demás conductores mientras trata de cambiar de sentido. Acabamos de pasar por la mezquita de Et'hem Bey, hemos doblado a la izquierda por la calle George W. Bush y estamos llegando al bulevar Juana de Arco cuando decide cambiar de ruta.

–Acabo de acordarme de algo –dice cuando termina la maniobra–. Quiere ir a las oficinas nuevas, ¿no? ¿Al edificio al que acaban de mudarse?

Me encojo de hombros.

–No estoy segura –respondo, sacando el móvil para comprobar la dirección que venía en el e-mail:

Estimada doctora Ypi:

Le escribo en relación con su solicitud, n.º 736, remitida el 10-5-2022, en su calidad de investigadora, para acceder a la documentación de la antigua Seguridad del Estado relativa a los ciudadanos Leman Ypi (Leskoviku), Asllan Ypi y Xhafer Ypi.

De conformidad con el artículo 36 de la Ley n.º 45/2015 «Sobre el derecho a la información relativa a la Documentación de la Antigua Seguridad del Estado de la República Socialista Popular de Albania» (con enmiendas), la Ley n.º 9887/2008 «Sobre la protección de datos personales» (con enmiendas), y las directrices «Para Investigadores/Medios» aprobadas por la Decisión n.º 24-9-2020, la autoridad ha decidido concederle acceso a la siguiente documentación:

a) Documentación del Archivo 531 relativa a la ciudadana Leman Ypi, 34 páginas.

b) Documentación del Fondo 1, Expediente de Investigación Judicial 1355, relativo al ciudadano Asllan Ypi, 666 páginas.

c) Documentación del Fondo 1, Expediente de Investigación Judicial 1384, relativo al ciudadano Xhafer Ypi, 138 páginas.

Tenga la bondad de acreditarse con un documento de identidad, ya que así lo

exige el protocolo de seguridad para acceder a las dependencias de la Guarnición Militar de Skanderbeg, donde se ha instalado recientemente la Autoridad.

Firmado: EVA D.

Empleada especialista de la Autoridad para la Información Relativa a la Documentación de la Antigua Dirección de Seguridad del Estado, Departamento de Investigación, Medios, etcétera.

Aparto los ojos de la pantalla. Cuando llegó el e-mail y lo leí tuve escalofríos. Ahora, su formalidad me tranquiliza, el hecho de que, cada vez que lo miro, el contenido permanezca inalterado: acuda a la cita el martes, traiga un documento de identidad, observe el protocolo de seguridad. Agradezco especialmente poder releer el nombre de mis familiares –mi abuela Leman, mi abuelo Asllan y mi padre, Xhafer (o Zafo, que es como lo llamaba todo el mundo)–, la manera en que esta lista de personas se me ofrece como el menú de un restaurante, con una sensación de desapego comercial, que es justo lo que necesito en este momento. Nada por lo que ponerse emotiva, solo unos detalles sobre un grupo aleatorio de personas a las que fui asignada al nacer, como la comida de oferta en el supermercado después de las fiestas de fin de año.

Me vuelvo hacia el taxista:

–Aquí lo tengo: Unidad 4, Guarnición Militar de Skanderbeg.

Asiente con seguridad.

–Sí, eso es. Se mudaron allí hace poco. Creo que recibieron una subvención de la embajada sueca o del Gobierno sueco, o quizá fue de Dinamarca. Uno de los dos. Las grandes potencias... Ahora caigo: fue Suecia, ¿no le parece increíble? –Levanta las cejas, pero entonces asoma un pensamiento en su mente y de golpe cambia el tono–. A esos cabrones les costó veinticinco años abrir los archivos. La culpa no la tuvieron los suecos, desde luego. Esos no tienen ni idea, dan la subvención, llenan un par de formularios y carpetazo. Me refiero a nosotros, al lado albanés del asunto. Veinticinco años desde la caída del comunismo –repite, antes de volver a soltar el mismo silbido interminable–. Evidentemente, esperaron a que se murieran todos los espías, para no tener que condenar a nadie. Ya

se lo he dicho: es lo mismo de siempre. –Deja de hablar para encenderse otro cigarrillo–. ¿Va allí por trabajo o por ocio?

Voy para rescatar a mi abuela de los troles, pienso. Para hablar con ella. Para sentirme menos culpable. Para descubrir por qué sonreía en la foto, la que le hicieron en invierno de 1941, en plena guerra, y saber si esa sonrisa era sincera. Para descubrir la verdad o intentar imaginarla. Para descubrir quién la traicionó. Para encontrar fotos de su viaje de novios. Para escribir un libro. Para comprobar si el pasado ya es historia o aún no lo es del todo. Para ver si algo ha cambiado o no ha cambiado nada. O quizá, sencillamente, porque tengo que hacer este viaje, sin saber por qué. Para sentirme mejor. O peor. O igual.

–Por ocio –respondo.

La foto, una vieja imagen en blanco y negro, la subió a una red social un hombre que firmaba como Çim, seguramente el diminutivo de un nombre de la época comunista como Çlirim (Liberación), Shkëlqim (Esplendor) o Ndriçim (Ilustración), alguien a quien no conocía de nada y de quien no había oído hablar en mi vida. La foto se hizo viral en toda Albania al cabo de unas pocas horas de su publicación. Una glamurosa pareja de jóvenes mira a la cámara, descansando a sus anchas en unas tumbonas frente a un hotel de lujo. Al fondo de la imagen, un par de esquís apoyados en una pared, debajo de un pórtico. La mujer lleva un largo abrigo de pieles blanco y tiene las manos bien metidas en los bolsillos, con un pequeño bolso en precario equilibrio sobre el regazo. Su gran sonrisa y su gesto ligeramente distraído contrastan con la mirada mucho más seria, casi escrutadora, del hombre echado en la tumbona junto a ella. Es difícil saber si su ceño fruncido y sus ojos amusgados se deben al brillo del sol o a su disgusto con el fotógrafo, a quien mira como si tratara de comunicarle algo. En una mesita que hay al lado se ve un paquete de cigarrillos; debajo hay un portafolios, elegante pero no ostentoso. El nombre es casi ilegible: Hotel Vittoria.

No tuve que leer el pie de foto para reconocer a mis abuelos, Leman y Asllan, en la foto. A juzgar por la ropa de invierno, el hotel

y los esquís en el fondo, se la hicieron durante su viaje de novios a Cortina d'Ampezzo, en los Alpes italianos. Fue en 1941. Mi abuela solía hablarme con cariño de esos diez días que pasó aprendiendo a esquiar en los Dolomitas. «Me sentía la persona más feliz del mundo», me decía. «Y Cortina era el sitio más feliz del mundo.» Sí, de verdad, me insistía, aunque fuese Italia y estuvieran en el invierno de 1941, y la guerra arrasara Europa como nunca antes.

Años después, cuando ya no estaba, o quizá *porque* ya no estaba, me obsesioné con la pregunta de qué significaba ser la persona más feliz del mundo en el invierno de 1941. En parte, me preguntaba si su descripción reflejaba fielmente sus sentimientos en aquel tiempo y qué podía revelarme de su carácter. Me costaba conectar su relato personal de esas semanas con mi conocimiento de los hechos históricos, tanto en Albania como en el resto del mundo. La Operación Barbarroja en la Unión Soviética, el ataque a Pearl Harbor, la batalla sin tregua en Yugoslavia, tantas cosas que debían de aparecer en los titulares de la prensa mientras ella estaba aprendiendo a esquiar, disfrutando del aire limpio y frío de los Alpes. ¿Era mi abuela indiferente a las batallas más brutales de la guerra más brutal que hubiera conocido la humanidad? Me costaba cuadrarlo con su personalidad y sus opiniones. No era apologeta del fascismo, de eso estaba segura. Y distaba mucho de ser indiferente a lo que ocurría a su alrededor. Quizá lo único que intentaba era capear el temporal, como hizo toda su vida, intuyendo que algo incluso peor estaba a punto de ocurrir, que sus días de inocencia estaban contados. Sin embargo, el prolijo relato de las actividades de la joven pareja –esquí por la mañana, partidas de bridge por la tarde, bailes por la noche– estaba tan inclinado del lado de los hechos y tan poco del de las impresiones subjetivas que despertaba en mí una verdadera incomodidad a propósito de unos sentimientos que no parecían corresponderse en absoluto no solo con el carácter de mi abuela, sino también con toda la trayectoria de los acontecimientos mundiales en esa época.

Volviendo la vista atrás, después de su muerte en 2006, me arrepentía de no haber sido capaz de formular claramente no tanto estas preguntas, sino lo que me parecía inquietante de su

reconstrucción de aquella etapa de su vida. Su forma de hablar de esos días en Cortina chocaba con la imagen que tenía de ella como una especie de santa moral: entregada al deber, compasiva, siempre atenta a las necesidades de los demás antes que a las suyas propias. Tampoco es que hubiese esperado que renunciara a su viaje de novios: la vida sigue, incluso en 1941, incluso en plena guerra, acaso con más intensidad cuanto más cerca te sientes del final.

«Oí una voz en el jolgorio de la taberna, / "Despertad, hijos míos, y llenad la copa, / antes de que se seque el licor de la vida"»: estos versos se contaban entre sus favoritos de los *Rubayat* de Omar Jayyam. Su copa todavía estaba medio llena en 1941; la verdadera tragedia ocurriría unos años después. Mi abuela habría podido aducir que a fin de cuentas era su viaje de novios –o la guerra– y que, en circunstancias excepcionales, quizá todos los sentimientos adoptan una forma excepcional. Sin embargo, al volver la vista atrás, parecía completamente indiferente a los acontecimientos mundiales de años antes y nunca sintió la necesidad de explicarse ni de poner excusas. ¿Era una de esas trampas que nos tiende la memoria, cuando la reconstrucción de tu estado de ánimo no depende tanto de la experiencia del pasado, sino de un nuevo saber que se adquirió mucho después?

Cuánto me habría gustado, después de la muerte de mi abuela, que se hubiera conservado al menos una foto suya vestida de novia, o de los dos recién casados, a punto de emprender el viaje, quizá una vieja película doméstica en blanco y negro, con el celuloide rayado, o una foto de mis abuelos como pareja, algo en lo que poder apoyarme para comparar el material que conservaba en mi memoria con los hechos tal y como quedaron recogidos en su momento. Pero sabía que, a pesar de que hubo varios álbumes, solo habían sobrevivido dos retratos individuales, uno de ella con los esquís puestos y otro de él, también con los esquís, como si hubieran viajado por separado al mismo sitio. El resto de la documentación familiar desapareció, según mi abuela, en 1946, después de que los comunistas detuvieran a mi abuelo por agitación política, propaganda y colaboración con ciertos agentes de la inteligencia británica, «cuando vino la policía y se lo llevó todo». La naturaleza

categórica de ese último aserto, aunque al principio fuese motivo de decepción, resultó un consuelo con el paso del tiempo. Significaba que no quedaba nadie vivo a quien interrogar y que tampoco quedaba nada más que localizar.

Nada, evidentemente, hasta que la foto de ellos *como pareja* en Cortina, que nunca había visto, apareció publicada en una red social de un desconocido. No tuve la reacción inmediata de pensar que era raro o desafortunado encontrarla allí, porque lo que más me inquietó inicialmente fue la decepción causada por el contraste entre cómo había imaginado siempre esas escenas en el Hotel Vittoria y lo que había quedado plasmado en esa fotografía que veía por vez primera. No era la imagen de una pareja feliz, y mucho menos de «las personas más felices del mundo». Leman sonreía, desde luego, y su postura parecía relajada, pero también se notaba cierta falta de naturalidad en su gesto. Lucía esa expresión artificiosa que solemos adoptar cuando sabemos que alguien está a punto de capturar un momento importante de nuestra vida en una imagen que habrá de sobrevivirnos, y queremos que esa imagen no solo traslade los sentimientos del momento, sino también una cierta conciencia tácita de su importancia. En cuanto a mi abuelo, Asllan, murió apenas unos meses después de que naciera yo, y había visto tan pocas imágenes suyas que me era imposible interpretar su expresión o deducir su carácter a partir de esta. Por ejemplo, era difícil decir si el ceño fruncido y los ojos amusgados manifestaban un escepticismo suyo habitual o bien si algo le tenía preocupado, algo de lo que quizá mi abuela ni siquiera era consciente. ¿Habían pulsado el botón de la cámara sin darle tiempo a preparar el gesto con el que habría querido ser recordado para la posteridad? ¿O estaba inquieto por algún otro motivo?

Había olvidado que estaba mirando una foto de mis abuelos en el perfil de un desconocido en una red social hasta que los comentarios empezaron a multiplicarse al mismo ritmo que la gente ponía corazoncitos y compartía la publicación.

¿La Leman Ypi que aparece en la foto es familia de la Lea Ypi, profesora de

Filosofía? Esa señora era toda una dama, provenía de una de las familias más nobles de Albania. Se conducía con una dignidad incomparable y esos monstruos comunistas se la arrebataron.

«No, no», empiezo a teclear, «mi abuela siempre insistió en que lo único que nunca perdió, incluso cuando todo lo demás se le escurría de entre los dedos, fue la...» Pero me distrae el siguiente comentario que aparece en la pantalla:

Los albaneses jamás aprenderán de su historia. Ypi da conferencias por todo el mundo en las que dice que el capitalismo está mal porque todo lo convierte en mercancía. Es de suponer que lo mismo puede decirse de sus críticas, por las que le pagan un buen dinero. Entretanto, olvida convenientemente a su abuelo, quien se pudrió durante varias décadas en una cárcel comunista.

Me detengo, sintiendo un chispazo de culpa, antes de seguir leyendo y descubrir a un nuevo pariente llamado Sami, quien asegura cartearse habitualmente conmigo:

Intento convencer a Ypi de los defectos morales de sus opiniones. Estamos emparentados por los abuelos de la abuela Leman: Ibrahim Pachá, beylerbey de Rumelia, y su esposa Mediha Hanim, que vivieron entre Constantinopla y Salónica.

Esta revelación anima a otro usuario a meter baza:

Por la foto es evidente que nos hallamos ante una élite europea secular e ilustrada. Dios nos informa en el Corán de que una de las causas de los castigos a los que fueron sometidos los pueblos del pasado fue la degeneración moral de sus élites, muy parecida al estado de nuestras élites antes de la Segunda Guerra Mundial. Ese castigo se prolonga hasta hoy, porque nuestras élites siguen estando en la bancarrota moral.

Aparecen otros comentarios, acompañados de una advertencia de

los moderadores de la red social: «Este post puede incluir contenido delicado. ¿Estás seguro de que quieres verlo?». Respiro hondo y pincho en el enlace.

> Has faltado a la memoria no solo de tu abuela, sino de todas las víctimas del comunismo, zorra comunista.

Luego viene otro comentario:

> La abuela también era una zorra.

Y un tercero:

> Quizá no una zorra, pero sí una espía comunista. Y antes de eso una colaboradora fascista.

Dejo de leer y cierro la página. Sin embargo, en los días siguientes, algo me lleva a volver a la foto. Los insultos me traen sin cuidado: las opiniones reprobables todavía se enconan más si quienes las mantienen se sienten censurados, siempre me lo he dicho. Pero con mi abuela es otra historia. Si por algún milagro pudiera presenciar estos intercambios, se sentiría muy dolida, al margen del sentido en que pudieran interpretarse: si los usuarios tuvieran razón y, en efecto, yo había faltado a su memoria, entonces porque estarían en lo cierto. Y si estuvieran equivocados, entonces porque lo estarían y mi abuela no querría dejar pasar sus mentiras. Me habría encantado librarla del peso de unas acusaciones que ya no podía rebatir, de unos pensamientos que ya no estaba en condiciones de contextualizar, de unas ideas que ya no tenía forma de expresar. ¿Por qué iba a decidir esa gente –sin conocerla, sin conocernos a nosotros– qué quería mi abuela, qué clase de persona era, qué significaba esa foto? ¿Y con qué derecho la compartían, resumían su vida y luego la echaban a los pies de los caballos?

Hay algo en el espíritu humano, diría mi abuela, que resiste a todos los intentos de ofensa, daño o humillación, algo de lo que los animales son incapaces, porque son incapaces de tener pensamientos que no estén vinculados a su existencia inmediata. Lo llamamos dignidad. En aquella época, ella todavía podía hablar en nombre propio. En la muerte, está desvalida y no puede dar forma a su legado o reivindicarlo. Y, sin embargo, en cierto modo sigue existiendo una versión de ella junto con todos esos comentarios, como el retrato que adorna una tumba profanada sigue existiendo junto con los huesos tirados en el barro. ¿Exige la dignidad que su poseedor siga existiendo, que disponga todavía de la capacidad activa de defenderla, protegerla de todo atentado, plantar cara en su nombre? ¿Es una relación que depende de un reconocimiento externo, de que hagamos honor a nuestros compromisos, de una forma de ser en el mundo, tanto en lo individual como con los demás? ¿O se trata, en cambio, de una cualidad intrínseca que posees por el simple hecho de ser quien eres, sometida a la disciplina de una voluntad que es libre y, por ese motivo, también susceptible de error? Y si la salvaguarda de la dignidad exige que su poseedor esté vivo, ¿significa eso que dicha dignidad no es tan inmaterial a fin de cuentas, que una persona muerta no puede tener dignidad, que la dignidad es un bien que se convierte en polvo como el pelo, la piel y las uñas de quien la poseía?

Puedo leer esos comentarios y optar por responderlos o ignorarlos, reaccionar a su contenido o denunciarlo. Puedo bloquear a los usuarios o mirar a otro lado. Incluso puedo hacer campaña por una regulación más estricta. Tengo la libertad de plantar cara si sospecho que se trata de desinformación. Mi abuela, por el contrario, está condenada al silencio. Surge ahí una suerte de caricatura, desprovista de contexto, recuerdos, pruebas o incluso la más elemental compasión que concedemos a un desconocido cuando lo tenemos delante. Me siento obligada a rectificar, a compartir las historias que me confió, a contar la verdad de su vida. Pero ¿acaso conozco esa verdad? ¿Puedo relatar su vida tal y como ella lo habría hecho? ¿Puedo transformar esa caricatura en un personaje humano que tuvo una vida real?

No es fácil decir cómo me propongo hacerlo. Esa fotografía es nueva para mí, y su contexto me resulta inquietante. Mis pensamientos, el afán de defender su dignidad son como luz reflejada en un espejo roto, fragmentos inconexos de una época pretérita. Ella iba con su pasado a cuestas como una tortuga carga con su caparazón: era imposible verlo por dentro. Desde luego, ese episodio de su vida, según yo lo entendía, siempre estuvo envuelto en un velo de misterio. Pero ahora mis conjeturas, las escenas que imaginé, las conversaciones que fui hilvanando –todo lo que supe, todo lo que pudimos compartir las dos– se mezclan con la realidad alternativa del muro de una red social de un desconocido. ¿Por qué insistía ella en que los días en Cortina fueron los más felices de su vida? Esa afirmación suya se me vuelve cada vez más extrema cuanto más ahondo en ella. Y, sin embargo, sería raro dar explicaciones o disculparme en su nombre, atribuirle una culpa que ella habría podido reconocer o no. ¿Cómo puedo arrogarme una autoridad sobre una vida que ya fue vivida, por más entrelazada que esté con la mía? ¿Cómo puedo ser yo la autora de una historia que ya ha llegado a su fin?

Y es entonces cuando me sorprende otra idea inquietante. ¿Y si esos usuarios anónimos que comentan la foto han revelado algo que a mí me ocultaron? Quizá nunca conocí los verdaderos motivos por los que persiguieron a mi abuela. La insinuación de que pudo ser una colaboracionista –ya fuera comunista, fascista o, lo que es más inquietante, las dos cosasse cierne como una sombra. A lo mejor me equivoco cuando la considero un dechado de virtud. ¿Podrían esos desconocidos, pese a sus burdas acusaciones, conocerla mejor que yo? Quizá solo dan voz al silencio que me ensordece. Quizá la autoridad resida en la proverbial sabiduría de las masas.

Solo se me ocurre una manera de seguir adelante. Encontrar el original. Volver a las fuentes.

–No recuerdo dónde la encontré... Creo que en el suelo, quizá dentro de una caja... De verdad que no me acuerdo –fue la respuesta, en nada útil, que me dio Çim cuando pude ponerme en contacto con él y preguntarle dónde había encontrado la foto de mi

abuela–. Lo tienen todo en la Dirección de Archivos. Fui porque quería investigar unas cosas mías.

–¿Por qué subió esa foto de mi familia? –quiero preguntar.

–Se está cortando –dice él–. No puedo oírla... Todo está en ese archivo. Tengo que colgar.

–¿Le parece bien si la dejo aquí? –me pregunta el taxista, una vez que hemos estacionado frente a la entrada del complejo militar. Los soldados que custodian el punto de acceso señalan el cartel que indica que está prohibido aparcar donde hemos parado.

–Espere –digo–. Voy a preguntarles. –Me vuelvo hacia los soldados y me fijo en las armas que llevan colgadas del hombro. Creo que deben de ser falsas–. ¿Es la entrada de la Autoridad para la Información Relativa a la Documentación de la Antigua Dirección de Seguridad del Estado? –les grito después de bajar la ventanilla.

–Usted no es de por aquí, ¿no? –me responde uno de ellos, riéndose. Me preocupa que, si se ríe demasiado, le pase algo al arma que lleva colgada. ¿Y si no es falsa?

–No, no soy de por aquí –digo.

–¿Cuál es el motivo de su visita de hoy? –pregunta.

–Solo quiero distraerme un rato en el archivo.

Cuando te enfrentas a un hombre armado, hay que esforzarse en mantener un tono cordial.

De pronto se pone serio.

–Lo siento –añado, cambiando enseguida de estrategia–. Vengo por mis abuelos, bueno, por sus expedientes. Deberían contener material que me ayude a despejar algunas dudas que tengo sobre la vida de mi abuela. Nació en 1918, su abuelo fue un administrador otomano en Constantinopla, pero ella vivió en Salónica y luego se mudó a Albania, supongo que habrá fotos de su juventud en el archivo, hechas en Italia, en 1941, lo que me ayudará a atar algunos cabos de su vida, fotos que nunca he visto y que...

–Vale, vale –me interrumpe–. No necesito saber todo eso. ¿Ha pedido cita?

Le muestro el e-mail. Levanta la barrera de la entrada y tengo la

sensación de que me han abierto las puertas de la historia.

–Sus documentos están en formato JPG.

Una empleada que se ha presentado como «la Eva del email» me señala un portátil negro que han colocado ceremoniosamente en un escritorio en el centro de la sala. Parece viejo. Me pregunto si fue un regalo de los suecos. Me dice que es aquí donde vienen los «investigadores», aunque yo no veo ninguno, solo tres empleados más que toman café en sus mesas, colocadas en semicírculo en torno a la mía. Una empleada se ofrece a prepararme un café. Declino la invitación y parece tomárselo mal, pero entonces Eva le comenta que soy la autora marxista de un libro sobre la libertad, a lo que su compañera reacciona con una sonrisa y un discreto gesto de asentimiento como si eso lo explicara todo.

–Si necesita que le imprima los archivos o quiere llevárselos en formato PDF, aquí tiene una lista con los precios.

Asiento distraída mientras le doy vueltas a una pregunta que hace tiempo que me acompaña, sin saber muy bien si es oportuno plantearla. Finalmente reúno el valor necesario para preguntar:

–¿No hay archivos físicos?

La empleada que me ha ofrecido el café me dirige una mirada de perplejidad, como si estuviera debatiéndose entre considerar mi comentario una provocación o dejarlo correr.

–¿Sabe usted que hemos vivido con el miedo a que nos agredan en los primeros meses desde que abrimos este sitio? –La pregunta de Eva es evidentemente retórica. Después de revolver en un cajón de un armarito metálico que tiene debajo del escritorio, saca un impreso verde pastel. Su título es «Ley n.º 45/2015: Sobre el derecho a la información relativa a la Documentación de la Antigua Seguridad del Estado de la República Socialista Popular de Albania».

–Todo está explicado aquí, lo que se puede hacer y lo que no. Tardaron veinticinco años en acordar un protocolo para abrir los archivos. Veinticinco años. Y, aun así, aún queda algún espía vivo. Es lo mismo de...

Eva frunce los labios y se queda a media frase. Levanta una ceja y

me señala la silla que hay junto a la mesa para «los investigadores».

–Tenga cuidado cuando se siente en esa silla –me advierte–. Se balancea. Además, el ordenador va lento. No se empeñe en darle a las teclas. Dele tiempo.

Mientras espero a que mis archivos se abran en la pantalla, echo un vistazo al impreso verde que explica el marco legal para acceder a la información que han recopilado para mí. En la página 3 del documento, el artículo 4 expone los principios.

> La recopilación, administración, procesamiento, uso y diseminación de la información relativa a la documentación de la antigua Dirección de Seguridad del Estado se guía por los siguientes principios: legalidad, protección del interés público, protección de la seguridad nacional, reconciliación y unidad nacional, acceso público a la información oficial, protección del derecho a la intimidad y de los datos personales, protección de la información secreta, transparencia, cooperación entre las instituciones del Estado, eficiencia y efectividad.

–Ni una mención a la verdad... –reflexiono en voz alta, mirando a Eva, aunque parece no oírme–. Ni siquiera a las verdades...

Digo «verdades» levantando un poco la voz para que quede claro, esperando que el plural –«verdades»– imponga el respeto que el singular no ha logrado cosechar.

–¿Verdades...? –repite Eva, arrugando la nariz, como si de pronto le hubieran puesto delante un montón de basura en descomposición.

–Bueno, sí, aquí pone «reconciliación y unidad nacional», pero ¿basadas en qué? ¿No es necesaria la verdad para que pueda haber reconciliación? Además, tampoco hay una sola mención a la palabra *víctima*.

–Quizá debería comprobar la parte de las definiciones –me sugiere.

Vuelvo a hojear el impreso y leo en voz alta:

–«Artículo 2: Definiciones. A efectos de la presente, la definición de "archivo" es la misma que la prescrita por la legislación vigente según se aplica a todos los demás archivos».

–Ahí lo tiene –dice ella.

Debo de poner cara de perplejidad.

–¿La solicitud para consultar los expedientes la hizo como investigadora o como familiar?

Llevo semanas atormentada con la cuestión de a qué categoría pertenezco. He leído suficientes historias y he visto suficientes películas sobre personas que fueron a los archivos pertinentes a descubrir la verdad sobre sus familiares y luego descubrieron que esos parientes también habían sido colaboracionistas. Cuando caí en que el archivo podía conservar no solo las fotos que creía destruidas, sino también todo lo demás –solicitudes formales, denuncias, investigaciones policiales, informes judiciales, todos los papeles que explicaban lo ocurrido, por qué persiguieron a mi familia, quién más estuvo implicado, y quizá también qué habría podido hacerse para evitarlo, si es que había alguna posibilidad de hacer algo–, el miedo al archivo, a ese gran terreno desconocido, terminó imponiéndose a la lealtad que sentía hacia mi familia. ¿Qué haría si mi abuela no había sido tan inocente como siempre había creído?

–Sí pensaron en las víctimas –me explica Eva, casi molesta con mi largo silencio–. Si cursó la solicitud como familiar, no se le cobrará nada. Todo es sin coste.

¿Qué quiere decir «sin coste»? Si resulta que mi abuela fue cómplice de un sistema de vigilancia que destruyó la vida de cientos de miles de personas, el alivio de no tener que pagar tasas no tendrá la más mínima importancia comparado con el peso que tendré que cargar como descendiente suya. De las relaciones especiales se siguen responsabilidades especiales. Quizá me preocupe demasiado por la verdad: una verdad que veo como algo frágil, doloroso, incompleto, a la que tan solo puede accederse mediante un esfuerzo interpretativo sobrehumano. Prefiero imaginarme como una espectadora imparcial, una arqueóloga en el templo de un saber mutilado, un chamán que se inclina sobre un cadáver en descomposición. Quiero pisar con pies de plomo en el archivo. Quiero acercarme a esos expedientes con una mirada filosófica, o incluso estética, con una actitud intencionadamente distinta a la prevista por la «legislación vigente». Odio las normas a las que nos sometemos por la sencilla razón de que no hay más

alternativa: prefiero emplear el juicio, la relación libre entre sentimiento y razón, la lenta aparición de los lazos de familia, nación y pertenencia instintiva que hemos heredado. Podría decirse que me tomo demasiado en serio. Aun así, para ver con claridad, debemos poder imaginar.

–Cursé la solicitud como investigadora.

El escritorio del ordenador es azul marino, sin iconos en la barra de enlaces al margen de los archivos que contienen la información que he solicitado. Clico con el ratón para abrir el primer documento. La espera se me hace eterna, y, cuando veo que no ocurre nada, lo pruebo con el segundo y luego con el tercero. Hinco el dedo en el teclado, cada vez más fuerte, como un niño pequeño que, intentando tocar el piano, se sorprende de tener algún dominio sobre el instrumento, pero aun así se lleva un chasco al ver que no produce los sonidos que esperaba. Al final me rindo fingiendo que todo marcha según lo previsto y echo una mirada de impotencia a Eva, que está estudiando los posos de su café. Espero unos segundos más y finalmente me decido a pulsar CTRL+ALT+SUPR para reiniciar el programa.

–*Avash, avash* –dice Eva cuando se da cuenta, haciéndome un gesto que interpreto como una orden de desocupar la silla–. ¿Qué archivo quiere ver primero? –pregunta cuando el programa termina de reiniciarse.

Me encojo de hombros.

–Me vale cualquiera que pueda abrir.

Ella asiente, visiblemente satisfecha con mi respuesta, y sigue manejando con solvencia el ordenador hasta que aparece una hoja amarillenta en la pantalla. Reconozco en el centro del documento el nombre de mi abuela, escrito a lápiz. Me molesta un poco el ruidito que hace la silla cuando empieza a balancearse, pero al cabo de unos segundos me doy cuenta de que es mi cuerpo el que provoca la oscilación. Estoy temblando, como si estuviera desnuda a la intemperie en un día gélido. Parece que no soy capaz de dominar mi cuerpo, como tampoco lo soy de concentrarme en el sentido de las

frases que van apareciendo una detrás de otra mientras sigo clicando con el ratón, subiendo y bajando por los archivos.

Parte superior izquierda del folio: «Ministerio del Interior, Dirección de Seguridad del Estado y de la Policía Popular, Sección de Asuntos Internos». Parte superior derecha, y tan desvaído que es casi ilegible: «Altísimo secreto». Un poco más abajo, una anotación más reciente: «Levantado el secreto oficial en virtud de la Decisión n.º 15, tomada el 305-2022 por la Autoridad para la Información Relativa a la Documentación de la Antigua Dirección de Seguridad del Estado». Varias palabras ilegibles garabateadas a lápiz, con un trazo muy tenue. «Archivo n.º 531», con un redondel rojo. Una línea con varias generalidades: «Nombre/Apellido: Leman Ypi». Más abajo: «Alias».

Esa línea está en blanco y, aunque no llego a estar segura de lo que puede significar, por un instante mi cuerpo deja de temblar y me oigo exhalar un suspiro de alivio.

Reparo en un dibujito en el centro de la página, un garabato, que reproduce un romboide perfecto lleno de círculos concéntricos que rodean una palabra en la que creo leer «sect», seguida de un número romano que parece un «VII». Alguien debió de aburrirse en el trabajo. A saber si ese alguien también estaba tomándose un café a sorbitos. Entonces, de pronto, una sola palabra capta mi atención, en el centro de la página, subrayada tres veces: «Griega». No tiene ningún sentido, y sigo bajando por el documento hasta que me topo con la misma palabra en la página siguiente, donde constan otras generalidades.

Nacionalidad: Griega
Nombre/Apellido [otra vez]: Leman Ypi
Lugar de nacimiento: Salónica
Etnicidad: Albanesa
Profesión: Empleada del Ministerio de Educación
Religión: Musulmana
Fecha de entrada: 29-12-1952

Nombre del remitente que practicó el registro: Mayor H. Q.

Motivo de la incoación: Presunta agente extranjera

–¡Agente extranjera! –exclamo sin poder contenerme.

Eva se impulsa desde su mesa y rodando con su silla se acerca a la mía.

–¿Necesita que la ayude de nuevo? –pregunta, esta vez con una sinceridad que me pilla por sorpresa.

–Agente extranjera –repito–. Es rarísimo. Ahora no entiendo nada.

–Mejor agente extranjera que de la Sigurimi –dice, como si quisiera aligerar el peso que se me ha venido encima–. Aunque algunos de los agentes que trabajaban para potencias extranjeras luego fueron reclutados por la Sigurimi.

Vuelvo a la sonrisa radiante en el rostro de mi abuela, echada en esa tumbona en Cortina d'Ampezzo, en el invierno de 1941. En esa foto no parece tener pinta de futura agente de la Sigurimi. Y tampoco de agente extranjera. Pero tal vez sea eso precisamente lo que se espera de los agentes extranjeros: que no lo parezcan. Aun así, ¿por qué lo de griega?

Sigo negando con la cabeza.

–Mi abuela solo nació en Grecia –digo, mirando a Eva, como si esperase que me diera la razón–. El Imperio otomano aún existía... No creo que se metiera en líos políticos allí. Se trasladó a Albania a los dieciocho años.

–¿Nació en Turquía? –pregunta Eva, visiblemente desorientada–. ¿En el Imperio otomano?

–No, no, sus abuelos vivían en Constantinopla, hoy Estambul, nada más. Ella nació en Grecia. Ya era un país independiente. Lo sé por las cosas que me contó sobre su nacimiento.

Sonrío mientras le cuento a Eva una de mis anécdotas favoritas; siempre la recordábamos en Nochevieja, coincidiendo con los preparativos para el inicio de la celebración. Excepcionalmente, nos saltábamos la comida para guardar el apetito para el banquete de la noche y, después de un largo día preparando asados, frituras y pasteles, distribuíamos los platos en la mesa como trofeos que esperaban el momento de que los reclamaran quienes más los

merecieran. Mientras corría impaciente entre la cocina y el salón fingiendo que echaba una mano con los preparativos, el aroma de los baklavas se me hacía demasiado tentador como para resistirme. «¡Habrá sido el fantasma del Pachá del pasado!», decía mi abuela, riéndose por lo bajo cada vez que me sorprendía con la boca llena. Y para que no descubriera el botín que me había guardado en el bolsillo, le pedía que me contara una historia que acabaría aprendiéndome de memoria: la leyenda de su abuelo, el muy estimado Ibrahim Pachá, quien, justo unos días después de que naciera ella en Salónica, encontró su fin en Constantinopla por un atracón de baklavas. «¿No te parece increíble?», exclamaba ella con cara de pasmo. «Ibrahim Pachá, un hombre tan valiente que incluso sofocó una revuelta armenia, y tan inteligente que pudo cerrar en secreto un trato comercial a bordo de un vapor que navegaba por el Danubio con bandera inglesa, ¡ese hombre se murió por pegarse un atracón del mismo dulce que tú! Ibrahim Pachá, un león y un zorro, ¡vencido no en el campo de batalla, sino en la cocina!» Era una muerte tan ridícula que a su esposa, Mediha Hanim, le dio vergüenza anunciarla al mundo. «¡Ten cuidado con los baklavas!», me advertía mi abuela. «Los baklavas son traicioneros, los baklavas mancillarán tu honra, y eso que el pobre Ibrahim ni siquiera intentaba comérselos en secreto como tú. ¡Los habían preparado para celebrar mi nacimiento!»

–Me encantaban las historias que me contaba de esa época –comento, riéndome con Eva por la historia de esos baklavas–. Unas eran divertidas; otras, trágicas, y algunas, un poco de todo. No creo que vaya a encontrar nada parecido en estos documentos numerados que acaba de darme.

–Nunca se sabe –responde ella, con los ojos clavados en un gran reloj con una moldura de imitación de plata que hay colgado en la pared.

Nos quedamos calladas. Me pregunto si el comentario que acaba de hacerme debería tranquilizarme. ¿Y si todo lo que sé sobre mi abuela termina siendo como una historia sacada de *Las mil y una noches*, una historia hilvanada con esperanzas y traiciones, poder e intrigas, afecto y pérdida, una historia que ella misma había

conjurado, como si fuera Sherezade, con la sola finalidad de sobrevivir? ¿Es la joven cuya foto espero encontrar en estos documentos la misma persona a la que conocí y quise? ¿Y qué hay de esa niña que nació en Salónica, y de la adolescente que lo aprendió todo de su tía, que apenas le llevaba unos años? De pronto me siento paralizada, amenazada no solo por los hechos que podría destapar, sino por las consecuencias que podrían tener para mí. Siempre supuse que no había huecos entre nuestras vidas, que mi presente estaba determinado por su pasado. Ahora ya no lo tengo tan claro. Me pregunto si esos mundos tan distintos por los que transitó mi abuela podrán reconciliarse alguna vez plenamente. ¿Cómo voy a encajar esas historias que me transmitió con las que estoy a punto de conocer por vez primera?

–Albania... Sigurimi... Espía griega... Salónica... Constantinopla... Imperio otomano –reflexiona Eva en voz alta, dibujando círculos con el dedo sobre mi mesa, como un niño que conecta puntos dispersos para formar una imagen–. Todo se remonta al Imperio otomano, ¿no? A veces me pregunto si de verdad murió.

1. EL ENFERMO DE EUROPA

–El estómago no... Es imposible. No ha podido ser el estómago... –gritaba desesperada Mediha Hanim, mi bisabuela, una tarde de agosto de 1918, enjugándose las lágrimas de las mejillas–: Doctor Elías, ciérrele los ojos, por favor, *je vous en prie*. No soporto verlo así. Parece que esté muy enfadado.

Asintiendo en gesto de obediencia, el doctor dio unos pasos hacia el cadáver y le puso bien el fez.

–*Pourtant, ma chère* Mediha Hanim –insistió él–, eso fue lo que pasó. No hubo otro motivo.

–Pero hacía semanas que no comía nada. Yo le suplicaba que comiera. Dafne, tú también me oíste decírselo... –Mediha se volvió hacia una de las criadas, como si quisiera convocarla en su ayuda–. Incluso el gran visir se dio cuenta cuando se vieron, hará unos diez días –continuó ella entre sollozos–. «Querido Ibrahim Pachá», le dijo. «¡Me recuerdas a uno de esos chicos albaneses famélicos que reclutábamos para los jenízaros! Tienes que cuidarte. No podremos ayudar al Enfermo de Europa si enfermamos nosotros también...»

El médico intentó contener una sonrisa amarga. Antes solo lo decían los rusos, pensó para sus adentros. Ahora incluso el Gobierno, la Sublime Puerta, se refería al país en esos mismos términos. Y, sin embargo, seguían hablando como si hubiera un remedio para la enfermedad. La humillación era el único camino para que aceptaran su derrota.

–Sigue pareciendo enfadado, incluso con los ojos cerrados. –La voz débil, cansada, de Mediha Hanim interrumpió sus pensamientos–. Ibrahim Pachá no habría soportado oírle hablar así. Además, hacía semanas que no comía nada...

El doctor respiró hondo, se inclinó sobre Ibrahim Pachá una vez

más y lo cubrió con una sábana.

–*Mais voilà, c'est bien ça, madame*. No había ingerido nada en varios días y, entonces, de golpe, cinco baklavas enteros. ¿Cómo quiere que un estómago soporte...?

–Doctor Elías, le pido por favor que no vuelva a mencionar esa palabra horrible. Se lo suplico. No le quepa duda de que le dije que tuviera cuidado, pero Ibrahim Pachá... Ya sabe cómo es..., cómo era mi marido. –Mediha Hanim se interrumpió de pronto y empezó a mirar a su alrededor–. ¿A qué huele?

–Dafne, Dafne... Ven –El doctor le hizo un gesto a la joven criada para que fuera a buscar agua para lavar.

–*Oh non*, eso no, eso no... –Mediha Hanim se cubrió la nariz con un pañuelo de seda, luego lo abrió y se tapó toda la cara, como si quisiera esconderla–. *Mon cher* Ibrahim Pachá... El pobre se habría sentido muy humillado... *Eau de Cologne*, Dafne, trae *eau de Cologne* –le ordenó a la muchacha, que ya había salido a buscar el agua que le pedía el doctor.

Luego se acercó a la ventana y la abrió para ventilar la habitación, pero, al divisar la mezquita de Teşvikiye, con su majestuosa cúpula que se alzaba como una barriga gigantesca y repulsiva, rompió a llorar de nuevo.

–No le habría gustado marcharse así del mundo –dijo, visiblemente afectada, mientras abandonaba el dormitorio del Pachá con el doctor Elías tras ella–. Habría querido despedirse con dignidad.

Mediha Hanim hablaba con gran emoción. Había conocido a Ibrahim Pachá de niña, desde la época en la que empiezan a formarse los recuerdos, cuando solían jugar al escondite en los pasillos de la casa que sus familias compartían en Leskovik, en aquel entonces parte del valiato otomano de Ioánina, en la frontera entre las actuales Albania y Grecia. Eran primos y tenían más o menos la misma edad, aunque ella era más alta que él y flaca, con el pelo oscuro y ondulado, y los ojos vivaces típicos de las mujeres circasianas, célebres por su belleza. De niña lo seguía a todas

partes, burlándose de la leve cojera con la que él andaba, producto de una tara de nacimiento, aunque, más tarde, mucha gente la atribuiría, erróneamente, a un accidente en el campo de batalla, opinión que él jamás tuvo el menor interés en corregir. Mediha lo llamaba ya entonces *mon cher mari*, adelantándose al día en que habrían de casarse, irían de viaje de novios a París y tendrían dos hijos, niño y niña, vaticinios cuya exactitud, andando el tiempo, sería motivo de sorpresa incluso para ella, sobre todo después de que el Pachá eligiera a otra mujer para contraer matrimonio. Mediha Hanim se disgustó, claro está, aunque jamás confesó haber deseado que esa otra mujer muriera en el parto, que es lo que ocurrió casi exactamente nueve meses después de la boda. Solo entonces Ibrahim Pachá se convirtió en una parte fundamental de su vida, casi de la misma manera que el muy costoso juego de porcelana que compró de segunda mano durante la luna de miel en París se convertiría en una pieza fundamental de las veladas que celebraba en su casa: la porcelana, preciada por la atención que le granjeaba, admirada por sus atributos particulares, pero, sobre todo, venerada como reflejo del cuidado que siempre puso en asegurarse de que no se rompiera en las numerosas mudanzas que hicieron por el imperio.

Con todo, no habría podido decirse de Mediha Hanim que hubiera conocido realmente a su *cher mari*. Estaba al corriente de ciertos hechos relacionados con él: que le gustaban las berenjenas rellenas sin tomate, y que el café de la tarde, a diferencia del primero del día, debía servírselo con azúcar. Sabía que debía correr las cortinas por la mañana para despertarlo sin que él le gritara, o en qué momento debía ofrecerle el bastón para su paseo vespertino, o cuándo no debía hacer alusión a las migrañas que él padecía, o cómo debía darle las noticias que iban llegando de Salónica, donde ahora vivía el hijo de ambos, Avni Bey, tales como la muerte de un labriego que trabajaba sus tierras o el nacimiento de un nieto, en el tono justo que el Pachá agradecía: ni preocupado ni efusivo. Pero difícilmente podría decirse por esos detalles que conociera a su marido, si por conocer se entiende no solo esa familiaridad que suaviza el trato en el plano cotidiano, sino un conocimiento más profundo de los motivos y aspiraciones de la persona que tienes

delante, es decir, un saber obligado si quieres pronunciarte sobre su dignidad.

No está claro si al propio Pachá le habría agradado el uso de ese término. Seguramente lo habría considerado uno de esos conceptos que, por su apariencia extranjera, le despertaban cierto recelo, esas palabras que de pronto asomaban la cabeza en conversaciones profundas sobre quién poseía qué y quién no, y sobre lo que había que hacer para encontrarlo en el mundo, lo que a su vez reclamaba una teoría que explicara qué se entendía por el concepto de marras, sin que pudiera zanjarse nunca el debate.

A diferencia de la mayoría de los funcionarios de alto rango que trabajaban para la Sublime Puerta y que empleaban con creciente asiduidad esas palabras a la ligera y sin su debido contexto, Ibrahim Pachá había sido siempre muy consciente del peligro que representaban. *Libertad*, *igualdad*, *fraternidad*, palabras que sonaban perfectamente inocentes, pero que parecían proliferar, causando problemas cuando surgían en la conversación, sobre todo si alguien las aventuraba sin el necesario cuidado. Sobre todo después de todos los intentos de supuesta «modernización» del imperio –por ejemplo, la promulgación del Edicto de Gülhane en 1839, que sobre el papel había inaugurado un nuevo «contrato social» entre el sultán y sus súbditos–, esa tendencia se había salido por completo de madre.

«Contrato social», he aquí otra expresión de significado difícilmente penetrable. La dignidad de los súbditos, la dignidad de la autoridad, la dignidad otorgada por Dios... A Ibrahim Pachá le molestaba sobre todo la confusión que esas palabras causaban entre los funcionarios subalternos, hombres sencillos que se habrían dado por satisfechos con las exigencias de sus funciones de no haber sido por esa nueva costumbre de tener que explicar el cumplimiento de su deber apelando a tales términos.

Pero el Pachá había renunciado a convencer a sus colegas desde hacía tiempo. Y de todos modos era una persona callada, y en los últimos años de su vida, si hablaba, era por lo general para dar órdenes. Fue precisamente una de esas órdenes –que le sirvieran baklava con la cena– la que le había ocasionado la muerte como

consecuencia, según el médico, de una «realimentación», es decir, comer demasiado después de un largo ayuno.

–Doctor, le prohíbo que diga esa palabra. ¡No quiero oírla! –Mediha Hanim levantó el índice de la mano derecha en un gesto amenazador, casi militar.

Esas últimas noches las había pasado junto a la cama de su marido, viendo a la luz de las velas cómo perdía lentamente el color del rostro, igual que las cenefas de su juego de porcelana se habían desgastado con el paso de los años. Cuando el médico confirmó la muerte, ingresó en esa etapa del duelo en la que la culpa reemplaza a la incredulidad. Sin embargo, dado que no estaba dispuesta a cargar con el lastre de la culpa, ni tampoco habría podido hacerlo aunque hubiera querido, había encontrado la manera de desplazar el interés del hecho en sí a cómo debía quedar constancia de este. Como nada podía hacer frente al curso de los acontecimientos, quería por lo menos dar forma a la impresión que estos dejarían en los demás o, cuando menos, manipularla a su conveniencia. Por ello sentía que tenía el deber de rechazar rotundamente las explicaciones del médico tanto en lo que respectaba a los hechos como a las normas: lo sucedido, sí, la muerte del Pachá, pero también las circunstancias en que se había producido.

–*Hanim*, *Madame* –repuso amablemente el doctor Elías–. Es importante cómo nos conducimos en la vida. En la muerte... En fin, qué puedo decirle... En la muerte, todos somos iguales. Y es mejor que así sea. El Pachá tuvo una vida honorable. Fue un héroe en tiempos de guerra y un santo en tiempos de paz. Sabía comandar a los hombres y obedecer a Alá.

Había un matiz de fatiga en su voz, lo que podría explicar por qué la última parte de su discurso había sonado menos convincente que de costumbre. Elías Levy había llegado de Salónica en tren esa misma mañana, tras recibir la noticia de que el Pachá estaba gravemente enfermo, que había rechazado asistencia médica en primera instancia y que, al final, había accedido a que lo viera el doctor Elías y nadie más que él. Hacía bastante tiempo que tenían

trato. Se habían conocido años antes durante el exilio del Pachá en Salónica. En aquel entonces, Elías era un joven recién titulado en la Universidad de Viena, y había causado una grata impresión a Ibrahim Pachá, no tanto por el dominio que tenía de su especialidad (el Pachá estaba convencido de que, con una mejor higiene, electricidad, agua corriente y todos los demás lujos que había deparado el progreso científico, incluso un vendedor ambulante podía convertirse en un buen médico si se aplicaba en el estudio), sino por algo que la medicina moderna no podía ofrecer: el optimismo. Desde muy joven, el doctor Elías había tenido la convicción de que todo era para bien en el mejor de los mundos posibles y, pese a que en un principio le había costado conciliar su optimismo innato con las servidumbres de su profesión, había encontrado en Ibrahim Pachá a uno de los escasos pacientes capaces no solo de tolerar su actitud ante la vida, sino también de apreciarla enérgicamente.

Mediha Hanim negó con la cabeza.

–Doctor Elías, ¿cómo puede decir que da igual la manera en que abandonamos el mundo? –le reprochó levemente molesta–. *Vous l'avez bien dit vous-même* hace solo unos meses. Recuerde, le hablaba a Ibrahim Pachá del exilio del sultán Abdülhamid en Salónica después de la Revolución de los Jóvenes Turcos en 1908. Quizá no pudo atajar la decadencia del cuerpo político, le dijo usted, pero por lo menos presidió con dignidad la decadencia de su propio cuerpo. Estudiaba, creaba unas piezas preciosas de ebanistería, escribía poemas...

–Eran unos poemas mediocres. Incluso el sultán lo sabía. –El doctor la interrumpió sin poder contenerse–. En cualquier caso –prosiguió, reparando en que ella había torcido el gesto–, aunque me sepa mal decírselo, esta forma de concebir el cuerpo es completamente errónea. Todo importa. El cerebro, el corazón, el estómago. El ser humano, como comprenderá, es un organismo, y en los organismos todo está conectado. Si una parte sufre, el resto sufre también. Es un error pensar que existe algún tipo de prevalencia entre funciones centrales y periféricas.

«Y lo mismo puede decirse de las provincias del imperio», pensó

para sus adentros. La gente se empeñaba en dictaminar qué regiones revestían importancia estratégica y cuáles era aceptable abandonar, aunque a la postre terminarían perdiéndolo todo. Solo era cuestión de tiempo.

Se volvió hacia Mediha Hanim:

–Puedo asegurarle que fue así como se cometieron errores fatales en el pasado, desatendiendo dolencias que se consideraban marginales. Luego, ya fue demasiado tarde...

Mediha se quedó mirándolo con gesto de perplejidad.

–¿Desatendiendo? –dijo con una nota de orgullo–. Ibrahim Pachá no era un hombre que desatendiera ningún asunto. No dejó de comer por indiferencia, sino en señal de protesta. Se lo había advertido a la Sublime Puerta en reiteradas ocasiones: los mal llamados patriotas albaneses no eran dignos de confianza, no se los podía considerar aliados. Ya lo decía mucho antes de que les diera el ramalazo de declararse independientes del imperio. Son como esos críos que de pronto se vuelven contra uno... Un poco como nuestra hija Selma. Es tan rebelde... –Se estaba yendo por las ramas–. Los quieres pese a todo, porque son hijos tuyos, pero cuando te hacen eso... En fin, no sabes cómo reaccionar. La pobre Selma, que tanto quería a su padre... Pronto volverá del colegio, lo ha estado cuidando día y noche, a mi lado...

»Ay, pobre de mí, pobre de mí y pobre Ibrahim Pachá... –Mediha se puso a reconstruir lo ocurrido desde el principio, como si fuera posible revertir la muerte de su marido relatando las circunstancias en que se había producido–. El gran visir pensó que Ibrahim Pachá velaba por sus propios intereses, todo por las reuniones con los Jóvenes Turcos en Salónica y sus campañas de modernización, y porque muchos albaneses se habían adherido al movimiento al principio. Pero le puedo asegurar que era justo lo contrario. Fue entonces cuando empezó a tener jaquecas, después de las reuniones de esa junta que se hacía llamar de Unión y Progreso. Ya hace más de una década de aquello. En fin, después de cada reunión tenía jaqueca. Le disgustó muchísimo, no sabe hasta qué punto, pensar que la Sublime Puerta había perdido la confianza en él. Siempre le había preocupado que lo trataran con recelo porque

en casa hablábamos albanés, *mais vous le savez bien vous-même*: solo lo hacíamos de vez en cuando, no por jactancia, sino por costumbre. Pero a ellos les valió para sacar conclusiones, pensó mi marido, sobre todo cuando el gran visir le preguntó si había estado alguna vez en Albania...

–¿Se lo preguntó? –inquirió el médico, sorprendido.

Mediha Hanim asintió con gesto rotundo.

–*Mais oui, c'est incroyable, n'est-ce pas*? –continuó ella–. Ibrahim Pachá pensó que iba con segundas, que era una prueba evidente de que no confiaban en él, que era una provocación con todas las de la ley: ¿por qué habría querido él ir a Albania? Naturalmente, envió dinero para la reconstrucción de los lugares religiosos en ese pueblo que los griegos incendiaron, pero ¿y qué? No era la primera vez que lo hacía, ni siquiera se acordaba de cómo se llamaba ese pueblo. ¡Lo hizo por pura costumbre! Sea como fuere, primero lo de la junta y luego lo de esos templos, y fue entonces cuando empezaron a marginarlo: era evidente que ya no confiaban en él. Los oía susurrar a sus espaldas. Cuando el gran visir le preguntó si había estado en Albania, ya no pudo soportarlo más y dejó de comer por las buenas. Estaba atrapado entre los Jóvenes Turcos y esos albaneses, que estaban empezando la casa por el tejado con todas esas exigencias suyas, y cuando los albaneses decidieron dar el gran paso de crear su propio Estado y le pidieron apoyo diplomático, se sintió traicionado. Había pensado que solo querían la autonomía dentro del imperio, no la independencia en toda regla. A ver, ¿quién se había planteado una independencia total? «Me han abandonado todos», decía. La comida se le atragantaba. En los últimos años, renunció a comer, como quien dice. Pero entonces llegó el telegrama...

–¿Conoce la vieja fábula del estómago que escribió Livio? –la interrumpió el médico.

–¿Levy? –Mediha Hanim levantó las cejas.

–No, no me refiero a mi familia, Livio... Da igual el nombre. –El doctor Elías prosiguió con la explicación–: Las distintas partes del cuerpo se rebelaron una vez porque el estómago se quedaba con toda la comida y a ellas no les tocaba nada, así que dejaron de trabajar para él. Las mandíbulas y los dientes se negaron a masticar,

la boca se negó a engullir, y así sucesivamente. Todos querían que el estómago se muriera de hambre. Pero resulta que, cuando el estómago empezó a perecer, los demás órganos vitales del cuerpo corrieron la misma suerte: el corazón, el cerebro, los pulmones y el hígado. Y cuando los demás órganos vieron que estaban debilitándose, supieron apreciar mejor al estómago y empezaron a colaborar. Pero ya era demasiado tarde. Lo mismo le ocurrió a Ibrahim Pachá. –Y a la Sublime Puerta, pensó para sus adentros.

–Doctor Elías, ¡no son formas de hablar de Ibrahim Pachá! No tengo nada en contra de ese Levy o como se llame, y mucho menos contra la cooperación de los organismos, pero... –Estornudó y, tomando el pañuelo que le había tendido el médico, se sonó la nariz y trató de serenarse. Le indicó a Dafne que saliera de la habitación–. Debemos empezar con los preparativos. Todos esos anuncios que hay que hacer... Es difícil, se me hace cuesta arriba. Me pregunto si podríamos... –Mediha Hanim dejó la frase en el aire antes de bajar el tono de voz–, si podríamos..., ¿trabajarlo juntos?

El médico se quedó perplejo.

–¿Trabajarlo juntos? –repitió, sorprendido.

El rostro de Mediha Hanim expresaba resolución.

–Sí, trabajar juntos en el anuncio, dar a entender... quizá algo distinto.

–¿Algo distinto?

–Cuando comuniquemos *la cause officielle* de la muerte. Desde luego, huelga decir que eso deberá quedar entre nosotros. –En su gesto, mientras buscaba las palabras justas, apareció algo que se situaba a medio camino entre una sonrisa y una mueca–. Y... quizá..., como un último servicio a Ibrahim Pachá, declarar una causa oficial a tono con su jerarquía. Estoy segura de que le habría agradecido el esfuerzo.

Mediha Hanim se había convencido de que la gloria de su marido, tanto en la vida como en la muerte, debía quedar de manifiesto, que era imprescindible que Ibrahim Pachá fuese recordado como el alto dignatario que había sido.

–El estómago..., el estómago –repitió con gran convicción–. Al fin

y al cabo, el estómago no fue lo que le mató. Fue el telegrama de Salónica.

–Pocas veces había visto tan pletórico a Ibrahim Pachá –coincidió el doctor–. Recuerdo que me escribió: «*Mon cher* Elías, en estos tiempos que corren no es habitual recibir buenas noticias. Hacía tiempo que esperaba con ilusión tener un nieto. Casi había renunciado a la esperanza. ¿Sabía que les preguntaron si iban a darle mi nombre al bebé? *Bien sûr*, aceptaron».

–Pobre Ibrahim Pachá –dijo Mediha Hanim con un suspiro–. Nunca podrá ver al pequeño. Pero ¿cómo íbamos a saber lo que nos iba a deparar ese bebé? Es una auténtica tragedia... Por favor, doctor Elías, se lo suplico, intentemos olvidarnos del diagnóstico que dio hace un momento. Digamos que fue por amor. Sí, llamémoslo amor... Ay, *l'amour, mon ami*. –El médico frunció el ceño. Parecía perplejo–. O quizá el amor sea demasiado etéreo, demasiado emocional. Al Pachá no le gustaban los estallidos de emoción. Pensaba que las personas que hacen alarde de sus emociones en realidad reclaman algo, como si fuera un defecto de carácter. ¿Podríamos pensar una alternativa, algo que sea a un tiempo concreto y digno? Una explicación creíble de lo ocurrido, no un motivo indigno como ese...

Mediha Hanim se puso a indagar en su memoria en busca del término latino solemne con el que los médicos de la Sublime Puerta a menudo daban parte de las muertes misteriosas de aquellos altos dignatarios que repentinamente habían caído en desgracia frente a las autoridades: hombres a los que alguien había tirado por una escalera, envenenado u obligado a suicidarse, y cuyas sospechosas desapariciones de la esfera pública era preciso justificar de alguna forma para evitar que cundieran nuevas formas de oposición. Mientras el médico dudaba, temeroso de las consecuencias que pudiera entrañar aquella vulneración de su código deontológico, Mediha Hanim perseveraba, clavándole la mirada en la frente, como si ahí dentro residiera la clave de la dignidad de su marido, en el afán incansable de preservarla.

–Se lo ruego, doctor –dijo en un tono que fusionaba la súplica y la amenaza–. Le ruego que lo considere detenidamente y no abandone

a esta anciana en un momento de necesidad. No permita que el miedo dicte su conducta. Dadas las relaciones actuales de Ibrahim Pachá con la Sublime Puerta, no existe el menor riesgo de que investiguen la cuestión. Estoy pensando en ese precioso término médico, tan largo, como el glorioso nombre triple de un general romano, pero la memoria es traicionera y no consigo recordarlo. *Mais quel est le mot juste*? ¿Cómo es la expresión? Por favor, doctor, recuérdemelo...

El médico reflexionó un momento, desgarrado entre el deber de declarar la verdad, la lealtad que sentía hacia el difunto Ibrahim Pachá y la compasión que le inspiraba Mediha Hanim. Finalmente, se inclinó para susurrarle al oído:

–*In-farc-tus myo-car-dii acu-tus*...

Los ojos llenos de lágrimas de Mediha Hanim se iluminaron de alegría.

–¡Exacto! ¡Alá es misericordioso! ¡Gracias, doctor Elías, *merci*! Ibrahim Pachá, *mon cher mari*, mi amado Bibi, puede ahora descansar en paz. ¡Un ataque al corazón es maravilloso! ¡Es justo lo que necesitamos!

2. LA DESMEZCLA DE LOS PUEBLOS

–Me llamo Leman, pero también puedes llamarme Ibrahim Bey.

La niña recalcó el «Bey» con una mirada pícara cuando el desconocido que se había presentado en la puerta le preguntó quién era.

El hombre –un vendedor ambulante entrado en años con una cabecita apenas visible bajo un gran turbante, un ancho bigote que descollaba a ambos lados de la cara y un cuerpo menudo que parecía estar a punto de doblegarse bajo el peso del gran saco que llevaba a cuestas– le dirigió una sonrisa perpleja.

–¿Eres un niño o una niña?

Ella bajó los ojos y, reparando en las múltiples manchas del traje de marinerito que estrenaba ese día, se acordó de que su madre le había dicho que no debía ensuciarlo. No solo estaba cubierta de barro, sino también calada de sudor, después de pasar todo el día corriendo de aquí para allá en el calor sofocante de agosto, tal vez más emocionada de lo debido después de que su tía Selma le hubiera dado el regalo esa mañana: un nuevo canario que añadir a su colección de noventa y nueve pájaros, que ocupaban toda una sala en el primer piso de la villa familiar. Al darse cuenta de que aquel desconocido tenía la vista clavada en ella, intentó adecentarse un poco. Se puso derecha, se secó la frente con la mano, intentó limpiarse las manchas de los pantalones cortos y de la blusa, y se colocó bien la pinza en forma de mariposa que le sujetaba el flequillo rebelde de su pelo corto y moreno.

–Soy una niña –contestó con algo de timidez–. Pero fui un niño hasta que crucé el arcoíris. En los cuentos albaneses, los niños que cruzan el arcoíris se convierten en niñas, y viceversa.

–Entiendo –contestó el hombre–. *Mashallah*.

Él también se había pasado el día corriendo de un lado a otro y todavía resoplaba mientras hablaba con la niña frente a las imponentes puertas de roble de la mansión. El saco hizo un ruido estridente cuando lo dejó en el suelo; había olvidado que su contenido era frágil. Del primer piso llegaron unas voces que discutían, intercaladas por el piar irreverente de los pájaros.

–Dijeron que quince más, su última oferta –declaró una voz de hombre que no le era del todo desconocida antes de que la cortara la de otro hombre.

–¿Quince? Menudo escándalo. Por lo menos deberían aceptar veinticinco o, aún mejor, treinta. El plazo vencerá enseguida. ¿Cómo se las arreglarán si no?

–No, no, no, quince, quince y ni uno más. Fueron meridianamente claros. Y además sin equipaje –replicó el primer hombre.

–*Mais oui, sans valises*, sin maletas, *ça va sans dire*; de lo contrario se irían todos a pique. A ver, cuando lleguen, ya les darán todo lo que necesiten –terció la voz de una mujer muy mayor, tratando de tranquilizar a los dos hombres, y el vendedor ambulante reconoció en ella a Mediha Hanim, que era la persona a la que había acudido a ver. El intercambio tenía la familiaridad de un regateo cada vez más animado con los compradores en el bazar, pero la idea de que esos números aludían a algo que no guardaba relación alguna con el precio de los artículos a la venta en una tienda hizo que un escalofrío le recorriera la espalda. Pronto, muy pronto, pensó. Pronto llegaría su turno.

Ajena al ruido que procedía del piso de arriba, la niña siguió mirando el saco con una mezcla de curiosidad y esperanza. El hombre aguardó unos segundos más, deseoso de que alguien del servicio lo liberase de aquella carga. Al ver que nadie aparecía, decidió dirigirse a la niña.

–¿Podrías decirle a Mediha Hanim que Omer ha venido con las sanguijuelas? No me esperaba, pero estará contenta. Es mi última entrega... –añadió con un suspiro de tristeza, al tiempo que abría el saco y extraía cinco grandes tarros de cerámica, dejándolos con cuidado en el suelo.

Tras la muerte de Ibrahim Pachá, Mediha Hanim había sido víctima de una misteriosa obsesión por las dolencias estomacales. Aunque los días de gloria del cultivo de sanguijuelas en el Mediterráneo oriental eran agua pasada, junto con la riqueza que habían traído a la ciudad de Salónica, seguía convencida de sus milagrosas propiedades en el tratamiento de las enfermedades gástricas. No le hacía caso a su hijo, Avni Bey, quien no se cansaba de repetirle, con una tozudez que sorprendía a todos, que, en París, las sanguijuelas ya no estaban de moda como remedio médico. Cada vez que el estómago la «incordiaba» –así lo expresaba ella–, se encerraba en su cuarto, se colocaba cuatro o cinco sanguijuelas sobre el vientre y las observaba mientras reptaban sobre su piel y le chupaban la sangre hasta que se le formaban unas grandes ronchas rojas, momento en el que finalmente se decidía a retirar esas criaturas de su cuerpo, las volvía a meter en los tarros y se levantaba vigorosamente de la cama exclamando: «Voilà!».

El médico de la familia, Elías Levy, que le había enseñado el método, no respaldaba abiertamente dicha terapia, pero, dado que también era la única persona consciente de los verdaderos motivos que se ocultaban tras aquel repentino interés por su salud estomacal, las críticas que le dedicaba eran menos explícitas. Sabía que la única respuesta que podía darse a la pregunta de cómo podía curarse una enfermedad inexistente era dejar que el paciente decidiera con libertad. Su única intervención crucial llegó el día en el que las autoridades otomanas prohibieron el uso médico de sanguijuelas y le presentó a Omer como uno de los pocos vendedores honestos que todavía operaban en el mercado negro de la ciudad.

–No tengo mucho tiempo. Es mi última entrega –repitió Omer al ver que la niña contemplaba los tarros en silencio sin decidirse a correr al interior de la casa para informar a Mediha Hanim–. Nos marchamos mañana, al alba. –Pronunció esta última frase en voz baja, culminándola con algo parecido a un signo de interrogación, como si tratara de recordarse a sí mismo un mensaje que le hubiera

trasladado alguien, una verdad cuyo sentido último le costaba atisbar.

La niña de pronto pareció entristecerse. No era el mensaje que había esperado y, cuando le quedó claro que la entrega no era para ella, tuvo que esforzarse en disimular su decepción.

–¡Hoy es mi cumpleaños! –declaró en un tono solemne en el que se advertía cierto reproche por el hecho de que un criado no solo se hubiera presentado con las manos vacías al gran acontecimiento, sino que además pareciera ignorarlo por completo y no mostrara otra preocupación que su inminente marcha a Dios sabía dónde–. Están todos arriba. Deberíamos estar celebrándolo, pero hemos empezado tarde, porque papá y otros hombres han tenido que prestar declaración ante la comisión, perdón, subcomisión, y han vuelto a casa enfadados. Llevan todo el día discutiendo. El alboroto es por eso.

Estaba orgullosa de haber recordado la palabra *subcomisión* y, dado que no tenía la menor idea de lo que significaba, todavía lo estaba más por haberla pronunciado correctamente.

–Acabo de cumplir seis años –dijo, como si quisiera explicar con ello de dónde venían todos esos conocimientos y sabiduría de los que hacía gala–. La *tante* Selma me regaló un canario por mi cumpleaños. Ella me está enseñando a leer.

–*Mashallah* –repitió el hombre en un tono con el que pretendía concederle la atención que la niña ansiaba, pero que, sin embargo, seguía manteniendo la misma distancia–. ¡Feliz cumpleaños, entonces, Ibrahim Bey!

Ella volvió a sonreír, pero enseguida se puso seria, como si se hubiera arrepentido de su reacción. ¿Estaba bien que ese nombre la hiciera reír siempre?, pensó. Ese nombre, y ese abuelo al que no llegó a conocer y del que lo primero que supo fue que su llegada a la vida había coincidido con la salida de él del mundo o, lo que todavía era más delicado, que su llegada había sido la *causa* de la desaparición de su abuelo, como si no hubiera espacio suficiente para ambos en el mundo. En cada uno de sus cumpleaños, su padre, Avni Bey, declaraba al resto de la familia congregada para celebrarlo que ella lograría grandes cosas en la vida, habida cuenta de que,

recién nacida, ya había tenido éxito allí donde los más fieros bandoleros griegos habían fracasado: causar la muerte del poderoso Ibrahim Pachá.

Ese 6 de agosto de 1924, sin embargo, había empezado a tener dudas. Evidentemente no podía haber sido responsabilidad suya, se decía a sí misma. Tenía que haber sido culpa de Ibrahim Bey, su doble imaginario, su versión en chico, el nieto que solo había existido como consecuencia de un error telegráfico, el heredero varón cuyo nacimiento había sido erróneamente anunciado poco antes de la muerte del Pachá. Si hubiera sido ella, Leman Leskoviku, nacida hacía seis años en Salónica, el 6 de agosto de 1918, el Pachá tal vez no se habría entusiasmado tanto y el corazón no le habría latido tan deprisa hasta el punto de dejar de hacerlo. Su abuelo habría salvado la vida. Pero ¿habría sido para bien?

–Papá tuvo la gran suerte de dejarnos cuando lo hizo –le oyó decir a su padre en el instante en que Mediha Hanim salía a la terraza, seguida de un ejército de criados a los que iba dando instrucciones, con vigorosos ademanes, sobre dónde debían dejar los tarros–. No habría soportado nada de lo que está pasando.

Tras la muerte del Pachá y la graduación de Selma en el Colegio Americano de Señoritas, Mediha Hanim y su hija abandonaron Constantinopla para reunirse con su familia en Salónica, instalándose en el tercer piso de la gran mansión de Avni Bey con vistas al mar, en el barrio de Kalamariá. La casa, junto con varias hectáreas de terreno en la cercana localidad costera de Volos, la había adquirido Ibrahim Pachá un par de décadas antes, cuando el sultán Abdülhamid ordenó su destierro en Salónica. Una discrepancia en principio menor con la Sublime Puerta sobre la recaudación de impuestos en una remota aldea circasiana se había enconado hasta convertirse en un profundo desencuentro sobre la conveniencia de implementar reformas políticas en Armenia, y de la noche a la mañana el Pachá dejó de ser uno de los consejeros en los que más confiaba el sultán para convertirse en uno de los principales sospechosos de una conspiración contra el Gobierno.

Los primeros meses habían alquilado una lujosa villa propiedad de una adinerada familia de comerciantes judíos, amueblada en el nuevo estilo *alla franca*. Mediha Hanim estaba tan cautivada con la nueva casa que, cada vez que volvía de sus paseos vespertinos por la orilla del mar, exclamaba: «Salonique la Magnifique!» en lugar de «Bonsoir!». En efecto, su morada provisional le parecía tan acogedora que al final deseó convertirla en definitiva, pero como los dueños de la villa eran tan reacios a venderla como estaba ella interesada en comprarla, ambas partes terminaron enzarzadas en una guerra de ofertas y contraofertas en la que Mediha Hanim terminó alzándose con la victoria a un precio exorbitante, un precio que solo podía justificar su más absoluta confianza en que, después de un interminable vagabundeo por las provincias, desde el Danubio hasta Siria y desde la Circasia hasta los Balcanes, Salónica sería el hogar final de la familia.

Pero Alá tenía otros designios, como ella misma reconocería más adelante con una humilde sonrisa. Al cabo de unos años de dictar su exilio, y habiendo quizá comprendido mejor la diferencia entre una conjura «real» y una «imaginaria», el sultán se arrepintió de su decisión. En 1904, dio aviso de que era necesario reclamar la presencia de Ibrahim Pachá en Constantinopla para aconsejar al Gobierno sobre el proyecto de construcción de un nuevo ferrocarril en Bagdad, a lo que añadió un obsequio de reconciliación: una colección de cien canarios en una gran jaula de oro del tamaño de toda una habitación, que llegó a primera hora de la mañana en un vapor, con una nota adjunta, algo misteriosa, escrita del puño y letra del propio sultán: «Los pájaros no tienen pensamientos, pero siempre saben lo que han de hacer: cantar». Y así Ibrahim Pachá no tuvo más remedio que hacer lo propio, cantar, y volvió a mudarse a la capital con su esposa y su hija pequeña, confiando a su hijo ya adulto el cuidado de la casa y las tierras, y dejando atrás también los canarios. Mediha Hanim se aseguró de la supervivencia de la colección: cada vez que moría uno de los canarios, se adquiría prontamente un sustituto para garantizar que el número de pájaros no se moviera de los cien.

Estaba convencida de que los canarios habían traído buena suerte

a la casa, una creencia que adquirió la condición de verdad científica después de dos acontecimientos memorables. El primero, el exilio del propio sultán Abdülhamid a Salónica en 1909, cuando fue derrocado por los Jóvenes Turcos, quienes lo enviaron a vivir a la Villa Allatini, residencia de otro mercader judío, en un cambio de tornas en el que, según Mediha Hanim, solo podía verse una señal de la Providencia. El segundo acontecimiento tuvo lugar en 1917, cuando un incendio apocalíptico destruyó la mayoría de los edificios del centro de Salónica: desde dependencias gubernamentales, casas, hoteles y cafés hasta bancos, comercios, iglesias y mezquitas, cambiando para siempre la faz de la ciudad. Su casa, que estaba cerca de la avenida Vasilissis Olgas, sobrevivió intacta. «Todo el mundo está en llamas», dijo Mediha Hanim cuando su hijo le dio la noticia, «pero Alá nos ha salvado; para nosotros, *c'est toujours Salonique la Magnifique*.»

Más que ninguna consideración de orden práctico sobre su nueva vida como viuda, fue esa relación con Salónica lo que podría explicar la decisión contraria a toda lógica de regresar a la ciudad apenas un año después, justo cuando la mayoría de los musulmanes se desplazaban a Turquía de manera voluntaria y en cada esquina se veía mendigar a los refugiados griegos que habían regresado de la guerra en Anatolia. A veces le costaba a Mediha Hanim encontrar el camino de vuelta a casa, ya que las viejas calles otomanas se habían bautizado con nombres cristianos después de la anexión griega de la ciudad, y las nuevas construcciones empezaban a reemplazar a los inmuebles destruidos por el incendio, pero ni siquiera eso parecía molestarla. Salónica sería siempre *Salonique la Magnifique*.

–Omer, el vendedor ambulante, se marcha mañana –anunció Mediha Hanim–. Se lleva a sus hijos varones. No han encontrado pasaje para todos. Su esposa y sus hijas irán en el siguiente barco, *inshallah, si Dieu le veut*...

Hizo una pausa. Entonces, de pronto, le vino algo a la cabeza que le causó un enorme disgusto.

–¿Y dónde voy a encontrar yo ahora las sanguijuelas? Ay, de

verdad que no necesitaba que me dieran estas noticias hoy. Sí, sé que es tu cumpleaños, *ma chérie*, y que debemos celebrarlo –dijo, volviéndose hacia Leman–, pero últimamente estoy muy mal del estómago... Cuando se agote el suministro de sanguijuelas, no sé cómo me las voy a apañar...

–*Mais, maman* –repuso su hija–. Ese pobre hombre tiene que abandonarlo todo sin saber si la mitad de su familia podrá acompañarle, ¿y solo te preocupan tus sanguijuelas?

Joven alta de facciones delicadas y mirada avispada, Selma llevaba un vestido de seda blanco con un reloj colgante y unos *pince-nez* sujetos a una cadena al cuello donde habría sido de esperar más bien un collar.

–No entiendo cómo puedes hablar así de la gente, como si fueran un rebaño de borregos. Vámonos, Leman. Dejemos que sigan discutiendo sobre esa subcomisión. Nosotras vamos a practicar la lectura –le dijo a su sobrina. Pero Leman se hizo la remolona y terminó sentándose en la falda de su padre.

–Podemos dar gracias a Dios por la subcomisión –continuó Avni Bey donde lo había dejado–. La verdad es que se ha formado bastante cola para hablar, pero al final todo se ha hecho muy metódicamente y esos caballeros de la Sociedad de las Naciones han sido sumamente respetuosos. Qué duda cabe de que nos han concedido la oportunidad de expresar nuestros pareceres por extenso y de manera ordenada. Y además han tomado largas notas...

–Metódicamente... De manera ordenada... Largas notas... Pero ¿tú has bajado al puerto? –lo interrumpió Selma, perdiendo la paciencia, sin decidirse a abandonar la terraza–. Es un caos total –dijo señalando el mar, que brillaba a lo lejos–. Mujeres que gritan, niños extraviados antes de embarcar. No les dejan subir nada a los barcos, así que intentan venderlo todo en los muelles. Podrías comprarte un piso con lo que cuesta el pasaje.

–Discrepo –respondió su hermano con voz pausada–. Habría sido peor todavía sin el acuerdo. Si permiten que la gente haga lo que le venga en gana, este derramamiento de sangre no terminará nunca. No podemos confiar en que los turcos y los griegos lo resuelvan

solos. Es una suerte que hayan firmado un acuerdo. Ahora tienen un marco legal, un acuerdo internacional en el que basarse. Sin él, incluso a nosotros nos habrían desollado los griegos.

–Pero tenían un marco, y lo destruyeron –intervino Mediha Hanim–. Ibrahim Pachá trabajó sin descanso en sus últimos años. Todo el mundo se tomó a risa su propuesta de reforma del imperio desde dentro. La pusieron en el mismo saco que esas ideas extremistas de una federación balcánica, aunque su solución solo implicaba unos pequeños avances, unos retoques técnicos menores, y míralos ahora: ¿a quién acuden? ¿A una liga de Estados? ¿La Sociedad de las Naciones? ¿Hay alguien que sepa qué significa en realidad esa supuesta «sociedad» de las naciones? Lo siento mucho, pero eso de unas antiguas naciones unidas en son de paz no me lo creo. Lo único que veo son nuevos Estados que reavivan viejos conflictos... Y entretanto es la gente inocente la que es masacrada como nunca antes.

–Discrepo –repuso Avni Bey nuevamente, ahora con cierta impaciencia–. Ese marco es fundamental, y el pacto suscrito entre Grecia y Turquía para intercambiar sus poblaciones es una forma muy civilizada de poner fin a la lucha. *Maman*, tú no lo entiendes, vives anclada en el pasado. Y, desde luego, no eres tú la que tiene que preocuparse de las tierras y los trabajadores. Me he pasado todo el día discutiendo de números: quién debe marcharse, cuántos tienen la opción de pensárselo, y si podemos confiar en que los refugiados griegos reemplacen a los musulmanes que abandonen la ciudad. Para ti son todos lo mismo, todos son criados...

Nunca le había gustado ser el único responsable de las tareas de administración, y ese nuevo solapamiento de política y comercio le resultaba casi imposible de comprender. Se ponía especialmente irascible cuando intervenía su madre. En lugar de ayudarlo, le daba la lata con preguntas baladíes, fingía no entender nada, le interrogaba, por ejemplo, sobre por qué las propiedades de la familia habían terminado aquí y no allí, por qué concentrarse en Grecia en lugar de pensar en Albania, como si alguien le hubiera preguntado a él por su opinión acerca de dónde había que trazar la frontera. Preguntas sin ton ni son, pensaba Avni Bey, un mero pretexto para

entorpecer o aplazar decisiones concretas que, en última instancia, solo le correspondía a él tomar.

–Eres tú el que no lo entiende, *mon cher* –dijo Selma con aire desafiante–. *Maman* tiene razón. Había un marco y se lo cargaron. ¿Qué era la Sublime Puerta sino lo que tú llamas un «marco»? Ibrahim Pachá lo vio venir antes incluso de las guerras de los Balcanes hace más de una década. Desde luego, una vez empezadas las masacres, ya no sirvió de nada. Pero nunca le escucharon. No hacían caso de sus sugerencias porque no existía ningún término oficial en el que encajarlas y así hacerlas aceptables, como si ponerles una etiqueta a las cosas pudiera servir para resolver el problema.

–Pero es que es así –intervino el doctor Elías, que había estado escuchando el intercambio mientras fumaba en silencio un puro francés–. Las etiquetas son imprescindibles. Sin ellas, nos quedamos sin definiciones, y sin definiciones nos quedamos sin categorías, y sin categorías no puedes organizar nada: es el caos. Lord Curzon, un inglés muy sabio, lo expresó perfectamente. Llamó al problema la «desmezcla de los pueblos». Pero ¿cómo puedes desmezclar algo si desconoces lo que se mezcló antes?

Mediha Hanim se volvió hacia él con el gesto preocupado. Sentada a la mesa, y agitando un abanico de encaje rosa para refrescarse, cavilaba sobre algo que, a juzgar por cómo fruncía el ceño e inclinaba la cabeza de un lado a otro, no era capaz de resolver.

–Doctor Elías –dijo–, ¿cree que podremos encontrar a otro marchante en el mercado negro? Esas sanguijuelas me tienen muy preocupada.

El doctor Elías negó con la cabeza. Tenía una expresión enigmática que hizo que Mediha Hanim bajara el abanico y lo mirase conteniendo el aliento. Él la miró a los ojos y, tras una breve pausa, seguida de otra misteriosa negativa con la cabeza, retomó el discurso donde lo había dejado.

–Tengo las instrucciones aquí. Las indicaciones que han dado son inequívocas.

Se sacó una cuartilla mecanografiada del bolsillo interior de la

chaqueta y, después de desdoblarla con cuidado, leyó el texto en voz alta:

> Habiendo estudiado en detalle los distintos factores mencionados, la delegación ha concluido que el lugar de origen deberá tenerse en cuenta si hay constancia clara de este en la documentación que el interesado pueda proveer. En consecuencia, si un individuo puede demostrar, ya sea por medio de un documento oficial o por testigos de confianza, que él o uno de sus antepasados paternos procede de un distrito albanés, el origen de dicho individuo no será puesto en cuestión. Por otra parte, la delegación es del parecer que tal decisión no estaría justificada en el caso de aquellas personas de origen albanés que aduzcan, sin pruebas concretas, un origen pelásgico, porque de dicho origen, si pudiera demostrarse, no se derivaría una presunción exclusiva de origen albanés, habida cuenta de que los pelasgos, a saber, los antiguos habitantes de Épiro, fueron los antepasados comunes tanto de los albaneses como de los griegos.

Con movimientos lentos y precisos, volvió a doblar la hoja y se la guardó en el mismo bolsillo.

–Ahí está. No puede quedar más claro. Ahora pensemos en lo que les han preguntado hoy en la subcomisión: «¿Qué son ustedes?».

Hizo una breve pausa, esperando una respuesta a la pregunta, pero al ver que, en la terraza, las caras de los presentes, visiblemente perplejos, encadenaban expresiones de incredulidad, optó por continuar hablando:

–Es una pregunta engañosamente simple, tanto es así que es muy posible que ni siquiera sepa uno por dónde empezar. Sé de lo que hablo, créanme. Nosotros, los judíos, tenemos el mismo problema. Por favor, concéntrense un momento y piénsenlo: «¿Qué son ustedes?».

El silencio continuó reinando. Leman miró primero a su tía, que tenía la vista clavada en el horizonte, luego a su abuela y finalmente a su padre. De pronto, Avni Bey la bajó de su regazo, cogió un collar de cuentas para rezar que había sobre el tablero de mármol de la mesa y las fue pasando de una en una por sus dedos, como si barajara las distintas opciones posibles.

–Parece que no son capaces de responder a esta pregunta –continuó Elías, impasible–. Pero el problema es que se lo piensan demasiado. En realidad solo es una etiqueta, una convención. De hecho, ni siquiera hace falta que tengan una respuesta. Basta con que finjan tenerla, porque hay muchísimo en juego. No se preocupen por la respuesta, digan cualquier cosa, lo que sea. Sin una respuesta, esos caballeros de la Sociedad de las Naciones no sabrían qué hacer para aplicar sus normas, y solo faltan cuatro meses para que venza el plazo para terminar el intercambio. Cuando les dijeron que se habían criado como musulmanes, pero que a veces hablaban *albanés* en casa... En fin, ahí está la cosa, puede ser una zona gris, pero, aun así, de algo vale. Esos caballeros no terminan de decidirse, el marco legal no puede elegir por ustedes, así que deben hacerlo ustedes mismos. No en vano, uno de los criterios esgrimidos es el de «conciencia nacional»; la delegación insiste en que «el deseo manifestado en términos categóricos de la población de ser incluida o no en el intercambio no debe desestimarse».

Se llevó la mano al bolsillo para sacar nuevamente el papel, acaso para confirmar que lo recordaba todo correctamente.

–¡Doctor Elías! ¡Ese papel, esas palabras, otra vez no, por favor! –exclamó Mediha Hanim–. Me provocan retortijones de estómago.

–Vale, vale –respondió él–, pero habrán de convenir conmigo en que es un marco legal sorprendentemente adaptable...

–Bueno, no lo ha sido para el pobre desdichado que acaba de presentarse en nuestra puerta –repuso Selma.

Mediha Hanim vio que Dafne llevaba una bandeja con una jarra de limonada de rosas y le pidió que fuera a buscar los tarros de sanguijuelas. Abrió uno y empezó a contar.

–*Un, deux, trois*... –se la oyó murmurar para sus adentros, pero cuando se mencionó a Omer por segunda vez levantó la vista con gesto esperanzado.

–Ese pobre hombre no eligió nacer hablando turco o albanés –continuó Selma, mirando a su madre–. Tampoco tuvo mucho que decir sobre si ese acuerdo se firmaba o no. Y, aun así, se ve en esta situación: mañana se marcha a donde le dicen que es su hogar,

aunque no lo haya visto nunca y ni siquiera sepa si llegará sano y salvo. Además, todo esto sienta un precedente peligrosísimo. Ahora, cada vez que haya una guerra, les parecerá una idea estupenda empezar a mover a la gente de un sitio para otro, a obligarlos a mudarse de un lado de la frontera al otro, todo en nombre de un asentamiento ordenado. La verdad es que me parece aterrador –concluyó Selma, antes de desaparecer rápidamente en el interior de la casa.

–Recuerdo cómo nos lamentábamos del destierro de Ibrahim Pachá –dijo Mediha Hanim–. Y que incluso él mismo decía que no estaba *bien*, una palabra que no usaba a la ligera, *vous le savez bien*. En fin, por lo menos solo le tocó a él... Ahora los obligan a desplazarse por centenares de miles.

Leman se asustó al oírlo. En función de lo que eligiera llamarse, podía terminar a bordo de un barco lleno de gente y perder a sus padres por el camino.

«¿Qué son ustedes?», las palabras del doctor Elías resonaban en su mente. ¿Era ella Leman Leskoviku o Ibrahim Bey, era un niño o una niña, era griega, turca o albanesa, y, a todo esto, por qué hablaba en francés?

Unas semanas antes, la tía Selma le había hablado de un sitio en Suiza donde la gente se comunicaba en francés –igual que ellos, igual que todas las familias nobles del Imperio otomano– y donde en verano podías bañarte en un lago que se llamaba Leman –igual que ella–, junto a una ciudad que se llamaba Lausana, donde unas personas muy importantes se habían reunido hacía un año más o menos para firmar un documento necesario para hacer la paz después de la guerra. «¿Por qué no lo firmaron antes de que empezara la guerra para no tener que luchar?», preguntó Leman, a lo que Selma sencillamente se había encogido de hombros. En cualquier caso, el documento, le había dicho su tía, una vez firmado, en fin, le decía a la gente lo que era y dónde debía vivir, y, en función de cómo se hicieran llamar, el sitio en el que vivirían podía ser muy distinto del sitio en el que habían vivido antes, y que ese era el motivo de que hubiera tanto ajetreo en el puerto desde hacía unos meses, porque la fecha límite para terminar el intercambio de

población cada vez estaba más cerca. También era el motivo de que en las calles todos se preguntaran unos a otros si se marcharían y cuándo lo harían, si por casualidad tenían algo que vender antes de la partida y si habían encontrado algún hueco en los vapores.

Pero Leman también pensaba en el silencio atronador con el que había sido recibida la pregunta del doctor Elías –«¿Qué son ustedes?»– y en que su padre la había bajado de su regazo justo cuando se le reclamó contestar, como si esa pregunta le hubiera hecho sentir incómodo, o incluso le hubiera molestado, y como si fuera culpa suya que su padre no hubiera sabido dar con una respuesta. También recordó que Selma había intentado, en vano, tranquilizarla, asegurándole que ella no tenía nada que temer. Eran albaneses, claro que lo eran, pero como nunca habían vivido en Albania no eran exactamente como los otros albaneses más allá de las montañas, porque, a diferencia de esos albaneses, en su familia tenían papeles griegos, y, cuando viajaban, todo el mundo pensaba que eran griegos, porque hablaban griego como los griegos. No había servido de nada. Leman sabía que no eran de la misma clase de griegos que los otros griegos, ya que en casa celebraban el Aíd en vez de la Pascua, y por el Aíd invitaban al doctor Elías, que, a menos que fuera sábado, siempre iba a verlos y rememoraba los viejos tiempos. En esos otros tiempos, antes del incendio, decía que los canarios cantaban tan alto como el imán de la mezquita Hamza-Bey, pero que cuando quitaron el minarete de la mezquita el canto de los pájaros se volvió triste. Leman se preguntaba a veces si era verdad. A ella siempre le había parecido que los canarios sonaban alegres. Aun cuando se moría uno de esos cien pájaros, no se notaba, porque los noventa y nueve restantes cantaban exactamente igual. Quizá era el doctor Elías el que se había puesto triste, pensaba.

Pero ahora entendía que había otras personas que celebraban el Aíd, gente como Omer, que no tenía la suerte de poder decir que era albanés y tenía que marcharse por el simple hecho de que esos señores así lo habían decidido a orillas del lago Leman. ¿Eran los mismos señores que habían invitado a su padre a dar su opinión? ¿Y si Avni Bey, en lugar de responder a sus preguntas, hubiera apartado

la vista, perplejo y avergonzado, y se hubiera puesto a pasar las cuentas del collar? ¿Y si la *subcomisión* –ahora sí sabía qué significaba exactamente esa palabra– no se hubiera creído ni una sola de sus respuestas?

Notó que el corazón le latía con fuerza. Las rodillas empezaron a temblarle. Cuanto más lo pensaba, más miedo le daba terminar de un día para otro como Omer y su familia, lejos de casa, de los canarios, de *Salonique la Magnifique*, fletada en un barco como los tarros de sanguijuelas en el saco de Omer, emprendiendo un viaje a Dios sabe dónde. Se marchó corriendo de la terraza al interior de la casa. Volvería a interrogar a la tía Selma, quería saber si esos señores lo habían entendido bien y qué significaba todo aquello. Al fin y al cabo, Selma era la única persona en cuyas explicaciones confiaba sin excepción.

Primero echó un vistazo al salón, deteniéndose ante el gran retrato de su abuelo, Ibrahim Pachá, admirando su porte distinguido, la grave mirada en su rostro, los ojos de un azul intenso, con esa expresión distante que hacía imposible calar sus emociones, el pelo cano que contrastaba con el rojo encarnado del fez. En aquel cuadro todo estaba pensado para colmar al espectador de admiración y respeto. Sin embargo, si ni siquiera aquel hombre que se había batido el cobre toda la vida por salvar al gran sultán del gran Imperio otomano, si ni siquiera Ibrahim Pachá hubiera podido responder a las preguntas de la subcomisión o detener el encuentro de esa delegación reunida a orillas de un lago, ¿qué esperanza les quedaba a personas humildes como ella que no eran lo bastante importantes para que un pintor las retratara en un cuadro?

3. TODO TIENE UN PRECIO

–«Intuí vagamente que no existía emoción del corazón que pudiera influirle. En un ser humano ve un hecho o una cosa, no a su prójimo.» –Leman, a punto ya de cumplir los doce años, hizo una pausa en la lectura y miró perpleja a su tía–. No lo entiendo. ¿No le caía bien?

Selma no la oyó. Tenía la vista clavada en la alfombra, como si hubiera terminado de cavar un gran agujero en el suelo y estuviera comprobando lo hondo que había llegado.

–«Cuesta tolerar que un hombre de su naturaleza inflija tanto sufrimiento a los demás a menos que pensemos que a él mismo lo atormenta su propia naturaleza» –continuó leyendo Leman en voz alta–. ¿Le hizo algo malo a esta señora? –insistió–. Es evidente que no lo soportaba. ¿Él no la amaba?

Selma captó la última parte de la frase. Parecía molesta.

–¿Qué te hace pensar que esto va de una pareja? –preguntó, enojada–. Está hablando de ideas, no de sentimientos. Si quieres amor, lee *Madame Bovary*, no Madame de Staël.

Leman se encogió de hombros y hojeó el libro, demorándose en la cubierta y el principio del capítulo que estaba leyendo: «Madame de Staël. *Consideraciones sobre los principales sucesos de la Revolución francesa*. Capítulo XXVI. Tratado de Campo Formio, llegada del general Bonaparte a París».

Era el cuento de nunca acabar, pensó. Esa *Révolution française*, ¿cuándo terminaría? Selma le había enseñado que era uno de los acontecimientos más importantes de la historia. Su importancia era evidente, dado el terror que había desatado: el terror solía ir de la mano de un fuerte deseo de salvar a la humanidad, le había explicado Selma. Luego le hizo aprenderse de memoria las fechas

clave: 24 de enero de 1789, proclamación del edicto por el que Luis XVI convocaba los Estados Generales; 14 de julio, la Toma de la Bastilla; 26 de agosto, Declaración de los Derechos del Hombre.

Este punto Selma no lo tenía tan claro –a fin de cuentas, la declaración de los derechos era para el *hombre*–, pero las ideas de la Revolución francesa, le insistió, eran lo verdaderamente importante. «Liberté, égalité, fraternité», también le había pedido que las memorizara. Una vez en circulación, las palabras podían ser más letales que las armas más mortíferas. Las personas ya no podían ser consideradas propiedad de Dios, del rey o del sultán, ni siquiera del primer ministro griego, Elefthérios Venizélos, que acababa de resucitar de entre los cadáveres políticos para ganar otras elecciones. Ojalá las mujeres aprendieran a usar esas ideas para luchar por sus derechos. Así, las palabras podrían convertirse en armas también para ellas.

Leman había tratado de imaginar qué aspecto tendrían esas armas, pero por alguna razón que se le escapaba solo se le ocurría pensar en útiles de cocina inofensivos. La *liberté* se le antojaba como esos grandes cucharones que se usaban para servir el potaje de alubias; la *égalité*, como una especie de colador plateado, y la *fraternité*... Esa era un poco más difícil, solo con esfuerzo alcanzaba a visualizarla, por lo general como una serie de rodillos de cocina de distintos grosores y longitudes. También se imaginaba a su madre, Ismet Hanim, empuñándolos en la cocina, porque era en ese espacio donde Ismet solía concentrar sus esfuerzos para salvar a la humanidad: dirigiendo al servicio de la casa, planificando las comidas, cerciorándose de que se serviría el vino indicado con los platos adecuados, y tantas otras cosas. Leman quería a su madre: era cariñosa y muy trabajadora, siempre de buen humor, pero también un poco aburrida; los juegos que se le ocurrían no eran muy emocionantes, nada que ver con las fantasías increíbles que se inventaba Selma. Solo cuando tocaba el piano y cantaba esas preciosas canciones románticas francesas lograba Ismet captar la atención de Leman. Era castaña, tenía el pelo ondulado y lo llevaba en una bonita media melena con la raya a un lado, una concesión a las nuevas tendencias en materia de moda, que parecían ser de gran

importancia para su marido. Casi nunca leía libros: los pocos que caían en sus manos no contenían historias o imágenes, sino solo instrucciones para cocinar. El día que Leman supo de la Revolución francesa, se aventuró en la cocina para informar a su madre de ese punto de inflexión en la historia y se la encontró perdida de harina, preparando la masa para una empanada. Al recibir de Leman la noticia de que las mujeres también tenían derechos, tuvo la extraña reacción de quedarse abatida.

–Si no te gusta cocinar, por lo menos aprende a tricotar y coser –le reprochó–. Tal como van los negocios de tu padre, el día de mañana tendrás que trabajar para ganarte el pan. El bordado te será más útil que todas esas bobadas.

Leman volvió corriendo con Selma para trasladarle las palabras de su madre.

–Ahora vamos a continuar con el ascenso y caída de Napoleón –replicó su tía–. Y, de todos modos, ¿qué hay de malo en trabajar por dinero? Si tú y yo trabajáramos, no tendríamos que vivir de lo que él nos dejó en herencia –dijo, echando una mirada al retrato de Ibrahim Pachá que colgaba de la pared, y por un instante Leman pensó que, en lugar del descolorido fez rojo, llevaba en la cabeza, y del revés, el bol de cobre que usaban para servir el pudin de Noé–. Marengo, 1800; Austerlitz, 1805; Jena-Auerstädt, 1806; Borodino, 1812... También convendría que te aprendieras estas fechas –continuó Selma.

Pero Leman no lo veía claro. ¿Por qué Napoleón se dedicaba a propagar las ideas de la Revolución francesa con cañones y bayonetas de verdad en lugar de utilizar esas palabras mortíferas que acababa de enseñarle su tía? Y, si tanto le gustaba la República, ¿por qué le dio un día por proclamarse rey de los franceses?

–Por eso Madame de Staël lo despreciaba. –Selma se animó–. Ella creía en la libertad. ¿Y qué clase de libertad pueden traer las bayonetas y la guillotina? Quizá Napoleón pensaba que la gente llegaría a quererlo algún día. Eso es lo que tu abuela dice de Herr Gustav. El amor verdadero, por lo visto, es algo a lo que uno tiene que acostumbrarse, como si fuera un salto de cama. Tu abuela está convencida de que algún día llegaré a quererlo, y él, por lo visto,

piensa lo mismo. Pero por lo menos me queda una opción, no tanto *si* me caso con él, sino *cuándo*. Dentro de un rato volverá a pasarse por aquí, pero es que... *es bajito* –dijo con la vista puesta nuevamente en el libro, de suerte que Leman se preguntó si su tía se refería a aquel futuro marido alemán o a este nuevo personaje francés con sus bayonetas y cañones–. «Es mucho más agradable a caballo que a pie. Sea como fuere, es la guerra, y solo la guerra, lo que mejor le sienta» –continuó leyendo.

–¿Tan bajito era? –preguntó Leman, interrumpiendo la lectura una vez más, imaginándose a Napoleón o a Gustav a caballo, empuñando un gran cucharón.

–Más bajito que yo –dijo su tía–. Pero más alto que Herr Gustav.

Dicho esto, Selma se quedó callada, y casi podía oírse el tictac del reloj que llevaba colgado de su largo cuello y el tintineo que hacía cuando chocaba con la cadenita de sus *pincenez*. Con cada choque, reaccionaba sobresaltada, como si hubiera oído ese ruido por vez primera. De niña, todo el mundo le había dicho que se convertiría en una mujer bellísima: tenía unos ojos azules angelicales, pelo negro y tupido, y unas facciones delicadas, como si Alá la hubiera hecho un domingo, estando Él relajado, que era lo que solía decirle su madre. Pero ahora que estaba a punto de cumplir los veintiséis años, llevaba esa belleza con incomodidad, como si fuera un prodigio natural al que nunca había terminado de acostumbrarse. Era una mujer alta y caminaba un poco encorvada, a menudo con la mirada perdida en las páginas de un libro grueso, del que no se separaba ni siquiera cuando comían en familia.

–Algunas mujeres llevan un libro como los hombres llevan un reloj, para que la gente vea que tienen uno –le decía su madre, solo para chincharla.

–Si me hubieras permitido terminar la carrera en Constantinopla, en vez de llevarnos a todos a Salónica, iría con mis libros a la biblioteca de la universidad y no a la mesa del comedor –respondía ella en tono seco.

–«Adiviné antes que los demás (cosa de la que me enorgullezco) el carácter y los propósitos tiránicos de Bonaparte» –continuó leyendo Leman en voz alta.

> Fui la primera mujer a la que envió al exilio. [...] Como las mujeres, por un lado, no le servían para impulsar sus designios políticos y, por otro, eran menos vulnerables que los hombres a los temores y esperanzas que prodiga el poder, le causaban la misma irritación que los rebeldes y se deleitaba dedicándoles comentarios ofensivos y soeces.

–¿Qué tipo de comentarios? –preguntó Leman, pero Selma estaba distraída.

La descripción de Bonaparte, o la imagen mental de Gustav que esa descripción convocaba, parecía angustiarla. Volvió a mirar la alfombra, tejida a mano en colores vívidos. Era un regalo, una pieza confeccionada especialmente para ella hacía años, que debería pasar a su dote, aunque la idea de dote le inspiraba tanto temor como ese futuro matrimonio para el que la estaban preparando. La inquietaba toda esa colección de objetos –bordados, ropa, alfombras–, cuya paulatina acumulación tenía por objeto endulzar la brusca irrupción en su vida de un desconocido con el que, en lo sucesivo, habría de compartirlo todo. ¿Todo? Negó con la cabeza, con gesto mecánico, de izquierda a derecha, y luego volvió a bajar la mirada y pareció abandonarse nuevamente a la excavación del suelo que cubría la alfombra, un rectángulo azul turquesa cubierto de flores amarillas con el nombre de Dafne bordado en la esquina inferior derecha.

Dafne se había unido a la familia de Ibrahim Pachá como doncella cuando tenía unos quince años, el día en que los revolucionarios armenios intentaron asesinar al sultán Abdülhamid. Nunca supo qué día había nacido, pero esa otra fecha sí la recordaría siempre: el 21 de julio de 1905. Corría el rumor de que había estado en la habitación de Ibrahim Pachá cuando este exhaló su último suspiro, y que en torno a su muerte había un misterio que solo Dafne podría revelar. Sin embargo, nunca había confirmado ni negado esas habladurías, en parte por temor a que Mediha Hanim pudiera tomar represalias, y en parte porque era de la misma opinión que el doctor Elías, en el sentido de que en última instancia daba lo mismo, pues en la muerte todos somos iguales. Prefería concentrarse en la vida, y

se había marchado con la familia a Salónica, dedicándose al cuidado de Leman, entonces una recién nacida. Más adelante, Selma le había enseñado a leer y escribir, Leman le había enseñado a decir «Comment allez-vous, monsieur?», y Dafne, de cuya voz se decía que aventajaba a la de Rosa Eskenazi, la cantante judía de *rebetiko* que deleitaba a los parroquianos de las tabernas tesalonicenses, les había enseñado a ambas una canción de cuna sobre unos canarios, procedente de la aldea anatolia en la que había nacido. A veces se mostraba reacia a cantar, porque aspiraba a convertirse en una niñera como es debido, como todas esas señoritas suizas que trabajaban ahora para las familias acomodadas de Salónica, y se preguntaba si cantar sobre unos canarios era algo que esas niñeras suizas harían, ya que creía a pies juntillas que esas mujeres debían de atesorar unas aptitudes extraordinarias que ella nunca podría poseer, como la puntualidad, la capacidad de no meter las narices en asuntos ajenos y la que más difícil le parecía: la indiferencia emocional.

A veces intentaba dominar esas dos primeras aptitudes, y estaba firmemente convencida de que lo había logrado con la tercera. Pero entonces llegó la orden –de Suiza, nada menos– de que debía abandonar Salónica y trasladarse a Sille, en Anatolia, donde Dafne había nacido como turca musulmana, y en ese instante la idea de que una niñera suiza pudiera sustituirla se convirtió en la maldición que siempre había temido. Durante un tiempo tuvo la esperanza de que Avni Bey encontrara una solución, sobre todo después de que él escribiera a la subcomisión interesándose por si Dafne podía ser considerada propiedad de la familia, en cuyo caso se le permitiría quedarse con ellos en Grecia. Pero después de cumplimentar algunos formularios más, y de que se remitieran varios documentos para su examen, resultó que, por desgracia, a ojos de la ley, Dafne tendría que ser su propia dueña.

Cuando Avni Bey le transmitió la noticia –por lo general, ella solo se comunicaba con Ismet Hanim, pero la gravedad de la situación exigía otros conductos–, mantuvo la compostura y guardó silencio durante toda la explicación. Incluso le dio las gracias al final con una escueta reverencia, tal y como las había visto (o imaginado) hacer a

esas niñeras suizas. Hizo su única maleta y procuró no molestar a nadie con las infinitas preguntas que le impedían conciliar el sueño por la noche. Parecía plenamente preparada para pasar página. Intentaba pensar en el lado bueno, en el hecho de que, siendo ahora ella misma de su propiedad, podría encaminarse a cualquier sitio que se le antojara, bueno, quizá no a cualquier sitio, pero sin duda sí a «cualquier sitio» de Turquía o por lo menos de Sille, en Anatolia. Le daba tranquilidad saber que ese espacio que era «cualquier sitio de Turquía» lo había creado Atatürk, un chico de Salónica que había crecido en las mismas calles a las que ella iba a comprar, en el barrio de Koça Kasim Pachá, y que a lo mejor, quizá como ella misma, también había rezado en la mezquita de Hamza-Bey. Y en cuanto a esos señores reunidos en Suiza, seguro que no hacían las cosas al buen tuntún, pensaba, o al menos intentaba convencerse de que eso era lo que pensaría una niñera suiza. Pero entonces oyó el rumor de que las autoridades griegas planeaban incluir a todos los fieles que iban a la mezquita de Hamza-Bey en una lista de «propiedades intercambiables», y convertir el edificio en una central telefónica. Y la idea de que hubiera gente allí que en lugar de susurrar *Allahu-akbar* mientras rezaba mirando a La Meca se dedicara a pegar gritos y discutir entre sí en griego a través de un cable negro la sumió en la zozobra. Descubrió que nunca había dominado la indiferencia emocional ni de lejos. Quizá, de hecho, se había equivocado por completo al verse a sí misma como una niñera suiza en ciernes. En los días y semanas anteriores a su partida, de pronto salía corriendo a la terraza, donde escuchaba el canto de los canarios o sollozaba inconsolablemente, aunque las más de las veces lo que hacía era lanzar todo tipo de improperios turcos al mar en el horizonte. De noche, cuando había terminado todas las tareas del día, se sentaba y se ponía a tejer una alfombra azul que quería darle a Selma como regalo de despedida. Cantaba la canción de los canarios a media voz, tejiendo y llorando a un tiempo, rezando por despertar al amanecer y encontrar la labor de la alfombra deshecha.

–Es para su dote, para cuando se case el día de mañana –fue cuanto acertó a decir mientras abrazaba a Selma en el muelle de salidas, temblando como un sonajero en manos de un bebé–. No

estaré el día de su boda, pero cuando camine sobre la alfombra en su nuevo hogar se acordará de la pobre Dafne y de todas las lágrimas que derramó cuando la obligaron a abandonar su vieja vida en el único sitio en el que quiso vivir...

–He estado a punto de comprar esa misma alfombra en el mercado Kapani –susurró una voz conocida, con un marcado acento alemán, detrás de Selma.

Gustav Heym se había colado en el salón sin anunciar su presencia y había avanzado, sin que nadie lo viera, en dirección a ella, como una mancha que se extiende discretamente. Cubierto con un chaquetón negro abotonado hasta el cuello, del que surgía una cabecita de calvicie incipiente, Heym tenía los ojos grises y fríos, y una expresión calculadora que recordaba al letargo invernal y el espíritu emprendedor de su ciudad de origen, en tiempos un importante puerto hanseático en el mar del Norte. Había estado observando la lección desde la distancia, y Selma, ahora que el alemán se le acercaba, notó que se le adhería a la garganta un fuerte olor a tabaco que le revolvió un poco el estómago.

Gustav Heym había visitado pocas veces Salónica, aunque su madre había nacido no muy lejos de allí, en la ciudad portuaria de Kavala, en una familia adinerada de terratenientes. Su padre había sido dueño de la mayor empresa tabacalera de Hamburgo, y se había hecho rico gracias a los contactos de su esposa en unas tierras que en aquel entonces eran uno de los principales centros de cultivo tabaquero en el Imperio otomano. La madre de Gustav había muerto joven y él apenas guardaba recuerdos de ella. Su padre había sufrido de depresión desde la muerte de su esposa y se ahorcó muchos años después, momento en el que le correspondió al joven, que hasta entonces solo había mostrado interés en fumar tabaco y no en producirlo, hacerse cargo de la empresa familiar. Era, sin embargo, un hombre vago y arrogante: después de matricularse en una universidad berlinesa para estudiar Arquitectura, abandonó los estudios cuando suspendió el primer examen de proyectos, achacando a la mediocridad del profesor su pertinaz falta de

inspiración. Aun así, se tenía a sí mismo por un hombre de cultura y, para demostrarlo, de vez en cuando se dejaba caer por el teatro para disfrutar de alguna de las óperas de *El anillo del nibelungo* de Wagner, aunque, llegado el inicio del segundo acto, solía tener ataques de jaqueca y se marchaba. En la misma vena, a veces se dejaba ver en el estudio de su padre con un ejemplar de cierto libro sobre la genealogía de la moral –estimaba especialmente un fragmento de una frase en el que se condenaba «la moderna molicie de los sentimientos»–, pero apenas llegaba a leer las primeras páginas. La política solo le interesaba superficialmente, aunque, cuando la guerra empezó, se convirtió en un fervoroso patriota. No necesariamente porque amara Alemania, huelga decirlo, pero, como la guerra exigía tomar partido, alimentar cualquier sentimiento por el enemigo que no fuera el odio habría reclamado un grado de reflexión que Gustav solo era capaz de alcanzar después de unos cuantos vasos de cerveza norteña, y, en cualquier caso, esa mínima lucidez quedaba prontamente desplazada por la resaca de la mañana siguiente.

–Herr Gustav, llega temprano –dijo Selma cerrando los libros y recogiendo las hojas de apuntes esparcidas sobre la mesa del estudio, urgiendo a Leman a hacer lo mismo. Cuando terminó de ordenar las cosas de la mesa, se dirigió a una butaca de terciopelo verde, donde se sentó cruzando las piernas. Siempre había algo inescrutable en su expresión, un aire de formalidad que observaba incluso en presencia de sus parientes más cercanos. Había heredado la mirada inquisitiva de su padre y un gesto ligeramente frío y, a veces, desdeñoso que obligaba a quienes se le presentaban a bajar los ojos, como si los hubieran descubierto cometiendo un delito.

–Pensé que el paseo por el mercado me iba a llevar más tiempo –farfulló Gustav.

Bajó la mirada, medio intimidado, medio enfadado por que Selma lo tratara con semejante condescendencia. Estaba a punto de convertirse en su prometida, o por lo menos eso le habían asegurado, pero le ofendía la distancia que ella interponía entre

ambos, las reprimendas que podían leerse en su expresión austera. Su forma de responder a las preguntas, con réplicas secas, hacía que el trato con ella resultara incómodo y, pese a su habitual elocuencia, le costaba encontrar temas de conversación que les interesasen a ambos.

–Es una maravilla ver lo bien que se han instalado en el mercado los refugiados que han llegado de Turquía, ¿no? –dijo mientras ella seguía fulminándolo con su mirada de basilisco–. A ver, está un poco de bote en bote, y no diré que el ruido no sea insoportable con todas esas obras de modernización después del incendio, en la calle Egnatia. Pero ¿qué bazar no es un hervidero de gente? –Selma guardó silencio, como si su voz estuviera sellada en un tarro de sanguijuelas–. Y, desde luego, en cuanto oyen a alguien que habla con acento extranjero, los precios se disparan... ¿Se ha fijado, mademoiselle? –preguntó con una risita–. Me hace pensar que la prensa exagera cuando se pregunta si los griegos de Asia Menor son griegos de verdad o se cuestiona la bondad del intercambio de poblaciones... A fe mía que esos refugiados han aprendido a comportarse como los oriundos...

Selma había planeado responder con un par de frases educadas, pero el tono con el que había pronunciado «intercambio de poblaciones» –expresión que detestaba– la irritó y prefirió permanecer callada. Azorado, Gustav se volvió hacia Leman con gesto expectante, como si hubiese ido a ver a la niña. A Leman le dio un poco de pena.

–¿Es usted un hombre de negocios? –preguntó.

Gustav asintió con vehemencia, antes de volverse nuevamente hacia Selma.

–Iba a comprar una alfombra por cinco mil dracmas. –Había una nota de desesperación en su tono mientras intentaba comunicarse a cualquier precio con su prometida–. Al final me he inclinado por esta preciosa daga otomana antigua.

Después de abrir la bolsa de papel que llevaba, extrajo de su interior una pequeña daga de apariencia antigua y empezó a pasársela de mano en mano, blandiéndola ceremoniosamente en el aire unas cuantas veces. Entonces, con gesto dubitativo, se la

ofreció a Selma. Reacia a aceptarla en un primer momento, a la postre tendió la mano para recibirla y enseguida se puso a estudiar el mango. Cuando reparó en la reveladora impresión que lo adornaba, obsequió a Gustav con una sonrisa educada y decidió que el humillante descubrimiento podía esperar.

–Interesante –susurró, pasándole la daga a Leman, quien también fue directa a estudiar el mango. «Made in Germany», leyó mentalmente, intercambiando una sonrisa de complicidad con su tía–. Una ganga, evidentemente.

–Sin duda tirada de precio. –Gustav contenía a duras penas el orgullo–. En realidad no se trata del precio, pero tiene que haber cierta..., a ver cómo lo expreso, cierta justicia en el intercambio. A uno no le apetece sentirse, y ruego que me perdone la expresión, estafado por esos refugiados de Anatolia. Me pregunto cuánto le habrá costado esa alfombra.

–No la compramos –saltó Leman–. Es un regalo de Dafne.

–¿Dafne...? –Gustav parecía desconcertado–. ¿Quién es?

–Es nuestra doncella –murmuró Leman, y la tristeza se adueñó de su rostro. No soportaba referirse en pasado a su amada niñera, pese a que ya habían pasado varios años desde que Dafne se había marchado.

–¡Una artista maravillosa! –tronó Gustav, mirando con gesto anhelante a Selma–. ¿Qué cree usted, mademoiselle? –insistió–. ¿A cuánto habría vendido Dafne esta alfombra?

«Este hombre solo sabe pensar en comprar y vender», pensó Selma. «Así es como ve el matrimonio. Como un contrato para el usufructo de las partes íntimas.»

–¿Y si Dafne no hubiera querido vender la alfombra, Herr Gustav? –preguntó desanimada.

Sonriendo con candidez, y sin percibir la rabia en su voz, Gustav se inclinó sobre la alfombra y acarició suavemente las flores amarillas que la adornaban, como si esperase que el objeto, si lo manejaba de manera apropiada, fuera a resolverle el misterio de su propio valor.

–Mademoiselle –susurró, arrimándose tanto que a ella no le quedó más remedio que abandonar la butaca–, todo consiste en poner

sobre el tapete la cantidad adecuada. –Levantó la voz al tiempo que se sentaba en la butaca de Selma–. A fin de cuentas, todo tiene un precio.

4. ASUMIR RIESGOS

Tuvieron que transcurrir varios años desde la muerte de su padre para que Gustav empezara a verse a sí mismo como un hombre de negocios. Heym padre había dejado una nota de suicidio en la que le suplicaba a su único hijo que salvara la empresa familiar a toda costa, una extraña petición viniendo de alguien que había decidido que su vida no era digna de ser salvada, o eso pensó Gustav cuando decidió ignorar los deseos de su padre. Nunca había sentido nada por el viejo, que lo había enviado a un internado cerca de Trieste poco después de la muerte de su madre: ni hostilidad ni afecto, ni rencor ni lealtad. Había encontrado la nota perfectamente doblada en el bolsillo interior de la chaqueta de su padre, cuando lo descubrió colgado de una farola, con las gafas suspendidas de la oreja izquierda y una escalera volcada a la derecha. Volvía a pie de la ópera una noche ventosa de invierno cuando divisó a lo lejos algo que parecía flamear como una bandera, hasta que se dio cuenta de que la bandera era su padre. Le molestó no tanto lo ocurrido, cuanto todas las obligaciones burocráticas que repentinamente cayeron sobre sus hombros: los telegramas para anunciar la muerte, el funeral, el testamento. No quemó la carta; de haberlo hecho, habría tenido algún valor para él. En vez de ello, dejó que criara polvo en el estudio de su padre, donde ahora estaba sentado, sin que nada lo molestara, leyendo su nuevo diario favorito, el *Völkischer Beobachter*.

En 1929, varias décadas después de la muerte de su padre, el negocio familiar pasaba por dificultades, aunque no todo podía achacarse a la irresponsabilidad de Gustav. La inflación no daba tregua, empresas tabacaleras más grandes como Reemtsma, Haus Neuerburg, Garbáty y Greiling habían formado cárteles que copaban

casi el noventa por ciento del mercado. Empresas más pequeñas como la de Heym corrían el riesgo de ser arrasadas por la competencia, aun cuando estuvieran lideradas por empresarios dinámicos. Tras el final de la guerra, Alemania había perdido territorio y colonias, y las durísimas cláusulas impuestas por el Tratado de Versalles hacían muy difícil encontrar sitios en los que abastecerse de materias primas en buenas condiciones. La entrada en vigor de un nuevo gravamen sobre la hoja de tabaco almacenada en fábricas perjudicó especialmente a las pequeñas empresas. Hasta el estallido de las guerras de los Balcanes, gran parte del tabaco llegaba del Imperio otomano a través de la línea de ferrocarril entre Trieste y Dresde. Ahora, el mercado se había fragmentado mucho más, pero los consumidores alemanes de cigarrillos, conocidos por su reticencia a experimentar con las marcas estadounidenses y europeas, no abandonaban su preferencia por las variedades orientales, más suaves y dulces. Había una elevada demanda de cigarrillos, pero los costes de producción se habían vuelto prohibitivos, lo que dejaba en una difícil situación a empresas como la suya.

Solo cuando se dio cuenta de que su supervivencia le iba en ello, se interesó Gustav seriamente por su empresa tabaquera. Se dejaba caer por las oficinas varias veces a la semana y se pasaba infinidad de horas meciéndose en el balancín de cuero rojo de su padre. Revisaba los gráficos de ventas, se enfrascaba en la lectura de las estadísticas y estudiaba las estrategias de la competencia con un tesón del que Heym padre jamás habría imaginado capaz a su hijo, como tampoco habría podido prever las circunstancias que habían provocado ese cambio drástico en su actitud. Un día, un asistente a una reunión celebrada en la empresa recordó las palabras de su padre. «Rescatar un negocio moribundo», había dicho Heym padre como un general que contempla un campo de batalla desierto, «se asemeja a librar una guerra asimétrica. Solo hay una cosa que pueda cambiar el sentido de la fortuna: el arrojo de los soldados comunes. Y el equivalente en el terreno comercial de la excelencia militar es asumir riesgos.»

Asumir riesgos. Espoleado por esas palabras, Gustav partió rumbo

a Kavala, la ciudad natal de su madre. Quería proveerse de hoja de tabaco más barata reverdeciendo los contactos familiares de su madre, pero al poco de su llegada descubrió que todos los parientes que le quedaban en aquella ciudad habían sido deportados después de que los búlgaros ocuparan la ciudad. No fue capaz de recordar adónde se los habían llevado exactamente, ni por qué motivo, aunque en cualquier caso poco importaba para su empresa tabaquera. «Ocurrió durante la guerra, no sé más», le explicó a Avni Bey la primera vez que se vieron en la Asociación Tabaquera de Salónica.

Habían trabado relación durante una de las reuniones habituales de comerciantes y productores, después de una sesión en la que Avni Bey se había puesto en pie para expresar su protesta frente a la demanda de un delegado que exigía que los obreros y los campesinos tuvieran la misma representación que los empresarios en una comisión en la que se debatían las políticas crediticias. «Nadie les niega cierta representación», había gritado Avni Bey, encolerizado, mientras agitaba en el puño las cuentas de su collar de oración, «pero ¿la misma? ¿Han conocido estos caballeros alguna vez a un campesino o a un obrero de verdad? ¿Son conscientes de que esos personajes apenas saben contar hasta diez, incluso si utilizan los dedos de las manos?»

Durante la pausa, Gustav lo siguió hasta un pasillo para agradecerle personalmente la valentía de la que había hecho gala durante la reunión.

–Monsieur –dijo con su fuerte acento alemán–, quiero manifestarle mi gratitud por manifestar con tanta claridad y consideración lo que todos pensábamos, pero, por desgracia, no tuvimos la gallardía de expresar. En mi país, esas opiniones son hoy tabú: ahora tienen partidos para esos *obreros* y *campesinos*, ¿sabe? –añadió con una sonrisa desdeñosa–, y también tienen escuelas del partido, en las que enseñan a todo quisque a leer, contar y odiar. Ojalá hubiera más hombres como usted*, cher monsieur*, dispuestos a decir lo que piensan como acaba de hacer, a decir en voz alta «hasta aquí hemos llegado». Si fuéramos más valientes y menos borregos, si no hubieran muerto en la guerra los hombres de verdad, ahora

podríamos reaccionar a la amenaza judeo-bolchevique con la contundencia que merece...

La última parte de la frase no se la esperaba Avni Bey. Pero intuyendo que no sería oportuno mencionar que, al menos en lo que a él respectaba, la única amenaza seria para la paz era Mustafá Kemal Atatürk, se limitó a asentir vigorosamente mientras se frotaba las manos con emoción, y luego, tras un breve intercambio de cumplidos, propuso continuar la conversación tomando una copa y cenando en el recién renovado Hotel Continental. El alcalde seguramente iba a presentar allí próximamente la segunda edición del concurso de Miss Salónica, le explicó guiñándole el ojo, para hacer que la invitación resultara más tentadora.

Apenas acababan de tomar asiento, pedir un *meze* de sardinas y descorchar la primera botella de ouzo cuando Gustav le confesó lo mucho que detestaba la «moderna molicie de los sentimientos» que mostraban los Gobiernos liberales de Europa: un día subían los aranceles, otro día los bajaban; un día decidían disciplinar a los obreros, otro día se doblegaban a sus demandas.

–Lo que me saca de quicio –continuó Gustav, deseoso de desarrollar la metáfora marcial de su padre– es toda esta cháchara de que la guerra ha terminado y que ahora debemos cooperar para fomentar la democracia y la paz. Bueno, quizá sí ha terminado, monsieur, aunque solo para los políticos, no desde luego para los empresarios, no para hombres como nosotros.

–Por supuesto, *mein Herr*. –Avni Bey se expresó categóricamente, como un soldado que repite las órdenes de su general–. El mercado es nuestra trinchera.

Dicho esto, se rascó un momento la cabeza como si buscara algo que añadir, pero, al ver que no se le ocurría nada, se llevó la mano al bolsillo interior de la americana y extrajo una pequeña tabaquera de plata, tomó un cigarrillo para él, le ofreció otro a Gustav, quien declinó el ofrecimiento con cortesía, y dio varias caladas con gesto contemplativo.

–Considere, por ejemplo, este cigarrillo, *mein Herr*. No sabe a nada. ¿Por qué? Porque desde que el Gobierno regaló a todo el mundo un terreno en el que cultivar tabaco, la calidad ha bajado en

picado. ¿Qué puede esperarse ahora que los trabajadores se creen en el derecho de comportarse como si fueran propietarios y los propietarios se ven obligados a negociar con los trabajadores?

El único motivo de que siguiera fumando, le explicó, era porque así podía defender su postura desde una posición de autoridad. Elefthérios –Avni Bey solo había visto a Venizélos una vez, en un mitin electoral, pero tras haber recogido el sombrero del primer ministro cuando se le cayó al suelo se sintió con el derecho de sentarse en las primeras filas y referirse a él, en lo sucesivo, por su nombre de pila–, Elefthérios, pues, había cometido un error catastrófico al aceptar el argumento del Gobierno turco de que las propiedades griegas en Asia Menor valían mucho menos que las propiedades musulmanas en Grecia. Ahora todo el mundo estaba pagando caro ese error, y todo el mundo estaba enfadado.

Como a Gustav, a Avni Bey los negocios no le marchaban tan bien últimamente. Las oportunidades comerciales escaseaban y estaban sometidas a una regulación más estricta. Desde luego, cabía la posibilidad de establecer algún vínculo con Europa a través del desaparecido Imperio otomano. Su padre había sido pachá, decía con una pizca de orgullo, ¿sabía Gustav que era un título de alto rango? No importa, añadió con una sonrisa afable, todo era más fácil antes. En aquel entonces, no hacía falta vérselas con competidores de Bulgaria o Turquía. Ahora, en esos países las empresas se beneficiaban de las mismas redes comerciales, pero no estaban tan encorsetadas. No era fácil obtener crédito del recién creado Banco Agrícola de Grecia. Con los impuestos por las nubes y toda esa regulación, la mayoría de los comerciantes vendía por debajo del precio de coste. Hizo una pausa para vaciar otra copa de ouzo y sintió cómo se extendía el calor en su garganta.

Quizá no deberían haberse quedado en Salónica, continuó. Las tierras obtenidas en Grecia a cambio de las que habían vendido en Turquía resultaron ser mucho menos productivas de lo que había imaginado en un principio. El valor de sus últimas inversiones en bolsa se había hundido. La gente a la que empleaba, en su mayoría refugiados, dedicaba más tiempo a difundir eslóganes políticos que a cosechar la hoja de tabaco. Además, tenía que vérselas con varios

sindicatos de trabajadores: cada vez eran más agresivos e iban inflándose como el vientre de una embarazada. Pero, aun sin contar con ellos, más de un millón y medio de griegos habían huido de Asia Menor desde el hundimiento del imperio. El Gobierno les había dado tierras en las que cultivar hoja de tabaco como forma de subsistencia y, en efecto, siempre había sido un negocio sumamente lucrativo, pero ¿qué sector podía dar acomodo a un millón y medio de refugiados, aun en el caso de que todos ellos resultaran ser empresarios competentes?

–*Mein Herr*..., amigo mío –continuó Avni Bey–, el mercado es como un bebé que acaba de despertarse llorando y al que hay que arrullar para que vuelva a dormirse. Tenemos que cantarle nanas y pasearlo de puntillas hasta que deje de dar la lata y se tranquilice. Pero la pregunta que hay que hacerse es por qué empezó a llorar.

Se frotó los ojos y echó un vistazo a su alrededor, como si después de caer rendido de sueño en un largo viaje en tren acabara de despertarse y hubiera reparado en lo lejos que había llegado y en lo ajeno que le resultaba todo. Ya no podía reconocer el rostro de los camareros que servían las mesas, las voces de los otros comensales le parecían algo amenazadoras y sus palabras le resultaban ininteligibles, y ese caballero alemán que tenía sentado enfrente, y a quien había conocido hacía tan solo unas horas, de pronto se le antojaba la única persona en el mundo que podía prestarle atención y comprenderle. Empezó a toquetear las cuentas de su collar de oración y volvió a coger el vaso torciendo el gesto.

–Esos mismos caballeros que nos han soltado el sermón sobre el espíritu de Ginebra y han alabado las virtudes del libre comercio –dijo en tono de triste resignación– son los mismos individuos que ahora protegen los intereses comerciales de sus países como una virgen defiende su virtud.

Pegó otro trago de ouzo y se le agrió el ánimo.

–La producción de tabaco, así lo llaman –dijo poniendo una mueca–. Más bien deberían hablar de sobreproducción. A la gente le crecen hojas de tabaco de las orejas, y los cigarrillos son espantosos, no he fumado cosa peor en la vida. Pruebe uno si no

me cree –le instó, deslizando la pitillera de plata sobre la mesa hacia su nuevo amigo.

Gustav rehusó educadamente por segunda vez y luego, como si quisiera excusarse por la negativa, alabó las bebidas, los camareros y la comida, volviéndose hacia el *meze* de sardinas con un gesto de extrema concentración.

–Espantosos, espantosos –repetía Avni Bey mientras encadenaba varias caladas al cigarrillo, inhalando y exhalando rápidamente, llevando cada vez más humo a los pulmones, sintiendo un ardor en la garganta cada vez más intenso–. Verá, *mon ami* –dijo, señalando el pescado en el plato de su amigo–, todos somos como esa sardina, siempre intentando salvarnos de los tiburones.

Gustav esbozó una sonrisa de incomodidad. La pequeña calva en su coronilla había adquirido una preocupante tonalidad de un rojo oscuro.

–Sí, tiburones, son todos unos tiburones, y no exagero –repitió Avni Bey–. ¿Cómo ven sus socios alemanes todo este enredo?

–¿Mis socios? –Gustav no entendió de entrada a qué se refería. Luego, respiró hondo y dijo–: No tengo socios. Voy por libre.

–¡Bravo! –exclamó Avni Bey–. Yo me he rodeado de mujeres. Mi madre, mi esposa, mi hija. No puedo confiar en nadie...

Le explicó que recientemente había preguntado a Mediha Hanim cómo veía la situación y que a ella, después de ignorarlo un momento, solo se le ocurrió hacerle una recomendación: «¿Vender las tierras de Leskovik?».

–Leskovik está justo al otro lado de la frontera –le aclaró Avni Bey–. La familia de mi padre tiene propiedades allí. Es un sitio precioso, con tierras fértiles y aguas termales, y hace años él desembolsó una gran suma de dinero para la construcción de una mezquita en el pueblo. Antes era un centro importante. Al llegar la guerra hubo que pagar el precio, como en todas partes. Ahora es tierra yerma, en gran medida. La historia avanza, o eso dicen. Porque en el caso de Leskovik sobre todo ha ido hacia atrás...

Aun así, esa ocurrencia era típica de su madre, dijo. Solo a una mujer podía ocurrírsele proponer vender un bien inmueble en plena recesión. Sin embargo, al pronunciar esas palabras tuvo una idea y

los ojos se le iluminaron. La voz le temblaba de emoción. Estaba inquieto como un colegial que acabara de resolver de pronto una ecuación difícil. Leskovik... Leskovik se hallaba ahora en Albania, pensó, sorprendido por no haber reparado hasta entonces en ese detalle. Leskovik... Albanés... Albania..., repetía, primero para sus adentros, luego en voz alta, y lo que hasta entonces solo había sido una lengua que sabía hablar se convirtió en un país real, en una solución. El Ministerio de Asuntos Exteriores del Gobierno albanés había enviado una circular a sus legaciones diplomáticas en la que informaba de oportunidades empresariales en el país, y el nombre de su familia constaba en la lista. Quizá había sido demasiado prudente al pensar solamente en Salónica, quizá su nuevo amigo estaba en lo cierto. Aquello era una especie de guerra, a fin de cuentas, y tenía que unirse a las filas de quienes asumían riesgos. Tiró la colilla, vació otra copa de ouzo y esta vez fue el fuego de la esperanza lo que sintió arder en su garganta.

–Tengo una idea –dijo, y se apresuró a explicársela a su nuevo amigo.

Si los dos se convertían en socios comerciales, Gustav podría ser el primero en llevar maquinaria al país como la que tenían en Alemania. Las técnicas modernas podrían contribuir a recortar los costes de la cosecha del tabaco, necesitarían menos trabajadores y los beneficios no tardarían en llegar. En lo político, había poco que temer: en Albania no existían los movimientos obreros porque no había fábricas, ni capitalistas, ni producción industrial, solo campesinos y bandoleros, o bandoleros y campesinos, y unos pocos caballeros como él mismo y sus esposas amantes de Balzac. Habían ensayado políticas progresistas alguna que otra vez, reconoció Avni Bey –y con esta última ronda de bebidas su actitud había adoptado un tono más confesional–, pero la cosa no había terminado de despegar.

–Hubo una supuesta revolución democrática en plena canícula hace unos años –dijo–, pero enseguida quedó en nada. Solo los bolcheviques reconocieron el nuevo Estado.

Al oír la palabra *bolcheviques*, Gustav le dirigió una mirada cómplice. Ahí había, por fin, alguien que lo entendía, pensó, alguien

con quien podría entablar relaciones comerciales: el empresario había encontrado al terrateniente. El primer ministro, prosiguió Avni Bey, se había proclamado rey de los albaneses hacía poco, y había prometido traer la ley y el orden al país. Ahmet Zogu, así se llamaba, ¿por casualidad había oído hablar Gustav de él? El gesto del alemán se volvió sombrío, como si estuviera indagando en lo más recóndito de su memoria en busca de algún recuerdo de ese político convertido en rey, en cuyas manos podía descansar en lo sucesivo la suerte de su empresa.

–Mejor un monarca autoproclamado y enérgico que uno de esos reyes amodorrados hereditarios –comentó cuando vio que no se le ocurría nada que decir. Ahora fue Avni Bey quien asintió vehementemente con la cabeza: el terrateniente había encontrado al empresario.

–Nos vendría bien uno así en Alemania –dijo Gustav–, *ohne Diskussion*.

Algo aturdido por la bebida, Avni Bey se preguntó si, con «uno así» y «sin discusión», Gustav se refería a que necesitaban un terrateniente o un empresario o un rey autoproclamado. Pero a fin de cuentas qué más daba. Mientras «uno así» no fuera un campesino o un obrero sindicalizado, todo iría estupendamente, de modo que asintió y, con la cabeza dándole vueltas como un derviche girador, sirvió a Gustav otra copa de ouzo.

El alemán apartó la bebida; necesitaba pensar. Sus conocimientos sobre Albania eran muy escasos y nunca se había visto en la necesidad de reflexionar sobre lo poco que sabía de aquel país. Los periódicos solían describirlo como una tierra de pastores, caciques y fanáticos de toda laya y condición, de mujeres con velo y perros asilvestrados, un país en una transición de nunca acabar que no lograba dejar atrás las reyertas familiares para integrarse de una vez en la Sociedad de las Naciones. La familia era sagrada: todo dependía de ella, desde la crianza de los hijos a la protección brindada a los extranjeros. En casa del anfitrión, el invitado era Dios: la familia lo defendía como si fuera uno de los suyos. Lo que en realidad no era más que otra forma de expresar que el país carecía de un cuerpo policial moderno. Los albaneses eran célebres por la

desconfianza que se tenían entre sí; ¿cómo podía ser alguien tan ingenuo como para confiar en ellos?

Aun así, a Gustav le agradaba la idea de que esa nueva familia albanesa ocupara el lugar de sus familiares búlgaros deportados. Asume el riesgo, se repitió para sus adentros. O más bien: Encuentra a alguien que asuma ese riesgo por ti. Pero ¿eran los albaneses capaces de firmar contratos sin implicar a sus primos? ¿Qué lazos, al margen de los de sangre, podían ser vinculantes? Reflexionó un momento y luego se volvió hacia Avni Bey.

–¿Dijo que tenía una hermana? –preguntó–. ¿Qué edad tiene?

5. UNA HABITACIÓN LLENA DE HUMO

–En mi opinión, lo primero que hay que hacer es casarse. Ya habrá tiempo más adelante para enamorarse de quien lo merezca –proclamó Mediha Hanim, agitando su abanico de encaje con creciente inquietud, en un intento desesperado por convencer a su hija. Se volvió hacia Leman–. No me hagas caso. Casi eres una quinceañera, pronto te enamorarás por primera vez. Es distinto.

Las mujeres –Leman, su madre, Ismet, y su abuela– se habían reunido en la habitación de Selma para ver cómo le quedaba el vestido de novia, una pieza suntuosa de seda blanca que acababa de llegar de un modista francófilo de Kapali Çarsi.

–*Quelle merveille!* –exclamó Mediha, moviéndose en torno a Selma para poder admirarla desde delante–. Pero ahora debes descansar, *ma chérie*. Yo apenas pegué ojo la víspera de mi boda. ¡Ojalá alguien me hubiera dicho que me acostara temprano! –dijo antes de dar un beso de buenas noches a su hija.

Selma abrazó a su madre, pero le indicó a Leman que se quedara. En la habitación reinaba un olor rancio a papeles viejos: libros antiguos apilados en la mesilla de noche, y mapas, esbozos, cartas y hojas de apuntes tirados por el suelo. Había decenas de recortes de prensa sobre temas científicos encolados a las puertas del armario: un hábito que Selma había adquirido en Constantinopla siendo estudiante en el Women's College, cuando todavía esperaba cursar la carrera de Químicas en la universidad. Uno más de los muchos proyectos sacrificados en la mudanza a *Salonique la Magnifique*, pensó.

Mirando a su tía, Leman se dio cuenta de lo mucho que había adelgazado en los últimos meses. Sus ojeras eran tan oscuras que parecían moratones y sus movimientos se habían vuelto lánguidos.

Cada vez se mostraba más introvertida, hablaba poco e incluso durante sus lecciones diarias a menudo dejaba que su sobrina tomara la batuta. Seguían estudiando juntas ciencia e historia, pero ya no leían novelas: ahora Selma las encontraba «insufriblemente sentimentales». Al caer la noche, salían a dar un paseo por los Jardines de Beshchinar, y Leman le pedía parar en la Patisserie Doré, situada en la esquina de las calles Ethnikis Amyni y Prigipos Nikolau. Pero Selma había perdido ahora el apetito por los afamados dulces del local y pedía, en cambio, un coñac pequeño, y se quedaba mirando el fondo de la copa. Se decía que esas copas, de cristal rojo, las habían rozado los labios del mismísimo Atatürk. Y cuando en el camino de vuelta se detenían, como solían hacer, frente a la Torre Blanca, donde los obreros y los dirigentes sindicales solían reunirse para pronunciar discursos, Selma mostraba la misma indiferencia ante sus palabras que ante los comentarios sardónicos de su madre a propósito del gran número de libros que había acumulado en su habitación. A la mitad del mitin, se daba la vuelta y echaba a andar de camino a casa, en silencio, mientras Leman la seguía a regañadientes, pensando todavía en lo que había visto en la tarima, reviviéndolo con la imaginación.

El día de la boda se había fijado para que coincidiera casi exactamente con la fecha del primer encuentro entre Gustav y Avni Bey un año atrás en la Asociación Tabaquera de Salónica: el 15 de junio de 1931. Los futuros novios se habían visto cuatro o cinco veces en los últimos meses, normalmente bajo la atenta mirada de Mediha Hanim, aunque en una ocasión por lo menos estuvieron a solas, cuando Gustav le propuso ir a comprar flores bajo los arcos de la calle Sabri Pachá. El hecho de que Selma accediera a dar aquel paseo fue motivo suficiente para persuadir a Mediha Hanim de que había llegado la hora de imprimir las invitaciones del enlace y convocar una velada de celebración a la que se invitó al cónsul alemán en Salónica y en la que la comida se sirvió en la exquisita vajilla de porcelana que había adquirido en París durante su viaje de novios. Sin embargo, no paraba de asegurarle a Selma que la elección de la fecha de la boda le correspondía exclusivamente a ella.

Durante un tiempo, sus palabras fueron sinceras. Mediha Hanim estaba convencida de que Selma necesitaba tiempo para reflexionar, como también lo estaba de que finalmente terminaría capitulando ante la propuesta de matrimonio. Sin embargo, la situación seguía deteriorándose –las finanzas de la familia menguaban, su hijo no paraba de perder dinero en la bolsa, la burocracia era cada vez más complicada– y empezó a perder la paciencia. No era tan ingenua como para pensar que el matrimonio de Selma con Gustav fuera a cambiarlo todo a corto plazo, pero se sentía impelida a tomar cartas en el asunto, y la única cosa que estaba en sus manos hacer era presionar a su hija. Empezó a acusar a Selma de ser egoísta, de ser una consentida por su padre, de anteponer siempre sus antojos a las necesidades de los demás. Sus primas de edad parecida, le decía, ya estaban todas «encaminadas» desde hacía tiempo, empleando esa expresión a propósito para despojar el matrimonio de cualquier connotación romántica.

–No hay nada malo en disfrutar de la lectura –le decía a Selma–, pero me permito recordarte que alguien debe sufragar los gastos.

Selma se paseaba por la habitación agarrando la cola del vestido con una mano, avergonzada de la ropa que llevaba. Caminaba descalza, con el pelo rebelde suelto sobre los hombros y la vista clavada en la alfombra para no ser sorprendida por su propio reflejo en el espejo basculante de cuerpo entero que tenía colocado en el otro extremo de la estancia.

–No te preocupes, mañana no parecerás una novia, más bien serás como una antigua sacerdotisa griega –dijo Leman con una sonrisa, adivinando cómo debía de sentirse su tía.

–¿Quieres decir que me pareceré a alguien que está a punto de conocer a Dios? –dijo Selma, devolviéndole la sonrisa. Había sido la primera del día, extraña, crispada, como si quisiera convencerse de que todavía era capaz de sonreír.

–Como los monjes del Monte Athos –bromeó Leman, tomando el comentario de su tía por una alusión a una conversación anterior–.

Quizá deberíamos ir juntas. Pantalones, pajarita, un bigote postizo, lo que haga falta.

Selma se encogió de hombros. Al parecer no había captado la referencia a *Un mois chez les hommes*, uno de los libros preferidos de Leman, escrito por Maryse Choisy, una famosa periodista francesa que se había colado en ese monasterio del siglo XI en el que las mujeres –e incluso los animales de sexo femenino– tenían vetada la entrada. Choisy no solo se había cortado el pelo, sino también los pechos, se había puesto un pene protésico y, perfectamente disfrazada de hombre, había pasado un mes con los monjes, antes de salir incólume del monasterio para escribir un libro muy aclamado sobre su experiencia.

La historia causó una honda impresión a Leman, pero por algún motivo que no alcanzaba a comprender a su tía le había molestado. Tanto el dolor como la mastectomía habían valido la pena al final, había declarado Choisy en las múltiples entrevistas que concedió después a la prensa escrita. «Pero ¿para qué?», había comentado Selma. Para ella, la espectacular popularidad de la que disfrutaba el libro entre las mujeres acomodadas de Salónica constituía la prueba de su superficialidad. A Leman le costaba encontrarle el sentido a la hostilidad de su tía. «Sencillamente no entiendo lo que le ve la gente a esto», había respondido Selma con una pizca de desprecio. «Esos monjes siguen ahí, las mujeres siguen teniendo prohibida la entrada... ¿Qué es lo que hemos aprendido de toda esta historia? ¿Que Choisy fue muy lista?»

Selma estaba molesta con esa periodista francesa, acaso porque, a diferencia de todas las lectoras interesadas en sus aventuras, ella sí se había planteado seriamente escaparse antes de darse cuenta de que ya era demasiado tarde. Pero ¿hubo algún momento en el que no lo fuera? Quizá fue antes de renunciar a insistir en estudiar en Constantinopla. O quizá fue antes de aceptar la idea de que tal vez pudiera acostumbrarse a un marido que despreciaba. ¿Adónde podía ir ahora? ¿Con qué bazas había contado para tomar decisiones? Había leído demasiados libros sobre mujeres que intentaban poner tierra de por medio pero al final regresaban

humilladas. ¿Existía acaso una salida honorable? Quizá solo una, para la que no existía camino de vuelta.

Leman pensó de pronto que esa noche sería la última en la que hablarían juntas de libros.

–No creo que tengas razón con Maryse Choisy –le dijo–. He pensado en eso que me dijiste, ¿cómo lo llamaste? Sí, que tenía «afán de notoriedad». Yo creo que fue increíblemente valiente. ¿Tú no preferirías ir al Monte Athos en lugar de a Hamburgo? –preguntó, con la crueldad inconsciente de una niña que presiente que están a punto de abandonarla.

Hubo un silencio.

–Me pregunto si Dios existe –susurró Selma–. Y a quién pertenecemos realmente, si a Dios o a nosotras mismas.

Ahora fue Leman quien se encogió de hombros. Pensar en la partida inminente de su tía a esa ciudad del norte que solo había visto una vez en un mapa le provocaba incluso más malestar ahora que se daba cuenta de que el tiempo se les agotaba. Habría querido escaparse con ella, al Monte Athos o a donde fuere. Quién sabe cuándo volveré a verla, pensó, y se frotó los ojos instintivamente, como si quisiera despertarse de una pesadilla.

–¿No te parece raro que Gustav huela a tabaco aunque no fume casi nunca? –planteó Leman de pronto, pensando en el hombre que era responsable de todo lo que ocurría.

–Es insoportable. Hace que se me revuelva el estómago. –Selma se quedó callada, preocupada por algo que parecía incapaz de expresar. Se volvió hacia Leman–. Imagina una habitación llena de humo. Es asfixiante. Te quedas sin aire. ¿Te marcharías o esperarías a que llegue ayuda?

–¿Qué quieres decir?

–Como al final tendrás que marcharte de todos modos, ¿importa cuándo lo hagas? –dijo Selma pensativamente–. Podrías decidirlo tú misma en vez de permitir que lo decida alguien por ti, ¿no?

Leman pensó un momento.

–No lo entiendo –insistió.

Selma agarró el relojito que llevaba colgado del cuello, como si quisiera parar los segundos.

Leman la estrechó entre sus brazos.

–Te voy a echar de menos. Pero pronto vendrás a vernos, ¿vale?

Selma le dio un largo abrazo. Luego se puso de pie y fue a abrir la ventana. Oyó un carrito de vendedor que cruzaba la calle y, enseguida, el aroma de la acacia del jardín invadió la habitación, dejándola mareada. Supo que no volvería.

–O iré yo a verte. *Tu promets*?

–Es tarde –le susurró Selma, mirando la hora en el reloj–. Debo descansar, como dice *maman*.

La mañana de la boda, la novia tardaba en salir de su habitación. Era uno de esos días espléndidos de junio en los que los canarios trinaban como si, en palabras de Mediha Hanim, hubieran descubierto la alegría de cantar. Con un entusiasmo apenas contenido, esta se había despertado temprano y había hecho esperar a la *coiffeuse* mientras se aplicaba por precaución las sanguijuelas sobre el vientre; no tenía ninguna molestia estomacal ese día, pero quería disfrutar de la comida deliciosa que se había preparado para el enlace sin tener que preocuparse por las consecuencias. Por primera vez desde la muerte de Ibrahim Pachá, se había maquillado y perfumado de arriba abajo con Chanel Nº 5, y llevaba un vestido de raso gris claro en lugar del negro riguroso de todos los días: un modelo nuevo que Avni Bey había encargado en París para la ocasión.

Correteaba por la casa con esa mezcla de premura y agitación nerviosa tan típica en vísperas de un acontecimiento importante: ordenaba a los criados que arreglaran las flores y movieran los muebles, para al cabo de tan solo unos minutos rogarles que lo dejaran todo como estaba antes; gritaba a las cocineras que faltaba esto o aquello, para luego volver a toda prisa y decirles que al final no hacía falta nada. Sobre las diez de la mañana empezaron a llegar los primeros parientes. Preguntaron por la novia. Mediha Hanim explicó que su hija necesitaba descansar un rato todavía, pero, cuando los invitados dieron muestras de impaciencia y la informaron de que Gustav estaba al caer, decidió abreviar las cosas.

–*Ma chérie* –le dijo a Leman–, ¿me harías el favor de ir a ver si Selma ya se ha levantado?

Mientras la niña iba a toda prisa a la habitación de su tía, siguió el goteo de invitados. Se los acompañaba al gran salón, donde se detenían con gesto reverente para admirar el retrato de Ibrahim Pachá, como si el gran hombre en persona hubiera dado un paso al frente para recibirlos. Desde el salón, algunos salían a la terraza, donde fumaban cigarrillos y tomaban sorbitos de champán, mientras conversaban sobre si el primer ministro Venizélos se impondría a Ioannis Metaxás en las elecciones que iban a celebrarse en breve. Otros admiraban los parterres de flores del jardín. Y otros formaban un corro en torno a Mediha Hanim, que los obsequiaba con relatos fantasiosos sobre la inminente luna de miel de los novios en Italia, a orillas del lago de Garda. Ella habría elegido París, les explicaba, pero los alemanes parecían preferir Italia por algún motivo que se le escapaba...

Cuando Leman volvió al cabo de unos minutos, oyó de lejos las carcajadas, las exclamaciones de admiración, los elogios a los aperitivos que justo en ese instante empezaban a servirse, el tintineo de las copas y de los platos. En el umbral de la puerta, aferrando el frasquito vacío que había descubierto en la cama de Selma, temblaba de la cabeza a los pies y tenía la cara demudada como una estatua de cera. Echó un vistazo al salón, sin saber qué hacer. Finalmente, Mediha Hanim reparó en ella.

–*Ah, te voilà*! ¿Cuándo tendremos el honor de ver a la novia?

Leman se acercó lentamente a su abuela, deteniéndose a cada paso para mirar a su alrededor. Cuando sintió que los ojos de todos los invitados se posaban sobre ella, el cuerpo empezó a temblarle de forma incontrolable. Miró la araña que colgaba del techo y tuvo la sensación de que le caería encima y la aplastaría.

–Selma... Selma... no se mueve –murmuró, llevándose la mano instintivamente a la boca, como si quisiera reprimir el resto de la frase–. Lleva su vestido de boda, pero tiene la cara vuelta a un lado. Y... y... he intentado despertarla..., pero no he podido. Pesaba mucho...

«Ese fue el momento en el que la boda de Selma se convirtió en su funeral», recordaría más adelante Leman, «aunque yo todavía no lo sabía.» Recordaba que Mediha Hanim, cuando escuchó sus palabras, hizo un movimiento incontrolado con la cabeza, le arrebató el frasquito de las manos y, al examinarlo, sus ojos parecieron hacerse más grandes, con una expresión de locura, y susurró algo, una retahíla de palabras incoherentes en la que solo el nombre del doctor Elías se hizo comprensible. Recordaba también que su madre, Ismet, los criados y muchas otras personas, todas a la vez, corrieron a la habitación de Selma, gritando el nombre de la novia, y que Avni Bey salió a toda prisa de la casa, en busca del doctor, y que un profundo silencio se apoderó del salón, mientras Mediha Hanim se agarraba la cabeza con ambas manos, y las lágrimas le empezaban a rodar por el rostro, dejando regueros en el maquillaje que parecían heridas recién abiertas. Recordaba que su abuela levantó la vista para mirar el retrato de su marido, ora maldiciendo, ora rezando, pasando de un violento temblor a una quietud absoluta, hasta que el doctor Elías apareció en la entrada del salón con los brazos alzados como si estuviera rindiéndose ante un enemigo invisible, y que en ese instante un solo grito, penetrante y crudo, brotó de Mediha Hanim para culminar en una pregunta que parecía más bien una súplica desesperada:

–¿Por qué, amor mío, por qué, mi bella e inteligente Selma, por qué, ángel mío, estrella brillante, cómo has podido hacerme esto, cómo?

Y Leman recordaba que uno de los invitados, un pariente de su padre, quiso llevársela al jardín, y que ella intentó escaparse aferrándose al vestido de raso gris de Mediha Hanim, y que pataleó y gritó mientras su madre, Ismet, la seguía, y que se agarró de una de las pesadas puertas de roble hasta que le sangraron los dedos, y que ya en la calle gritó que Selma era su tía, su mejor amiga, y que ella también tenía derecho a saber qué había pasado.

–Luego, mi amor, luego –le susurraba Ismet, agitada, empujándola afuera.

Lo último que recordaba era la cara atormentada de dos o tres asistentes a la boda que hacían guardia junto al portal para

interceptar a cualquier invitado que llegara e informarle de aquel inesperado y trágico giro de los acontecimientos. Se fijó también en la presteza con que las mujeres se quitaban el pintalabios y en que algunos invitados se santiguaban mientras otros murmuraban «Alá, Alá», y aun otros que acababan de llegar simplemente giraban en redondo y se marchaban a toda prisa. Deseó borrarse el dolor del cuerpo como esas mujeres se habían quitado el pintalabios. Pero entendió que tampoco serviría de nada, que nada de lo que hiciera conseguiría devolverla a casa. Conteniendo las lágrimas, anunció en tono firme y mesurado que podía caminar sola y desfiló tras unos parientes a los que apenas conocía hasta llegar a una casa que nunca había visto.

Le dijeron que debería alojarse unas cuantas semanas con esos parientes, en su casa cerca de la calle Sabri Pachá, situada en la parte alta de la ciudad. En realidad, pasaron varios meses. No supo inmediatamente que su tía había muerto. Cuando preguntaba por Selma, le decían que había tenido un derrame, seguido de una terrible enfermedad que solo podía tratarse en el extranjero. De vez en cuando su madre iba a visitarla. Siempre llevaba el mismo vestido largo y oscuro, y le regalaba unos bombones de chocolate negro al estilo vienés que hacía Ali Baba, el chef de la Patisserie Doré, a la que tantas veces había ido con Selma. Nunca había pasado tanto tiempo con su madre. Antes, Leman casi siempre iba en la estela de Selma por la casa. Cuando iba a verla, Ismet tocaba el piano para ella y tomaban el té. A menudo le llevaba ovillos de lana de distintos colores, y le decía que la próxima vez se quedaría un ratito más y le enseñaría a tejer. Las cosas en casa no iban bien, le decía. Mediha Hanim necesitaba que la cuidaran, y su padre no podía con todo. Se azoraba cuando Leman le preguntaba si algún día le permitirían regresar a casa. «Claro que volverás, pronto, muy pronto, *ma chérie*», le decía su madre al despedirse, «solo que todavía no sabemos cuándo.» Y le daba un beso en la frente, siempre apresurado, siempre acompañado de la promesa de que iría a verla más a menudo.

Nunca le dijeron a Leman que su tía se había quitado la vida. Tuvieron que pasar largos años para que entendiera lo que había ocurrido. Fue una de esas revelaciones en las que la verdad asoma lentamente, como las grietas se extienden en el cristal. Cuando la pérdida se hace obvia, la mente ya se ha adaptado y la realidad se asienta, pero su capacidad de hacer daño se ha disipado, sustituida por una sensación de confusión y desconcierto, de sorpresa ante el propio afán de creer que las cosas habrían podido desarrollarse de otro modo. Las preguntas permanecen, aunque son preguntas generales, más de la mente que del corazón, planteadas en la desnuda conciencia de que no podemos cambiar el pasado y solo podemos tratar de recordarlo de manera diferente.

Cuando una habitación se llena de humo y te estás a punto de asfixiar, ¿debes quedarte o marcharte?, se preguntaría obsesivamente Leman a lo largo de los años. «¿Las cosas habrían sido distintas si lo hubiera sabido entonces, si le hubiera dicho de niña lo que solo pude descubrir siendo adulta: que está mal pensar así?», se diría. «¿Que está muy mal hacer lo que hizo Selma? ¿Y si hubiera otras personas en esa habitación? ¿Qué sería de ellas?»

Habló de ello toda su vida, con una mezcla de pena, rencor, culpa y, a veces, rabia. ¿Con qué derecho había pensado Selma que su vida o su muerte eran algo que dependían exclusivamente de ella? Quizá no lo hubiera hecho, pensaba a veces Leman en voz alta, de haber sabido el dolor que iba a causar, cuánto sufrimiento infligiría a las personas que iba a dejar en la estacada. ¿Fue un acto de valentía o la más pura demostración de cobardía? Un animal herido, una flor rota siempre lucha por vivir, insistía. Los seres humanos también lo hacemos. Selma había sido la primera en decirle que no tolerase nunca que la trataran como a un objeto y, sin embargo, eso era exactamente lo que había hecho consigo misma, se había convertido en una cosa, en un objeto que era preciso suprimir, desechar. Selma le había enseñado que las palabras son armas, pero había elegido el silencio definitivo. Le había enseñado a luchar y luego se había rendido.

Pero a veces mi abuela tenía dudas. Quizá era ella, Leman, la que había sido egoísta. Se preguntaba si era incapaz de ver más allá de

sus propias emociones, si anteponía su miedo y su sufrimiento al pedirle a Selma que hubiera vivido su vida hasta su conclusión natural no por ella misma, sino por los demás. Si no hay un final digno a la vista, ¿no es terminar la única solución razonable que cabe? Pero, de todos modos, ¿por qué nuestra disposición a luchar debería depender del resultado previsible de las cosas? ¿Cuál es la diferencia, si es que existe, entre hacer lo que se debe y aprender a adaptarse?

6. NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA

La casa a la que enviaron a vivir a Leman con sus parientes tras la muerte de Selma era una elegante villa blanca que había quedado prácticamente destruida durante el gran incendio de Salónica en 1917. El joven arquitecto judío de gran talento que dirigió las obras de restauración la llamó acertadamente Villa Resurrección en los planos. Sin embargo, durante los trabajos de reconstrucción –ya fuera por un malentendido con los trabajadores o, como sugirieron ciertas voces, por un acto voluntario de rebeldía–, se produjo un error. Para gran consternación de los dueños, quienes no se percataron del asunto hasta que fue demasiado tarde y corregir el error habría supuesto incurrir en unos gastos prohibitivos, los invitados que accedían a la casa eran recibidos por un nombre completamente distinto: Villa Insurrección.

En Villa Insurrección, Leman tuvo que compartir habitación con su prima Cocotte, que le sacaba un par de años. El padre y su segunda esposa le habían confiado la responsabilidad de cuidar de Leman, de hacerla sentir bien acogida y de distraerla de las desdichas familiares. Así, Cocotte seguía a Leman a todas partes y cotorreaba sin cesar, sobre todo de esmaltes para las uñas, distintos tratamientos capilares, terapias de vapor, los beneficios para la salud de un vasito de aceite de oliva, buenos hábitos posturales al caminar, las tiendas de *modistra* recién inauguradas, nuevas gangas en los grandes almacenes, juegos de naipes (especialmente el póquer), perfumes, maquillaje y chicos. Y hablaba con tal pasión y firmeza que le llevó un tiempo percatarse de que Leman a duras penas compartía sus intereses y casi siempre asentía con la cabeza a sus palabras por mera cortesía.

Al principio, Cocotte le desagradaba. Veía en ella a una de esas

chicas frívolas ante las que Selma la prevenía con el proverbio «vaut mieux être seul que mal accompagné» (mejor sola que mal acompañada), aunque, dadas las circunstancias, no parecía fácil evitar la compañía de su prima. La irritaba especialmente la meticulosa rutina matinal de Cocotte. Todo empezaba con la preparación de una camomila, que tenía por finalidad dar a su pelo, rubio de nacimiento, una tonalidad todavía más clara. Luego se perfumaba generosamente con agua de Colonia e iniciaba el complejo proceso de elegir vestidos, con los que desfilaba delante de Leman para que la ayudara a elegir el atuendo del día. Cuando Cocotte se declaraba satisfecha, abandonaba ceremoniosamente el cuarto, pero al cabo de un momento regresaba diciendo que se arrepentía de la decisión: hacía demasiado calor o demasiado frío para el modelo elegido, el tiempo era demasiado seco o demasiado húmedo para el peinado, las calles estaban demasiado resbaladizas o embarradas para el calzado, y cada una de esas acciones se repetía con la misma precisión inquebrantable, cada cambio de parecer se anunciaba como una suerte de error catastrófico e insólito.

–Tal vez pienses que no soy una persona seria porque dedico demasiado tiempo a probarme los vestidos delante del espejo, y luego cambio de opinión, como un sultán que cambia todos los días de esposa –le espetó un día que se percató del silencioso gesto reprobador de Leman–. Pero mira –dijo a continuación, quitándose rápidamente el corsé y revelando un torso lleno de cicatrices, cubierto de manchas de piel rosada, marrón y roja, entre las cuales serpenteaban rebabas escarpadas de carne cual traicioneros senderos de montaña–. Estuve a punto de morir como *maman* en el incendio de 1917 –dijo con una sonrisa, reparando en que Leman había apartado instintivamente la vista–. No me molesta que mires. No recuerdo nada. Era muy pequeña. Papá dice que debo esforzarme en disfrutar, porque casi nadie recibe una segunda oportunidad en la vida. Pero ¡a mí me gusta pensar que vivo como si ya estuviera muerta!

Seguía sonriendo, aunque había algo vengativo en su gesto, como si disfrutara de hacer sentir culpable a su prima por haberla juzgado

con severidad. Se miraron en silencio hasta que Leman reunió el valor necesario para observar el tejido cicatricial allí donde deberían haber estado los senos de Cocotte y pudo distinguir, como en un sueño, la silueta de un reloj muy parecido al que Selma solía llevar colgado del cuello.

–No es para tanto –exclamó Cocotte–. ¡Ayúdame a abrocharme el corsé! ¿Sabes quién hace los mejores corsés de la ciudad?

Después de aquel episodio, la actitud de Leman hacia Cocotte cambió. Ya no le molestaba la rutina matinal de su prima, los chismes interminables sobre chicos o el sinfín de novedades sobre perfumes con descuento u ofertas de zapatos. Se volvieron inseparables, como lo habían sido Leman y Selma. Ese verano de 1931 pasaron los días jugando a las cartas o echadas en el jardín, absortas en la lectura de Balzac y Stendhal, y de noche se sentaban en la terraza y contemplaban cómo se ponía el sol sobre el Egeo o escuchaban los graznidos de las gaviotas que sobrevolaban la bahía. Leman le dijo a Cocotte lo mucho que había querido y echaba de menos a Selma, y le habló de la obsesión de su tía por la ciencia y la Revolución francesa, confesándole que su pasión republicana solo tenía rival en la antipatía que le había provocado Gustav, un empresario alemán a la que habían prometido en matrimonio.

Descubrieron que ambas compartían amor por *El demonio y la carne*, y a menudo los sábados por la noche se aventuraban en el cine Alcazar, sito en la antigua mezquita Hamza-Bey, donde se sentaban en primera fila para contemplar cautivadas a Greta Garbo. Muchos de los pases eran en turco, lo que atraía a refugiados ortodoxos oriundos de Anatolia, donde Dafne debía de vivir ahora, le explicó Leman, un día que le contó a su prima anécdotas de su niñera: el misterio que rodeaba a la muerte de Ibrahim Pachá, la alfombra azul que Dafne había tejido durante meses con la esperanza de que se destejiera en las horas de sueño, postergando así su partida. Le habló también de la voz preciosa de Dafne y de su *chanson* predilecta de los canarios, que había cantado por última vez y entre lágrimas antes de embarcar en el vapor. Se preguntó qué diría su niñera si supiera que Dios se comunicaba ahora con la gente en la antigua mezquita no a través de los cables telefónicos, como

se había proyectado inicialmente, sino a través de las imágenes de cine.

–¡Sí! –exclamó Cocotte con una carcajada–. Y no solo películas normales..., ¡algunas son solo para adultos!

–¿Qué significa «solo para adultos»? –preguntó Leman, lo que hizo que su prima se riera todavía más.

El nombre real de Cocotte era Shyqyri, pero se lo había cambiado por algo que sonara más europeo, más «emancipado», según dijo, aunque Leman se preguntó si Cocotte entendía realmente el sentido de esa palabra. Le parecía probable que la hubiera aprendido durante la temporada que pasó en el liceo francés, donde la habían enviado a estudiar (o a fingir que estudiaba), hasta que su padre decidió cambiarla a otra escuela con un currículo de matemáticas menos exigente.

A Leman, por su parte, la enviaron al liceo francés ese septiembre y era la única niña de la clase. Encajó bien en esas aulas: a fin de cuentas, estaba más que acostumbrada a verse a sí misma como Ibrahim Bey y los chicos la consideraron una más de la clase. El liceo fue una de las primeras escuelas extranjeras fundadas por la Mission Laïque Française, una institución intelectual fundada en París a principios de siglo con el objetivo de promover la lengua y la cultura francesas en distintos lugares del mundo. Los profesores procedían de París y mantenían vínculos con los ministerios franceses de Asuntos Exteriores y de Educación. «Ni dominación, ni asimilación», les decían a los alumnos en la escuela, sino solo «una fe sincera en la misión civilizatoria», una misión que debía efectuarse con pleno respeto a la tradición, en el afán conjunto de «elevar», y no «eliminar», la cultura local.

En esa época, el francés seguía siendo el idioma habitual de la administración en Salónica, pero una ley reciente había prohibido a los ciudadanos griegos matricularse en centros educativos gestionados desde el extranjero. Por ello, los alumnos del liceo francés procedían exclusivamente de otros grupos: en su mayoría, judíos sefardíes, la comunidad más numerosa de la ciudad, pero también albaneses, italianos, armenios y valacos. A Leman le gustaba mezclarse con los alumnos más politizados. Era una forma

de dar continuidad a las conversaciones que con tanto agrado había mantenido con Selma, de volver a las manifestaciones obreras en la Torre Blanca, ahora con una conciencia más clara de lo que significaban esos discursos en comparación con cuando tenía solo nueve o diez años. Con ellos aprendió a comunicarse en ladino, la lengua de la clase trabajadora. Con ellos repartió también panfletos en las fábricas, donde las protestas obreras eran cada vez más multitudinarias: clamaba en las manifestaciones contra la inminente amenaza monárquica; intentaba concienciar a propios y extraños sobre la dignidad del trabajo y la injusticia de la explotación; firmaba manifiestos para resolver el problema de la vivienda de los refugiados; organizaba campañas para sensibilizar sobre la discriminación que sufrían los soldados judíos en el ejército griego, y tantas otras cosas.

–Ten cuidado con que esos comunistas judíos no te coman el coco –le reprochaba Cocotte–. Tampoco puede decirse que sea por una buena causa, porque todavía no te has enamorado.

Una fría mañana de la primavera de 1932 habían salido a dar un paseo por el cercano cementerio dönmeh, donde estaba enterrada la madre de Cocotte. La mujer procedía de una familia de judíos conversos. Seguidores del rabino místico Shabtai Tzvi, quien en el siglo XVII había recorrido el Imperio otomano asegurando ser el mesías hasta que el sultán Mehmed IV le pidió que se convirtiera al islam so pena de muerte, los dönmeh observaban el Sabbat y profesaban lealtad a la Torá espiritual, pero también habían adoptado las vestimentas musulmanas y celebraban el Aíd. Cocotte le explicó que, en el momento del intercambio de poblaciones, los dönmeh fueron considerados turcos y se los forzó a abandonar Salónica, y que algunos de ellos trataron de evitar la expulsión apelando a sus orígenes judíos, pero que su petición se rechazó porque el rabino de Salónica se negó a considerarlos como tales.

–Es un poco complicado –le decía Cocotte a Leman–, pero, en cualquier caso, nosotros tuvimos suerte. Enviamos una petición a Atenas para quedarnos y, aunque ignoraron a toda la demás gente

que había hecho la misma petición y la enviaron a Turquía de todos modos, la nuestra la aceptaron porque papá recordó de pronto que tenía raíces albanesas y pudo apelar para que nos eximieran.

El padre de Cocotte había amado profundamente a su primera mujer: el motivo principal de que no hubiera querido marcharse de Salónica era que no quería abandonar su tumba. Unos años después había vuelto a casarse, esta vez con una albanesa como él, pero nunca olvidó a su primera esposa. Cocotte le tenía cariño a su madre adoptiva: era una mujer amable y devota, que a Leman le recordaba a Ismet Hanim, y a menudo llevaba a Cocotte al cementerio dönmeh, donde le enseñaba a cuidar de la tumba de su madre, a plantar flores, a arrancar las malas hierbas y a rezar por su alma en el cielo.

–Mi *deuxième maman* –a ambas las llamaba *maman*siempre insiste en que la acompañe a la tumba de mi *première maman*. Pero no sé si va a durar mucho allí. Ahora dicen que los dönmeh son judíos en secreto –le confesó al final de la visita, cuando pasaban junto al cementerio judío–. Hay rumores de que van a destruir el cementerio judío.

«En amoroso recuerdo de Miriam, madre leal, tenaz camarada», leyó Leman en una de las lápidas, cuando Cocotte se detuvo para limpiar la escarcha que se había formado sobre el retrato de alguien a quien conocía.

–¡Esa no es especialmente interesante! –murmuró una voz que le era familiar a sus espaldas, y en ella reconoció al doctor Elías.

–¡Doctor Elías, *quelle surprise* verlo aquí!

–*Mais pas du tout!* –respondió él–. Vengo todos los domingos.

–¿Qué tiene de malo esa foto? –le preguntó Cocotte, un poco molesta–. Siempre me gustó el peinado de Miriam. Aquí también se le puede ver. Parece una reina. Las mujeres ya no se peinan así.

–Oh, no decía que la foto no fuera interesante –repuso el doctor en tono educado–. Me refería a la inscripción. No es algo que pueda esgrimirse para demostrar que los judíos no somos los que ponemos trabas al progreso.

–¿Qué quiere decir? –Leman estaba desconcertada.

Desde hacía unos meses, le aclaró Elías, participaba en un

proyecto que intentaba salvar el cementerio de la demolición. («¡Entonces tenía razón!», exclamó Cocotte.) Las autoridades griegas insistían en que las infraestructuras de la universidad vecina eran demasiado precarias para garantizar la seguridad de los científicos en caso de una explosión química, de modo que era necesario construir nuevos laboratorios. Había muchas presiones para ampliar el pequeño campus existente a los terrenos del cementerio colindante.

–Mira, escucha esto –dijo el doctor a Leman–, es de las actas de una de las reuniones en la Cámara de Comercio. Me lo dio tu padre. –Y, como era costumbre en él, se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta y sacó un documento oficial que leyó en voz alta para acreditar lo que decía–: «En Asia Menor y en Tracia hemos abandonado innumerables tumbas de seres queridos y hermanos. Pero el respeto por las tumbas no debe limitar el progreso.» No estoy seguro de que ese sea el motivo –dijo pensativamente.

Todas las semanas aparecían artículos en la prensa griega en los que se aseguraba que los líderes de la comunidad judía colaboraban con periodistas extranjeros para convertir Salónica en una ciudad judía, y que cualquier escaramuza, por pequeña que fuera, se denunciaba ante la Sociedad de las Naciones porque los judíos despreciaban el Estado griego.

–Por eso he de venir a apuntar las inscripciones, y luego investigar en los archivos y entrevistar a testigos para presentar a las autoridades las pruebas de que el cementerio merece protección cultural, desde luego también como testimonio de la armonía cultural entre tantos grupos distintos en Salónica durante múltiples generaciones. No lo hago por amor, sino por el progreso –decía mientras caminaban por los estrechos senderos del cementerio–. Verás –concluyó–, durante la semana procuro salvar a los vivos; los domingos, ¡procuro salvar a los muertos!

–¿Y no podrían encontrar un terreno en otra parte? –preguntó Leman.

–En teoría sí. Pero ya sabes lo que dicen. Que somos unos egoístas. Que no amamos a Grecia. Que no estamos dispuestos a hacer sacrificios...

Leman le preguntó entonces si había visto a su familia recientemente. Había entendido que no debía hablar de Selma. Intuía que le ocultaban algo, y quizá también había renunciado a preguntar por su tía y no quería presionar a quienes tal vez estuvieran al corriente de lo ocurrido o, lo que era más probable, se había dado cuenta de que, para conservar la esperanza, era preciso abandonar las certezas.

Supo por el doctor Elías que Mediha Hanim nunca salía de su habitación, apenas comía y cada vez estaba más delicada de salud. El doctor no sabía si viviría un año más. Siempre optimista, sin embargo, le dijo que, habida cuenta de lo que había tenido que vivir su abuela, quizá fuera lo mejor.

–También se han terminado las sanguijuelas –añadió–. Tu *grandmère* ya no les ve el sentido, y hubo que trasladar provisionalmente los canarios porque su canto ahora le resulta insoportable.

En cuanto a Gustav Heym, se dejaba ver menos, pero los planes comerciales seguían adelante. Había enviado una gran suma de dinero después del «incidente» con Selma y en breve acompañaría a Avni Bey a Albania para ultimar el papeleo.

Leman se fijó en que, cuando surgió el nombre de Gustav, el doctor Elías acompañó las palabras de una extraña mueca.

–No le cae bien, ¿no?

–Carece de empatía.

–Quizá lo que le pasa es que no sabe expresar sus sentimientos. Ellos, los alemanes, no son como nosotros. Nosotros le daríamos un abrazo a una piedra.

Elías negó con la cabeza.

–No, no. Sencillamente, es superior a sus fuerzas. Es incapaz de ver el mundo desde la perspectiva de otra persona.

Le contó cómo se habían encontrado por casualidad en el vestíbulo del Hotel Mediterráneo unos días después del asalto a uno de los barrios judíos. El asentamiento Campbell, instalado en un antiguo cuartel militar de los ingleses, había sido incendiado después de que la asociación nacional de estudiantes griegos hubiera llamado

a boicotear los comercios judíos, culpando a sus representantes de las penurias económicas de los pobres de la ciudad.

–¿Quieres saber qué me dijo después de que quemaran esas casas de judíos?

Leman dijo que no con la cabeza.

–Que era de esperar.

Cocotte, que hasta ese instante había estado mirándose las uñas, de pronto levantó la vista con un gesto de horror.

–¿Quemar las casas de la gente? –preguntó–. ¿Que era de esperar? ¿Y no se le cayó la cara de vergüenza? Pensaba que venía de un país civilizado...

–Murieron dos hombres, uno griego y el otro judío –prosiguió el doctor Elías–. Y ese señor, ese Herr Gustav, tuvo la desfachatez de decirme que, como Salónica estaba copada por comunistas y rebeldes, tenía la obligación, como médico y judío, de posicionarme. Y debo decir que tu padre, Avni Bey, también me defraudó.

–¿Cómo? –Leman estaba avergonzada.

–Trató de defenderlo. Dijo que era porque Herr Gustav estaba obsesionado con los comunistas. Por lo visto, cuando se conocieron, estaba todo el día dale que te pego con la amenaza bolchevique... Por eso le sedujo la idea de hacer negocios en Albania, porque allí no hay bolcheviques. Quede dicho, mademoiselle, que a mí tampoco me gustan los bolcheviques, pero ¿qué tendrá que ver eso con el incendio y con los judíos? –El doctor Elías pareció enfadarse de pronto y se agachó para recoger algunos trozos de papel de periódico que cubrían el suelo.

–¿Y qué hay de nosotros? –preguntó Cocotte–. ¿Qué dice de los dönmeh?

–No creo que ese hombre conozca la diferencia.

–Pues debería pasarse por mi escuela para ver cuántas clases de judíos hay y entender que se caen tan mal entre sí como le caen mal a él... –se rió Leman.

El doctor Elías también se rió y enseguida, cuando ya se acercaban a la salida del cementerio, cambió de tema.

–¿Te gusta la escuela? –preguntó.

–Sí, aunque todo el mundo parece quejarse de lo difícil que es –

dijo Leman–. Supongo que es una buena escuela. Selma me dijo una vez que cuando todos se quejan de ti es que algo debes de hacer bien.

Al oír el nombre de la joven, el doctor Elías puso los ojos en el cielo con gesto avergonzado.

–*La letra kon sangre entra* –dijo, recitando un antiguo proverbio ladino–. Cada letra que aprendes te la ganas a base de sangre. Eso nos decían cuando éramos pequeños. Y siempre quedaba la opción de la *kanaka*, el bastón, para hacerte aprender más rápido si hacía falta. Ahora todo ha cambiado –dijo volviéndose hacia Leman–. Tienen otra forma de enseñar. Eres muy afortunada. Aprenderás sobre la Ilustración, la Revolución francesa y todos los grandes escritores franceses que defendieron la razón y el progreso... Voltaire, Rousseau, Montesquieu... La humanidad ya no necesita el bastón.

Pronunció los nombres con rotundidad, en su fuerte acento ladino, y por un instante Leman se imaginó a Voltaire, Rousseau y Montesquieu como bailaores flamencos, los tres empelucados y dando giros en el escenario, zapateando las tablas con percusiva precisión, acompañados por un rítmico repicar de castañuelas. Pensó en las palabras del doctor Elías y luego en las lecciones con Selma.

–La humanidad quizá dejó atrás el bastón, pero todavía necesitó la guillotina... –dijo, acordándose de las palabras de su tía.

El doctor Elías sonrió.

–Pero eso es distinto...

Leman se quedó pensativa.

–¿Cree usted que puede confiarse en nosotros, aunque no se nos considere griegos? –preguntó–. ¿Qué significa en realidad ser un buen ciudadano?

Cocotte suspiró.

–A mí me da igual –dijo–. Lo que me preocupa son esas tumbas. Para mí, un buen ciudadano es alguien que no intenta meterse con los muertos.

–¡Mademoiselle Leman, tiene usted la afición de complicar las cosas, todo lo contrario de su abuelo Ibrahim Pachá! –dijo Elías–. No tiene por qué considerarse de un solo lugar. De hecho, es una

verdadera ventaja no hacerlo. Los franceses están obsesionados con su país: *la patrie, la patrie*, dicen todo el santo día, pero nosotros tenemos la gran suerte de tener muchas. De la misma manera que uno puede tener muchos hijos y quererlos a todos por igual, también podemos amar muchos países, muchos pueblos. Es una bendición, no una maldición.

–Tengo que escribir un trabajo para una asignatura. Todos los meses nos piden que respondamos a la misma pregunta: «¿Qué hace a un buen ciudadano?». No sé qué escribir...

–¿Y eso es lo que te preocupa? –Elías se echó a reír–. ¡No tiene ninguna dificultad! Un buen ciudadano es un buen ser humano. –Se quedó pensando un momento antes de continuar–: Tenemos la gran fortuna de vivir en *Salonique la Magnifique*, donde, como decía tu abuela, el mar refulge como las almas de sus habitantes. Es una de las ciudades más bellas y generosas del mundo. Es posible que tengamos algunos problemas por culpa de la crisis actual, y la gente se vuelve impaciente y pierde la fe. Pero todo se arreglará. Lo resolveremos como hicimos en el pasado y todos aprenderemos de nuestros errores.

Leman iba asintiendo, pero había algo que seguía inquietándola de manera evidente.

–No estés triste –insistió él–. Cada cual le reza a su Dios, y sea cual sea ese Dios, ¿no nos enseñan a todos a ser buenas personas, a amarnos los unos a los otros y a honrar a los muertos? –prosiguió, pero la respuesta pareció disgustarla todavía más–. ¿Qué te pasa? –preguntó él.

–Mire ahí –respondió ella, señalando una de las lápidas junto a la salida del cementerio–. Ahí, justo a la izquierda de la tumba de Miriam, una fila por detrás.

–Oh, no alcanzo a ver tan lejos –dijo él–. No llevo las gafas. Voltaire tuvo la ocurrencia de decir que tenemos nariz para poder llevar gafas... Pero hoy no las he traído... A lo mejor no hay mal que por bien no venga... Sí veo que hay otra inscripción. ¿Qué dice?

Leman pensó un momento, preguntándose si debía repetir lo que acababa de leer. Pero Cocotte se le adelantó.

–Doctor Elías –dijo un poco azorada, pero mirándolo directamente

a los ojos–. Alguien ha escrito una frase sobre la lápida con pintura negra. Dice: «Los judíos son perros».

7. LA ALBANESA

Leman pudo por fin regresar a la villa de su familia una tarde de mayo de 1932, en un día apacible como aquel en que la boda de Selma se había convertido repentinamente en su funeral. Mientras caminaba por las calles del barrio que la vio crecer, el eco del llanto de Mediha Hanim y el recuerdo de sus propias lágrimas de desesperación irrumpieron en ella con la misma violencia que había experimentado el día que la obligaron a marcharse de casa.

Una persona distinta había abandonado la villa un año antes: una niña pequeña, curiosa y charlatana, que cuidaba a los canarios, llenaba la casa de cantos y risas, y que a veces soñaba con visitar a los monjes del Monte Athos.

Había vuelto totalmente transformada: una joven alta y esbelta, con el pelo oscuro cortado como un chico y unos vivos ojos castaños cuya mirada penetraba en todo lo que contemplaban, como si quisieran deshojar todas las capas exteriores para revelar la esencia interior. Aunque la acompañaba el padre de Cocotte, insistió en llevar ella misma su maleta, que dejó junto a la entrada de la casa mientras miraba con recelo a su alrededor, como si no estuviera convencida de haber llegado a su destino.

Su abuela había fallecido unos meses después de que Selma muriera, cuando Leman todavía vivía con Cocotte. Al principio, sus padres le ocultaron la noticia. Luego, hacia el final de la primavera, varias semanas después del funeral, Avni Bey recogió a su hija en el colegio y la informó de la muerte de Mediha Hanim. No había pesar en su voz, sino meramente alivio, como si hubiera estado esperando con impaciencia el día que le daría a Leman la noticia de que podía regresar a casa por fin.

–Sin duda es una noticia bienvenida, ¿verdad? –preguntó él.

–¿Cuándo ha sido? ¿Cómo? ¿Por qué no me lo habéis dicho? –exclamó atónita, con plena conciencia de que, en vez de responder a sus preguntas, su padre le soltaría las mismas respuestas que ya había oído: que Mediha Hanim se había marchitado en la cama demasiado tiempo como para desearle a alguien ese destino, que inmediatamente después del «incidente» de su hija (nunca le explicó en qué había consistido aquel «incidente») rechazaba toda la comida, y que ya no quería ver a nadie. Y que, en las últimas semanas, en vez de dormir, yacía despierta toda la noche, gritando el nombre de Selma, y que casi siempre deliraba.

El doctor Elías la visitaba todos los días, no tanto con el objetivo de curarla en este mundo, había dicho el médico, cuanto de abreviar su paso al siguiente. Ni siquiera Leman habría podido reconocer a su abuela en esos últimos meses. Avni Bey la miró con el mismo gesto de resignación con el que cerraba sus libros de contabilidad al término de la jornada de trabajo.

–El doctor tiene razón: mucho mejor así –repitió en un tono de voz que le imploraba a su hija que no lo atosigara más–. Tu madre tiene muchas ganas de volver a tenerte en casa.

Ya en casa se adaptó enseguida, si bien igual que uno se adapta a la vida en un remoto sanatorio de montaña, donde los pacientes, al regresar, se reconocen entre sí, pero prefieren que no se les note, por prurito de cortesía y porque, por defecto, salvaguardan su intimidad. Todo había cambiado. Incluso los ojos de Ibrahim Pachá en el gran retrato del salón, antaño serenos, tranquilizadores e imperiosos, revestían ahora una expresión distinta. Había un cierto enfado en su mirada, como si le molestara que lo hubieran dejado colgado en la pared cuando ya no quedaba nada de su mundo. Y también había algo menesteroso en sus ojos, como si suplicara morir por segunda vez, ahora inequívocamente, de una forma que todos pudieran asimilar por fin.

Tras los primeros meses, las conversaciones con sus padres la convencieron de que, dondequiera que estuviera su tía, nunca más volverían a verse. Más o menos en la misma época, Leman también

tomó la decisión de no pronunciar el nombre de Selma en la mesa del comedor. Lo llamaba una «decisión», aunque más probablemente se tratara de la inevitable consecuencia de varias noches cavilando sobre ciertas preguntas que desfilaban por su mente como centinelas de guardia, preguntas que la niña que había sido en el pasado no había estado en condiciones de responder y la joven que ahora era no tenía deseos de contestar.

En julio de 1936, Leman terminó el liceo con unas notas sobresalientes en los exámenes finales, por las que obtuvo una medalla de oro. La familia organizó una gran cena para celebrarlo, a la que se invitó a varios amigos, algunos de la propia Leman, otros de sus padres, en ese típico cóctel de generaciones que al principio es fastidioso para todos los presentes, pero luego, tras unas copas, resulta ser del agrado de todo el mundo. Gustav también fue invitado y se le asignó un asiento entre Leman y el doctor Elías. Llegó un poco tarde y se encontró con que Leman y Cocotte, sentadas frente a frente, ya estaban a la mesa, cada una con su cigarrillo en la mano, sumidas en una animada conversación con el doctor. Intentó unas cuantas veces meter baza, pero el doctor parecía cada vez más agitado. Finalmente, tras varios intentos fallidos, Elías apartó un poco la silla de Gustav, se puso de pie, agarró su bastón y, con una leve reverencia, se despidió.

–Lo siento, se me ha hecho tarde, olvidé que tengo una cita inexcusable sobre el futuro del cementerio –dijo, volviéndose hacia Avni Bey–. Ha sido una velada preciosa –añadió medio arrepentido, como solía hacer cada vez que debía marcharse, al margen de cómo hubiera resultado la velada.

Leman también se puso de pie y lo acompañó a la calle. Saliendo, oyó que Gustav le preguntaba a Avni Bey cuándo había empezado a fumar su hija exactamente.

–Oh, ya hace tiempo –respondió él encogiéndose de hombros, siguiendo con la mirada a su hija, que ya salía, y dirigiéndole una sonrisa cómplice.

Para entonces ya se había convertido en una fumadora empedernida. Era uno de los hábitos que había adquirido en los mítines políticos a los que acudía, al igual que había adquirido la

costumbre de leer el *Avante* y *El Jiovenno*, los periódicos de izquierda radical publicados en ladino, lengua que ahora hablaba en lugar del francés. Un amigo de la familia la había visto cenando en una *taverna* y había informado a Avni Bey, quien recibió la nueva sin inmutarse y respondió que, conociendo a su hija, no cabía hacer nada al respecto. Durante un tiempo había fingido no estar enterado, y ella había continuado fumando a escondidas, convencida de que, si su padre la descubría, las consecuencias serían graves. Una noche, sin embargo, durante una *soirée* muy parecida a aquella, su padre había entrado inopinadamente a la salita a la que Leman se había retirado a fumar con sus amigos. Por instinto, escondió la mano con el cigarrillo detrás de la espalda y él le ofreció otro. Leman miró perpleja a su padre unos segundos antes de aceptarle ese nuevo cigarrillo. Él la ayudó a encenderlo. Fue la primera vez en su vida que se fumaba dos al mismo tiempo y fue la última vez que intentó engañar a alguien aposta. Recordó la anécdota con una sonrisa mientras se volvía para mirar al invitado alemán y pensó que el sentimiento de culpa era el castigo más efectivo contra el secretismo.

Cuando regresó a la sala, vio que Gustav hacía aspavientos, enzarzado en una discusión con Avni Bey.

–Es muy peligroso –decía–, no solo la influencia de los bolcheviques en la política, sino también en las costumbres. En realidad, es ahí donde reside el peligro, en las costumbres... y en la cultura. En su desprecio por la autoridad y en que inspiren a los jóvenes a no respetar a sus padres y madres. Yo, de usted, no me tomaría el fumar tan a la ligera...

Avni trató de tranquilizarlo.

–Oh, no tiene nada que ver con los bolcheviques –dijo–. Es cosa de la juventud, todos hemos sido jóvenes. Trabaja con mucho tesón, ha sido la única chica de su clase que ha terminado los estudios, y la primera de todo el liceo. ¿Le apetece un coñac? ¿Quizá a Leman también le apetece uno? –Le guiñó el ojo a su hija, viendo que había vuelto a su lado.

Gustav no volvió a frecuentar la casa hasta después de la muerte de Mediha Hanim. Al principio, las visitas eran esporádicas, pero poco a poco se volvieron más habituales. Era como si el fallecimiento de la anciana lo hubiera liberado de cualquier reticencia a comportarse como si esa casa también fuera la suya, como si se hubiera arrogado el derecho a participar de la vida familiar como lo hacía en la empresa tabaquera que había fundado con Avni Bey en Albania. Entraba sin llamar a la puerta, se colaba en el salón como una sombra, por lo general con algún souvenir que los refugiados griegos le habían vendido en el mercado Sabri Pachá a cuatro veces el precio normal. Lucía el mismo aire autosatisfecho que Leman recordaba de la primera vez que se vieron, cuando ella y Selma estaban estudiando la Revolución francesa y leyendo a Madame de Staël, y ahora la presencia del alemán le fastidiaba igual que a su tía en aquel entonces.

Cuando Leman estaba terminando sus estudios en el liceo, Gustav ya se había afiliado al Partido Nacionalsocialista Alemán, no porque se identificara con sus objetivos, sino porque consideraba necesario deshacerse de la competencia judía en el mundo de los negocios. Desde luego, era el primero en reconocer que todos podemos dejarnos llevar por la retórica y propasarnos de vez en cuando. Sin embargo, era preciso confiar en que la gente se enmendaría: esgrimía, como ejemplo, el hecho de que, en vísperas de las Olimpiadas de 1936, Hitler hubiera ordenado la retirada de todos los carteles que decían LOS JUDÍOS NO SON BIENVENIDOS; él también estaba de acuerdo en que no era necesario llegar tan lejos. Al mismo tiempo, su obsesión con los bolcheviques y su supuesta corrupción de la juventud se había agudizado. Apoyaba a Metaxás en Grecia, a Mussolini en Italia y al rey Zog en Albania, feliz de que en todos los países en los que prosperaban sus negocios hubiera líderes fuertes y decentes al mando, hombres dispuestos a decir «hasta aquí hemos llegado» frente a la incesante perversión de las costumbres, y hacerlo en palabras que todo el mundo pudiera entender. La gente estaba cansada de los juegos de poder, decía. Todo el mundo estaba harto de palabras como *elecciones*, *democracia* y *separación de poderes*; todo era *Lug und Trug*, cortinas de humo, pura cháchara.

–¿Ya has pensado qué vas a hacer ahora que has terminado el colegio? –preguntó Gustav a Leman cuando esta se sentó nuevamente a la mesa.

Leman se encogió de hombros.

Acababa de terminar una de las últimas lecciones del curso de mecanografía y taquigrafía al que se había apuntado ese verano. Planeaba escribir a unos parientes de París para preguntarles sobre la posibilidad de hospedarse en su casa mientras estudiaba Económicas en la universidad. Pero las relaciones entre ellos y su padre cada vez eran más tirantes como consecuencia de una disputa sobre unos terrenos y Leman siempre aplazaba escribir la carta por temor a enfadar a Avni Bey.

Sabía que quería abandonar Salónica, pero aún no había decidido adónde iría. Adondequiera que fuese siempre se sentía distinta. En el liceo, los maestros la llamaban «la albanesa», aunque le costaba imaginarse a qué se referían con ello. No era nada que ella supiera identificar, tan solo una etiqueta que los demás habían decidido endosarle. Nunca había estado en Albania. ¿Entenderían allí sus palabras, sus expresiones? ¿Se reirían con sus chistes? ¿O tendría un acento raro, del que alguien se burlaría, como le ocurría al doctor Elías cuando hablaba en francés? Le habían enseñado a amar a la patria, pero ¿cuál? ¿Era una idea en su mente o un lugar real en el mundo?

Todo lo observaba, todo lo juzgaba. Pero hablaba poco y sonreía menos. En ocasiones, después de terminar los deberes, iba a la cocina para ofrecerse a ayudar a su madre, quien de vez en cuando trataba de penetrar en los largos silencios de su hija con recuerdos de la vida que compartían cuando su abuela y Selma todavía vivían. Por ejemplo, rememoraba cuánto le gustaban a su tía los pasteles vieneses o cómo se echaba Mediha Hanim en la terraza, alineando las sanguijuelas sobre su tripa, mientras escuchaba el canto de los canarios. En esos momentos, Leman solía poner algún pretexto para marcharse.

Recordaba la letra de la copla sefardí que más le gustaba a Cocotte: «Dia de shabbat, la tadre, / la horica dando dos, / fuego saliò al Agua Mueva, / a la Torre Blanca quedò» («En el día del

Sabbat, por la tarde / cuando el reloj dio las dos, / un incendio empezó en el Agua Nueva / y se propagó a la Torre Blanca»). Cocotte solía cantarla inmediatamente después de despertarse por la mañana, sentada en la silla frente al espejo, mientras se iba quitando los rulos o se aplicaba una mascarilla de fruta en la cara, como una especie de himno para el nuevo día. Pero, en la voz de Cocotte, las notas apesadumbradas del estribillo –«Dio del cielo, dio del cielo, / no topates que hacer?» («Dios del cielo, Dios del cielo, / ¿qué más nos harás?»)– salían a voz en cuello, como si la canción no describiera la destrucción y las muertes causadas por un incendio al que ella misma había sobrevivido de milagro, sino un episodio heroico de resistencia y renacimiento, interpretada no como la canción dolorosa y melancólica que era, sino como una marcha militar con el fin de preparar a los soldados para la batalla.

Y ahora toda Europa amenazaba con convertirse en Salónica. «Las llamas de la guerra se extenderán pronto por doquier», advertían el *Avante* y *El Jiovenno*, periódicos que ella comentaba con sus amigos. Casi todos eran chicos algo mayores que ella, procedentes de las acomodadas clases medias de la ciudad, que se declaraban socialistas para rebelarse contra la postura apolítica de sus padres. Leman escuchaba atentamente los argumentos de los que defendían la idea de que los judíos debían marcharse a Jerusalén para así volver finalmente a su hogar y vivir con dignidad, también los de quienes aseguraban que su hogar era Salónica o argumentaban que Jerusalén era a fin de cuentas un ideal, ya que en todas partes había crisis y, mientras durase el capitalismo, las sociedades permanecerían divididas. Seguía los debates entre sionistas, asimilacionistas y socialistas, no porque comprendiera plenamente sus propuestas, sino porque intuía la fuerza de la pregunta planteada, la misma que ella se hacía desde que era niña: «¿Qué soy yo?».

Y a menudo se acordaba de la respuesta del doctor Elías durante su encuentro en el cementerio con Cocotte: es muy sencillo, le había dicho, todos somos seres humanos. Aun así, ella seguía viéndolo con escepticismo. ¿Y qué más da?, pensaba. Hay distintas maneras de ser humano, y distintas maneras de convivir con los demás. Si esa

sola frase lo arreglaba todo, ¿por qué había entonces tanta maldad en el mundo?

No toleraba la injusticia: sufría viendo las caras pálidas y demacradas de las adolescentes que trabajaban en las tabaqueras donde repartía panfletos con sus amigos. Admiraba la convicción con que sus camaradas prometían un mundo nuevo. Pero también sentía un extraño desasosiego: ¿quién era ella para decirles a esas chicas en qué debían creer? En ocasiones tenía la impresión de que podía identificarse con la rabia de esas niñas, en otras se sentía avergonzada por sus privilegios. Sus vidas eran verdaderamente difíciles; ella, en cambio, solo se sentía infeliz. ¿Qué derecho tenía ella a la felicidad? ¿Y acaso era siquiera posible deslindar la búsqueda de la propia felicidad de la de los demás?

Por la noche se sentaba en la cama y escribía un diario en el que dejaba constancia de sus experiencias, recordaba las discusiones que había escuchado durante el día y esbozaba los distintos argumentos contrapuestos, a veces dividiendo metódicamente la página en dos mitades en las que apuntaba listas que resumían los pros y los contras. Pero al final de la página casi siempre dejaba apuntada la misma frase, subrayada varias veces: «No me decido».

Aunque ya no vivían en la misma casa, Leman seguía viendo a Cocotte con frecuencia. Las horas que compartía con ella serían los únicos recuerdos felices que guardaría de aquella época. Disfrutaba de las historias de Cocotte, de la tranquilidad de saber que, cuando ella hablaba, podía dedicarse simplemente a escucharla, sin sentir el lastre de sus propios pensamientos. Unas veces le hacía gracia y otras la dejaba perpleja el orden de prioridades de su prima: Cocotte le contaba, por ejemplo, como si fuera una catástrofe sin paliativos, el aumento del precio del champú o la dificultad de encontrar cremas faciales de París, pero se mostraba completamente impasible cuando ocurría algo triste de verdad, como cuando su novio Rexhep –o Rémy, como lo llamaban en francés– se trasladó inesperadamente a Albania con su familia sin dignarse siquiera a avisar a Cocotte. Ella le dio la noticia y sencillamente se encogió de hombros, como si aquello fuera la típica cosa que una podía esperar de la vida.

–Bueno, él no quiso ponerme triste –dijo Cocotte–. En realidad, se ha portado como un caballero. Nunca ha estado en Albania, pero allí no llamará la atención como aquí –le explicó–. Para ellos, será como volver a casa. También podría serlo para nosotras. Nunca se sabe.

–¿Y no vas a echarlo de menos?

–¡Piensas demasiado! –Cocotte se echó a reír. Luego se arregló el dobladillo del vestido–. Quizá lo vea algún día. Nosotras también podríamos ir a Albania. ¿Por qué no? A lo mejor las cremas son más baratas, ¡y los chicos más guapos!

Leman se quedó mirándola con una mezcla de asombro y miedo por la facilidad con la que se enamoraba de distintos chicos y luego los olvidaba al cabo de nada, como un visitante olvida las obras expuestas en un mediocre museo de provincias. A ella, la idea de enamorarse le daba pavor. Temía volverse dependiente y luego desilusionarse, e imaginaba que enamorarse era comparable a practicar algún tipo de deporte de invierno extremo, como bajar una pendiente con un par de esquís a toda velocidad, sin poder parar. El hecho de que hubiera decidido en cierto momento que ningún chico podría interesarla jamás, que nadie del sexo opuesto podría ser digno de su atención, le facilitaba el trato con ellos. No había códigos extraños que descifrar, ni era preciso interpretar intenciones. Su mundo no encerraba ningún misterio porque no sentía la necesidad de conocerlo mejor, y nunca le costó que la aceptaran en sus círculos porque ella nunca trató de encajar en ellos.

–Herr Gustav –dijo Avni Bey, volviéndose de pronto hacia los invitados al final de la cena–. Nunca se lo he preguntado: ¿qué clase de hombre era su padre? ¿Tenía su olfato para los negocios?

–Mi padre –respondió Gustav–, mi padre amaba la muerte como las personas normales amamos la vida. ¿No es extraordinario? Dejó mucho dolor, desde luego que sí. Y sin embargo... Ser capaz de crear tu propia destrucción, ¿no es eso poesía? Un final trágico, por supuesto, pero qué hermoso, a pesar de todo. Solo las personas de un carácter superior son capaces de algo así. –Entonces, como si de pronto acabara de recordar algo, se volvió hacia Leman con la piel

de la calva enrojecida–. Tu tía Selma también era un ser superior. No conocí a nadie igual.

Durante el curso de sus visitas, Gustav nunca había hablado de Selma. Al oír el nombre de su tía, Leman se quedó pálida, como si por fin hubiera entendido el significado real de su ausencia. Cuando recordaba conmigo esa conversación muchos años después, estaba convencida de que explicaba la decisión que anunció al final de aquella cena, una decisión que cambiaría el curso de su vida y sin la que yo no estaría aquí, escribiendo estas líneas.

–Le tenías mucho cariño, ¿no? –prosiguió Gustav, sin darse cuenta de lo mucho que temblaba Leman–. Y cada día te pareces más a ella. No solo físicamente. También eres muy seria, mademoiselle, igual que ella.

Leman murmuró algo, una frase que no pudo terminar porque de pronto sintió la fría mano del alemán acariciando su rodilla desnuda bajo la mesa. Quiso gritar, pero no le salían las palabras. Apartando su silla, profundamente afectada, se puso de pie y fue a buscar otro cigarrillo. Pensó en el desprecio que Selma le prodigaba a ese hombre, en que él nunca se atrevió a acercarse a ella, en que su tía se burlaba de él de una manera tan sutil que él nunca lo notaba o, si en alguna ocasión se daba cuenta de ello, fingía que no, quizá porque sabía que era eso lo que tenía que hacer para ganársela, o sencillamente ganar, sin contar con ella. Y por primera vez, ahora que por fin entendía lo que le había ocurrido a Selma, se preguntó quién se había impuesto realmente en aquella lucha entre ambos: ella, que lo había abandonado todo de manera heroica, poética, o él, que seguía allí, siempre al acecho, con las manos puestas encima de todo lo importante. «Cuando una habitación está llena de humo...», pensó de nuevo. Y se preguntó por qué Selma solo había contemplado una salida total, una salida de la vida misma. Tenía que haber otras habitaciones, por fuerza, pensó.

Gustav se ofreció a encenderle el cigarrillo. Ella dijo que no con la cabeza, enojada.

–Buena idea. No es sano –dijo con una sonrisa burlona–. Pero, aun así, tenemos que venderlos. –Sonrió con suficiencia y se volvió hacia Avni Bey–: Ahora que ha terminado los estudios, es hora de

encontrarle un marido a mademoiselle –dijo–, alguien que cuide de ella y se asegure de que pueda tener una vida desahogada y todos los cigarrillos que se le antojen... o no.

–¿Mi hija? ¿Un marido? –Avni Bey se echó a reír–. Tiene talento para las matemáticas –dijo–. Quiere estudiar Económicas en la universidad, quizá en París.

–¿Y le dará dinero para eso? –A Gustav se le descompuso el rostro, con una mueca de asco–. ¿Durante todos los años que tarde en terminar la carrera? ¿Para que esa banda de bolcheviques franceses la adoctrinen con su *liberté, égalité, fraternité*?

Leman se puso de pie, cogió el cigarrillo que había dejado a un lado y lo encendió con una mano temblorosa.

–No necesito dinero. Trabajaré. Pero no en Salónica. Me marcho a Albania.

Segunda parte

PRÓLOGO: LA GRIEGA

En la fachada de este edificio que ya es un viejo conocido, hay tres palabras escritas en unas mayúsculas ciclópeas: DIRECCIÓN DE ARCHIVOS.

Siempre me he imaginado mis visitas a la «Dirección» como algo parecido a estudiar un paisaje después de la batalla: un laberinto lacerante y oscuro que apesta a muerte y moho, con pilas de papeles desperdigadas por los suelos de hormigón como cadáveres que aguardan su entierro. O como un abismo helado, un descenso al noveno círculo del infierno dantesco, donde los pecadores más consumados –los que han traicionado a su familia, a sus amigos, a su país y, en definitiva, a la humanidad– reciben su castigo. Sin duda, ese también es el lugar que les corresponde a los viejos espías comunistas, por haber convertido la confianza de la que fueron depositarios en un engranaje más de la maquinaria despiadada de la policía secreta.

En el *Infierno* de Dante, el noveno círculo es frío, inmóvil y silencioso. Frío, para simbolizar la crueldad de unos corazones que nunca conocieron calidez o empatía. Inmóvil, porque solo el amor es un sentimiento activo; el engaño –como el mal– no tiene una existencia positiva, es pura ausencia. Silencioso, para simbolizar los límites del discurso, la muerte del lenguaje cuando las palabras sirven para destruir en lugar de comunicar.

Pero, en lugar de en el abismo congelado de Dante, me encuentro en un espacio que se asemeja a un cruce entre una tienda de Ikea y la sala de espera de un hospital. La simetría de los muebles me recuerda a la austeridad de las líneas en una obra de Mondrian. Las baldosas son grises y brillantes, y las paredes blancas lucen una mano de pintura reciente. Unos cuantos empleados en pulcros

monos blancos que recuerdan a batas de cirujanos me saludan cuando entro. Cada vez se muestran más simpáticos conmigo, pero yo sigo siendo deferente con ellos. A fin de cuentas, solo ellos tienen permitido el acceso al sótano donde se custodian los archivos originales. El hecho de que la autorización solo se conceda a dos empleados (para que puedan vigilarse entre sí y de este modo se garantice que nadie manipule o adultere los documentos originales) hace que su misión todavía me parezca más importante. El Estado tal vez no confíe en ellos, naturalmente, pero ¿por qué habríamos de confiar, en cambio, en el Estado?

En la página 6 del Expediente de Investigación 531, la palabra *griega* aparece con sorprendente frecuencia: «Leman Ypi, nacida en Salónica, de nacionalidad griega». También reparo en una serie de instrucciones anotadas a mano: «Comprobar si alguien con este nombre y nacionalidad griega consta en la Colección de Expedientes I y en la Colección de Expedientes II». Sigue otra nota manuscrita: «No hay nada aquí», con el «aquí» subrayado a lápiz y la firma de un tal teniente coronel D. B.

«Nacionalidad: Griega.» Nacionalidad griega, me repito, luego regreso a la primera página del archivo informático, la del garabato, donde la palabra *griega* aparece escrita por separado debajo de una casilla, seguida de «propuesta de categorizar como 2B».

Se me hace rarísimo pensar en mi abuela como una griega. Conmigo casi siempre hablaba en francés y, además, aunque sabía que había nacido en Salónica, rara vez ese nombre me hacía pensar en un lugar concreto y mucho menos en una ciudad griega. Ella siempre hablaba de *Salonique la Magnifique*, pero *Salonique la Magnifique* para mí siempre ha sido un lugar mental más que un punto geográfico, no tanto un espacio cuanto un tiempo, tiempo perdido antes de que yo pudiera conocerlo. O una galería de imágenes mentales: el retrato de un viejo de aspecto severo y ojos profundamente azules tocado con un fez rojo; una alfombra tejida a mano; fotos desvaídas en blanco y negro en las que quedaron capturadas personas a las que no conocí y cuyo cotidiano parecido con personas que sí conocía me era señalado. «Le gusta hablar claro como a Ibrahim Pachá» o «Tiene los ojos circasianos de Mediha

Hanim» o, si se quiere algo más elevado, «Es una gran lectora como Selma». Las más de las veces, *Salonique la Magnifique* era una combinación de sonidos: francés, turco otomano, albanés, ladino, italiano y, sí, también griego, pero solo en parte.

Me cuesta relacionar la palabra *griega* con mi abuela. Mi mente prefiere, en cambio, regresar a mi primer examen oral en la Universidad de Roma y a la silla tambaleante en la que estuve sentada también allí, con la vista clavada en una página de *Metafísica*, Libro Zeta, mientras me las veía y deseaba con la pregunta del examen. «Signorina, ¿puede recordar cómo es la voz griega que emplea Aristóteles para referirse a la esencia?», me pregunta el examinador, y luego: «La esencia de un ente es lo que hace que un ente sea lo que es, pero ¿cómo la define Aristóteles exactamente?». Sigue un silencio embarazoso. «Vamos, signorina, la voz griega para referirse a la esencia es *to ti en einai*, "lo que es ser", que es preciso corregir», me explica el examinador, «a "lo que era ser", ya que el presente se deslizó en las traducciones posteriores confundiendo a generaciones enteras de comentaristas aristotélicos.» Pongo cara de resignación, echo un vistazo por la ventana y decido contar las baldosas del suelo, pensando que, si suspendo, lo peor que puede pasarme es que me quede sin beca y me toque regresar a casa. «Vale», murmuro. «Es importante», insiste él.

Ahora me pregunto adónde habría ido mi abuela si hubiera suspendido su examen de *Metafísica, Zeta*. Resulta que su *to ti en einai* es también su pasado. Resulta que su esencia, su «lo que es (o era) ser» es «griega».

Sigo bajando por el documento, luego vuelvo a subir, pero, en este momento, mi cerebro ha decidido jugarme una mala pasada. Solo soy capaz de leer las frases donde aparece el término *griego* en todas sus flexiones. El resto me resulta absolutamente ininteligible, tanto que podría haber sido escrito en la lengua de Aristóteles. Ahí está, en la parte superior de la página 7:

A tenor de las pruebas relativas a las actividades opositoras contra el pueblo,

y bajo la sospecha de ser una agente de un servicio extranjero de inteligencia y, en particular, del griego, elevamos la propuesta de categorizar como 2B y abrir una investigación preliminar sobre la ciudadana Leman Ypi, nacida en Salónica, de etnia albanesa y nacionalidad griega.

«¡Siempre habláis en griego cuando tenéis un secreto!» Debía de tener cinco o seis años la primera vez que pronuncié esas palabras con rabia. Era la noche de fin de año y la prima de mi abuela, Cocotte, que solía visitarnos en invierno, acababa de llegar en el último tren del día. Seguía con gran interés una de sus animadas y misteriosas conversaciones en francés sobre *Salonique la Magnifique* cuando de pronto se pasaron al griego. Lo interpreté como un gesto deliberado de hostilidad, con la intención de excluirme o, aún peor, de sabotear mis esfuerzos de comprensión, un método cruel con el que volvían absolutamente impenetrable un mundo al que yo había logrado acceder tan solo por medio de ilimitados saltos imaginativos. «Mais non, ma chérie», contestó ella. «Intentamos recordar la letra de algo que cantábamos cuando éramos niñas; se hace extraño traducirlo.» Y entonces cantó en griego: «Kanaríni mou glikó, esi mou píres to mialó» («Dulce canario, he perdido la cabeza por ti»), y luego otra vez en turco, con la salvedad de que cambió la palabra *kanaríni*, «canario», por *bülbül*, que es como se dice en albanés y turco «ruiseñor», y la canción, en lugar de dar miedo, parecía dar consuelo, como el trino de los pájaros en un fresco anochecer de verano. Me quedé tan cautivada que, desde ese día, mi abuela me la cantaba todas las noches antes de dormirme.

Griego, pienso. Griego, no como Aristóteles, sino más bien como «Kanaríni mou glikó». La silla ha dejado de tambalearse. Ya no tiemblo. Reúno la confianza suficiente para concentrarme de nuevo en el documento abierto en mi ordenador, donde aparece otro informe redactado en una planilla y firmado por el teniente coronel D. B.

Los motivos y pruebas para abrir una investigación preliminar sobre una posible categorización 2B son los siguientes:

1. El hecho de que, aun habiendo vivido aquí Leman Ypi mucho tiempo, siga teniendo nacionalidad griega y siempre haya manifestado el deseo de poder regresar a Grecia.

2. El hecho de que, aun habiéndosele recomendado en privado que solicite la nacionalidad albanesa, no solo haya rechazado esta opción, sino que además, en presencia de elementos [sic] de su máxima confianza, haya manifestado su odio hacia la República Popular y el Partido en el poder. También ha manifestado su odio hacia la Unión Soviética y, en efecto, hacia todo el mundo socialista, y, por otra parte, ha alabado la vida en Grecia y la libertad de la que disfruta la gente allí, haciendo comparaciones entre Grecia y Albania.

3. A tenor de sus encuentros con nuestro colaborador el Tribuno, además de lo comentado más arriba a propósito de sus comentarios hostiles hacia el Poder Popular, ha ido todavía más lejos, levantando la sospecha de que ha de ser una agente de los servicios de inteligencia griegos. Para explicarlo, podemos aducir los siguientes motivos...

Dejo de leer.

Cuando me levanto de la silla, noto que me castañetean los dientes por el frío.

–¿Está puesta la calefacción? –pregunto–. Hace mucho frío aquí.

Eva me mira como si la pregunta fuera retórica, una frase pronunciada más que nada con el afán de comunicar algo, lo que sea, con la simple intención de llenar el silencio con palabras. Hace un chasquido con la lengua.

–Esta mañana ha estado encendida –empieza a decirme como si quisiera disculparse–, pero la hemos apagado porque nos han dicho que hay que ahorrar electricidad ahora que estamos en guerra. –Señala el tejado de un edificio visible desde la ventana, al tiempo que hace un gesto con la mano para representar un cohete a punto de impactar, acompañado del sonido de una explosión.

Habré puesto cara de perplejidad.

–Bueno, estamos en la OTAN –se corrige–. Para el caso es lo mismo.

Asiento antes de volver a contemplar el azul sereno de la pantalla que tengo delante. He dejado de tiritar, pero ahora empiezo a tener ganas de vomitar. Debe de ser por el característico tono amarillo de esas planillas, o quizá porque no paro de subir y bajar por los

documentos en la pantalla azul, o porque no he desayunado, o porque los canarios han desaparecido, sustituidos por el Libro Zeta de la *Metafísica* de Aristóteles.

«En presencia de elementos de su máxima confianza...», vuelvo a leer, luego pierdo la paciencia y me vuelvo hacia las empleadas de la Dirección.

–¿Quién es el Tribuno? –pregunto–. ¿Y qué significa «2B»?

–¿Perdón? –dice Eva.

–Alguien llamado el Tribuno aparece mencionado aquí por haber acusado a mi abuela de ser una espía griega. No estoy segura de que este expediente sea de ella.

No es que piense en serio que ninguno de los empleados pueda sacarme de dudas. Se trata más bien de que ya no soy capaz de seguir leyendo por mi cuenta: hace demasiado frío en la sala, el silencio es insoportable y me siento atrapada por todas estas preguntas, sin poder moverme, sin poder pensar. Experimento cierta desconexión entre mi persona y el individuo que aparece en el expediente. No reconozco a mi abuela en las descripciones que dan de ella los documentos, o quizá sencillamente me cuesta aceptar que le esté pasando todo eso a ella. Dudo; dudo, luego ella no existe, luego yo no existo. Debo ayudar, pero no sé cómo. Pesan graves amenazas contra esta mujer, se han levantado sospechas que tendrán consecuencias trágicas. Alguien llamado el Tribuno, alguien a quien ella conoce y en quien debió de confiar, ha redactado un informe cuya existencia ella ignora. Debe dejar de hablar con el Tribuno, debe dejar de divulgar información que esa persona, con toda seguridad, utilizará contra ella. Confía en el Tribuno sin saber que él es también un «elemento de la máxima confianza» del Estado. Ojalá pudiera decírselo. Ojalá pudiera convencer al Tribuno de que las palabras de Leman se han malinterpretado, que mi abuela y esa mujer no tienen nada que ver entre sí; quizá de esta forma retiren las acusaciones.

Vuelvo a leer el párrafo. Cada palabra parece una masa metálica, y, cuando vuelvo a toparme con las palabras *griega*, *griego*, *Grecia*, noto que el aire se me queda atrapado en los pulmones, como si estuviera entre rejas. Se me empaña la vista y me cuesta mucho

trabajo abordar el resto del documento: esas masas metálicas parecen fusionarse entre sí, derritiéndose, y lo único que alcanzo a ver en la pantalla del ordenador son unas gruesas líneas negras. Quizá tan solo queramos encontrar las verdades que de una forma u otra ya conocemos, pienso. Quizá no es necesario que encuentre las fotos. Quizá ya las he visto todas.

–¿Quién es el Tribuno? –repito, levantando la voz, poniéndome de pie.

–Debe de ser el pseudónimo de un informador –dice Eva–. No conocemos los nombres reales. Si estudia a fondo el documento, seguramente encontrará una lista.

Vuelvo a sentarme en la silla y me muevo hacia arriba por el documento hasta que llego a una página titulada «Lista de colaboradores con pseudónimos». Solo contiene tres líneas, escritas con pluma estilográfica, con un número junto a cada una de ellas y una línea pautada para «notas» que quedó en blanco.

Leo en voz alta los pseudónimos. Los nombres de los informadores suenan como objetos: «1. El Tribuno. 2. Chicle Blanco. 3. Viento de Marzo». Los empleados se ríen. Todos son así, me dicen, los pseudónimos de los colaboradores. Dan ganas de saber a quién se le ocurrieron.

A mí no me hace gracia. Esos tres entes son como vengativos dioses griegos; están a punto de abatirse sobre mi abuela en forma de catástrofe natural, un huracán o una inundación. Hay una emergencia: un ser humano, mi abuela, o no todavía mi abuela, necesita auxilio, su vida cambiará hasta quedar irreconocible, voy clicando en la pantalla, subiendo y bajando por el documento, cada vez más desesperada, como si el desastre se estuviera produciendo ante mis ojos. Alguien debe intervenir, tenemos que encontrar al Tribuno, preguntaré por qué lo hace; no será imposible explicarle que ha habido un error, que no cabe la menor posibilidad de que mi abuela sea una espía griega, que su esencia no debe convertirse en la de un 2B.

–Ahora no recuerdo si cursó la solicitud como familiar –me dice Eva, que ha percibido mi desasosiego. Siempre me hace la misma pregunta y yo nunca vacilo en mi respuesta.

–No, como investigadora.

–Es una pena. Si hubiera hecho la solicitud como familiar, habría sido gratis.

Mis motivos tenía, quiero contestar. En vez de ello, asiento.

–Además, si cursa una solicitud de nueva información en calidad de familiar, puede encontrar el nombre real del informador. Así podrá saber quién era la persona que se ocultaba detrás de todo esto.

¿«Quién *era*»?, pienso. ¿Su esencia? ¿Su «lo que era ser»? ¿Todo es pasado? Regreso a la pantalla y una vez más soy incapaz de leer más allá de la palabra *griega*.

–¿Quiere saber quién era? –insiste Eva–. Puedo enseñarle a rellenar los formularios.

–No, ahora mismo no. Antes quiero entender qué pasó.

1. LOS PERROS

–¿Nacionalidad albanesa? –preguntó el funcionario, después de sacar la cabeza por la puerta de su despacho y echar un vistazo al pasillo donde Leman había pasado la mañana esperando a que le dieran un certificado de empadronamiento.

–Todavía no –respondió ella, con cierto sentimiento de culpa–. Me dijeron que...

–No pasa nada –la interrumpió él, frotándose las manos con alegría, como si su respuesta confirmara exactamente lo que esperaba–. Tendrá que rellenar varios formularios.

Leman abrió la puerta del todo y el olor nauseabundo que salió del despacho le causó repugnancia. No lo identificaba: ¿pies sucios, basura en descomposición, barro? Había en ese olor algo punzante y agresivo, una mezcla de pies mojados y pestilentes. Reparó en una pila de expedientes junto a la pesada puerta de metal, seguramente un tope para que no se cerrara en los calurosos días de verano. Pero la fetidez que percibía no se parecía en nada al olor solemne de una pila de papeles mohosos.

Volvió la cara, dando un paso atrás.

El funcionario se fijó en su reacción; era casi como si lo hubieran adiestrado para discernir la categoría de sus visitantes según su respuesta al olor del despacho. La observó con más detenimiento: desde sus deportivas blancas y los elegantes pantalones anchos de color beige a la blusa azul claro bien planchada y el collar de plata con un pequeño brillante, a juego con sus pendientes, que le asomaba en el cuello. A Leman le había costado decidirse a ponerse el conjunto de collar y pendientes, ya que no le gustaban las joyas, pero era un regalo por sus dieciocho años y, al marcharse de Salónica, le había parecido que sería desagradecido abandonarlo en

el joyero de Selma, que había heredado. Poco después de llegar a Tirana, recordando el primer consejo que recibió de sus padres de que debía «tener cuidado con los ladrones en todas partes», decidió llevar siempre aquel conjunto, no tanto para protegerlo de cualquier apropiación indebida, cuanto para ahorrarse discusiones con su familia en caso de que sus temores terminaran siendo fundados.

Sintiéndose observada, se tocó instintivamente el collar y luego se arregló el cuello de la blusa.

–Es posible que deba pagar una tasa –dijo el funcionario, y Leman se preguntó por qué en esa ciudad las tasas siempre se anunciaban con retraso, como el billete ganador de una lotería en la que uno ha participado sin saberlo–. No hace falta que se preocupe por eso ahora. Parece que podrá pagarla –añadió él con una sonrisa cómplice.

El joven que hacía cola al lado de ella en el pasillo levantó la vista por primera vez. Había estado apoyado en la pared, absorto en la lectura de un grueso libro que le costaba mantener abierto del todo. La última frase pareció incomodarlo al igual que el olor de la oficina la había incomodado a ella. El joven miró al oficinista con un rictus severo que anunciaba la posibilidad de que fuera a afearle la conducta.

–Su marido también puede pasar –añadió el funcionario.

Leman no entendió de entrada a qué se refería. Luego volvió la cabeza y se fijó en el joven. Era alto y delgado, e iba elegantemente vestido, con un tres piezas gris de raya diplomática que le recordó a los trajes que llevaba su padre Avni a su regreso de París. Atisbó el título del mamotreto: *Code civile annoté*, Éditions Dalloz. Otro estudiante en sus vacaciones de verano, pensó. Salvo que parecía mayor. O quizá no: se dio cuenta de que solo debía de llevarle unos años, pero había algo en su manera de conducirse, en su gesto serio y concentrado, su atuendo formal y la profunda arruga que le surcaba la frente que le daba un aire de haber sufrido mucho. Siguió observándolo con curiosidad, tratando de precisar su edad. Sus miradas se cruzaron brevemente. El bajó la suya, concentrándose en las baldosas del suelo, gastadas y casi todas rotas.

Leman se volvió hacia el funcionario.

–No tenemos relación.

–¿Ha venido sola? –El funcionario parecía sorprendido.

Ella asintió, algo molesta por tener que justificarse de nuevo. Aunque habían pasado varias semanas desde su llegada a Tirana, no terminaba de acostumbrarse a la frecuencia con que la gente daba por supuesto que debía ir acompañada a todas partes, a las reacciones de perplejidad cuando explicaba que vivía de alquiler en una habitación cerca del bazar, a los generosos ofrecimientos de hospitalidad de sus parientes en cuanto sabían que se había mudado a Albania, ¿*sola*? «¿Dónde están tus padres? ¿Dónde está tu marido? ¡¿De verdad que ni siquiera tienes un prometido?!», exclamaban, aunando inquietud y miedo, como si su condición de mujer no acompañada fuera una especie de enfermedad contagiosa que solo podía curarse con un tratamiento a tiempo. Y así empezaron a lloverle invitaciones a fiestas de cumpleaños y tardes de bridge, a meriendas con té o partidos de tenis en el recién fundado Club Nallbani. Se presentaba sin entusiasmo ni interés, más bien por una obligación autoimpuesta de socializar, aunque cada vez más amargada. Le costaba reconocerlo, pero se sentía sola en Tirana. Comparado con Salónica, hacer amistades ahí estaba siendo más difícil de lo que había imaginado. Las mujeres de su edad la miraban con recelo, o eso le parecía intuir. Y solo muy pocos hombres –por lo general, mayores que ella– eran capaces de evitar ese tedioso e incansable avasallamiento verbal que sus coetáneos parecían confundir con el arte de la seducción.

Había llegado a Albania recién cumplidos los dieciocho años, más por el deseo de abandonar Salónica que con el objetivo específico de instalarse allí y no en cualquier otra parte del mundo. Varios de los amigos que había hecho en el liceo habían empezado sus estudios universitarios en Francia, Italia o Austria. Otros habían *vuelto* (aunque fuera su primera visita, la gente insistía en emplear esa expresión) a Jerusalén con sus familias. Pero ella no quería ser una carga para sus padres. La empresa tabaquera de su padre en el sur de Albania cada vez tenía más dificultades como consecuencia de la

crisis económica –había golpeado el país con cierto retraso, pero sus efectos se acusaban ahora en toda su crudeza–. Varias sequías y olas de calor persistentes habían provocado una reducción drástica de las cosechas y muchos campesinos se las veían y deseaban para ganarse el pan: el país estaba a las puertas de una hambruna. Sabía que su padre se sentía responsable del sustento de sus empleados en la fábrica y que tenía que ahorrar para poder ayudarlos.

También había influido el deseo de independizarse de la familia. Aun sin esas dificultades económicas, continuar sus estudios habría supuesto quedar en deuda con su padre. Prefirió buscar trabajo. Pero ¿por qué en Albania? Cuanto más pensaba en ello, menos obvia le parecía la decisión que había tomado. La primera vez que se lo planteó, cuando todavía vivía en Salónica, el único motivo que encontró fue precisamente aquel que ahora destacaba por su absurdidad: el nombre le intrigaba. Le fascinaba la dicotomía entre cómo llamaban los extranjeros al país (Albania) y cómo lo llamaba su pueblo (Shqipëria), como si fuera necesario un acto de fe para salvar la brecha entre ambos, para restañar la fisura entre cómo se veía uno a sí mismo y cómo lo veían los demás. No era exactamente lo mismo que aquel sueño que había tenido de niña de camuflarse como un hombre para esconderse entre los monjes del Monte Athos. Pero quizá sí reflejaba en parte la misma actitud: el deseo de descifrar una clave, de descubrir quién era ella convirtiéndose provisionalmente en otra persona. En ese abismo entre incógnitas, en el extraño espacio entre dos palabras tan disímiles, Albania y Shqipëria, esperaba encontrar la verdad sobre sí misma.

Ahora todo le parecía un disparate. Se había marchado de Salónica a mediados de agosto de 1936, durante una violenta tormenta de verano que hizo que el avión se sacudiera y zarandeara como un juguete. Suspendida en el aire, se aferró a los reposabrazos y, mientras contemplaba las montañas desde lo alto, se preguntó por un instante si tenía preferencia por morir a un lado u otro de la frontera si el avión se estrellaba. Concluyó que le daba lo mismo: a fin de cuentas, aquella frontera era un añadido reciente. Al llegar a Tirana, sintiéndose todavía inestable por el vuelo, salió a dar un paseo, encontró un bar, pidió un coñac y se encendió un cigarrillo.

Dos hombres se le acercaron para hablar, en italiano. Por lo visto, iba demasiado bien vestida para ser una «mujer general», la expresión que empleaban en Tirana para referirse a las prostitutas. ¿Era quizá una turista? Pero, entonces, ¿cómo era posible que no llevara sombrero? Todas las italianas llevaban sombrero, le dijeron. Ella fingió no entender el italiano ni el francés, y, como a esos hombres no se les ocurrió que tal vez hablara el albanés, no le fue difícil poner tierra de por medio.

Cocotte la había puesto en contacto con unos parientes lejanos que vivían en el centro de la ciudad, justo al lado de la legación yugoslava, considerada, junto con la residencia del rey, uno de los dos edificios más majestuosos de Tirana. Se había alojado en su casa unos días, hasta que alquiló la habitación y se puso a buscar trabajo. Pero pronto se dio cuenta de que no podía esperar que ninguna oficina prestara servicios a finales de agosto. «Nadie trabaja en agosto», le decía la gente con un suspiro pesaroso, un suspiro que adquiría cierta ironía cuando la información se la daban unos funcionarios que, contra toda lógica, se pasaban el día sentados en sus negociados, como si hubieran permanecido abiertos por error.

Cocotte también le había dado la dirección de varios primos de su edad, todos estudiantes en el extranjero, que estaban bien relacionados con la administración y tal vez podrían ayudarla a encontrar trabajo. Pero, tras sus primeros encuentros fortuitos con hombres de la ciudad, se le pasaron las ganas de tratar con esas gentes. Prefería vagar sin rumbo a solas, deambulando por las calles de Tirana, un pueblo que había crecido demasiado y tenía aspiraciones de *grandeur*, como más tarde se referiría a la capital albanesa. Le intrigaba la perfecta integración de las interminables retahílas de mulas y burros y los esporádicos coches deportivos, de los pañuelos y largos velos oscuros y esos peinados de pelo corto y teñido que semejaban una peluca de carnaval, de mezquitas e iglesias ortodoxas, de los vestidos albaneses tradicionales y los trajes modernos de sastre, de *fezzes* y sombreros *alla franca*, de campesinos exhaustos arreando a sus caballos todavía más exhaustos y elegantes mujeres que se paraban en la calle para dedicarse elogios recíprocos por sus bronceados, de perfume Chanel

y boñigas de ovejas. Todo estaba ahí y nada tenía sentido: villas nuevas e inmaculadas construidas en calles inmundas y caóticas, bazares anárquicos en perfecta continuidad con elegantes edificios neoclásicos, charlas interminables a voces y discretos chismorreos, promesas pomposas de encuentros venideros seguidas de citas a las que nadie acudía o los convocados no se presentaban sino al cabo de una semana.

Y a todo ello había que añadir los escasos extranjeros –diplomáticos, gente de negocios, uno o dos viajeros procedentes de lugares exóticos–, que constituían la principal clientela de los hoteles y bares recién inaugurados y parecían haber adquirido la condición de dioses. A la zaga les iban los semidioses, esos tiraneses que, tras residir en el extranjero, habían vuelto al país por motivos que solo ellos conocían pero aun así eran celebrados ampliamente como un gesto noble y sacrificado que merecía una ilimitada (pero siempre insuficiente) gratitud. Abundaban la hospitalidad y la amabilidad, pero también la desconfianza y la arrogancia; abundaban el altruismo y la solidaridad, pero también el servilismo y la animosidad descarnada, las largas esperas en oficinas donde nada ocurría y los inexplicables estallidos de actividad en los que todo ocurría al mismo tiempo. Leman lo absorbía todo con la esperanza de acostumbrarse a ello algún día. Pero la verdad que le costaba aceptar era que, apenas llegada, ya tenía ganas de darse por vencida.

–Descuide, también puede pasar –dijo el funcionario, instando al joven que había al lado de Leman en el pasillo a acompañarla al despacho–. Me llamo Sulejman, como Solimán el Magnífico, por cierto. Supongo que ha venido por el mismo motivo... –Fue como si hubiera decidido que los dos eran tan parecidos que si no se conocían era por un error burocrático que debía subsanarse.

–Yo ya tengo la nacionalidad –dijo el joven–. Lo que necesito es un certificado de residencia para el examen del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Sulejman asintió.

–Puedo hacerlo al mismo tiempo –dijo solícito–. Será más rápido.

Pero es posible que deba abonar...

–Una tasa –le interrumpió el joven–. Ya lo sé.

Esperó a que Leman pasara primero y luego la siguió. El despacho era una caja de cerillas con las paredes de un gris descolorido y el revoque descascarillado. En un rincón se veía una mancha de humedad que parecía una sombra. En el centro de la estancia había un escritorio metálico desproporcionadamente grande, que parecía la mesa de una morgue con unos cuantos papeles tirados encima. Debajo se alcanzaba a ver una pequeña caja fuerte. Detrás del escritorio había una sola silla de madera, que, aun estando desocupada, parecía estar a punto de desintegrarse. A cierta distancia de la silla, una maceta de color cobre contenía una planta en un recipiente más pequeño. Por su situación en el despacho, se habría dicho que la habían apartado para que los visitantes no tropezaran con ella. Leman había visto la misma distribución en otros edificios de la administración que había visitado: oficialmente, esas macetas servían de base para los recipientes de las plantas ornamentales, pero su función real, según le dirían más adelante en confianza, era recoger el agua que caía de las goteras del techo.

Entonces miró de nuevo al joven, que, a diferencia de ella, no pareció inmutarse con el olor del despacho ni interesarse por la maceta de la planta (o recipiente para el agua, según se mirase) y esperaba pacientemente al funcionario. Al final se dio por vencida y, con cautela, tratando de ser discreta, sacó un pañuelo de su bolsa y se lo llevó a la nariz como si tuviera necesidad de secársela.

–¡No le servirá de nada! –exclamó Sulejman, que no había perdido de vista sus movimientos–. Son los perros. Yo, con los perros, no puedo hacer nada. Lo único que puedo decirle es que ¡es por una buena causa!

Dicho esto, sacó la caja fuerte de debajo del escritorio y la puso encima con un gesto de placer sádico.

–¿Le apetece verlos?

–¿Ver qué?

–Los perros –dijo él–. Los tengo aquí dentro. –Procedió entonces a girar el disco de la caja fuerte, entreabrió la puerta y sacó una bolsa,

parecida a un saquito, con un nudo en la parte de arriba. El olor se volvió insoportable.

–¿Qué es? –preguntó Leman, volviendo la cara con expresión de asco.

–Es evidente –respondió él, plantándole la bolsa en las narices, como un maestro estricto que aplica un castigo–. Es más, se lo acabo de decir. Una pregunta más pertinente sería por qué los tengo aquí. Eso tal vez no lo sepa. Es por el inventario, mademoiselle, estrictamente por motivos de inventario. Tenemos un libro de defunciones especial para los perros. Debemos registrar cuántos han sido eliminados, para poder emitir recibos a quienquiera que los presente para recibir una compensación, según una normativa que acaba de entrar en vigor.

–¿Recibos?

–Sí, recibos –dijo él–. Es la ley, el código civil, como es natural.

Leman parecía perpleja. Para ayudarla a entenderlo decidió darle una charla completa, la misma que debía de dirigir a cada nueva visita en cuanto percibía el más mínimo interés o preocupación (lo cual venía a ser lo mismo según su punto de vista) sobre el olor del despacho. La alcaldía, le explicó, había publicado una convocatoria en la que ofrecía napoleones de oro a cualquiera que eliminara perros callejeros. La iniciativa formaba parte del proyecto de modernización del rey y de su interés por la salud pública. Quizá se trataba incluso de una petición de los italianos, ahora aliados estrechos del país, especuló.

–En cualquier caso, todo forma parte de la lucha contra las fuerzas oscuras de la reacción –prosiguió Sulejman. Primero se abolió la poligamia, luego se abolió el matrimonio forzado antes de la mayoría de edad, luego se impulsó la campaña contra el velo de las mujeres. Ahora les había llegado el turno a los perros.

El funcionario se fijó en el grueso libro que el joven que había entrado con Leman en el despacho llevaba bajo el brazo.

–También lo tenemos –dijo–. Tenemos un código civil, nos inspiramos en el suizo. Atatürk hizo lo mismo... También les copió el código civil. Nosotros no lo hemos copiado. Lo hemos adaptado. Es

imposible llevarles la contraria a las leyes suizas, ¿no cree? Funcionan como sus relojes.

Leman seguía sin entender nada, pero la alusión a que Atatürk y el rey Zog compartían admiración por el código civil suizo llevó una sonrisa a su rostro. De pronto recordó la obsesión de Dafne por los relojes suizos y las niñeras suizas, y el interés que ponía en parecerse a ellas. Se imaginó a Zog, con su fino bigotito y el pelo con la raya al lado, empuñando el cetro del autoproclamado reino de Albania y vestido con el uniforme de una niñera suiza. No, se dijo a sí misma. Sería imposible llevarle la contraria a Suiza y su Estado, tan protector como una niñera.

–Pero, en este caso concreto –dijo el funcionario, como si enlazara con el hilo discursivo de Leman–, la fuerza propulsora central no proviene de los suizos, sino de los italianos.

Le explicó que después de que el Gobierno italiano contribuyera a crear el Banco de Albania (con sede, evidentemente, en Roma, aunque se trataba tan solo de un tecnicismo menor y, con suerte, provisional) y, sobre todo, después de la creación de la SVEA, la asociación albano-italiana para la cooperación y el desarrollo, Italia se había convertido en el máximo acreedor del país. Roma pretendía financiar la mayoría de las obras públicas de Tirana; había planes ambiciosos para renovar el centro de la ciudad mediante la construcción de nuevos edificios para los ministerios. Al parecer, el propio Mussolini se había interesado por esos proyectos.

Leman se volvió hacia el hombre que había entrado con ella en el despacho, como si esperase que interviniera. Al oír el nombre de Mussolini, la arruga que le surcaba la frente se hizo más profunda. Pareció que se disponía a refutar algo que había dicho el funcionario, pero se lo pensó mejor. Guardó silencio.

–Salta a la vista que necesitamos edificios nuevos –continuó Sulejman, señalando la maceta de cobre en medio de la sala–. Lo menos que podemos hacer para arrimar el hombro es organizar el procedimiento para eliminar a esos perros callejeros. –Cogió la bolsa y empezó a juguetear con ella, pasándosela de una mano a otra, como si ese gesto constituyera ya un paso en la buena dirección–. Cualquiera puede colaborar, ¿sabe? –prosiguió, blandiendo la bolsa–.

Pero hay algunos requisitos técnicos. No se los puede sacrificar con crueldad. Hay que hacerlo con una escopeta de caza, luego hay que desinfectar el sitio con lejía, y también debes hacerte responsable del traslado. Y si declaras que has enterrado un perro pero luego se descubre que no lo hiciste, hay sanciones. ¿Qué confianza podría darse entre el Estado y el ciudadano si todo el mundo se comportase así? Y permita que le diga ahora algo muy importante –la previno, como si Leman estuviera a punto de embarcarse en una caza de perros–. Hay que enterrarlos a una profundidad mínima de metro y medio, y la zona en torno a la tumba también hay que desinfectarla. Entonces, debes presentarte aquí para proporcionar las pruebas –concluyó con una sonrisita de suficiencia–, ya que en este organismo inscribimos tanto a las personas como a los perros. Perros muertos, para el caso que nos ocupa.

Se arrimó más a ella, sin dejar de agitar la bolsa. Además del asco, Leman se sentía un poco enfadada consigo misma porque, incluso después de aquel sermón, aún no entendía a qué se debía ese olor insoportable.

–¿Sabe a qué no paro de darle vueltas? –dijo Sulejman en tono pensativo–. El Estado es como si no existiera la mayor parte del tiempo. Cabría preguntarse por qué nos hemos molestado en crear un nuevo Estado, que es precisamente lo que hemos hecho. Si de verdad necesitas tener Estado, luego hay que costearlo, defenderlo e incluso amarlo. Bueno... –se rascó la frente–, tampoco es que puedas permitirte odiarlo, ¿no?, porque a fin de cuentas Estado no hay más que uno. Desde luego, nadie ve los sacrificios que hay que hacer. La gente piensa que mis colegas y yo somos unos parásitos, que nos pasamos el día cotorreando sin sentido, que aprovechamos cualquier ocasión para robar, que retrasamos las cosas sin motivo. La «burocracia», dicen, como si fuera un insulto. ¿Discrepa? –Se había vuelto hacia su otro cliente, como si necesitara la intervención de alguien que llevara un ejemplar del código civil para prestar credibilidad a sus palabras.

El joven volvió a mirarlo como si le afeara la conducta, aunque no por ello abandonó su silencio. Sin embargo, hizo entonces un

ademán de impaciencia con la mano, lo que a su vez pareció irritar al funcionario.

–¿Por qué hace eso? –gritó Sulejman, defraudado por no haber recibido la respuesta que esperaba–. Apuesto a que es usted una de esas personas que no paran de preguntar: «¿Dónde está el Estado?». Cuanto más hacemos por la gente de su ralea, más nos preguntan dónde está el Estado. Pues bien, el Estado está en pequeñas cosas como estas. Su nombre en un certificado, los perros en la bolsa. Es en esos momentos cuando vemos realmente la dignidad del Estado. Las más de las veces es pura ficción. La gente se pregunta qué es el Estado, por qué tenemos que dignarnos a hacer lo que el Estado nos manda. Pues bien, estas pequeñas cosas lo vuelven real, sabemos que está trabajando por nuestro bien. Podemos verlo, podemos olerlo, podemos tocarlo.

Cogió entonces la bolsa y, después de abrirla, volcó su contenido sobre el escritorio. Leman había esperado lo habitual en esos casos: listas de números, gráficos, estadísticas, localizaciones, etcétera. En vez de ello, de la bolsa se derramó una cascada de orejas de perros, como hojas de otoño, todas distintas en tamaño y color: negro, pardo, amarillo, gris. El funcionario las recogió con cuidado de una en una y resiguió su perfil con delicadeza, como si cada caricia transmitiera la fragilidad y dignidad del Estado.

–Con todo, tenemos un problema enorme de corrupción –dijo en tono sombrío–. No todo el mundo se toma en serio las leyes. Hay gente que solo nos trae las orejas para el inventario: los perros quedan, por así decir, salvados. Lo he visto con mis propios ojos: entrada la noche, un campesino con una navaja que atrapa a un perro, le corta las orejas y se marcha. Incluso puede que le haya vendado la cabeza al animal. Sé a ciencia cierta que algunos lo hacen.

Leman se estremeció. De pronto entendió que esas criaturas que había visto desde su balcón, esas criaturas que merodeaban por las calles entrada la noche, cojeando y gimiendo de dolor, no eran una raza extraña de animal que solo existiera en Albania. Eran perros callejeros que, como soldados heridos que se baten en retirada,

arrastraban su cuerpo mutilado muriéndose de dolor, lloriqueando lastimeramente.

–Hay quien dice que habría que cortarle las orejas a todo aquel que nos engañe de este modo –continuó el funcionario, sin percatarse del malestar de Leman–. El problema es que los animales no pueden decirnos quién lo ha hecho: son testigos mudos, no pueden delatar a esos criminales. He de confesar que me resulta difícil. Por una parte, entiendo que perdonarles la vida y quedarse con el dinero es un gesto compasivo: esos animales, a fin de cuentas, no han hecho nada malo. Llevan merodeando por Albania desde mucho antes de que fuera Albania, antes incluso de que Skanderbeg, nuestro héroe nacional... En cierto modo, este país también es suyo, podría decirse. Por otra parte, esta práctica pervierte el sentido del inventario. No solo engañan al Estado; es una crueldad gratuita. De nada sirve tener buenas leyes si luego la gente no las cumple. Aun así, lleva tiempo acostumbrarse a este código civil. Roma no se hizo en un día, como dice el refrán, y supongo que lo mismo vale para Suiza... Es difícil, muy difícil –repitió–. ¿Qué haría usted, mademoiselle?

Temblando, Leman se llevó instintivamente las manos a las orejas en un gesto protector y notó en las yemas de los dedos el frío perfil de los diamantes. Al percatarse de su malestar, el joven del traje de raya diplomática decidió intervenir.

–¿Qué le parece si, en lugar de exhibir orejas de perro cortadas, nos ofrece esos certificados? –dijo en tono impaciente–. No es de extrañar la cola interminable que se ha formado ahí fuera si le hace esto a cada ciudadano.

–¡Oooh! Pensé que sería ella la aprensiva –le espetó Sulejman–, pero resulta que es usted. ¿Por casualidad le dan miedo las orejas de perro?

–No soy aprensivo –replicó el joven, visiblemente molesto–, y no tengo miedo. Solo se me ha hecho tarde.

–Vale, vale –dijo el funcionario–. Ella parece más paciente, así que empezaré por usted. ¿Cómo se llama?

El joven se serenó un poco.

–Asllan Ypi.

El funcionario levantó la vista del papel. Se había quedado demudado.

–¿Ypi? –murmuró–. ¿Ypi como...?

–Sí –respondió el joven secamente.

–¿Como... Xhafer Ypi? ¿El ex primer ministro? ¿El inspector jefe de la Corte Real? –En sus ojos había ahora una mirada de desesperación, como alguien a quien sus superiores han engañado.

Sin esperar respuesta, empezó a recoger las orejas de perro desperdigadas por el escritorio y las devolvió de una en una a la bolsa, como si estuviera intentando enmendar la mala conducta de un tercero. La sonrisa en exceso educada de su rostro contrastaba con su anterior jactancia: era una sonrisa hostil y desesperadamente menesterosa a la vez.

Sin ser capaz todavía de asimilar el intercambio, Leman no acertó a decirle a Asllan que ella también sabía quién era y que había querido ponerse en contacto con él para trasladarle recuerdos de parte de Cocotte. Se contaba entre los parientes bien situados que su prima le había recomendado, pero había tenido dudas, pues no le apetecía pedir favores por más indispensables que estos parecieran.

–¿Son... son ustedes primos? –preguntó Sulejman, con un último atisbo de esperanza de que ese Ypi y el otro, su superior, no fueran parientes. Pero también había resignación en su tono: sabía perfectamente que en un país tan pequeño, pese a todos sus esfuerzos de modernización, sus aspiraciones civilizatorias y su código de derechos, nada ocurría por casualidad, el anonimato no existía y quien más quien menos estaba emparentado, informaba sobre los demás y tenía la capacidad de arruinarle la vida al más pintado.

–Soy su hijo.

–¿Su hijo? ¿Qué? ¿Por qué no me lo ha dicho antes? ¿El hijo de nuestro inspector jefe de la Corte ha estado haciendo cola aquí fuera sin soltar prenda? Desde luego, espero que no haya deducido de mis palabras que no amo al Estado... Bromeaba, como es obvio, sí, *inshallah*... Y los perros, lo juro sobre la cabeza de mis hijos, no enseño las orejas de los perros a todo el mundo, no se las enseño a nadie, y desde luego no menciono las estrechas relaciones del rey

con Italia, pero esta señorita se ha quejado del olor, así que he pensado que le debía una explicación... Pero, hijo mío, ¿por qué ha esperado tanto? ¿Y por qué no me lo ha dicho?

–¿Qué insinúa? –replicó Asllan, algo molesto.

Hubo un silencio incómodo, durante el cual el funcionario siguió mirándolo con gesto deferente y desvalido, como si suplicara clemencia. Asllan pensó un momento y finalmente decidió apiadarse de él. Su voz se endulzó.

–Compañero –le dijo afectuosamente–. ¿No nos hablaba hace un momento de la importancia del código civil suizo y de la dignidad del Estado?

INTERMEZZO: BIOGRAFÍA DE ASLLAN

Fragmento del Expediente de Investigación Judicial 1384.

Muerte al fascismo Libertad para el pueblo

Declaración prestada y firmada en el decimotercer día del sexto mes, mil novecientos cuarenta y siete, en la Dirección de la Prisión para los Enemigos del Pueblo, ante un servidor, capitán M. S., y en presencia del oficial N. P., por el acusado Asllan Ypi:

Nací en la ciudad de Manastir, hoy Bitola, en 1911. Viví allí con mi familia durante tres años. Mi padre, Xhafer Ypi, trabajaba a la sazón en Anatolia como juez en un tribunal civil. En 1914, toda la familia se trasladó a Vodena, en Grecia, como refugiados de guerra. Permanecimos allí hasta 1923. Mi padre trabajaba en la administración albanesa y vivíamos en casa de un tío.

Estudié en el liceo francés de Korça y me gradué en 1933. Mi padre era entonces ministro de Justicia y luego se convirtió en inspector jefe de la Corte Real. A finales de 1933, fui a Francia a estudiar, primero en Lyon y luego en París. Me titulé al cabo

de tres años y regresé a Albania. En los dos años que viví en París, publiqué dos artículos ens *El Nuevo Mundo* (*Bota e Re*): «Lecciones de la Revolución francesa» y «La crisis económica».

Regresé a Albania en junio de 1936.

2. LAS PANTUFLAS Y LA VOLUNTAD GENERAL

–Albania es precioso, atormentado y aburrido –declaró Leman en respuesta a la pregunta de Asllan de qué le había parecido el país. Había querido decir «corrupto» en lugar de «aburrido», pero cambió de parecer en el último instante, al recordar las palabras de Selma de que solo los corruptos esperan que los demás también lo sean. Acababa de presentarse mencionando a su prima mutua, Cocotte, pero omitió que en un primer momento había preferido no ponerse en contacto con él. Después de observar a Asllan en el despacho, esa primera reticencia y el temor a que él pudiera interpretar su interés por conocerlo como una petición de que moviera hilos por ella le parecieron absurdos y rayanos en lo ofensivo. Un hombre que se había pasado medio día haciendo una cola que podría haberse saltado dejando caer su apellido jamás se habría planteado ayudarla de ese modo. Esa tarde, reflexionando sobre el encuentro, estaba sorprendida, pero también gratamente impresionada. Recordó cómo había dado a entender que estaba preparándose para el examen estatal, lo que también descartaba cualquier intención de aprovecharse de sus contactos. En las escasas semanas que llevaba viviendo en el país, se había acostumbrado en tan gran medida a que las excepciones fueran la regla que, ahora, lo que siempre había pensado que era normal le resultaba llamativo por su excepcionalidad.

Habían dejado atrás la villa de dos plantas que alojaba las oficinas municipales y, con sus certificados en la mano, dieron un paseo por el bulevar Mussolini, un bulevar que solo lo era de nombre, pues hacía falta echarle mucha imaginación para atisbar la visión modernizadora de los arquitectos italianos en los montones de tierra, materiales de construcción, boñigas de caballos y cascotes

repartidos al buen tuntún que poblaban la zona en obras. Se habían diseñado dos hileras paralelas de edificios de estilo neoclásico como sede de los nuevos ministerios y ahora se miraban entre sí como sendas aspirantes a un certamen de belleza mientras se dan los últimos retoques en el peinado y el maquillaje. Separados por un antiguo estanque para patos, ya desecado, y una amplia avenida que el día de mañana habría de culminar en un suntuoso palacio real, tanto el estanque como el paseo actuaban como una frontera natural entre la visionaria arquitectura fascista y un lodazal, más extenso, habitado por gallinas, gansos y cerdos. Era un sitio muy distinto de Salónica, de la Salónica diseñada por Ernest Hébrard –también una copia de algo que la precedía, pero por lo menos un sueño forjado en el incendio de 1917–, la Salónica de los edificios art déco y los campos de refugiados, de los vendedores ambulantes y de las galerías comerciales, de los lujosos cines y de las casas que se venían abajo, de los hoteles internacionales y de las personas sin un techo, del llanto, las canciones, las risas y los insultos en media docena de lenguas. Había miseria y riqueza en Tirana, pero la miseria era plana y la riqueza no brillaba, y en ambas se percibía una cierta monotonía. Aburrido, pensó Leman. Sí, era la palabra justa.

–¿Aburrido? –Asllan tenía la costumbre de responder al cabo de un momento, como si todo tuviera que cuestionárselo primero internamente. Le hablaba con la misma seriedad con la que se había dirigido a Sulejman hacía un rato. También caminaba deprisa, y a Leman le costaba seguirle el paso. Por un momento frenó un poco e incluso se detuvo para mirarla a los ojos. Parecía sinceramente intrigado, pero ella interpretó su tono grave, así como la pausa antes de responder, como una forma educada de manifestarle su desacuerdo. Se puso nerviosa, se debatía entre el deseo de explicarse y la duda de si tenía algo que añadir en realidad. Quizá Albania no era un país aburrido en absoluto. Quizá, simplemente, no sabía hacer que le resultara interesante.

–Lo he leído en alguna parte –dijo, un tanto dubitativa, como si tratara de convencerse a sí misma–. Creo que fue en el diario de viaje de un periodista extranjero. –Entonces, por segunda vez esa

mañana, se preguntó qué más daba lo que pensara un completo desconocido–. No puedo decir que discrepe –añadió con mayor convicción, tratando de transmitir seguridad.

Este último comentario pareció disgustar a Asllan.

–Los extranjeros no siempre entienden Albania –dijo él después de otro silencio.

Esta vez, Leman percibió una ligera nota de reproche. Quiso replicar, pero se sintió paralizada, sin saber qué derecho tenía a contradecirle. A fin de cuentas, Asllan era del país y ella seguía siendo, más o menos, una extranjera.

–En tu caso es distinto –dijo él, amablemente, como si le hubiera leído la mente–. Tú no eres extranjera. –Se sintió incómoda, incluso un poco molesta, por que ese hombre, un completo desconocido, fuera capaz de anticiparse a sus pensamientos. Aunque también había tenido la esperanza, hasta hacía solo unas semanas, de que allí todo resultara distinto y por fin alguien pudiera entenderla.

Nada había salido según lo previsto. Basculaba entre la solidaridad con la gente de paso que veía deambulando perdida por las calles preguntando cómo se llegaba a algún sitio y la cercanía con esas gentes que hablaban su lengua, lo que bastaba para convertirla en alguien que podía ofrecer ayuda en lugar de pedirla. En su última incursión en el mercado, había rescatado a varios extranjeros que se desesperaban con la ausencia de carteles indicadores en las calles: un sacerdote italiano, un grupo de empresarios moravos borrachos que habían venido a Tirana a vender zapatos Bata, tres misioneros estadounidenses pasmados a los que en el norte unos bandidos habían secuestrado y luego liberado tras regalarles unas uvas en son de paz para que pudieran resistir el viaje de vuelta, y una pareja de ingleses desaliñados de viaje de novios que parecían haber aterrizado en el país por error. Y también hubo un profesor de francés chiflado, muy difícil de ayudar, ya que le costó muchísimo reconocer que se había perdido.

Había escrito a Cocotte esa tarde, diciéndole en broma que si hubiera más turistas en Tirana ya no necesitaría encontrar trabajo. Podría cobrar por acompañar a sus residencias a todos los visitantes extraviados en esa ciudad sin carteles, donde los muros de las casas

estaban pintados con una capa de cal blanca como la nieve y rematados con cristales rotos para lastimar las manos de ladrones imaginarios que pudieran robarles las uvas de las vides o los dátiles de las palmeras del jardín, una ciudad cuyos dos únicos monumentos eran la torre del reloj y el minarete de la mezquita de Et'hem Bey: el primero daba las horas, siempre de manera aproximada, y el segundo recordaba a la gente que los caminos de Alá eran infinitos. Quedaba el consuelo de que las calles sin nombre en realidad no lo tenían, a diferencia de la administración para la que había esperado poder trabajar. Sin contactos, le decía a su amiga, era tan difícil entrar en un edificio del Gobierno como en el monasterio del Monte Athos. Se había despedido diciendo: «Con amor, siempre tuya y desempleada».

«No desesperes, pronto estaré ahí», le respondería Cocotte al cabo de unos días. Su padre también estaba planteándose el traslado a Albania. La vida se había vuelto difícil en Salónica y planeaban vender Villa Insurrección para comprarse una casa en Tirana. Con el dinero sobrante de la venta, podrían disfrutar de una vida desahogada en la capital albanesa. «Buscaré dos maridos», concluía la carta de Cocotte, «uno para ti y otro para mí. Así igual dejas de quejarte por no tener trabajo. O, si no quieres marido, me buscaré uno para mí que pueda ayudarte a encontrar empleo. Con esperanza, siempre tuya.»

–¿Suele ocurrirte que te reconozcan por tu apellido? –preguntó Leman, mientras se apartaban brevemente a un lado de la calle para dejar pasar a un grupo de campesinos vestidos a la manera tradicional que tiraban de unos burros de camino al mercado.

–Aquí todos nos reconocemos. Por lo menos esta vez no me han llevado detenido a comisaría.

–¿A comisaría?

Asllan sonrió, o por lo menos lo intentó. Era una sonrisa desfigurada por el dolor, y la arruga de la frente se le hizo más profunda.

–Me descubrieron repartiendo octavillas socialistas durante una

manifestación frente al liceo francés.

–¡El primer ministro debió de quedar encantado! –bromeó ella.

–Xhafer Bey no trabajaba para la administración en ese momento –repuso él, sorprendido de que Leman pareciera saber quién era exactamente su padre.

Leman se quedó pasmada al oír que Asllan se refería al paso de su padre por la cartera de primer ministro como su época en «la administración». En Salónica, había oído a su padre hablar a menudo de la actualidad política albanesa y mencionar al señor Ypi, alabando que hubiera logrado que Estados Unidos reconociera a Albania en una época en la que la supervivencia del país estaba en entredicho.

«Si los americanos no te reconocen, no existes», había dicho Avni Bey. Leman solo tenía seis o siete años cuando oyó ese comentario, pero se le había quedado grabado porque esa semana estaba leyendo con Selma un libro sobre el descubrimiento de América y, al final de ese día, había hecho un dibujo de un hombre en un barco de vela con la leyenda «Colón es reconocido por los americanos», mensaje que provocó una risa tan contagiosa en su tía que incluso el gesto austero de Ibrahim Pachá en el retrato del salón pareció por un instante el de un amable vendedor de helados.

Le habló de todo ello a Asllan y recordó asimismo que, al cabo de unos años, su padre, Avni Bey, había elogiado a Xhafer por haber liderado el primer Gobierno albanés de unidad nacional (de momento no había habido otro). «Como era de esperar», había comentado Avni Bey, agitando el collar de oración en el aire como si fuera un lazo de vaquero, «no duró mucho. A fin de cuentas, no iban a civilizarse de un día para otro solo porque Xhafer Bey se hubiera aficionado a pasearse con un bastón de estilo francés.»

Su padre conocía bien a la familia. Venían de Starje, una pequeña aldea en el sur de Albania, aunque de hecho descendieran –y a Avni Bey le gustaba destacar las raíces otomanas de la familia– de una estirpe de *uç beyes*, guerreros semiautónomos cuya cuna se hallaba en el principado de Karaman, en la región centromeridional de Anatolia. Tras la conquista de Constantinopla en 1453, Mehmed el Conquistador había enviado a los karamánidas a colonizar los

Balcanes y estos habían prometido lealtad al sultán a cambio de tierras y propiedades.

«Eran buenos guerreros», le había explicado Avni Bey, «tanto con la espada como con la pluma.» Uno de sus ancestros había negociado el intercambio de prisioneros en Rumanía al término de las guerras ruso-turcas. Otro ancestro (¿o era el mismo hombre?, la historia se volvía confusa en ese punto) se había convertido en *mutasarrif*, o gobernador general, de Plevje (en el actual Montenegro), donde había desplegado sagazmente a bandoleros y tropas militares para evitar nuevas incursiones habsbúrgicas en territorio otomano.

«Pero nunca tuvieron la suerte de su parte», había dicho Avni Bey, y, como si quisiera demostrar la veracidad de esa apreciación, así como del hecho de que la pluma podía deparar tantos sinsabores como la espada, puso el ejemplo de dos parientes con los que Xhafer Bey había tenido una relación especialmente estrecha. Uno de ellos, el fundador de uno de los primeros periódicos en lengua albanesa y miembro del Parlamento otomano, fue detenido acusado de sedición, pasó varios años en la cárcel y murió alcoholizado en 1912, apenas unos meses antes de la independencia de Albania. El segundo, activo en el movimiento de los Jóvenes Turcos y luchador incansable por el mantenimiento de la integridad del país cuando corría el riesgo de ser desmembrado por las grandes potencias, fue asesinado poco después, en el marco de un complot de la facción proitaliana del Gobierno de Albania. Leman intuía que el propósito de todas esas historias no era tanto familiarizarla con la suerte dispar del movimiento patriótico albanés o con la vida de quienes habían luchado por la dignidad del país. Se trataba más bien de un aviso a navegantes contra esas empresas condenadas de antemano. «Por eso siempre me he ceñido al comercio», solía decir Avni Bey al final de esas conversaciones con ella. «Los países viven momentos de auge y momentos de caída, pero el dinero no tiene amos. *Inshallah* Xhafer Bey pueda sobrevivir.»

–Eso significa que los caminos de nuestros padres se deben de

haber cruzado –dijo Leman antes de contarle a Asllan que su padre tenía la costumbre de referirse a los políticos como si fueran amigos suyos, siempre y cuando los hubiera visto en persona por lo menos una vez.

Asllan se quedó pensando. Todavía empleaba el formal *ju* en lugar del *ti*, o el *vous* en lugar del *tu*, en albanés y francés respectivamente, cuando se dirigía a Xhafer Bey. Era extraño oír que ese hombre de Salónica, a quien no conocía de nada, pudiera alimentar simpatía y, quizá, incluso afecto por Xhafer Bey.

Él nunca se había sentido cercano a su padre. Había nacido en Manastir, o la ciudad de los cónsules, como la llamaban por el gran número de diplomáticos extranjeros destinados en ella. Enclavada al pie del monte Baba, con calles repletas de bazares y baños turcos, Manastir fue uno de los puntos de paso más importantes en las rutas que conectaban el Adriático con Centroeuropa, así como la sede del Congreso de Manastir en 1908, la primera asamblea nacional de intelectuales albaneses celebrada con el objetivo de presionar a la Sublime Puerta para que autorizara a escribir el albanés en alfabeto latino. El congreso se celebró en la casa del tío de Asllan, un viejo edificio de tres plantas, y su padre, Xhafer, representó en él a la ciudad de Konitsa, donde trabajaba como juez en un tribunal otomano.

Sin embargo, Asllan no guardaba recuerdo de los días de gloria de Manastir. Había llegado al mundo a finales de 1911, solo unas semanas después de que el penúltimo sultán visitara la ciudad en una gira imperial, que incluía también Salónica, con el cometido oficial de presentarse a sus súbditos europeos, aunque en realidad –según pudo comprobarse– fue una despedida. Al cabo de unos meses empezaron las guerras balcánicas y el Imperio otomano perdió casi todos sus territorios europeos, incluida Albania. Manastir fue invadida por fuerzas serbias y búlgaras, se le cambió el nombre a Bitola y fue anexionada al reino de Yugoslavia.

Asllan recordaba borrosamente que Xhafer Bey lo había acompañado a Grecia. Recordaba un granado muy alto en el patio de unos parientes, en el que habían instalado un columpio *apostafat* (o especialmente) para él: aquel columpio era lo único que le

importaba en esos días. Y recordaba también prometerle a su padre que cuidaría de su hermano pequeño y de su madre, que estaba embarazada, aunque en aquel entonces solo era un niño de cinco años. Xhafer, entretanto, volvió a Albania, donde participaría de forma cada vez más activa en la política nacional: primero como líder del Partido Popular, una fuerza política conservadora apoyada sobre todo por la élite terrateniente del país, luego conspirando en el exilio contra la efímera revolución democrática de 1924, y finalmente de vuelta en Albania, donde le serían confiadas varias carteras ministeriales hasta que fue nombrado inspector jefe de la Corte Real. Reservado y a menudo calladamente gruñón, su discreción podía malinterpretarse como manifestación de mediocridad, opinión esta que nunca quiso corregir porque se había convencido de que, contrariamente a la creencia popular, la clave de una autoridad duradera era evitar transmitir la impresión de un carisma excesivo.

Solo había un rasgo de su carácter que contrastaba con la imagen que Xhafer había cultivado de sí mismo, un detalle que Asllan también había heredado: tanto padre como hijo tenían la costumbre de caminar deprisa, demasiado deprisa, tanto que a sus acompañantes les costaba no quedarse rezagados. En el caso de Asllan, lo hacía sin darse cuenta en absoluto, y en el de Xhafer también fue una costumbre inconsciente hasta 1927, año en que Albania devino una monarquía y él se unió a la corte real y a veces olvidaba que su antiguo ministro del Interior, Ahmet Zogoli, se había convertido en el rey Zog de los albaneses, y en ningún caso conocido en la historia o imaginado en una obra literaria un soberano caminaría *detrás* de sus cortesanos. Muy a menudo, en el curso de actos oficiales, Xhafer se descubría a sí mismo caminando a toda prisa por delante de su majestad, sin apenas darse cuenta de que al rey le costaba seguirlo, hasta que, desde la distancia, uno u otro de sus colegas empezaba a menear la cabeza vigorosamente, o hacer todo tipo de aspavientos o gestos extraños con el dedo índice, momento en el que por fin se percataba del asunto. En esos momentos, se detenía, se ajustaba la chistera y se susurraba a sí mismo: «Tempus fugit».

No solo por sus andares veloces se parecía Asllan a su padre.

Como Ypi *père*, era callado, serio, reacio a la charla insustancial y un apasionado de la política. Era algo que le molestaba, y aún le molestaba más que otras personas se lo señalaran. Los infrecuentes encuentros con su padre solían terminar en desagradables discusiones políticas. Salía alterado de esas disputas, afectado no tanto por el desencuentro cuanto por las circunstancias en las que siempre parecía surgir. Compartían los mismos principios, casi siempre partían de las mismas premisas, pero parecían llegar a conclusiones diametralmente opuestas. Ambos entendían la necesidad de salvaguardar la dignidad de la nación albanesa, pero ¿podría Italia contribuir a la causa? Ambos querían la libertad, pero ¿con el rey Zog? Y en cuanto a la justicia, ¿alguien podía saber qué significaba esta si no existía una democracia plena?

–Mi padre es un buen hombre –dijo Asllan, más bien hablando para sí–. Lo que pasa es que ama la tradición. Para él, la tradición es como un par de pantuflas viejas. Te levantas por la mañana, las encuentras debajo de la cama y te las pones todos los días para pasearte por la casa cómodamente, mientras te duren. Y, cuando se desgastan, no te lo piensas y sencillamente las cambias por otras idénticas.

–Mi padre es igual –dijo Leman sonriendo–. Pero sus babuchas otomanas se han perdido y ahora no está claro que puedan cambiarse por otras.

Habían llegado a las cercanías del Café Flora, una *patisserie* recién inaugurada con mesas y sillas colocadas para recordar a la famosa *brasserie* parisina y el interior envuelto en una nube de humo de tabaco como su homónima francesa. Su aspiración inicial de convertirse en un centro en el que artistas e intelectuales se reunieran para debatir sobre los problemas sociales más candentes había decaído enseguida en favor de su fama como principal sede de la capital para el cotilleo político. Asllan se miró el reloj.

–Quiero preguntarte por ese examen del Ministerio de Asuntos Exteriores que has mencionado antes –dijo Leman–. No tengo ni idea de cómo he de prepararme. De hecho, ni siquiera sé si se lo toman en serio en la administración. ¿Tienes tiempo para un café?

–¿Un café? –Pareció sorprendido–. Hoy no. Voy retrasado con mi

tesis. Si no la termino pronto, no podré graduarme.

–¿De qué trata tu tesis?

–De la relación entre la voluntad general y la voluntad de todo en *El contrato social* de Rousseau.

–¿Eres filósofo?

–No –dijo él con su habitual demora–. Abogado. O, más bien, aspirante a abogado.

Se quedaron un momento junto a la entrada del café y él le explicó que había vuelto de París ese mismo mes. Oficialmente, seguía matriculado en la carrera de Derecho en la Sorbona, pero, aunque había terminado los exámenes, no encontraba la manera de concentrarse en la disertación final. Había alquilado una habitación con otro estudiante albanés en la rue Cujas, cerca del bulevar Saint-Michel, en el Barrio Latino, donde se sucedían a diario las manifestaciones, las huelgas, los piquetes y la ocupación de los vestíbulos de las facultades. Le había costado sobre todo enfrentarse a uno de sus últimos trabajos, el examen de Derecho fiscal, porque hubo protestas contra el profesor responsable, un tal Gaston Jèze, que había actuado como asesor legal de Etiopía defendiendo al país de la invasión mussoliniana ante la Sociedad de las Naciones. La posición de Jèze había motivado una drástica reacción diplomática en la delegación italiana, lo que desencadenó un tumulto en la universidad. Las organizaciones estudiantiles francesas de extrema derecha conectadas con el movimiento fascista italiano acusaron a Jèze de arrastrar a ambos países a la guerra y exigieron su renuncia a la cátedra. Mientras Asllan estaba sentado en el anfiteatro, listo para tomar apuntes de Derecho fiscal, se oían voces, silbidos y peleas en los pasillos, y caía una lluvia de proyectiles sobre la tarima al grito de «Jèze, vete ya».

–Por lo que cuentas tendría que haberme ido a París a estudiar –bromeó Leman–. Allí hay mucho más movimiento que en Albania.

–Eso fue solo el principio.

Le contó entonces que se había afiliado al Partido Socialista al poco de su llegada a Francia y que se había implicado en la campaña electoral del Frente Popular. En las calles, había choques frecuentes con estudiantes de organizaciones monárquicas y

conservadoras que culpaban a los extranjeros del desempleo que sufría el país desde la Gran Depresión, y que exigían que se prohibiera el acceso de los inmigrantes a ciertas profesiones, especialmente la abogacía y la medicina. El quinto distrito de París era un polvorín a punto de estallar. Pero incluso cuando pareció que los ánimos se serenaban con la victoria del Frente Popular en las elecciones de mayo, el ambiente se volvió, si acaso, todavía menos propicio para el estudio. El ánimo pasó de la protesta furiosa a la celebración eufórica, no había calle en la que no se vendieran los periódicos de izquierdas y la unión de estudiantes socialistas abrió su propia sede en el Barrio Latino. Comunistas y socialistas celebraban el poder de la coalición antifascista con cantos ruidosos en cada esquina, corría el alcohol en abundancia, y se sucedían gritos y risas en las calles hasta bien entrada la madrugada.

–No iba a poder terminar la carrera si me quedaba en París. Aquí la cosa ha mejorado un poco. Pero aún necesito unos días para pulir el trabajo.

–Entonces ¿crees que podremos vernos más adelante?

Leman empezaba a estar intrigada, y el hecho de que él pareciera por completo indiferente a su interés hizo que todavía le dieran más ganas de conocerlo mejor.

–¿Te gusta Rousseau? –preguntó él.

–¿Es esa la condición para tomar un café? –Asllan demoró su respuesta como de costumbre y Leman pensó que no la había oído–. No sé mucho de Rousseau –se apresuró a añadir–. Solo lo que nos enseñaron en el liceo. La voluntad general, la voluntad de todos, ese tipo de cosas. Me gustaría leer tu tesis.

Él se ruborizó.

–Me gustaría traducir algunos fragmentos al albanés, publicarla en algún sitio, quizá en *El Nuevo Mundo*. Pero no sé qué partes funcionan... Quizá también es..., en fin..., aburrida, como dijiste antes de Albania. Si te apetece echarle un vistazo...

«Querida Cocotte», escribió Leman en una carta esa noche. «Parece que he conocido al único hombre albanés que no parece

tener el menor interés en charlar tomando un café. Ese primo tuyo del que me hablaste hace tiempo, Asllan Ypi. Es abogado o, más bien, aspirante a abogado. Está estudiando la voluntad general. ¿Sabes qué es la voluntad general? Espero poder informarme mejor.»

INTERMEZZO: LECCIONES DE HISTORIA

Fragmento de Asllan Ypi, «Lecciones de historia», *Bota e Re* (*El Nuevo Mundo*), vol. 1, n.º 6 (julio de 1936).

La historia nos brinda un espejo fiel en cada paso de la evolución social. Nos ayuda a ver que los intelectuales (pero no los pseudointelectuales) han desempeñado un papel productivo no solo en la búsqueda de maneras de mejorar las condiciones políticas y económicas, sino, aún más importante, en la mejora de nuestra aptitud para reflexionar sobre ellas.

Consideremos la incesante lucha intelectual de escritores franceses como Voltaire, Montesquieu, Diderot y Rousseau, que tuvo continuidad en la Revolución y la Toma de la Bastilla, el derrocamiento simbólico de un pasado manchado, repleto de injusticias. Consideremos asimismo la labor de incontables intelectuales idealistas que, en la misma medida que los ciudadanos corrientes, contribuyeron a popularizar los principios de esos filósofos. Aunque los nombres de esos intelectuales nos sean desconocidos, el legado de su obra sigue con nosotros.

Sus ideas, basadas en un razonamiento coherente y claro, no reflejaban sino los deseos de las masas, que todavía no habían alcanzado el grado de

evolución preciso para poder hablar en nombre propio. Nos mostraron que la cultura nos une con las masas y contra quienes se benefician de manera injusta.

Describieron los límites de un individualismo excesivo. Rechazaron los honores y las altas magistraturas por considerarlos un obstáculo para el pensamiento libre.

Entendieron que el conformismo excesivo es contrario al espíritu de progreso y al mejoramiento de las condiciones sociales.

Comprendieron que los verdaderos representantes del pueblo son aquellos hombres que han sido elegidos libremente por el pueblo, sin coacciones. Que el principio más importante del Gobierno es la soberanía popular. Defendieron un sistema parlamentario democrático en armonía con la dignidad de los seres humanos libres.

Tuvieron éxito (más o menos) porque no eran esclavos ciegos del pasado.

3. CEBOLLA Y LAVANDA

–Camarada Ypi, ¿sigues atascado con eso? –exclamó desde la calzada un joven apuesto, bien afeitado, que llevaba una boina francesa y una chaqueta de tweed, después de ver a Asllan en la terraza del Café Kursal.

Por un instante, Leman pensó que el «eso» iba referido a ella y dedicó una mirada glacial al desconocido. Él no pareció darse por aludido.

–He reconocido la cubierta en piel marrón desde la calle –dijo el joven mientras se acercaba a la mesa que ambos compartían, señalando la edición francesa de *El contrato social* de Rousseau que Asllan le había prestado a Leman la semana anterior. «Me gusta la primera frase...» era todo cuanto ella había alcanzado a decir antes de que el desconocido los interrumpiera.

–Esa *volonté zheneral* tuya no es más que un mito –continuó el joven mientras caminaba hacia ellos, apoyándose en un bastón de madera de color oscuro. Un cigarrillo a medio fumar le colgaba de la comisura de los labios, lo que a veces hacía complicado comprender sus palabras. Cuando llegó a la mesa, lo aplastó en el cenicero antes de darle una palmada en el hombro a Asllan–. No existe la voluntad general, *mon viuex*, solo la voluntad de uno, ¡y de momento lleva corona! –prosiguió, al tiempo que señalaba con la mano el solar donde se construía el nuevo palacio real.

Asllan volvió la cabeza y vio las obras de construcción al final del bulevar, donde una grúa se movía lentamente, como un monstruo prehistórico de largo cuello. El joven cogió el libro y lo hojeó un momento, luego se lo pasó de una mano a otra y finalmente lo utilizó para atizar la mesa dos o tres veces, como si fuera un martillo y quisiera poner a prueba su resistencia.

–Te hablo en libertad y sin miedo –dijo, riéndose–. Por fin he encontrado trabajo. Hazle saber al ministro de Educación que dejarme sin beca no ha bastado para aplastar mi ambición. Aunque no creo que se acuerde de mí.

–¡Así que has vuelto para quedarte! –exclamó Asllan cariñosamente–. Xhafer Bey ya no era ministro de Educación cuando te pasó eso. Algún día me perdonarás por ser hijo de mi padre... ¿Qué trabajo es ese?

–Te va a gustar saberlo –dijo el joven–. De vuelta a nuestra *alma mater*. Voy a dar clases de Moral en el liceo. –Dio un par de toquecitos a la cubierta de *El contrato social* como si llamara a una puerta y esperase que del interior del libro respondiera una voz a su anuncio.

–¿Moral? ¿Tú? –Asllan se rió–. Nuestra vieja ciudad de Korça no es famosa por su elegante vida nocturna. Tu misión moral incluirá poner solución a ese problema.

Calló un momento, y al cabo se levantó de la silla y la movió un poco.

–Acompáñanos. Permite que te presente a...

El joven se volvió hacia Leman, pero por un instante le distrajo su reflejo en el brillante escaparate de cristal oscuro que separaba la terraza del interior del café recién inaugurado. Se quitó la boina y se pasó los dedos por el pelo negro y ondulado. Lo llevaba peinado con esmero, con una capa de brillantina que olía a lavanda y hacía que le reluciera bajo la luz del crepúsculo. Leman se fijó en sus zapatos, muy gastados pero impecablemente encerados. Sin embargo, cuando tomó asiento a su lado, también se dio cuenta de que el aliento le olía a cebolla cruda. La cebolla, mezclada con el aroma a lavanda, daba una combinación tan insoportable que apartó un poco su silla de manera instintiva.

Más tarde rememoraría ese momento con angustiosa precisión, la que suele darse cuando reconstruimos acontecimientos pasados de la vida cuyo calado no era en absoluto evidente en su momento, pero que a la luz de hechos posteriores se vuelve innegable, cuando recurrimos al recuerdo no solo para rememorar el pasado sino también para dar sentido al presente. «Estoy segura de que se dio

cuenta», diría Leman. «Me vio apartar mi silla de la suya. Estoy segura de que le ofendí.»

Todavía había luz en la calle, los días eran más largos, pero había llovido a mares esa mañana y el agua lo teñía todo de un gris apesadumbrado. La humedad sobre las mesas y las sillas parecía acentuar su encanto andrajoso, el encanto de todos esos objetos nuevos que poblaban la capital: nuevos en Tirana, pero siempre el vestigio de una vida anterior en otros parajes. Los camareros culebreaban ágilmente entre las mesas, llevando las bandejas por encima del hombro, con una suerte de inquieta impaciencia que les hacía echar vistazos al cielo a cada momento, como si su vida en la tierra fuera también una copia andrajosa de algo distinto que tenía lugar muy por encima de sus cabezas. Un grupo de violinistas se dispuso en formación para tocar en la terraza. Algunos ensayaban vigorosamente las primeras notas de las zardas húngaras previstas en el programa de su actuación nocturna, otros sacaban los instrumentos de sus estuches a regañadientes, sin poder disimular la decepción de que la lluvia no hubiera durado lo suficiente para anular el acto.

Los viernes por la noche, Leman y Asllan solían encontrarse en el Kursal, donde la *intelligentsia* de la capital –periodistas, parlamentarios, altos funcionarios– se congregaba después de la jornada de trabajo, en teoría para analizar las últimas novedades políticas, aunque en realidad, como la vida del país dependía cada vez más de Italia, los asiduos al local se dedicaban más bien a intentar tomar las riendas de su propia vida sirviéndose del chismorreo como método. Leman había empezado a trabajar de estenógrafa en el gabinete del primer ministro unas semanas antes de que el Gobierno se hundiera. «Fui la primera mujer en trabajar para la administración de Albania», diría más adelante con una mezcla de orgullo y rubor, «pero no fue culpa mía que el primer ministro dimitiera poco después de que yo me sumara a su equipo. Fue mi mala suerte de siempre.»

Lo cual era irónico. Leman no creía en la «suerte». Estaba

convencida de que lo que la gente interpreta como suerte, o así lo llama, no es más que una forma de convertir las decisiones humanas en unas fuerzas naturales misteriosas para así poder reconciliarse con las consecuencias de sus actos. Insistía en que, de un modo u otro, y en algún punto del camino, siempre se toma una decisión: podía ser buena o mala, podía tomarla uno a la ligera o con sus correspondientes costes, podía atribuirse a las opiniones de una sola persona o a las de muchos individuos actuando de consuno, haberse tomado recientemente o en un pasado remoto. Pero no por ello dejaba de ser una decisión, sin falta. Era tentador llamarlo suerte, decía, ya que la suerte es impersonal: no hay que darle las gracias a nadie cuando nos sonríe y no hay motivo para el rencor si nos falla. La suerte no es más que el nombre que damos a la negación de la propia responsabilidad.

En verdad, no consideraba que fuera cuestión de suerte que la hubieran contratado en el gabinete del primer ministro y que luego ese mismo ejecutivo se hubiera hundido justo en el momento en que ella empezaba a asentarse en su trabajo. Ambas cosas podían explicarse remitiéndolas a decisiones, y además, en este caso, las decisiones que habían dado forma al destino del país y al de mi familia estaban alineadas. Los estragos de la Gran Depresión habían alcanzado Albania como una sentencia que llega con demora para castigar un crimen que nadie conoce: las remesas de los que habían emigrado a Norteamérica habían caído drásticamente, la mayoría de las fábricas recién fundadas se habían declarado en bancarrota, el desempleo había subido por las nubes, los precios de las cosechas se habían hundido y, en invierno de 1935, una hambruna asoló el país. Cada vez más dependiente del dinero italiano, y aislado entre los demás países, el rey trató de encontrar una solución de compromiso depositando su fe en un nuevo ejecutivo, encabezado por Mehdi Frashëri, un antiguo administrador otomano y diplomático con larga experiencia, pues había sido representante de Albania en la Sociedad de las Naciones. Los ministerios claves fueron asignados a jóvenes licenciados sobrados de energía y formados en el extranjero (en su mayoría en carreras científicas) que buscaban contratar a personal competente. Sus capacidades técnicas, su falta

de experiencia política y su relativa indiferencia frente a las filiaciones partidistas fueron ampliamente aplaudidas como la última esperanza de salvar a un país que se desgarraba entre la urgente necesidad de reformas y un desprecio igualmente notorio hacia los políticos profesionales. La expresión «Gobierno de los jóvenes» fue acuñada por oposición a «los viejos», lo que no era sorprendente, dada la dificultad de encontrar otra descripción colectiva de lo que en el fondo no era más que una suma de individuos unidos por la genuina, aunque algo ingenua, aspiración de cambiar la suerte del país. Bastaron unos pocos meses para que a ese ardiente deseo de cambio lo reemplazara el crudo descubrimiento de que, en un país en el que el insulto más frecuente era «Que la muerte te devore», la promesa de cambiar el mundo era poco más que un eslogan de campaña electoral.

Aun así, pese a todas las quejas iniciales de Leman, no era el peor momento para buscar trabajo en Albania. Se sacaban a concurso puestos en los niveles bajos y medios de la administración del Estado. Tener contactos, amigos y familiares bien situados seguía siendo importante, aunque un poco menos que antes. Había incluso un nuevo fenómeno con el que era preciso lidiar: conocido como «libertad de expresión» por quienes lo celebraban y como «libertad para ofender» por quienes no. Nuevas revistas y periódicos, como *Bota e Re* o *Minerva*, publicaban extensos artículos de jóvenes titulados universitarios como el del propio Asllan sobre el papel de los intelectuales en la Revolución francesa, y en algunos de esos textos se pregonaba incluso que el contrato entre el Gobierno y su pueblo era una necesidad en lugar de una carga. En los artículos de la prensa de la capital, los periodistas criticaban con cautela al Gobierno mientras se despedazaban sin piedad unos a otros. Se entablaban vigorosos debates sobre la reforma agraria –a la cual, incluso en su versión más limitada, se oponía con todo su ser la pequeña pero influyente élite terrateniente del país–, sobre la laicidad y las exenciones por motivos religiosos, sobre las dificultades de promover la cultura albanesa en las escuelas, o sobre los desafíos de fomentar el comercio en las ciudades del sur, eliminando al mismo tiempo el bandolerismo en las aldeas del norte. Cada cena se

convertía en una sesión parlamentaria y cada sesión parlamentaria parecía una cena. Políticos, funcionarios, periodistas, intelectuales y aspirantes a serlo se aposentaban en cafés y bares recién inaugurados, los únicos negocios que habían sobrevivido, donde permanecían hasta altas horas de la noche. Encadenando tragos, los hombres se enzarzaban en ruidosas broncas políticas con la misma espontaneidad que solía reservarse a las canciones en las bodas.

Leman no captó el nombre de ese joven; se había distraído cuando uno de los camareros fue a recoger una mesa vecina y tropezó con el bastón que el desconocido había dejado apoyado en una de las sillas.

–¡Que la muerte te devore! –refunfuñó el camarero salvando por los pelos los platos que llevaba en la bandeja de una caída que parecía segura.

–¿Has tenido un accidente? –preguntó Asllan a su amigo, señalando su bastón–. ¿Has saltado de otro balcón?

–Nada que comentar –repuso él–. ¿Tanto hace que no nos vemos?

–Desde la rue Cousin, sí. ¿Cuántos balcones has añadido a tu colección desde entonces?

El joven se rió. Se conocían desde los tiempos del liceo francés, le explicó Asllan a Leman, pero la última vez que se habían visto fue en París, donde Asllan se unió a un grupo de estudiantes albaneses para ayudar a su amigo con una mudanza un tanto insólita.

–Le dije a la casera que iría a mi habitación a hacer las maletas y le prometí saldar la cuenta después –le cortó el joven–, pero me las arreglé para tirar todas las cosas por el balcón y luego salté. No me volvió a ver el pelo. Gracias al camarada Ypi y a todos los demás. Primero cazaron al vuelo mis maletas. Luego me recogieron a mí.

Soltó una carcajada y Asllan sonrió también, aunque, como siempre, demorando la sonrisa.

–Y recuerdo que te ofreciste a pagar la factura por mí –continuó el joven–. Impensable que pudiera permitirme pagarle a esa vieja gorda –dijo, volviéndose hacia Leman–. El señor ministro de Educación me había cortado la beca. Por lo visto no se me dieron

bien los exámenes. Pero a mí jamás me interesó la ciencia. Lo sabían cuando me enviaron a estudiar a Francia, porque dije que quería estudiar Derecho o Humanidades. En fin... No voy a culpar al joven Ypi por los fracasos del viejo –continuó, con una sonrisita de suficiencia–. Eres un buen hombre, pero, si me hubieras pagado la deuda, tendría que habértelo agradecido el resto de mi vida. ¿Qué dignidad le queda a un hombre que ha de estar eternamente agradecido?

Leman observó atentamente al joven y sintió una aversión que no supo explicarse. Parecía el polo opuesto de Asllan: bocazas y escandaloso, en vez de circunspecto. Su actitud excesivamente segura y el hecho de que se considerase el centro de atención le hicieron acordarse de Gustav. Dio un par de palmadas a Asllan en el hombro de la misma manera que había clavado el dedo en la cubierta de *El contrato social*, y por un instante Leman temió que pudiera agarrar también a su amigo y arrearlo contra la mesa, solo para poner a prueba su resistencia.

–Ah, Asllan, Asllan, te estoy agradecido, amigo mío, por haber querido pagar esa factura mía. Hubo mucha dignidad en esa oferta, la dignidad de quien sabe qué lugar le corresponde en el mundo. –Leman se preguntó si el discurso inconexo de ese joven se debía a que iba un poco borracho–. Eres un estudioso de *El contrato social* y sin embargo prefieres basarte en las leyes no como deberían ser, sino como son en la práctica. Salir por la puerta, pagarle el alquiler a la casera, ceñirse a los contratos, respetar la propiedad privada... Pero ¿por qué, exactamente? Convendrás conmigo en que el mundo, tal y como es, no está bien. ¿Por qué sigues siendo leal a este desastre? Mi opción es saltar primero, luego pensar. Primero la revolución, luego la reforma.

Era evidente que Asllan quería corregirlo, pero era incapaz de meter baza, porque no conseguía encontrar un hueco entre sus frases, que salían volando como esas maletas defenestradas. Miró al joven, esperando a que se decidiera a tomar un sorbo de su copa.

–Reforma o revolución –murmuró Asllan finalmente–. Nos pasamos infinidad de noches hablándolo –dijo mirando a Leman–. Y también estuvimos en unos cuantos mítines del Frente Popular, o por

lo menos en los que se celebraban por la tarde. Creo que los de las mañanas te los saltabas porque se te pegaban las sábanas –añadió con un toque de ironía.

Esos últimos comentarios parecieron provocar un cambio en el ambiente; era evidente que el joven se sentía regañado. De pronto se puso rojo como un tomate y, por un instante, Leman pensó que realmente agarraría a Asllan y lo golpearía contra la mesa.

–Es verdad que me quedaba dormido, pero ¡nunca solo! –repuso levantando la voz–. Y no siempre me gustaba. A ver, dado que te gustan tanto los contratos, vas a permitirme que lo exprese de este modo: estaba contractualmente obligado a dormir. Esa es la diferencia entre hombres y mujeres: todas esas viejas gordas francesas que abrían las piernas con la misma generosidad que sus monederos deseaban que durmiera; tal vez poseyendo mis sueños creían que la posesión era mutua. ¿Cómo podía negárselo? ¿Cómo iba a sobrevivir después de que el señor ministro de Educación me dejara sin beca?

–Nunca me perdonará –murmuró Asllan con una expresión cercana a la impotencia, volviéndose de nuevo hacia Leman–. Volvimos a cruzarnos en París, en una reunión de estudiantes antimonárquicos, pero él sigue culpándome por lo de la beca, como si yo mismo hubiera firmado el papel...

Su amigo pareció serenarse ahora. Sacó un paquete de cigarrillos Diamant del bolsillo superior de la americana de tweed y le ofreció uno a Asllan.

–No es ese el motivo –dijo mientras ayudaba a Asllan a encendérselo–. Solo hay una cosa que nunca te perdonaré. Eres demasiado amable. Leí tu texto en *El Nuevo Mundo*.

–¿Y?

–Demasiado amable, calcado a ti.

–Sin defenestraciones... –dijo Asllan.

–La cultura, el papel de los intelectuales en la transformación del mundo... ¿Qué esperanza puede haber de que la educación cambie las cosas en un país como el nuestro, donde apenas el diez por ciento de la gente sabe leer y escribir?

Asllan asintió en señal de acuerdo.

–Aunque no en el Café Kursal –bromeó–. Aquí casi es el cien por cien, si no contamos a los camareros.

–¿Has visto lo que está pasando en Barcelona? –continuó el joven con los ojos encendidos–. Nuestros camaradas están siendo masacrados por esas bestias fascistas. Y tú dale que te pego con la educación.

Asllan volvió a asentir. La tristeza se adueñó de su gesto.

–Lo sé –dijo apenado–. Deberíamos hacer algo antes de que sea demasiado tarde. He pensado en unirme a las Brigadas Internacionales.

–¿Las Brigadas Internacionales? ¿Tú?

–¿Por qué no? Ahora no es momento de desavenencias entre comunistas y socialistas. A todos nos barrerán si Franco gana la guerra. Y algo pudimos aprender de nuestra experiencia con el Frente Popular en Francia. Juntos conseguimos que Blum saliera elegido. Podemos aparcar nuestras discrepancias por ahora y defender la democracia, defender la república. En España hubo unas elecciones libres y ahora intentan anular el resultado. Fue la voluntad del pueblo. Es inaceptable ver cómo socavan las instituciones.

–Ajá, ya sabía yo que a ti el socialismo te daba igual –exclamó el joven–. ¡A ti solo te interesan esas estúpidas elecciones!

–Las dos cosas –se apresuró a decir Asllan, con una rapidez nada habitual en él–. Me interesan las dos cosas. –Se volvió hacia Leman, como si buscara refuerzos–. ¿Qué piensas tú?

Pero Leman había dejado de seguir la conversación. El anuncio de que Asllan iba a marcharse de Albania para unirse a las Brigadas Internacionales la había sumido en el desconcierto. Era la primera vez que oía hablar del plan. Se preguntó por qué no se lo había contado a ella.

Hizo un gesto impreciso con la cabeza, como si quisiera dar a entender que no entendía ni de socialismo ni de elecciones. El corazón le latía deprisa y tuvo la sensación de que algo se le atragantaba, como si hubiera engullido una piedra. Miró a los músicos, que habían dejado de tocar las zardas: sus chalecos

dorados y violetas semejaban escudos manchados de sangre vieja y reseca, o esa fue la impresión que tuvo en ese instante.

Nunca se había parado a pensar sobre sus sentimientos por Asllan. Tampoco se había preguntado qué iba a pasar después. Le hacía ilusión pasar las noches de los viernes con él, la misma ilusión con la que se espera una reunión prevista con viejos amigos, con la salvedad de que en Tirana él era su único amigo. La relación era tan natural que no se prestaba a indagar más en ella. Leman tomaba nota mental de las conversaciones en el trabajo, de las discusiones que había tenido en el bazar y de lo que había leído en libros y periódicos, preparándose discretamente para esos viernes, cuando se sentarían frente a una banda de violinistas en la terraza del Café Kursal y ella se lo contaría todo. Y otras veces sencillamente se sentaban en silencio, sin decirse nada durante largo rato, y Leman también disfrutaba de esos momentos: la compañía callada de un hombre que ni imponía sus opiniones ni cuestionaba constantemente las de ella, absortos en pensamientos paralelos, o quizá los mismos pensamientos, compartidos sin necesidad de hablar.

Sin embargo, mientras los oía conversar de fondo sobre política, y cuando Asllan explicó con más detalle sus planes de marcharse de Albania, revelando que ese era el motivo de que todavía no hubiera solicitado empleo, la asaltó un rencor extraño. ¿Por qué confiaba Asllan en ese desconocido más que en ella?

«Solo era una cita los viernes por la noche, de vez en cuando», casi pudo imaginarse la respuesta de Cocotte al anuncio. «Decías que él nunca te había interesado en ese sentido.»

Recordaba el resto de la noche como si se hubiera desarrollado detrás de un telón, en un escenario teatral con visión limitada. Debatieron sobre la corrupción: ¿era la causa de la miseria de Albania o, en todo caso, era su consecuencia más natural? ¿Era, como Asllan había sugerido, «la cola de una serpiente cuya cabeza es Wall Street» o se debía a la tendencia del capital a la acumulación, como insistía su amigo? Oyó de forma vaga el largo aplauso con el que los demás clientes del café recibieron la pieza final de los violinistas, una canción popular albanesa llena de pasión, anhelos y traiciones. Vio entonces que el joven finalmente se

levantaba para marcharse, con la boina de nuevo en la cabeza, el sempiterno cigarrillo colgado de la comisura de los labios, atacándola con el mismo cóctel de cebolla y lavanda, dedicando una mirada final a su reflejo en la cristalera, y pensó que todo aquello no podía ser más siniestro ahora que Asllan había anunciado su partida inminente. Y después de que aquel joven se hubiera marchado, oyó entre brumas que su amigo le preguntaba por qué había estado tan callada. ¿Estaba cansada del trabajo, esperaba haber podido hablar de Rousseau, le había resultado aburrida la conversación, le había caído mal el desconocido?

–No lo sé –respondió ella secamente, sin poder disimular su enojo–. Ni siquiera recuerdo cómo se llamaba.

–Enver –respondió Asllan–. Se llama Enver Hoxha.

4. UNA SEÑAL

La respuesta de Cocotte a la carta en la que se relataba el anterior encuentro llegó como era de esperar.

Suenas enfadadísima. Para mí es señal de que te has enamorado. Me parece increíble que nunca te hayas enamorado hasta ahora. La semana pasada yo me enamoré tres veces, y cada amor fue más fatal que el anterior. Puedes seguir fingiendo que no es verdad y dártelas de superior como siempre, pero me lo huelo desde aquí, en Villa Insurrección, porque es evidentísimo. Es una buena señal, demuestra que es algo que incluso puede pasarle a alguien como tú. En cuanto te serenes un poco, lo reconocerás, luego lo aceptarás, luego podrás pasar página. El amor es como la guerra. Hay una salida muy fácil: deja de defenderte con armas. No entiendo por qué estás tan enfadada con él. ¿A santo de qué iba a decirte que tenía previsto unirse a las brigadas si no le has dado motivos para pensar que te interesan las cosas que hace? ¿Has coqueteado con él por lo menos? Ni siquiera tengo claro que sepas qué significa eso. Sí, es verdad, habría podido contarte lo de la Guerra Civil española, pero, según tengo entendido, en vuestro último encuentro todavía estabais analizando la Toma de la Bastilla. Tal vez estaría bien que la próxima vez empezarais por los sonetos de Shakespeare. Sigo planeando el traslado a Tirana. ¿Puedes mirarme si hay un proveedor de perfumes Chanel allí? Quiero decir uno que sea de confianza, no esa gente que cuela cosas de contrabando en sus maletas y luego lo llama un negocio al por menor. Si no, tendré que llevar yo mis propias reservas, pero me preocupa un poco que ahora sea demasiado caro el transporte. Y Rimmel, pregunta también si tienen. He oído que utilizan betún para los ojos. Por favor, confirma si es verdad. No intentes adivinarlo mirando, pregunta a alguien que sepa del tema. Una mujer, *si es* posible.

Herr Gustav pasa más tiempo en Albania que en Grecia últimamente. Espera que el negocio remonte pronto, tiene una confianza total en el rey Zog. Más incluso que en nuestro rey Jorge, aunque tampoco es de extrañar. Me sorprende que todavía no te lo hayas cruzado. Está todo el día de reuniones en el Hotel Continental. Hace unos días me encontré a tu madre por casualidad en la

avenida Vasilissis Olgas. Me dijo que también deberías escribirle a ella alguna vez, no solo a tu padre.

Recuerdo ese nombre, Enver. Lo conocí en unas vacaciones de invierno en Korça: iba a la misma clase que mi prima Sabiha Kasimati. Es bastante guapo, ¿no? Pero la chaqueta, madre mía... Le hacía falta una nueva. Estuve enamorada de él unas tres horas. ¿Te acuerdas de Sabiha? Te dije que fueras a verla, pero ahora se ha marchado a Turín a estudiar. Quiere ser doctora, pero no como el doctor Elías. Doctora en biología marina, que no tengo ni idea de lo que significa. Igual le da por salvar la vida de los pulpos. Su padre fue doctor en Adrianópolis antes de que se trasladaran a Albania. Asllan también la conoce; iba un par de cursos por debajo de ella, era la única chica del liceo, un bicho raro como tú, o quizá debería decir que era un pez. El tal Enver estuvo completamente obsesionado con ella durante una buena temporada. No me sorprende, todos lo estaban, incluidos los profesores: es tan guapa y elegante. Me recuerda un poco a tu tía Selma por las fotos, aunque es más sonriente. En fin, que Sabiha se pasaba el día burlándose de los chicos del liceo. A Enver lo describía como un chico bastante mediocre pero con buenas intenciones. Le daba un poco de pena, por lo visto Enver no siempre pillaba sus bromas. Siendo justos, yo tampoco las entendía. Suenas igual de cruel que ella.

INTERMEZZO: MATERIAL RELATIVO A LEMAN YPI

Hoy, 7-1-1956, en uno de los despachos de la Dirección de Seguridad del Estado en Tirana, yo, O. P. Segundo Capitán D. L., estudié el informe de la reunión mantenida el 3-11-1951 con Sabiha Kasimati, posteriormente ejecutada. De ese encuentro extraje el material consignado a continuación relativo a Leman Ypi. En la página 16 se lee:

> Algo parecido, sobre la posibilidad de formar un nuevo partido en oposición al comunista, se debatió con otras varias personas. Entre ellas se contaban Cocotte Leskoviku y Leman Ypi. Se las menciona en los siguientes términos: «Todos nosotros, yo misma y las tres personas que he mencionado más arriba, éramos críticos con el Gobierno y, cuando analizamos las reformas que habían sido adoptadas o se hallaban todavía en vías de serlo en nuestro país, así como la composición del Gobierno, dijimos que teníamos merecido todo lo que nos ocurría porque nuestro pueblo, es decir, los nacionalistas y los monárquicos no supieron manejar la situación y pactaron con los alemanes, lo que permitió que los comunistas gobernaran solos. Ni siquiera los angloamericanos pueden hacer mucho ya al respecto, así que debemos organizarnos todos para una resistencia que aglutine a todos los opositores al comunismo e inicie una lucha sistemática contra ellos. Hablamos de estas cuestiones en el Hotel Continental [...]

Confirmo que lo anterior es fiel al original. Segundo

Capitán D. L.
P. S.: Los hechos referidos ocurrieron en 1945.

Cuando Cocotte murió, encontraron entre sus pertenencias una fotografía de Sabiha Kasimati con un vestido tradicional otomano. Mi abuela ya tenía cataratas y me pidió que le acercara su lupa. Cuando la puso sobre la foto, los ojos se le llenaron de lágrimas. Dijo que Cocotte tenía razón: Sabiha Kasimati era el vivo retrato de Selma, pero más sonriente. Cuando fue ejecutada por un pelotón de fusilamiento, tenía treinta y ocho años, doce más que Selma. Pero Sabiha no era de las que arrojan la toalla, dijo mi abuela. Cuando Enver Hoxha se hizo con el poder, había ido al despacho de su viejo compañero de clase y se había enfrentado a él: «Si matas a todos los intelectuales, ¿con quién vas a construir tu Estado, con hojalateros y remendones?».

«Te recomiendo que leas menos la Ilustración y más a Marx y Lenin», había respondido Enver.

5. LAS PAREJAS DE SKANDERBEG

A finales de abril de 1938, Cocotte llegó a Tirana o, para ser más precisos, lo hicieron sus numerosas maletas. Invadieron el salón de Leman en el mismo momento en que las tropas de Hitler avanzaban sobre Austria, con la diferencia de que el recibimiento fue menos entusiasta. Primero, un pelotón de vestidos; luego, un regimiento de sombreros; en su estela, zapatos de múltiples marcas rellenos de cosméticos para ahorrar espacio, y, finalmente, varias cajas con la etiqueta «Lecturas», que contenían ejemplares de la revista francesa *Vogue* que se remontaban a muchos años atrás. En una carta, Cocotte le explicaba que, como los planes de su padre de vender Villa Insurrección se habían ido al garete, había decidido quedarse en Salónica un poco más. Con todo, le aseguraba, estaba lista para cambiar de vida y le pedía a Leman que fuera su anfitriona.

«Solo será provisional», le explicaba. «Pronto me mudaré al lado de la legación yugoslava, a la villa remozada de un empresario italiano, un hombre que trabaja en seguros. Se llama Remo (o Rémy, en francés).» Pero no había mencionado a ningún Remo ni a ningún empresario italiano entre sus conocidos albaneses. Tampoco tenía la menor idea de dónde quedaba la embajada yugoslava, ya que su padre era el único que había estado en Tirana, y eso había sido antes de que se creara Yugoslavia. Sin embargo, el frecuente cruce de cartas con Leman la había ayudado a hacerse una serie de vívidas imágenes mentales de la ciudad: los sitios de moda, los locales para extranjeros que frecuentaría su futuro marido, la duración del noviazgo, los muebles del que sería su hogar, e incluso el nombre de su primer y único hijo (no quería más, le dijo, porque no soportaría las cicatrices). Se lo describía con todo lujo de detalle, como si quisiera convencer a su prima de que solo era cuestión de

tiempo que le concediera el honor de ser la primera en cortarle el pelo a su retoño.

De momento, empero, aquel honor parecía consistir en ser la receptora de esa retahíla infinita de maletas de cuero. De pronto le vino el recuerdo de los días en que compartieron habitación en Villa Insurrección, del rato que se pasaba esperando a que su prima saliera del cuarto de baño tras haber terminado su rutina de belleza matinal. Con cada anuncio de una nueva entrega de «Mademoiselle Cocotte de Salónica», su paciencia iba menguando en la misma medida que el espacio libre en su apartamento.

Por fin llegó mademoiselle en carne y hueso, acompañada de una salva de disparos para homenajearla, con la presencia de decenas de representantes diplomáticos de casi todos los Estados europeos (además de Sudáfrica, Japón y Argentina) y cinco o seis aviones de combate que daban vueltas en el cielo como polillas gigantes que hubieran descubierto las dos o tres únicas farolas que había en Tirana. El rey iba a casarse esa semana. Cientos de colegialas vestidas de marinerito, miles de hombres tocados con orgullosos *qeleshe* (el sombrero tradicional albanés) y mujeres entusiastas, aunque un poco faltas de sueño, ataviadas con coloridos vestidos típicos, habían bajado de las aldeas al norte y al sur de la capital y flanqueaban las calles agitando flores arrancadas prematuramente. Por una vez, las calles estaban desiertas de perros salvajes; aterrorizados por la conmoción general, habían decidido emigrar en dirección opuesta, de la capital al campo.

Su majestad había hecho coincidir los festejos con el aniversario de la boda de Skanderbeg, el legendario héroe medieval de Albania. Cocotte había hecho coincidir su llegada con la boda del rey Zog. Al enlace habían sido invitados numerosos servidores públicos de alta graduación y representantes de la pequeña pero engreída élite aristocrática del país. Leman había dudado si asistir, pero cuando Cocotte le insistió en que «sin mi prima cerebrito» su debut en la alta sociedad albanesa seguramente terminaría en desastre, minando de manera irreparable sus esfuerzos por encontrar marido, decidió sumarse también a la ocasión.

–¡Todo esto lo hemos preparado en tu honor! –exclamó Leman,

estrechando a Cocotte entre sus brazos, cuando le dio la bienvenida al apartamento, refiriéndose a los adornos de las calles, las banderas albanesas, la parafernalia Skanderbeg, las postales con retratos de los novios y las chapas con el escudo de armas del monarca que engalanaban las solapas de los hombres.

Pero Cocotte no estaba para fiestas. Había llegado con retraso y totalmente desaliñada el mismo día en que se iniciaban los festejos oficiales, y apenas disponía de unas horas antes de la ceremonia de boda, y, como no conseguía serenarse, hablaba por los codos, quejándose primero de que, a pesar de los meses de preparativos, las manifestaciones obreras en Salónica habían retrasado su salida, explicándole luego que en las proximidades de la frontera sur el coche se había estropeado y había tenido que proseguir el viaje a lomos de un burro, así como su desolación cuando supo que el dueño del burro era un albanés del norte que fingía no entenderla por el acento. La minuciosa relación del viaje iba acompañada de grititos cada vez que recordaba que se había olvidado algún accesorio imprescindible para la boda, y le rogaba a Leman que le confirmara los rumores que había leído, a saber, que el maquillaje para todas las damas albanesas invitadas a la ceremonia había sido fletado desde Italia y sería distribuido gratuitamente por la familia real.

Hubo que esperar hasta las diez de la mañana del día siguiente para que Cocotte volviera a ser la de siempre, momento en el que ambas, aferrando sus pequeños bolsos con piedras preciosas engarzadas, y sujetando las largas colas de sus vestidos de raso, se unieron a la fila de ilustres invitados que aguardaba en la escalinata del palacio real, frente al bulevar Mussolini, la llegada de los novios.

Reinaba el júbilo. Había motivos de sobra para celebrar la ocasión. La tarea de encontrar un buen partido para su majestad había atormentado a la corte durante por lo menos una década, desde que Ahmet Bey Zogolli, un cacique de las remotas montañas del norte y antiguo presidente del diminuto Estado balcánico, se había autoproclamado Zog I, rey de los albaneses. La búsqueda había sido

ardua, pero no porque –como insistían sus adversarios de manera pedante– el rey se hubiera autoproclamado, pues ¿qué rey no lo ha hecho? A un soberano no puede elegirlo el Parlamento, porque entonces no sería soberano, y tampoco puede elegirlo Dios, porque entonces la gente lo consideraría un profeta. El problema era más bien que, en el caso del rey Zog, su autoproclamación fue a un tiempo inoportuna y pasada de moda. Demasiado reciente para perderse en las brumas del mito, el acto fundante de la monarquía albanesa había pecado de moderación. ¿Cómo podía explicarse, si no, la elección de la denominación de rey en vez de títulos contemporáneos más a la moda como *Führer*, *duce* o caudillo? Los mercados financieros también se habrían quedado más tranquilos si se hubiera dado otro nombre, a los cuatro socialistas desperdigados se los habría mantenido bajo control, Zogolli habría podido convocar elecciones durante una temporadita y luego prescindir de toda obligación electoral. Sus preferencias matrimoniales solo habrían sido del interés de las revistas de papel cuché.

Pero el hombre había decidido seguir otro rumbo: se había inclinado por la monarquía. Saltándose el imperio de la ley, se había confiado al imperio de Dios, un gesto que podía interpretarse como una demostración de excesiva modestia o como justamente lo contrario: la arrogante creencia de que la historia terminaría poniéndose de su parte, en vez de la de los otros. Sin duda más noble, el juego de la política dinástica también era más restrictivo. Con quién se casaría el rey no solo era importante para la nación, sino que además enviaba un mensaje al mundo. ¿Seguiría siendo Albania fiel a Italia, de la que dependían sus finanzas? ¿Seguiría los pasos de Yugoslavia, que había apoyado a Zog en su afán de destruir la oposición de izquierdas? ¿Habría sorpresas?

Tales eran los dilemas a los que se habían enfrentado propios y extraños, a veces como materia de cotilleo, a veces por pura cuestión de supervivencia, a veces con la dolorosa conciencia de que hay momentos y lugares (a los que no era ajena Albania) en los que bastan los cotilleos para que un país sea barrido de la faz de la tierra.

Cerca de un año tardó el asunto en decidirse. La novia fue elegida

por las hermanas del rey durante una visita oficial a Estados Unidos. Solo era medio americana. Había incertidumbre sobre si el Vaticano aprobaría el enlace, y, cuando llegó finalmente el plácet papal, el país entero exhaló un suspiro de alivio. El santo padre autorizó al único monarca musulmán de Europa a unirse en matrimonio con una condesa católica húngaro-estadounidense arruinada. Nacida Géraldine Margit Virginia Olga Mária Apponyi de Nagy-Appony, pero conocida como Geraldine, era una elegante joven de veintidós años y buen carácter que, antes del compromiso matrimonial, se había ganado la vida vendiendo postales en el Museo Nacional de Budapest.

Los ilustres ancestros habsbúrgicos de la futura reina habían sacrificado valientemente su vida luchando contra los otomanos en el Sitio de Viena en 1529; uno de los padrinos de boda del rey fue Mehmet Abid Efendi, el docto hijo del último, y ya irrelevante, sultán. Zog era un aspirante a aristócrata; ella, una aristócrata caída en desgracia. También se percibía ahí el signo de los tiempos. Los imperios otomano y habsbúrgico eran ya cosa del pasado. Durante siglos, se habían batido el cobre heroicamente, desde la batalla de Lepanto hasta la de San Gotardo, desde el Sitio de Szigetvár hasta el de Belgrado. Pero ninguno de los dos pudo resistir el golpe que les asestó la llegada del ferrocarril. Y como el capitalismo ya había triunfado, ¿quién iba a ser el insensato que se opusiera a una unión más fuerte de lo ya muerto y enterrado? Por una vez, las nuevas potencias dominantes pudieron pasar por alto su creciente hostilidad y dignarse a bajar a Tirana a celebrarlo.

–Oh là là, regarde-moi ça! –gritó Cocotte, cuando divisó a las hermanas del rey–. He oído que sus modelos se los han hecho costureras albanesas, aunque digan que son de Chanel. Pero, créeme, son originales, los tengo vistos. Ay, madre, la gente es tan envidiosa aquí, todo el rato se inventan patrañas. O son unos ignorantes, no sé qué es peor... Ese encaje viene directo de París, salta a la vista...

Pero Leman no le estaba prestando atención. Había empezado a

agriársele el humor, de la misma manera que el de Cocotte cada vez estaba más animado. No podía achacarlo a la llegada de su prima, o ya no. Cada vez que asistía a una boda, llegaba un momento en el que se sentía abrumada por la sensación inquietante de que se avecinaba una catástrofe. Sabía que esto tenía origen en su infancia, en el «incidente» de Selma. Cuando los invitados se reunieron en el Palacio Real, las conversaciones desenfadadas y alegres se transformaron en su psique en el grito interminable y agónico que, según recordaba, estalló en el cuerpo de Mediha Hanim cuando ella le dio la noticia de lo que le había ocurrido a su tía. Leman entendía que, desde un punto de vista racional, la muerte y el matrimonio no tenían por qué cruzar sus caminos. Había asistido a multitud de bodas en las que todo había marchado sin sobresaltos, incluso alegremente. No obstante, persistía ese extraño terror cada vez que una mujer vestida de novia estaba a punto de aparecer. En cada nueva ocasión, se sentía como alguien que sufre de vértigo y debe enfrentarse a un nuevo vacío, convencido de que su supervivencia hasta ese momento ha sido mera cuestión de suerte y que, pese a todas las pruebas que apuntan en sentido contrario, el resultado trágico es inevitable.

Temblando, Leman se abrió paso entre el gentío, volviendo la cabeza de vez en cuando, como si quisiera comprobar que el pasado todavía estaba ahí. De pronto se hizo el silencio y los reunidos se quedaron quietos. Agarrando con fuerza el bolso, Leman empezó a toquetearse el collar de plata con su pequeño brillante mientras susurraba «Kanaríni mou glikó» para serenarse. Al final del bulevar apareció la pareja nupcial, a bordo de un flamante Mercedes-Benz rojo que les había regalado Hitler. La futura reina se apeó del coche con un vestido de raso bordado con hilo de plata y decorado con perlas, y una pequeña cruz colgada de una cadena en torno al cuello. Trataba de mantener la cabeza alta, pero se le inclinaba ligeramente bajo el peso de la sofisticada y alta corona de flores entrelazadas que sujetaba su velo. Se dispararon numerosas salvas y el gentío vitoreó a la pareja.

Leman tenía la vista clavada en la novia. No, como el resto de los invitados al enlace, para admirar su juventud, belleza o elegancia,

sino para buscar, en cambio, algún indicio de recelo, una señal de confusión, un testimonio secreto de que todo era ilusorio y que la tragedia estaba a punto de asestar un nuevo golpe.

Buscó en vano. La Rosa Blanca, como llamaban cariñosamente a Geraldine, lucía una sonrisa radiante, una sonrisa en la que no había rastro de coacción o ambigüedad. La condesa de ojos azules parecía encontrarse como en casa en Albania, en Europa y también en el mundo: una insólita imagen de armonía entre naturaleza y espíritu. ¿No había pensado ni una sola vez, se preguntaba Leman, que el hombre al que estaba a punto de entregar su vida era un desconocido y que todo podía ser un engaño? Pero Geraldine parecía incapaz de abordar más pensamientos que los relacionados con el presente inmediato: se hallaba en las felices antípodas de Selma. Se la veía sumida en el gozo puro que le daban las flores, la música, las multitudes con sus vítores, los invitados que la admiraban, y en su rostro ardía la luz del inocente y eufórico arrobo de un niño que recibe juguetes nuevos el día de su cumpleaños, sin motivo para sospechar que el mundo pueda ofrecerle algo que no sea bondadoso.

Más alta que él, miraba con gesto reverente a su futuro marido, un hombre que la aventajaba en veinte años y era lo bastante mayor para haber amado y también haberlo olvidado todo sobre el amor, por costumbre más preocupado por el estado de su reino que por los sentimientos de sus súbditos, a cuyas filas estaba lista a sumarse la novia. Eso tampoco parecía inquietarla, igual que no le preocupaba que el rey saludara a los invitados que le hacían reverencias con un gesto seco de cabeza, o que sus ojos hubieran podido ser los de un integrante de su cuerpo de seguridad, porque se movían constantemente de un lado a otro, como si quisieran desvelar la trama de un atentado, acompañados de un gesto nervioso de las manos. Ni siquiera el conde Ciano, el yerno de Mussolini, el otro padrino de boda de Zog, se libraba de esas miradas recelosas.

Cuando entraron en el gran salón en el que se iba a oficiar la ceremonia, Zog caminaba un paso por delante, aferrando con la mano izquierda la espada que llevaba al cinto, seguido de tres hombres de uniforme militar que sostenían la cola del vestido de la

novia. Fumador impenitente hasta el punto de encenderse a veces un cigarrillo con la colilla del anterior, parecía cansado, agitado y más que intranquilo: saltaba a la vista que ansiaba que la ceremonia terminara cuanto antes para poder retomar asuntos más urgentes. Tras el intercambio de votos matrimoniales, el conde Ciano se acercó un poco más a Zog y le dirigió una sonrisa cordial. El rey bajó la cabeza. Aquel saludo pareció incomodarlo. Luego se quitó el guante blanco de la mano derecha, sostuvo la pluma con la que se le pedía estampar su firma y rascó el papel del libro con el mismo gesto mecánico con el que habría podido inscribir su nombre en una orden ejecutiva. El rostro de la reina se iluminó y le dirigió una sonrisa. Él se mantuvo serio hasta que, finalmente, respondió bajando la cabeza. No hubo abrazo, ni beso, ni gran ovación, aunque la condesa sí consiguió estrechar la mano a los dos padrinos. A la salida, intentó cogerse de la mano de su marido, pero la espada se interpuso en el camino, por lo que retiró la suya antes de volver a intentarlo, esta vez con éxito.

–¿Seguirá este hombre aquí dentro de un año? –Leman oyó una voz conocida a sus espaldas, cuando la multitud empezaba a dispersarse y los invitados eran conducidos al lugar en el que se celebraría el banquete. Sin volver la cabeza, la reconoció y notó que la boca se le quedaba seca y se le encogía el estómago.

–¡Asllan! –exclamó Cocotte–. ¡Te hacíamos en España defendiendo a la República! ¿Qué estás haciendo en la boda real?

–La República está muerta –respondió otra voz, adelantándose a Asllan–. Habría sido insensato por mi parte permitir que mi hijo mayor la siguiera hasta la tumba, ¿no os parece?

Leman se volvió lentamente. Hasta ese día solo había visto a Xhafer Bey Ypi en fotos. Calvo, de piel clara y bien afeitado, llevaba unas gafas de carey e iba vestido con chaqué y pajarita. Aunque empuñaba un bastón, sus hombros estaban perfectamente erguidos y su cabeza permanecía inmóvil, como si fuera una estatua que de pronto hubiera cobrado vida.

–Xhafer Bey, qué alegría volver a verlo. Permita que le presente a mi prima Leman –exclamó Cocotte.

–Puedo presentarme solo –repuso el viejo, dando un golpe con el

bastón al suelo de mármol blanco–. Pero no será necesario. –Le tendió la mano a Leman y se la estrechó con frialdad–. A mademoiselle Leskoviku la precede su reputación de mujer emancipada, la primera en trabajar para la administración albanesa, según me cuentan, y por lo visto una de las pocas que puede rivalizar con su alteza por cuanto se refiere a la cantidad de cigarrillos consumidos a diario.

Había en su tono una pizca de reproche o sorna, pero Leman estaba tan afectada por la presencia de Asllan que no reaccionó. Le pareció que estaba avergonzado y no tenía claro si la expresión en su gesto se debía a cierta sensación de culpa por no haberse puesto en contacto con ella tras su regreso a Albania o a la incomodidad que le producían las palabras de su padre.

–Desapareciste –dijo Leman, tras reunir finalmente el valor necesario para hablar– después de ese encuentro con ese amigo tuyo en el Café Kursal.

Él bajó la mirada.

–Tuve que marcharme precipitadamente. Éramos un grupo, los preparativos eran secretos y la noticia de la partida llegó de forma inesperada. Pero no conseguí llegar. Xhafer Bey encontró un contacto diplomático. Me detuvieron en Francia, en la frontera. Fue humillante... Me daba tanta vergüenza que no me atrevía a salir de casa. Me encerré para leer y escribir.

Leman dudó un momento, como si sopesara si debía creerle o no.

–Estaba preocupada... –susurró ella por fin, casi confesándoselo a sí misma. Luego tuvo una extraña sensación de alivio, como si el vacío en el que había estado mirando de pronto se hubiera llenado.

Al cabo de unas horas, Leman le preguntó si se casaría con ella. Solo conozco unos pocos detalles de cómo ocurrió, y la historia todavía resulta más confusa por el hecho de que ella siempre relató que *conoció* a Asllan en la boda de Zog y le *pidió* en ese mismo momento y lugar que se casara con ella, lo cual no solo habría sido excesivo, sino también impropio de mi abuela. Tal vez todas esas citas de los viernes se fundieron en una sola en su mente, fraguando en un único recuerdo, el del día en que finalmente le manifestó lo que sentía por él; en efecto, a veces recordar es simplemente

reconocer ese instante singular en el que hallamos la razón de nuestras emociones, con independencia de la cronología exacta. También pudo ser que ese último encuentro en el Kursal quedase grabado en su recuerdo como «el día que conocí a Enver Hoxha», una circunstancia cuyo peso posterior en su vida bien pudo afectar al orden en que recordaba otros hechos.

Lo que sí sé es que ambos estuvieron mirando a los novios un rato, y que Asllan terminó hablando de las relaciones del rey con Italia y de la anexión hitleriana de Austria y de si ese acontecimiento cambiaría el futuro de Europa. Comentó asimismo que el rey Zog hacía bien en desconfiar del conde Ciano, su padrino, y se refirió a las protestas de los campesinos en el sur y a la liberación de los presos políticos del país tras la amnistía declarada por el rey para celebrar su matrimonio. Leman, por su parte, habló de la decisión del rey de distribuir sus regalos de boda entre los pobres, especialmente los cincuenta mil francos de oro que había recibido de la Compañía Eléctrica de Albania, un gesto típicamente hipócrita, comentó. Él le preguntó si conocía un libro interesante titulado *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, de John Maynard Keynes, un economista que daba clases en la Universidad de Oxford –ella no lo conocía–, y luego sugirió que el problema de Albania era que se trataba de un país demasiado feudal, con una dependencia excesiva de la agricultura, como para que las políticas socialistas pudieran funcionar: lo primero era liberalizar, luego reformar. A ello, Leman repuso que, dado que los viejos Estados liberales estaban cayendo en el autoritarismo, esa teoría del desarrollo por «etapas» había que tomársela con ciertas reservas, y se rieron de las llamadas «parejas de Skanderbeg», las ciento cincuenta bodas que se habían celebrado el mismo día que la del rey, con los gastos cubiertos por su majestad, como insistía en recordar la prensa.

–Lo que demuestra que todavía necesitamos una Revolución francesa –comentó Asllan, poniéndose serio de pronto–. La única pregunta que no plantearán jamás nuestros periodistas provincianos mientras divagan sobre el glamur de la boda real es «¿De quién es el dinero del rey?».

Ella no respondió. Se quedó mirándolo en silencio unos segundos mientras se sujetaba el collar de plata.

–¿Por qué volviste de París? –preguntó–. ¿Por qué no te quedaste allí después de graduarte?

Él pensó un momento.

–Ciertas plantas lo pasan mal cuando las arrancan de su tierra –dijo midiendo las palabras, como era habitual en él–. Sospecho que es mi caso.

–¿Has pensado alguna vez en casarte?

La pregunta le tomó por sorpresa. Aun así, procuró conservar el aplomo.

–¿Con quién? –dijo después de una de sus acostumbradas pausas.

–Conmigo.

INTERMEZZO: EL TELEGRAMA

COMITÉ ADMINISTRATIVO PROVISIONAL DE ALBANIA

10 de abril de 1939

A las embajadas en Washington, París, Londres, Roma, El Cairo, Ankara, Sofía, Belgrado, Atenas, Bucarest.

A los consulados albaneses en Bari, Skopje, Estambul, Salónica, Bitola, Janina, Corfú, Trieste, Ginebra, Viena, Boston, Nueva York.

Hemos sido informados por la agencia de noticias Stefani, así como por la radio italiana y fuentes gubernamentales oficiales, de que el rey y el Gobierno han huido de Albania STOP Surge una nueva situación STOP Se restablecen el orden, la paz y la disciplina STOP Se está formando un nuevo Gobierno provisional STOP Ya opera un comité administrativo provisional liderado por el señor Xhafer Ypi STOP [...] Siempre en contacto estrecho y amistoso con los representantes diplomáticos italianos STOP Escuchen regularmente Radio Tirana STOP Mantengan controlados a los nacionales y estudiantes

albaneses en el extranjero STOP El comité administrativo les insta a tener plena confianza en el Gobierno fascista, que desea de todo corazón preservar la felicidad, el progreso y la prosperidad de Albania STOP

INTERMEZZO: ACTAS DE LA REUNIÓN DE LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE ALBANESA

Reunión celebrada el miércoles, 12 de abril de 1939, a las cuatro de la tarde. Discurso pronunciado por el jefe de la Asamblea, su excelencia Xhafer Ypi.

¡Caballeros de la Asamblea!

Siento una honda alegría en mi corazón por la llegada a Albania del ejército italiano, algo que había previsto y deseado durante largo tiempo en tanto que único medio para lograr el orden, la justicia, la paz y la prosperidad en nuestro país.

Me entusiasma que Albania, que con el correr del tiempo parecía encaminarse a una imparable fragmentación, haya disfrutado de la oportunidad de aceptar, en amistad, a las fuerzas armadas del *duce* del fascismo.

Hubo un tiempo, que duró en torno a un cuarto de siglo, en el que tratamos de garantizar por nuestros propios medios el buen funcionamiento de este país. Sin embargo, en todos esos años, nuestros gobernantes no solo dieron muestras de una absoluta incompetencia en el ámbito del buen gobierno, sino que llevaron la situación al extremo

de dar la impresión al mundo civilizado de que Albania tal vez no pudiera gobernarse a sí misma.

¿Qué fue lo único que logramos durante esos años? Propagamos el caos por todo el país, abandonamos al pueblo a la más terrible miseria, a nuestro propio pueblo, que terminó desprovisto de acceso al pan, a la sal, al aceite y a otras necesidades básicas, de suerte que se le privó incluso de la posibilidad de comprender el significado real de la palabra «independencia».

El pueblo albanés, sobre todo teniendo en cuenta las pequeñas dimensiones de su gendarmería y fuerzas armadas, decidió hace tiempo recibir con los brazos abiertos al ejército del *duce*. Por ello, con la excepción de unos pocos bandoleros, no ha encontrado oposición. Ningún albanés querría derramar ni una sola gota de la fraternal sangre italiana. [...]

Somos optimistas con respecto al desarrollo y el progreso de nuestra nación, porque el gran *duce*, cuyas comprobadas habilidades superan incluso las de Aníbal o César, no permitirá que nuestro pequeño pero antiquísimo país desaparezca. [...]

Habida cuenta de que Albania sigue siendo un Estado soberano, debemos elegir un rey. La mejor y más ventajosa solución es que ofrezcamos la corona de Albania a su majestad imperial, el rey Víctor Manuel III de Italia, y a sus herederos, en una unión personal de las dos coronas.

[Vítores de la Asamblea: «¡Larga vida al rey Víctor Manuel!».]

Leeré ahora ante esta asamblea las actas de un encuentro que os insto a aprobar con el mayor

entusiasmo. La reunión tuvo lugar en la embajada italiana y contó con la presencia de su excelencia Francesco Jacomoni.

6. SOFOCAR INCENDIOS

–Tenía que verme con Asllan en la calle Reina Geraldine a las cuatro –dijo Leman a Cocotte, deteniéndose para quitarse las botas embarradas en el rellano del humilde apartamento que ambas compartían, antes de entrar al salón–. Lo he esperado media hora, pero no ha aparecido... No tengo ni idea de dónde estará. Se suponía que teníamos que ir a ver casas juntos. Y entonces ha empezado a tronar.

Era una de esas tardes frías e inhóspitas de noviembre que solían motivar que Leman y Cocotte se quedaran en casa a tomar el té mientras jugaban a las cartas y se ponían al día de sus respectivas novedades. Con cada trueno, los cristales de las pequeñas ventanas del apartamento temblaban con una violencia que sobresaltaba a Leman.

Cocotte estaba echada en el sofá del salón, sin que el mal tiempo la inquietara en lo más mínimo, y se pintaba concienzudamente las uñas con un esmalte dorado. En su rostro se advertía un gesto de profunda concentración, como si le hubieran encomendado la misión de resolver los asuntos más peliagudos de aquellos días, como por qué el emperador Hirohito dudaba en sumarse al Pacto del Acero, pese a haber suscrito el del Antikomintern, o cómo era posible que, contra todo pronóstico, el ejército helénico estuviera plantando cara todavía a la invasión italiana de Grecia.

–No me sorprende que no lo hayas encontrado –dijo Cocotte al final, sin levantar la vista de sus uñas–. La calle de la Reina Geraldine ya no existe. Ahora se llama Reina Elena. Tuviste el mismo problema en Salónica. Te empeñabas en llamar mezquita Hamza-Bey al cine Alcazar. Si no vives en el presente, nadie sabrá dónde encontrarte. Por cierto, ese modelo que te gustó para el vestido de

boda, no te lo apruebo. Demasiado sencillo. No quiero decir que esté demodé, pero ya sabes a qué me refiero. Me parece que es de justicia que te lo diga. Y llevas el pelo demasiado corto para un vestido así, te hace unos brazos de alfeñique, y... y... no sé por qué he de ser la única que se preocupe siempre por este tipo de cosas...

–No quiero un vestido lujoso –repuso Leman, todavía preocupada por el paradero de su prometido–. Ni siquiera quería celebrar banquete de boda. Pero, al parecer, queda descartado que nos vayamos a vivir juntos e informemos simplemente del cambio de dirección. Eso sería incluso más subversivo que cambiarle el nombre a la calle Geraldine.

–Pobre Geraldine –dijo Cocotte en tono pensativo–. Suelo pensar en qué habrá sido de ella. No debe de ser agradable tener que huir de tu país un día después de dar a luz... No debería haberse casado tan joven.

Pensaba en su propia vida mientras lo decía. El marido italiano ideal que iba a permitirle abandonar el apartamento de Leman e instalarse en una suntuosa villa junto a la embajada yugoslava aún no se había materializado. Achacaba el retraso a la guerra.

–Más vale ser paciente que viuda –bromeó, antes de adoptar un tono más serio–. Sé que no te cae simpático Xhafer Bey. Es comprensible porque a él tampoco le caes bien. Pero un día tendrás que darle las gracias. De no haber intervenido para detener a Asllan en la frontera, a tu amado lo habrían matado en España como a todos los demás. Habrías sido viuda antes de convertirte en esposa. O igual debería decir esposa a la espera.

Leman se encogió de hombros, sin saber muy bien cómo responder. Los planes de boda ya habían cambiado dos veces, aunque solo una se había debido a que Leman hubiera tenido dudas sobre la forma de la ceremonia. Al principio, su aversión instintiva al boato nupcial la había llevado a decantarse por que el asunto se zanjara en una tarde en el registro civil. Asllan le había señalado entonces que tal vez estaría bien informar a su familia de los planes de matrimonio y propuso escribir una carta a Avni Bey en la que solicitaría la mano de su hija.

–Deja que me ocupe yo –replicó su prometida–. La idea ha sido

mía. A mi padre le dará un soponcio si le escribes por las buenas.

Al cabo de unos días, llegó un telegrama a la casa de sus padres en Salónica: «Me caso», había dictado Leman. «Con Asllan Ypi. ¿Bien?»

Su padre había respondido con una extensa carta. Le costaba saber, escribió, si había recibido de Leman la orden estricta de aceptar a un yerno a quien no conocía de nada o si le rogaba de corazón que diera su visto bueno a un futuro marido cuyas credenciales parecían impecables. Con todo, le satisfacía observar que su hija había madurado. A diferencia de cuando había descubierto que fumaba, Leman ya no tendría que fingir que aceptaba ninguno de los maridos que él hubiera podido pensar para ella.

Entonces Cocotte insistió en que la idea de una ceremonia en el registro civil le daba pena, muchísima pena, y que no podía garantizar que acudiría a la ceremonia, y mucho menos que actuaría como testigo.

–Lo siento –le había dicho con un suspiro–. Es que ese tipo de oficinas me recuerdan al intercambio de poblaciones. No lo soporto.

A Leman, la idea de celebrar una boda la ponía nerviosa, pero la insistencia de su prima, que entretanto también había convencido a Asllan de los peligros de confundir el intercambio de votos con el de personas, la hizo ceder. La pareja Skanderbeg, como se llamaban jocosamente a sí mismos, programó una ceremonia discreta en Tirana para finales de mayo de 1939, un año después del matrimonio de Zog.

Sin embargo, el 7 de abril de 1939, Italia invadió Albania. O así es como lo llamaban tanto Leman como Asllan, una «invasión», aunque el término no era en absoluto neutro. El futuro suegro de Leman prefería describirlo como una «unión voluntaria» de las tropas albanesas y las italianas, que allanaba el camino para una unión personal igualmente voluntaria de las dos coronas. Para otros, no distaba en modo alguno de lo que hoy en día llamaríamos una intervención humanitaria, una generosa misión italiana para salvar a los albaneses de los abusos de poder de un rey de pacotilla. Entretanto, Zog había huido a Grecia, llevándose a su esposa, su hijo

recién nacido y todas las reservas de oro del país, transferidas a su propio bolsillo, para recalar en un puerto seguro. Algunos días, hasta Cocotte reconocía que la «operación» italiana (así le gustaba llamarla) presentaba también algún aspecto humanitario, aunque tenía menos que ver con la situación de Albania que con el hecho de que había empezado a apiadarse de la reina. Cocotte estaba convencida de que liberar al rey de las servidumbres de la Corona le devolvería a Geraldine el marido que nunca había tenido en realidad. Aunque solo fuera por eso, la operación ya valía la pena. Otros días, empero, la consideraba *un disastre*, un verdadero caos, del que parecía culpar en buena medida a la invención e influencia de la radio.

De inicio, el impacto militar de la campaña italiana en la vida albanesa fue mínimo. Hubo cierta resistencia, acaso el primer día, y sin duda durante las primeras horas, cuando los navíos de la armada italiana arribaron al puerto y la gendarmería respondió disparando. Murieron varios centenares de hombres. Pero qué innecesarias fueron esas muertes, clamaron los adversarios del rey cuando se supo que el monarca era ahora un refugiado, y el conde Ciano, que había sido el arquitecto de la invasión, planeaba dar la orden de liberar a todos los presos políticos encarcelados por Zog, así como distribuir generosas sumas de dinero entre los pobres. Al día siguiente, cuando las tropas de Mussolini tomaron la capital entrando por su recién construido bulevar central, agasajadas por la comitiva habitual de perros callejeros, gallinas fugitivas y algún que otro simpatizante que les dedicaba el saludo romano, era difícil saber si aquello era el principio de una guerra o un desfile militar. Los tres días festivos que se declararon poco después para celebrar la unión de las dos Coronas apuntaban más bien a esto último.

De todos modos, aunque al principio pudieran pasarse por alto las consecuencias militares de la invasión, pronto quedaría claro que los escollos burocráticos distaban mucho de ser baladíes. El país ya estaba bajo control italiano, si no oficialmente, por lo menos de facto. Sin embargo, cuando llamar a las cosas por su nombre empezó a ser importante, cundió la confusión. El día que los funcionarios consulares griegos recibieron instrucciones de que la

autorización para visitar Albania debía proceder de Italia y no de las autoridades del país, los padres de Leman ya no pudieron viajar a Tirana y fue necesario aplazar la ceremonia. Leman se reía pensando en una posible «maldición de Selma», aunque de naturaleza más banal. No cabía esperar una tragedia, solo una lenta asfixia burocrática.

–La primavera –le decía Cocotte a Leman, soplándose las uñas recién pintadas–. La primavera es una buena época para la boda. La guerra ya habrá terminado ¿Quizá abril?

–«Abril es el mes más cruel...» –recitó Leman con una sonrisa. Luego oyó que llamaban discretamente a la puerta, un toque casi inaudible. Hubo una pausa y luego un golpe más fuerte.

–¿A quién se le ocurre ir de visita con este tiempo? –se preguntó en voz alta, ordenando instintivamente los afeites y las herramientas de manicura que Cocotte tenía desperdigados por la mesilla junto al sofá–. ¿Esperas a alguien?

Su prima negó con la cabeza mientras se dirigía a la puerta.

–¡Aquí estás! –exclamó al abrirla–. ¡Leman se ha pasado toda la tarde buscándote!

Asllan se hallaba ante ella, mudo y empapado, sin saber si dar un paso adelante o recular, como si hubiera terminado en ese umbral por azar. Estaba lívido y demacrado, su rostro era como las páginas amarillentas de un libro viejo. Cuando Cocotte lo hizo pasar al salón, murmuró algo que a las dos mujeres les costó entender en un principio.

–Xhafer Bey... –le oyó decir Leman finalmente–. Xhafer Bey... Mi padre...

Era la primera vez que se refería a Xhafer Ypi como «mi padre», y el peso de esas palabras pareció tomarlos a los tres por sorpresa. Calló un momento y miró a su alrededor, como si estuviera buscando al hijo de ese padre al que acababa de nombrar.

–¿Le ha ocurrido algo? –preguntó Leman. En términos generales, su futuro suegro le era indiferente. Solía pensar en que Xhafer Bey jamás había ocultado la antipatía que ella le despertaba. A Leman la

consideraba demasiado abierta de mente, demasiado «emancipada», «demasiado para Salónica, por no hablar de Tirana», como había dicho en una ocasión, pero, aun así, ella le estaba agradecida porque nunca había llegado a vetar el enlace. La relación que mantenía con él era, si bien no profunda, por lo menos cordial de puertas afuera, y, aunque las hazañas de Xhafer Bey no solían impresionarla, sintió en ese instante una inexplicable tristeza.

–Había ido a Starje, a su aldea natal en el sur, a inspeccionar algo –continuó Asllan con su voz lenta–. La contraofensiva griega... –decía, cuando lo interrumpió Cocotte.

–¡Odio a los griegos! Primero nos expulsan, luego nos persiguen incluso en...

Leman se impacientó.

–¡Deja que termine! –le ordenó a su prima.

Asllan las miró con una expresión desvalida.

–Mi padre... –repitió, sin saber cómo continuar. Estaba visiblemente afectado y en su rostro se advertía una mezcla de incredulidad, pena y remordimiento.

Tras el incidente en la frontera francesa, cuando Xhafer Bey había tirado de hilos para forzar a su hijo a regresar a Albania impidiendo así que se alistara en las unidades de voluntarios republicanos en España, la relación de Asllan con su padre se había resentido. Estuvieron varios meses sin dirigirse la palabra. Asllan culpaba a Xhafer Bey, con toda justicia, de la humillación que había sufrido ante sus camaradas de armas. La mayoría de esos compañeros se pudrían ahora en una cárcel cerca de Barcelona y algunos habían sido asesinados. Sentía vergüenza y culpa. Tardó mucho en asimilar lo ocurrido, y, si no en perdonar al viejo, por lo menos en comprender sus instintos protectores.

El reencuentro con Leman y las frecuentes conversaciones que compartían le permitieron encontrar un nuevo sentido a su vida. Se enfrascó en la lectura, traducía, intercambiaba textos socialistas con viejos compañeros de estudios. Poco después de recibir su título universitario, empezó a trabajar en el departamento legal del

Ministerio de Asuntos Exteriores de Albania. Poco a poco fue cambiando la actitud hacia su padre. Xhafer Bey, que era en esos días el inspector jefe de la Corte Real, se cruzaba a veces con su hijo en el trabajo, y lo saludaba con un breve movimiento de cabeza y una sonrisa cómplice. Era evidente que su hijo había madurado, pensaba.

Entonces Italia invadió Albania. Xhafer Ypi se convirtió en el líder del Gobierno provisional y luego aceptó el cargo de ministro de Justicia. Avergonzado y furioso, Asllan decidió no enfrentarse a su padre, optando, en cambio, por volcar su rabia hacia fuera, para lo que adoptó un papel más activo en los círculos socialistas que conspiraban contra el Gobierno, al tiempo que en casa mantenía un perfil bajo. Fingía que el hombre con el que se encontraba en privado no tenía relación alguna con el político cuyas acciones despreciaba. Respetaba al padre, pero estaba resentido con el burócrata.

Leía el periódico cuando estaba fuera, y, si Xhafer Bey hablaba de política con invitados, Asllan salía discretamente de la sala. Su colección de libros antifascistas, textos legales, octavillas y panfletos había crecido, pero siempre la mantenía a salvo de las miradas de su padre. Tan discreto era con su vida y compromisos que, cuando se firmó un nuevo tratado que era una burla para cualquier resquicio de autonomía que Albania hubiera logrado conservar hasta entonces, Xhafer Bey tardó varios meses en descubrir que Asllan había renunciado a su puesto en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Negándose a acatar las órdenes de Ciano y sus subalternos, había abierto una tiendecita de bebidas alcohólicas en el centro de la ciudad, y al cabo de un tiempo convenció a Leman de que participara en el negocio. Xhafer Bey decidió permitirle el capricho a su hijo, pero en cambio se molestó con ella.

Cuando Asllan llamó a la puerta de Leman esa noche de noviembre para darle la noticia de su padre, hacía más de dos semanas que lo evitaba. La última vez que lo había visto, algo había cambiado. Xhafer Bey acababa de volver de su despacho y, después de colgar la chaqueta en el recibidor, asomó la cabeza en la habitación de su hijo.

–Ten cuidado mañana –le había dicho–. Italia lanzará su ofensiva contra Grecia.

Se lo había anunciado en el mismo tono despreocupado con el que habría podido anunciar que se retiraba a su habitación a echarse la siesta. Luego cerró la puerta y se marchó. En lugar de no hacer caso de las palabras de su padre como era costumbre en él, Asllan lo siguió, porque quería más información. Hacía días que corrían rumores de un ataque inminente a Grecia desde la frontera sur de Albania, y deseaba vivamente alertar a sus camaradas.

–El *duce* ha lanzado un ultimátum –le había explicado de buena gana Xhafer Bey, que a menudo lamentaba lo mucho que se habían distanciado–. Se reclamó a Metaxás que cediera el control de lugares estratégicos so amenaza de guerra, y el idiota por lo visto declaró, y cito textualmente: «Alors, c'est la guerre!».

–¿Idiota? –De pronto Asllan no pudo contener sus emociones. El impulso de plantar cara a su padre, reprimido durante meses, se encendió como los últimos rescoldos de un incendio casi sofocado–. ¿Idiota por demostrar la valentía que tú nunca tuviste? Metaxás es un fascista, pero por lo menos es coherente, por lo menos no ha renunciado a la sangre y la nación. Ese discurso tuyo en la asamblea, en el que tildaste de bandidos a los gendarmes albaneses que murieron defendiendo el país, ese discurso todavía me da ganas de vomitar. Has perdido toda dignidad, e incluso estás orgulloso de ello.

–¿Dignidad? –respondió tranquilamente el viejo. Asllan pudo oír en su voz el sutil tono burlón del político curtido en mil batallas–. ¿Dignidad, dices? Nuestra armada tiene poco más de cien hombres, la gendarmería unos dos mil, poseemos la prodigiosa suma de cuatro buques patrulleros y dos tanques, todo suministrado por Italia, como el resto de nuestro material de defensa y el personal instructor. Quizá no te acuerdes. O quizá no sepas sumar cuando haces tus cálculos de dignidad. ¿Alguna vez te has parado a valorar las dimensiones de Italia en un mapa? ¿Y has considerado alguna vez que, aun en el caso improbable de vencer al ejército italiano, detrás de Mussolini viene Hitler? ¿Tu dignidad exige que enviemos los últimos cientos de hombres que tenemos a una carnicería y luego

nos rindamos para sufrir el mismo destino, aunque con las manos todavía más manchadas de sangre?

–Entonces ¿se puede saber qué sentido tiene ser un Estado independiente? –Asllan había interpretado las palabras de su padre como una provocación–. ¿Qué sentido tiene celebrar el orgullo albanés, la grandeza de nuestra nación, la belleza de nuestra lengua, cuando dependemos de otros para preservarlos? ¿Qué sentido tuvo separarnos del imperio?

–¡Ja, esta sí que es buena! –replicó Xhafer Bey con sorna–. ¡Como si hubiéramos abandonado el imperio por voluntad propia! ¡Como si el Imperio otomano se hubiera venido abajo por nuestra lucha denodada! –Entró en su estudio y se puso a ordenar los papeles que tenía sobre el escritorio. Entonces se dio cuenta de que Asllan lo había seguido y se volvió hacia su hijo–. Es posible que haya naciones en el mundo que cambian la historia. Nosotros no somos una de ellas, hijo mío. A nosotros, la historia nos la hacen.

Frustrado, Asllan negó con la cabeza. Cogió la botella de whisky que había sobre una mesa auxiliar y trató de abrirla. Notó que unas gotas de sudor le bajaban por la frente y que el corazón le latía con fuerza. Su padre le arrancó la botella de las manos.

–¿Se puede saber qué te pasa? –exclamó Asllan, apretando los puños–. ¿Qué veneno llevas dentro? ¿Qué sentido tiene tu vida?

Xhafer Bey fingió que no lo oía.

–Trabajé para el imperio –continuó sin inmutarse–. Trabajé para el Estado independiente de Albania. Trabajé para el rey. Cuando el rey decidió cuidar de su esposa en lugar de cuidar del país, trabajé para el Gobierno provisional. Ahora trabajo para Mussolini, para Ciano y para Jacomoni. –Se quedó callado un momento–. Soy un simple administrador. Tenemos una constitución. Velo por que sea respetada.

–¿Una constitución? –Asllan levantó la voz–. ¿Llamas a esa basura una constitución? ¿Se puede saber qué constituye entonces? Incluso tus palabras favoritas en esa asamblea ridícula y vergonzosa que presidiste, *independencia*, *unión personal*, *integridad*, las sacaron todas del texto constitucional. Lo que dice es que al rey de Italia en

Albania lo representa el teniente general Jacomoni, a las órdenes de Mussolini... ¿Qué legitimidad tiene?

Xhafer Bey no contestó. Se sentó a su escritorio, dando la espalda a Asllan. Su hijo seguía mirándolo, con las sienes palpitando de rabia. Xhafer firmó un par de papeles, luego pareció pensárselo mejor y se puso de pie mirando a Asllan. Se disponía a decir algo, pero entonces se interrumpió, se quitó las gafas de carey y se pasó un par de minutos limpiando los cristales a fondo, como si el poder de persuasión de su argumento dependiera de la claridad de su visión. Cuando quedó satisfecho, se las puso de nuevo y habló a su hijo en voz baja.

–La fuente del derecho, de la voluntad general, de la voluntad de todos, de todas esas palabras hermosas que tanto te cautivan... No tengo la menor idea de su origen. Las leyes hay que obedecerlas. ¿Es la legalidad lo mismo que la legitimidad? No lo sé. No me interesan las cuestiones filosóficas. Para mí, la dignidad es apagar el incendio antes de que las llamas se propaguen.

Esa noche tormentosa de noviembre, Asllan entendió de pronto, sentado en el sofá del salón de Leman, que, desde que era un hombre adulto, cada interacción con su padre había sido un diálogo de sordos. La idea le pareció inquietante. Xhafer Bey era un hombre demasiado desencantado, demasiado desconfiado, pero él aún no había perdido la esperanza de que pudiera cambiar algún día. «Todos cambiamos», solía decirse Asllan para serenarse. Su padre siempre sostenía que la esencia de la política no residía en generar el bien, sino en hallar remedio a su ausencia. Había defendido a ultranza las normas, siendo plenamente consciente de que, a veces, defenderlas equivalía a defender sus propios privilegios. Pero jamás se le habría pasado por la cabeza, ni soñando, afirmar que era merecedor de dichos privilegios. Bastaba con esgrimir que los cambios siempre eran difíciles y los costes, elevados, y que además la gente solía terminar en el mismo sitio en el que había empezado.

Aun así, no le sabía mal que su hijo demostrara aquella disposición idealista. Sí le preocupaba, en cambio, asegurarse de que el intercambio fuera «civilizado», como gustaba decir, que Asllan no se rebajara a la «zafiedad», en la que veía un atajo al extremismo y las

opiniones impopulares y desestabilizadoras, a cuya amenaza creía que solo él podía hacer frente. Asllan no era por lo general dado a los excesos, su carácter era reflexivo y tranquilo, pero había algo en la impavidez con la que su padre reaccionaba que siempre le sacaba de quicio. El viejo estaba convencido de que las palabras nunca debían salirse del terreno de las convenciones. Aun así, un día, esperaba Asllan, la guerra llegaría a su fin, las convenciones y la justicia quedarían alineadas y su padre vería las cosas de un modo distinto, o sencillamente se descubriría a sí mismo en el lado de la justicia, en el lado de la razón, y no en el de la tradición. Asllan le persuadiría entonces de que hay buenos principios como los hay malos, de que hay buenas decisiones como las hay malas, de que hay decisiones correctas e incorrectas, de que la política es algo más que mero cálculo. Y sí, nunca se sabe cómo van a terminar las cosas, pero siempre vale la pena intentarlo. Y a veces salen bien. Un día..., pensó, y Leman se dio cuenta de que las gotas de lluvia que había visto en su rostro eran en realidad lágrimas.

Asllan se sacó del bolsillo un papel amarillento, mojado, doblado.

–La dignidad es apagar el incendio antes de que se propaguen las llamas –murmuró para sus adentros. Le temblaban las manos y la nota le cayó al suelo. Regresaron en cascada los recuerdos: Manastir en llamas; un niño pequeño, cuatro años apenas cumplidos; su pequeña maleta de cuero; un columpio colgado de un granado en Édessa; su padre rogándole al niño que cuidara de la familia; el vientre embarazado de su madre; la promesa de que llegaría el día en que todos volverían a reunirse. Escondió el rostro entre las manos.

Leman recogió la nota del suelo. Había un breve texto mecanografiado en italiano.

> Ayer, 16 de noviembre de 1940, Xhafer Bey Ypi, ministro de Justicia, se desplazaba en visita oficial a Starje, cerca de Kolonje. Una bomba griega impactó en la comitiva de automóviles en la que viajaba. Se declaró su muerte en el lugar de los hechos. Fue la única víctima mortal. Sus restos mortales están siendo trasladados a Tirana. Se ha notificado a todos los ministerios que las banderas ondeen a media asta. Se está preparando una medalla. Se ha

asignado una pensión por importe de su sueldo íntegro a su viuda e hijos menores. Xhafer Ypi murió feliz y con honor.

TENIENTE FRANCESCO JACOMONI

7. ESTRELLAS ROJAS AL AMANECER

El funeral de Estado de Xhafer Bey se celebró en el cementerio Bektashi de Tirana. Según la costumbre musulmana, las mujeres permanecieron en sus casas, de manera que los únicos asistentes fueron Asllan, sus hermanos pequeños y algunos tíos. Era un día inusualmente cálido, muy distinto de esa noche lluviosa de noviembre en la que Asllan recibió la noticia de la muerte de su padre. El sol lucía inocente en un cielo que mostraba un tono idílico de azul, tan sereno que los aviones militares que giraban sin cesar sobre sus cabezas parecían de juguete. ¿Quién podía lanzarse a matar en un día como ese? Era como si la guerra, en vez de hallarse en sus primeros compases, hubiera tocado a su fin.

Durante el funeral, Asllan se vio estrechando la mano a numerosos desconocidos, saludando a varios representantes del Gobierno, intercambiando palabras de cortesía en italiano, francés, turco, inglés, alemán e incluso, aunque menos, en albanés. No alcanzaba a recordar lo que les había dicho: fue como si sus pensamientos y palabras se hubieran escindido entre sí, como soldados en una misión secreta. No cesaba de preguntarse por qué su padre, que había tratado de evitar la guerra durante toda su vida, e incluso había intervenido en la frontera francesa para protegerlo, se había aventurado hasta la línea del frente. Había viajado allí desarmado, a instancias de unos representantes de la administración local, para asegurar a los campesinos que la llegada de suministros era inminente y que lograrían desbaratar la contraofensiva griega con un último esfuerzo. Sabía perfectamente que con cada kilómetro que avanzaba hacia el sur su vida corría cada vez más peligro. ¿Acaso ya no le importaba? ¿Había querido que terminara?

Asllan estaba junto a sus hermanos. Llevaba una bufanda de lana

beige que olía a alcanfor, y un abrigo oscuro que le iba justo de las axilas. Hasta qué punto le apretaba fue algo que solo notó cuando levantaron el ataúd. Seis militares de uniforme lideraban la comitiva, y uno de ellos se santiguó y murmuró: «La sua anima è in paradiso», su alma ya está en el cielo, lo que llevó al líder bektashí, el *dedebaba*, a dirigir una mirada de censura al oficial, no por una disconformidad con el sentimiento o el gesto de santiguarse (los bektashíes eran célebres por su tolerancia), sino para dejar claro el rencor inextinguible que, de entre todas las órdenes musulmanas, la bektashí seguía alimentando por los fascistas.

Asllan notó, mientras llevaban a hombros el féretro, que apenas pesaba. Paró para asirlo mejor, moviendo ligeramente el hombro y abriendo del todo la mano para tener un agarre más firme. También dedicó un instante a enderezar la bandera albanesa: un rectángulo de seda rojo oscuro con un águila bicéfala en el centro coronada por el casco de Skanderbeg y flanqueada por dos fasces negros enlazados por arriba con unos nudos saboyanos. Reflexionó entonces sobre el peso del ataúd: ¿de verdad estaba Xhafer Bey en su interior? ¿O quizá solo una parte de él? Había querido presentarle sus respetos por última vez cuando el féretro llegó de Starje, pero los empleados que supervisaban el traslado le habían disuadido discretamente de hacerlo. Una fotografía estaría más cerca de lo que recordaba, le sugirieron. Cuando depositaron finalmente a su padre en la zanja, los deudos empezaron a tirar claveles de múltiples colores sobre el féretro. El ministro de Educación, el señor Koliqi, pronunció el responso, pero Asllan no pudo concentrarse en sus palabras. Concluido el discurso, el gentío se dispersó inmediatamente.

Tuvo pesadillas durante meses después del funeral. Se despertaba al amanecer y se sentaba en la cama, lívido, temblando, empapado de sudor. Leman solía desvelarse y buscaba su mano, tratando de darle consuelo, pero sin saber cómo ayudarle a llorar la pérdida de su padre.

Empezaba a darse cuenta de que había una parte de Asllan que no entendía. Sus silencios prolongados, cómo titubeaba, sus dudas incesantes... A veces se preguntaba si ella misma también formaba

parte de esas dudas. Lejos de sentirse más asentada en su nueva vida de mujer casada, empezaba a amargarse pensando en las circunstancias en las que habían decidido vivir juntos, impulsados más por la necesidad que por una elección libre. Aun así, conservaba la esperanza.

La boda se había celebrado un par de semanas antes, aunque no había sido la ceremonia fastuosa que había imaginado Cocotte. «Yo no tengo Remo, pero tú tienes un Renzo, mi querida Lucia», la chinchaba su prima. A semejanza del noviazgo de Lucia Mondella en la novela italiana que más les gustaba, *Los novios*, el compromiso matrimonial de Leman había durado mucho más de lo previsto, en su caso más de tres años. Ella y Asllan habían aplazado la boda en numerosas ocasiones, esperando un inminente final de la guerra. Con el tiempo tuvieron que asumir que las circunstancias tenían visos de empeorar antes de que mejorasen.

A Asllan empezó a preocuparle la idea de que la nacionalidad griega de Leman levantara sospechas en Tirana: el mes de abril de 1941, las tropas nazis atacaron Grecia desde el norte y el país quedó dividido entre Italia, Alemania y Bulgaria. La situación de Albania parecía más incierta que nunca. No había garantía alguna de que formalizar su unión como marido y mujer pudiera evitar una posible separación, pero ni siquiera intentarlo habría supuesto añadir culpa a la desdicha. «El betún dura más que las leyes del Estado en estos tiempos», se lamentaba Asllan. «Aun así, no tenemos otra cosa a la que agarrarnos.»

Los padres de Leman pudieron asistir a la boda y, por sorpresa, también Dafne, quien había retomado el contacto con la familia después de casarse con un griego, convertirse a la Iglesia ortodoxa de Grecia y trasladarse a Atenas desde Turquía. Le trajo como regalo de bodas la alfombra que había tejido para Selma, donada por la familia para la ocasión; sin dejar de llorar ni un momento, cantó «Kanaríni mou glikó» en el pequeño banquete que celebraron después.

Aparte de la visita sorpresa de Dafne, Leman y Asllan tuvieron exactamente la boda que su prima temía: una larga espera en el ayuntamiento, varias formalidades burocráticas, un rápido

intercambio de votos. Por lo menos le dieron a Cocotte la oportunidad de participar en la elección del vestido de novia, que era elegante y caro. En cambio, no le fue fácil encontrar flores en pleno invierno, de modo que tuvo que rebajar sus expectativas. Como concesión al romanticismo en tiempos de guerra, la ceremonia había tenido lugar en el mismo despacho del ayuntamiento en el que Leman y Asllan se habían conocido, y fue el mismo funcionario quien la ofició. Esta vez, con toda la flema que supo aparentar, puso sobre la mesa un inventario con los nombres de seres humanos con domicilio, en lugar de datos estadísticos de perros sin casa conocida, y les pidió que añadieran su firma a la lista de parejas que se habían casado ese mismo día. Leman vio que había más recipientes distribuidos estratégicamente para recoger el agua de las goteras, pero reparó en que en esa ocasión no se había hecho el esfuerzo de disfrazarlos de macetas para plantas. La mancha de humedad en la pared parecía haberse extendido y ahora se asemejaba al mapa de Albania cuando alcanzó su máxima extensión territorial: después de su entusiasta declaración de independencia frente a los otomanos, pero antes de su reconocimiento oficial por la Sociedad de las Naciones.

Concluida la ceremonia, Avni Bey regresó enseguida a Salónica. La ciudad se hallaba aquellos días bajo ocupación nazi, y, si bien los contactos de Gustav con la administración local alemana habían permitido mantener a flote sus ventas de tabaco cuando otras empresas de la ciudad acusaban el golpe, Avni Bey estaba preocupado. La madre de Leman decidió quedarse unas semanas más y luego no pudo regresar a Salónica. El viaje se había vuelto demasiado peligroso, exactamente lo que Avni Bey había vaticinado que ocurriría.

Eligieron para su luna de miel Cortina d'Ampezzo, una estación de esquí en el norte de Italia. Ahora que el país formaba parte oficialmente del Estado italiano, viajar allí era más fácil y también más seguro. Las alternativas sin salir de Albania en invierno habrían sido muy limitadas aun sin las complicaciones derivadas de la

guerra. La situación del país había empeorado de manera visible en los últimos meses. Tras la invasión italiana, Jacomoni había insistido en aumentar las inversiones en Albania, lo que permitió estabilizar la economía brevemente después de los años turbulentos del reinado de Zog. Sin embargo, a la larga, los efectos de la unión aduanera con Italia se hicieron palpables: el franco albanés estaba unido a la lira y se había impuesto un estricto control del mercado de divisas. Los campesinos se vieron obligados a vender sus bienes a precio de saldo y grandes extensiones de tierra fueron confiscadas con fines militares. Aunque la base industrial del país apenas había alcanzado el cuatro por ciento de su economía, los grupos comunistas que surgieron en las principales ciudades lograron movilizar políticamente al exiguo proletariado. Compuestos en buena medida por los intelectuales y las clases medias, ejercieron una influencia intensa sobre todo en las instituciones educativas. Vandalizaban los retratos de Mussolini y Víctor Manuel constantemente, arrancaban las banderas italianas, y estudiantes y profesores a menudo se manifestaban contra los directores de los centros educativos que los obligaban a rendir homenaje al fascismo cantando «Giovinezza». Se sucedían los sabotajes en los muelles portuarios o en las minas de cromo y los campos petrolíferos que explotaban empresas italianas en régimen de concesión.

En Cortina, Leman y Asllan pudieron aparcarlo todo. Se hospedaron en el lujoso Hotel Vittoria, situado entre las cumbres dolomíticas, sumido aparentemente en ese tiempo fuera del tiempo tan característico de los refugios de montaña, en los que la cercanía del cielo hace que todo lo que se desarrolla abajo retroceda envuelto en la bruma de la distancia. Procuraron no leer la prensa ni escuchar la radio, y casi olvidaron que el mundo estaba en guerra. Las pesadillas de Asllan cesaron.

He intentado muchas veces imaginármelos juntos, visualizar esos días, los más felices de su vida, como solía decir mi abuela. Pensar en nuestros familiares en un pasado anterior a nuestra existencia es como subirse a una atracción de feria: sabes que terminarás donde

empezaste, pero la gracia del viaje reside en la emoción del trayecto, más que en su destino. Son personajes abstractos, cuya historia queda inevitablemente coloreada por nuestra imaginación, a menudo por lo que nos hubiera gustado que ellos fueran, o incluso por lo que nos hubiera gustado ser a nosotros de haber ocupado su lugar. A medida que fui creciendo, empecé a entender que mi abuela idealizaba esos días en Cortina, que le inspiraban una nostalgia entendida como anhelo de regresar a un espacio en el que se sintió ella misma. La nostalgia, para ella, no era meramente, o quizá ni siquiera en primer término, el anhelo de un lugar al que pudiera llamar hogar, sino la añoranza de un tiempo determinado, el tiempo en el que por fin sintió que había encontrado un lugar propio en el mundo, por efímero que fuera.

Sin embargo, gracias a la publicación de Çim en una red social, esos días excepcionales que pasó en Cortina quedaron de pronto transformados en el espacio bidimensional capturado por una foto vulgar y corriente en blanco y negro: el famoso Hotel Vittoria, los esquís apoyados en la pared, mis abuelos echados en unas tumbonas. De pronto entendí que quizá lo había malinterpretado todo. Había en el rostro de ambos un aire de tranquilidad, pero también de temor. A Asllan se le veía especialmente triste, lo cual tenía sentido, dado que todavía lloraba la muerte de su padre. ¿Mi abuela se había olvidado de todo ello? ¿Eran las pesadillas que ella misma tendría más adelante las únicas que guardó en su recuerdo? ¿La nostalgia que sentía por aquel tiempo le había hecho perder toda empatía por su marido y por el resto del mundo?

El archivo guarda silencio sobre estas preguntas. No solo por el motivo trivial de que no podemos esperar que los documentos burocráticos despejen nuestras dudas sobre los sentimientos de los demás, sino también porque incluso aquellos hechos que deberían dar forma a mi interpretación de lo ocurrido a veces no hacen más que contribuir a la confusión. Por ejemplo, donde se esgrimen el estilo de vida privilegiado y las carísimas y habituales estancias en hoteles de lujo en las montañas como prueba del carácter burgués de mi abuela y de sus actividades sospechosas durante la guerra, Asllan, en cambio, no recibe ni una sola mención. Es como si no

hubiera existido, como si hubiera muerto antes incluso de que se hubieran casado. Cortina la sitúan en un punto erróneo del mapa, en Suiza, la confunden con Davos. Incluso su luna de miel queda reflejada en los archivos como una «estancia residencial en las montañas por motivos de salud»: ¿tuvo mi abuela la intención de confundir a quienes la espiaban? Además, todavía no he sido capaz de localizar esa foto en los archivos.

Me pregunto ahora quién estaba al otro lado de la cámara. Quizá Robinson, el inglés al que conocieron mis abuelos durante su estancia en Cortina, justo antes de que este emprendiera su viaje a Albania, en una misión secreta para dar apoyo a la resistencia antifascista balcánica, según se decía, aunque los rumores no quedaron confirmados hasta mucho más tarde. El gesto preocupado de Asllan en la foto tiene algo de premonición trágica. ¿También idealizó mi abuela todo aquello, el encuentro con Vandeleur Robinson, o «Monsieur Robinson, un auténtico caballero», como solía describirlo? Perfecto conversador en francés, licenciado en Historia por el Emmanuel College de Cambridge, formado como cadete en la academia militar de Woolwich, gran amigo durante la guerra y, brevemente, después de ella, me decía de él.

Leman y Asllan disfrutaron de la compañía de Robinson en las montañas. Era un hombre brillante y dotado de un gran sentido del humor, con un sinfín de anécdotas de sus viajes por los Balcanes, una pasión que había desarrollado en su juventud, recién salido de la academia militar. Cuando regresaron de la luna de miel, Robinson se convirtió en un cliente habitual de la licorería que había abierto Asllan. Se dejaba caer todas las noches por el establecimiento y se sentaba en el mostrador habilitado para la cata de vinos, donde se tomaba un vaso de whisky con los dueños mientras conversaban sobre las últimas novedades políticas.

Aunque todavía no había cumplido los cuarenta años, Robinson tenía el pelo prematuramente encanecido, ojillos castaños detrás de unas gafas de cristales gruesos, dientes tan perfectos que habrían podido pasar por una dentadura postiza (o una dentadura postiza de

aspecto tan natural que habría podido pasar por unos dientes auténticos) y la apariencia por lo general bondadosa de un Santa Claus al que han obligado a afeitarse la barba. Era sorprendentemente popular entre las mujeres, que se enamoraban de él igual que los niños pequeños se enamoran de Santa Claus, como la encarnación física de todo lo bueno que tiene la vida, y sin ser conscientes de ello en un primer momento. A Cocotte le gustaba –más por el personaje que representaba que por su aspecto–, aunque era mucho mayor que ella y estaba casado, primero con una joven checoslovaca y luego con una corresponsal de guerra británica. Sin embargo, en vez de desalentarla, aquel detalle le daba esperanzas. Como no dejaba de recordarle en un italiano tan macarrónico como el suyo y, en consecuencia, tanto más indicado para la comunicación desinhibida: «Non c'è due, senza tre», no hay dos sin tres.

Robinson había estado en Albania múltiples veces antes de la guerra y su pasatiempo favorito era fotografiar burros, preferiblemente sin sus dueños. Había sido corresponsal de la Sociedad de las Naciones para el sudeste de Europa, y escribió un libro –*El camino a la libertad de Albania*, en el que se describía el ascenso al poder del rey Zog– que presentó a una editorial para su publicación poco después de la caída en desgracia del monarca. El libro, más que su distinguida carrera militar y diplomática, era el motivo de que Cocotte soliera acudir a él como autoridad absoluta en materia de guerra y paz. Se pasaba por la licorería con la ilusión de encontrarlo allí, aunque, ahora que Gran Bretaña estaba oficialmente en guerra con Italia, él solía trabajar en operaciones encubiertas. Si se lo encontraba, intentaba coquetear con él haciéndole preguntas que imaginaba serias e importantes, y que solo él sería capaz de responder.

Fue una de esas preguntas, planteada con toda la inocencia del mundo a finales de diciembre de 1941, la que motivó otro incidente reseñable en la licorería y que Leman recordaría andando el tiempo con todo lujo de detalle. Esa noche, resultó que Robinson estaba en el local con otro cliente, un bey llamado Ahmet, que era primo de Asllan y que debía rondar los veinticinco años. Ahmet –a quien yo

conocí ya de anciano, a finales de los años ochenta, cuando era un visitante asiduo en la casa de mi abuela hasta que ella un buen día decidió no volver a abrirle la puerta– acababa de volver de París. Lo había enviado allí su padre, un prestigioso doctor, para que estudiara Medicina, pero terminó donando buena parte del dinero que recibía en apoyo del movimiento comunista francés, antes de regresar con los bolsillos vacíos y sin el título esperado. En Albania, había encontrado trabajo como asistente en una pequeña consulta médica privada, pero lo perdió enseguida –lo sorprendieron pintarrajeando un retrato de Víctor Manuel en el recién construido Hotel Dajti–. Una de sus múltiples novias era serbia, y Ahmet se había afiliado ahora al Partido Comunista Albanés, que había sido fundado a principios de ese mismo mes de diciembre con la ayuda de activistas yugoslavos.

Ahmet tenía fama de perder los estribos con facilidad y meterse en trifulcas por discusiones de principios, aunque sus detractores insistían en que la teoría marxista nunca le había interesado en lo más mínimo. Ser comunista, decían, le brindaba la posibilidad de hacer lo que de verdad le apasionaba, a saber: unirse a los piquetes con el simple objetivo de liarse a puñetazos con la gente. Asllan le tenía cariño y era más generoso que aquellos detractores. Todo eso no bastaba para explicar, decía, por qué Ahmet se había hecho comunista en vez de partidario de Mussolini: en ambos casos, abundaban las oportunidades de dar palizas a la gente en las manifestaciones. Aun así, mantenía a su primo a una prudente distancia.

Ahmet y Robinson llevaban un rato sentados al mostrador de vinos: el primero, tomándose un whisky tranquilamente; el segundo, conversando en voz baja con Cocotte. Fue entonces cuando ella, de sopetón, decidió hacer su pregunta «seria» y fatal.

–Deme su opinión, monsieur Robinson –dijo Cocotte, sirviéndose una copa de vino–. ¿Cree que los combates terminarán pronto?

–Mademoiselle –respondió Robinson, enroscándose un poco el bigote con la mano, como tenía por costumbre hacer cuando trataba de explicar asuntos complejos de manera sencilla a alguna de las mujeres que lo admiraban–. Si hace usted un pastel, querrá comérselo, ¿verdad? Lo mismo vale para las armas. Se han invertido

grandes sumas de dinero en su fabricación durante la última década. Sospecho que será necesario dar uso a unas cuantas más antes de que podamos plantearnos otra forma de proceder.

–Oh –dijo Cocotte–. Pensaba que estábamos luchando para vencer a Hitler. Ahora se encuentra en Grecia, ¿lo sabía?

–Desde luego, también para vencer a Hitler –reconoció Robinson, como un maestro que anima a un alumno–, pero hemos tenido guerras antes de que llegara Hitler... Y recuerde: no me ha preguntado *por qué* luchamos, sino *cuándo* dejaremos de hacerlo.

Ahmet, que había permanecido a solas y en silencio en su taburete, escuchando la conversación sin intervenir, se volvió hacia Robinson.

–Voy a decirle por qué no ha terminado la guerra –dijo interrumpiéndolos, evidentemente ebrio. Vestía de esmoquin, con pajarita, como si acabara de llegar de un acto formal, pero la pajarita estaba medio desanudada y llevaba desabrochado el botón superior de la camisa. También iba despeinado y tenía esa mirada pasmada y belicosa de un estudiante en las postrimerías de una fiesta, buscando bronca–. Yo se lo diré –repitió–, porque ustedes son todos unos traidores y unos cobardes, ¡como lo es su rey!

Se hizo el silencio en el local. Los otros clientes se volvieron hacia ellos, visiblemente inquietos. Asllan, que sabía lo irascible que podía llegar a ser Ahmet incluso estando sobrio, trató de mediar. El día anterior, habían arrancado varias banderas fascistas que colgaban de lugares públicos, y la policía iba en busca de agitadores.

–Ahmet, cálmate, toma... –dijo, sirviéndole un poco más de whisky.

Pero Ahmet no le oyó o fingió no hacerlo.

–Su Gobierno –continuó, señalando a Robinson con el dedo–, ¿no fue su Gobierno, el Gobierno del Reino Unido, el que pidió permiso a Italia para enviar cónsules a Albania? Fue en octubre de 1939..., en octubre... de 1940... –Era evidente que le costaba recordar la fecha exacta–. Solo unos meses después de la invasión...

–Chist... Chist... –Asllan intentó que lo dejara. Le preocupaba que los demás clientes pudieran denunciarlos a la policía.

–Los ingleses sabían que era tanto como dar por buena la

invasión. ¿Cómo se explica, si no, que pidieran a sus periódicos que dieran la noticia en la última página? Y desde luego todo el mundo sabía a lo que iban, yo lo tenía clarísimo incluso entonces, y leí, sí, leí los periódicos, claro que lo hice... Y luego estalló ese escándalo con el conde Ciano, estoy seguro de que usted también lo...

–Ahmet, *je t'en prie*... –le rogó Asllan.

–Y, de todos modos, incluso antes de eso –Ahmet hablaba cada vez más alto, ajeno a las advertencias de Asllan–, ¿por qué no boicotearon los Juegos Olímpicos de Berlín? ¡En 1936 ya sabían qué se traía Hitler entre manos!

–Chist..., chist..., tengamos esta conversación en otra parte –le suplicó Asllan con gesto desesperado–. Os invitaremos a cenar a casa un día para que podáis debatir vuestras diferencias en un sitio seguro.

–¿Cenar con ese? ¿Yo? –gritó Ahmet–. ¡Se acabó! ¡Se acabó lo de debatir diferencias! Ahora, *c'est la guerre*! ¡Ahora toca luchar!

–Por supuesto que sí –dijo Robinson, que había consumido más alcohol que Ahmet esa noche, pero cuya habilidad para razonar se veía menos afectada por las emociones–. Aunque debo recordarle que luchamos en el mismo bando. Lo que ha insinuado sucedió hace mucho tiempo –continuó hablando con aplomo–. Hemos encontrado un propósito común. Debemos ser comprensivos con lo que ocurrió en el pasado.

Ahmet seguía interrumpiéndole a gritos, y, como Robinson se mantenía impasible, y en cierto momento incluso pareció que lo ignoraba a propósito mostrándose más interesado en retomar su conversación con Cocotte, al final perdió la paciencia. Para captar la atención del inglés, tiró de la manga de su chaqueta, haciendo que el vaso de whisky cayera al suelo y se rompiera. Mientras Leman, arrodillada, recogía los cristales rotos musitando «Ogur, ogur» (expresión otomana con el significado de «augurio»), Ahmet estalló.

–¿Por qué me miráis todos? –gritó, fijándose en los demás clientes–. ¡Hay manifestaciones todos los días y vosotros venís aquí a comprar champán!

Entonces, por un instante, pareció que recobraba la serenidad. Se sentó, apoyó la cabeza en las manos y pareció que iba a echarse a

llorar. Cocotte se le acercó, pero Leman le hizo un gesto con la cabeza, como si quisiera avisar a su prima de que era mejor no involucrarse. Algo se movió junto a la puerta. Ahmet levantó la vista y pareció identificar un rostro conocido.

–¡Tarás! –gritó aliviado–. ¡Tarás está aquí! –Y llamó a su amigo con la mano como si le pidiera ayuda.

Pero el hombre al que se había dirigido llamándolo Tarás no mostró interés en lo que ocurría en el interior del establecimiento. Alto, fornido, con el pelo corto y ondulado bajo una boina negra, un bigotito recto y fino, y gafas de carey, vestía una chaqueta beige de rayas marrones, un jersey de cuello alto y pantalones anchos que cubrían unas botas. Miraba en todo momento a sus espaldas como si sospechara que alguien seguía sus pasos, y cargaba con una caja pesada que parecía contener libros.

–¡Sal de ahí! –le gritó a Ahmet–. No pierdas el tiempo con esos beyes. Asllan puede venirse con nosotros si le apetece. –Sin moverse de la puerta, le guiñó el ojo a Asllan–. Si no viene, ¿quizá pueda cuidar de estos libros hasta mañana?

Asllan acompañó a Ahmet hasta la puerta y recogió la caja, estrechando brevemente la mano de aquel hombre.

–¿Quién era ese tipo que intervino para que Ahmet no le diera un puñetazo a Robinson? –le preguntó Leman más tarde a su marido, cuando se preparaban para cerrar la licorería después de que los clientes se hubieran marchado–. El hombre de la boina, tan seguro de sí mismo. Ahmet lo llamó Tarás. Su voz me sonaba, como si lo conociera de antes, pero no he terminado de situarlo.

–Es un activista, alguien a quien conocí en el liceo francés. Terminó dando clases allí, antes de que lo clausuraran por difusión de ideas subversivas. Luego se unió a la resistencia comunista y hace unas semanas todos bajaron a Tirana para participar en las manifestaciones antifascistas. Una delegación de los comunistas yugoslavos se puso en contacto con ellos y más o menos les ordenó fundar un partido comunista. El programa se lo dictaron ellos. Él se ha convertido en uno de los líderes.

–Pues me ha parecido muy tranquilo.

Asllan asintió.

–La última vez que lo vi estaba junto a la entrada del Café Flora con un grupito de activistas. Le pregunté en francés: «Mon vieux, qu'est-ce que tu fais ici avec les rouges?», que qué hacía con los rojos. «He venido a cagarme en la madre de todos estos comunistas», me contestó.

–Pues tan tranquilo no será entonces... ¿Se refería a los trotskistas?

–Me temo que se refería a todo el mundo. No es tan superficial como la gente cree. Ha venido a verme a la tienda unas cuantas veces y me ha propuesto que me una a su movimiento. Sospecho que es él quien le ha dado la orden a Ahmet de que vigile a los ingleses.

–El nombre es curioso, Tarás... –comentó Leman.

–Tarás es su alias –le explicó Asllan–. De Tarás Bulba, el guerrero cosaco de la novela de Gógol. El bigote también es falso. Trabaja en un estanco, aquí al lado. Sospecho que la caja que me ha pedido que le guarde no contiene libros. Seguramente son panfletos antifascistas.

–¿Tarás no es su nombre auténtico?

–No, es un *nom de plume* –dijo Asllan con una sonrisa–. También coincidimos en París, brevemente.

De pronto le vino todo a la cabeza: los violinistas en el Café Kursal, los zapatos bien encerados, la actitud autoritaria y confiada. Y ese abrumador olor a cebolla cruda mezclado con lavanda.

–Oh –dijo Leman–. Ya sé de quién me hablas...

8. ELIGE BANDO

Asllan hojeaba los papeles que tenía sobre el escritorio –apuntes de la universidad, los primeros números de *Bota e Re*, algunos recortes de periódicos– y sintió que la cabeza le daba vueltas. Le sorprendía la lucidez del veinteañero que había escrito esas líneas que ahora leía. Educación, intelectuales, masas, democracia, participación, ilustración, ilustración, ilustración. Todo eran sombras ahora, desterradas para siempre al inframundo, después de seguirlo a él, cándidamente, a un reducto imaginario de salvación... ¿Cuándo había empezado a torcerse todo?, se preguntaba. ¿Fue cuando los fascistas invadieron el país? ¿Cuando Zog se hizo con el poder? ¿Cuando Albania logró la independencia? No, Albania no pintaba nada. Incluso en tiempos de paz, sus problemas habían sido siempre los problemas del mundo, solo que mal disimulados. ¿Fue cuando Hitler invadió Austria? ¿Después de que se perdiera la República española? ¿Cuando Wall Street se hundió?

Bota e Re. ¡El Nuevo Mundo! Hubo un tiempo en el que se sentía orgulloso de las ideas que había apoyado. Podían deslizarse sobre la realidad como un camisón de raso: así de sencillas y elegantes eran. Y lo predecían todo con gran confianza... Encontró el título del último artículo que había publicado, «El desarrollo de la maquinaria y la crisis económica», y releyó la primera página:

> El desarrollo tecnológico debería haber aligerado la carga de trabajo. Sin embargo, en nuestro actual sistema capitalista, multiplica el desempleo, que es la causa principal de la crisis contemporánea. ¿Cómo podemos resolverlo? La sofisticación de la maquinaria debe ir acompañada de una reducción de las horas de la jornada laboral que proteja los salarios. Es preciso elevar la edad de incorporación al trabajo. La edad de jubilación debe reducirse. Hay que dar el control a los representantes de los trabajadores.

Trabajo y capital, precios y beneficio, dinero y mercancías: esas eran las fuerzas que daban forma al mundo. Cada valor podía convertirse en una cifra, y cada cifra en una función. Desde luego, la mayoría de la gente se comportaba de manera irracional, era consciente de ello. Pero se debía sencillamente a la inercia. El mal era siempre consecuencia del error, no de la mala voluntad. Bastaría con ayudar a las personas a romper con esos moldes, animarlas a pensar de manera diferente.

Asllan dejó la revista sobre la mesa, pero luego sintió el extraño impulso de volver a abrirla.

> Los economistas liberales, cuyas teorías deberían relegarse a los museos, sostienen que la economía siempre encadena ciclos de expansión y decadencia. Omiten un importante detalle. Aunque las crisis anteriores lo fueron de escasez, la actual es una crisis de abundancia, de ahí que...

Dejó de leer. Se sentía extrañamente afectado por la seguridad que transmitía el texto. Había algo sorprendente en el contraste entre la fluidez natural de sus palabras escritas y la vacilación que solía infiltrarse en su discurso hablado. Le sorprendió no haber reparado en ello antes. El artículo no estaba mal; de hecho, no se arrepentía en absoluto de haberlo escrito. Todavía compartía muchas de las ideas expuestas. No obstante, había algo en el texto que le molestaba. Esas líneas rezumaban un optimismo muy irritante, incluso cuando lanzaban vaticinios funestos. El desarrollo tecnológico provocaría la competencia entre empresarios; el proteccionismo alimentaría el fervor nacionalista; la carrera armamentística resultante se aceleraría hasta desembocar en un conflicto abierto entre bloques económicos rivales. En resumen: la guerra.

Era sobre todo la mención de esa palabra final, *guerra*, lo que había parecido justificar el optimismo. Asllan había tenido el convencimiento de que nunca volvería a ocurrir. Era preciso no dejar de mencionarla, pero solo como advertencia, como una ambulancia que debe encender sus luces cuando circula por una calle muy transitada. La gente se apartaría. El mundo ya había conocido todo

ese horror. De todos era sabido que el patriotismo era la picadura letal de un insecto de aspecto inofensivo. Esos discursos solemnes sobre el honor, la gloria, la defensa de la nación... ¿Y luego qué? El lodo, la sangre, el frío, la degradación en el frente. Millones de hombres ya habían combatido, en su mayoría no habían regresado. Cientos de miles de tullidos de Tannenberg, Galípoli, Verdún vagaban como espectros por las ciudades de Europa. ¿Qué madre desearía enviar a su hijo a combatir de nuevo? ¿Qué padre no preferiría quedarse en casa y ver crecer a sus hijos?

Cogió el ejemplar maltrecho de *El contrato social* que descansaba sobre la mesa y desempolvó la cubierta. Por vez primera reparó en que el libro desprendía un olor desagradable, una mezcla de sudor y moho. Se acordó del *bouquiniste* a orillas del Sena que se lo había vendido hacía una eternidad, un tipo jovial que se llamaba Pascal, solo unos pocos años mayor que él. Antes de dedicarse a vender libros viejos, Pascal había sido herrero, pero perdió ambas piernas el primer día de la batalla del Somme. «Si je suis tombé par terre, / C'est la faute à Voltaire, / Le nez dans le ruisseau, / C'est la faute à Rousseau» («Si caí al suelo, / la culpa es de Voltaire, / la nariz en la alcantarilla, / la culpa es de Rousseau»), cantaba alegremente mientras le daba el libro. «Fui el único que se salvó de mi regimiento», le dijo en un tono pesaroso. Todas las noches, cuando rezaba, Pascal se preguntaba a qué se debía que su suerte hubiese sido distinta de la de todos sus camaradas muertos, ya en el cielo. O en el infierno. O en ninguna parte. No era religioso, según le dijo. Rezaba solo por si acaso. Pensaba en su vida, en lo cerca que había estado de terminar. Y todas las caras de sus compañeros de regimiento, minutos antes de la explosión, desfilaban delante de él como fotogramas de una película de cine mudo. A la mañana siguiente, tuvo la sensación de que le habían dejado abandonar la cárcel después de condenarlo a cadena perpetua.

Los hombres como Pascal se contaban por millones, pensaba Asllan. La gente se había dejado engañar la primera vez. Ahora todo sería distinto. Los trabajadores les ajustarían las cuentas a sus amos, en vez de masacrarse los unos a los otros. Estudiaba en París cuando Léon Blum, solo unos meses antes de su nombramiento

como primer ministro, fue sacado a rastras de su coche por una turba de antisemitas monárquicos de los Camelots du Roi que le propinaron una paliza que casi acabó con su vida. Recordaba la rabia posterior, las manifestaciones en el quinto *arrondissement*, las enseñas rojas, las canciones revolucionarias, los lemas: «Dignidad para el trabajo», «Insurrección, no guerra», «Socialismo o barbarie». ¿Era rabia en realidad? ¿O se trataba más bien de una puesta en escena de la rabia? Esos manifestantes le habían parecido muy infantiles. ¿Socialismo o barbarie? Maldita la gracia. En esa época todavía cabía elegir. Supongo que eligieron la barbarie, se dijo para sus adentros.

Hacía varios meses que se sentía paralizado. Su primo Ahmet se pasaba por la tienda de vez en cuando y trataba de convencerle de que se afiliara al Partido Comunista. «El camarada Miladin y el camarada Dushan han oído hablar de ti. Al camarada Enver, ya lo conoces, por supuesto. Otros también tienen ganas. ¿Por qué no te unes a nosotros?»

Asllan no había flaqueado en su apoyo a los republicanos españoles. Pero en ese caso era más fácil decidirse: habían ganado las elecciones, representaban la voluntad del pueblo. ¿Cuál era, en cambio, la voluntad del pueblo albanés? Ahora que las fuerzas armadas alemanas habían entrado en Grecia y Yugoslavia, y que había cundido el caos entre las autoridades italianas de Albania, había por lo menos cinco movimientos distintos de resistencia, cada uno de ellos apoyado por una coalición diferente de Estados, cada uno reivindicando encarnar la voluntad del pueblo. Un grupo de refugiados en Grecia había fundado un «Partido Comunista Albanés» de inclinación trotskista que, al poco, fue suplantado por otro partido del mismo nombre e influencia yugoslava.

Asllan estaba convencido de que el nombre del líder bolchevique interpelaba poco o nada al trabajador albanés corriente, pero, aun así, había calado el mensaje del Comité Central de «cuidado con los trotskos». En cuanto al movimiento partisano, incluso su denominación era polémica para quienes eran hostiles a la influencia yugoslava. Tras la ocupación italiana, Albania se había apoderado de varios territorios kosovares. Asllan recelaba de los dos yugoslavos

que habían ayudado a fundar el Partido Comunista y daban instrucciones a los albaneses coordinándose con Belgrado, pero en lo fundamental siguiendo las directrices de Moscú.

–Soy marxista, no leninista –le insistía a Ahmet–. Apoyo un amplio frente democrático, no una facción de vanguardia.

–Lo mismo que el camarada Stalin –replicó Ahmet un día.

Asllan guardó silencio y pensó unos segundos.

–De momento –dijo finalmente.

En algunas ocasiones le avergonzaba su propia pasividad. En otras, detestaba la sensación de urgencia impuesta por la guerra. ¿En qué consistía esa resistencia albanesa? ¿Era una gloriosa lucha nacional? ¿O solo una guerra civil banal como tantas otras que había visto? Primero, los comunistas pactaron con los nacionalistas liberales. Luego lucharon entre sí. En cierto momento, ambos grupos juraron lealtad a la causa antifascista. En otro, se lanzaron acusaciones mutuas de traición.

Incluso su amigo británico, Vandeleur Robinson, que por lo general era un guía fiable en cuestiones políticas, estaba completamente confundido. Le había hablado a Asllan de la Dirección de Operaciones Especiales, o SOE, una unidad de inteligencia británica formada cuando la Oficina de Guerra, el Ministerio de Asuntos Exteriores y el Servicio Secreto de Inteligencia aunaron esfuerzos para fomentar las actividades clandestinas en los territorios ocupados por las fuerzas del Eje. Varios integrantes de la SOE, cuya unidad balcánica tenía su sede en El Cairo con la misión, encomendada por Churchill, de apoyar a las guerrillas en los Balcanes, pronto serían desplegados en paracaídas en tierras albanesas, aunque ni uno solo, le había confiado Robinson, tenía la menor idea de la situación sobre el terreno. Les había dado instrucciones y enseñado unos pocos saludos en albanés una antigua etnógrafa llamada Margaret Hasluck –viuda de un arqueólogo de Cambridge con quien Robinson había tenido trato– que dominaba el idioma y había pasado más de diez años en el país, entre las décadas de 1920 y 1930, investigando los cuentos tradicionales, las plantas autóctonas y las vendettas entre familias. Más tarde fue reclutada por los servicios de inteligencia británicos y

enviada a la neutral Turquía con la misión de enrolar a emigrantes albaneses desharrapados y animarlos a convertirse en luchadores por la libertad, aunque sus avances en ese terreno habían sido lentos y erráticos.

Como consecuencia de todas esas dificultades, la intervención británica en Albania cada vez resultaba más esquizofrénica. Un día creían brindar apoyo a los partisanos en las montañas, al otro intentaban asegurar la inversión encomendándose al rey Zog, quien entretanto se había instalado en Londres y lideraba su propio movimiento de resistencia desde una suite del hotel Ritz.

–Tenemos que ser pragmáticos –recomendaba Robinson–. Me temo que el señor Hoxha es la mejor baza de una mano horrible.

A Asllan le daban ganas de agarrar al joven que había sido, sacudirlo por los hombros y gritarle: «No todo es tan transparente como creías, ¿vale?». Pero a veces también envidiaba la valentía y la convicción del joven rebelde que había sido. En secreto había conservado la esperanza de que aquella parte de su ser siguiera ahí y de que un buen día, como Lázaro, se levantaría lentamente y le susurraría al oído: «No es tan difícil, ¿vale? Y no es demasiado tarde. Solo hay que elegir bando».

9. *JE M'APPELLE 10017*

Leman llamó a la puerta de su estudio. Siempre llamaba, incluso ahora, después de dos años de matrimonio. Estaba un poco pálida, con unas ojeras violáceas y una sonrisa que siempre parecía exhausta. No había ganado tanto peso como era de esperar, según él, en una embarazada. De hecho, ni siquiera tenía aspecto de estarlo, solo se la veía enferma, y parecía reaccionar al embarazo como solía hacerlo cuando enfermaba, es decir, ignorando el malestar. Las primeras semanas habían sido duras, con episodios de vómito, jaquecas severas y problemas para conciliar el sueño. Pero su estado de ánimo no había variado: seguía siendo la misma mujer tranquila e impasible mientras observaba los cambios de su cuerpo con el distanciamiento de un científico que estudia los datos recabados en un reciente trabajo de campo. Hacía unos días había notado los primeros movimientos del bebé y había puesto la mano de Asllan sobre su tripa para que él pudiera notarlos también. Su marido reaccionó como si hubiera sentido una carga eléctrica y apartó la mano al instante. A ella, el embarazo la llenaba de optimismo. En él tenía el efecto contrario.

–*Avanti*! –dijo Asllan con una sonrisa burlona mientras miraba el reloj, pensando que el toque de queda impuesto por los italianos acababa de empezar.

Leman entró indecisa al cuarto y, después de recoger unos cuantos papeles que habían caído al suelo, se quedó mirándolo en silencio. Sabía que él tenía la mente cargada de preocupaciones, como una camioneta llena de muebles que nadie quiere, y prefirió esperar a que se despejara antes de añadir un nuevo lastre.

–Lo que dice ya no tiene ningún sentido –comentó Leman al cabo

de unos segundos–. Repite las mismas palabras que el primer día. Quizá deberíamos empezar a prepararnos.

Asllan la siguió por el pasillo, que parecía incluso más estrecho que de costumbre, arrastrando los pies sobre la alfombra azul turquesa de Dafne, que ahora estaba extendida sobre el parqué, conectando el estudio con el dormitorio como si fuera un puente entre la vida y la muerte. En la penumbra, el anciano al que conocía desde hacía tan solo una semana yacía pálido en medio de su gran cama de matrimonio. Su rostro tenía la piel de un gris verdoso y su cuerpo frágil y diminuto estaba hundido en un mar de sábanas blancas. Su cabeza calva ya parecía una calavera, y la vida hacía tiempo que había abandonado sus ojos oscuros. Tanto era así que, cuando el viejo empezó a murmurar algo, Asllan se sobresaltó como si hubiera oído un fantasma que cobrase vida.

–*10017* –decía en francés–. *10017. Je m'appelle 10017*.

Una semana antes, en día de mercado, un niño de unos doce años a quien Leman solía comprar huevos cerca de casa había ido a verla. Un hombre raro, informó el niño, se había desmayado delante de su puesto mientras preguntaba por una dirección.

–Pensamos que es primo suyo porque lo primero que preguntó fue si conocíamos a Ibrahim Bey, de los pachás de Leskovik –dijo–. Mi padre me ha pedido que se den prisa. No tiene buen aspecto...

–¿Y ha dicho cómo se llama? –preguntó Leman, alarmada, mientras seguía al niño por la calle.

Él se encogió de hombros.

–No habla nada de albanés, solo... No lo sé, no sabría decirle... Francés, griego, alemán, italiano, español, turco, ni idea... Cuando la gente le pregunta cómo se llama, el señor empieza a soltar números al azar: *eins, zero, zero, eins, sieben*. –El niño abrió mucho la boca como si le faltara el aire–. Nos ha enseñado un papel, mi padre cree que el nombre está ahí. –Luego sonrió con descaro, como si acabara de tomarle el pelo a alguien–. No sabemos leer.

Leman vio al hombre misterioso desde lejos, tendido en el suelo, rodeado de transeúntes, más cadáver que persona con vida. La

parte anterior de su cabeza, sin pelo, estaba cubierta de tierra y barro, y los escasos cabellos grises que tenía en la nuca estaban descuidados y largos, lo mismo que el bigote y la barba. Allí tendido, con las manos aferrando una hoja de papel, hacía pensar en un profeta al que acabasen de asesinar a traición. Su deshilachado traje de raya diplomática tal vez le hubiera sentado bien en otros tiempos, pero ahora habría podido contener a tres o cuatro hombres de su talla. Unos anteojos con los lentes rotos colgaban precariamente del bolsillo superior de la chaqueta. Tenía los ojos cerrados, las gotas de sudor le rodaban por el cuello, y estaba con la cabeza vuelta hacia un lado, como si le diera vergüenza estar tendido en el suelo de esa guisa y tuviese la esperanza, como un niño pequeño, de que nadie se fijaría en él si evitaba hacer contacto visual con los desconocidos. Con la respiración entrecortada, seguía murmurando algo, los mismos guarismos: 1, 0, 0, 1, 7.

Durante unos segundos, Leman lo observó con pena. Al cabo, declaró segura de sí misma que debía de tratarse de un error, que nunca lo había visto. Estaba a punto de volverse cuando los campesinos cogieron la hoja que aferraba el hombre en el suelo y se la dieron para que la leyera:

Israelitische Kultusgemeinde Saloniki / Comunidad israelita de Salónica
Personal Ausweis / Documento personal de identidad
Registernummer / Número de registro: 1 0 0 1 7
Familienname / Apellido: Levy
Name / Nombre: Elías
Name des Vaters oder des Gatten / Nombre del padre o del marido: David
Geburtsjahr / Año de nacimiento: 1880
Beruf / Profesión: Médico
Adresse / Dirección [en blanco]
Saloniki / Salónica, 21 de febrero de 1943
Präsident der Israelitischen Kultusgemeinde / Presidente de la Comunidad Israelita: gran rabino Zvi Koretz

–Doctor Elías... –Leman se había quedado lívida–. Doctor Elías... Doctor Elías... –murmuraba conmocionada–. No lo he reconocido...

–Es uno de esos extranjeros que vienen a Albania y luego pierden el seso –le pareció oír brumosamente a uno de los campesinos.

–No, no –señaló otro–. No está loco. Solo tiene hambre... La gente puede perder la cabeza cuando tiene hambre.

–Se habrá pasado varias semanas caminando –comentó un tercero–. Mira qué zapatos. Le sangran los pies.

A Leman se le oscureció la mirada. De pronto tuvo una arcada y pensó que iba a desmayarse.

–Estoy embarazada –suplicó con la voz temblorosa–. ¿Hay algún sitio en el que pueda sentarme?

Un campesino le ofreció un saco de patatas.

Cuando Avni Bey visitó a su hija por la boda a finales de noviembre de 1941, Salónica llevaba más de seis meses bajo ocupación alemana. Aseguró a Leman y a Cocotte que no había visto ninguna muestra de la famosa crueldad de los nazis hacia los civiles. Aquello no era más que propaganda de guerra. Los alemanes, de hecho, se habían mostrado extremadamente respetuosos con las tradiciones.

–A ver, claro que preguntaron dónde estaba el gueto cuando llegaron –añadió riéndose–. Será por la costumbre de sus ciudades. Pero un puñado de boches no bastarán para que dejemos de compartir la comida que llevamos siglos cocinando juntos.

No había «problema judío» en *Salonique la Magnifique*, insistió. El doctor Elías tampoco parecía demasiado preocupado. Conocía personalmente al gran rabino, nacido en Galitzia en tiempos del Imperio austrohúngaro, y doctorado en Berlín, con una tesis sobre «las representaciones del infierno en el Corán y sus prototipos en la literatura judía». En resumidas cuentas, era un hombre extremadamente culto y conocía a musulmanes, judíos, griegos y alemanes del derecho y del revés. Era judío askenazi, todo hay que decirlo, y los sefarditas de Salónica se molestaron un poco cuando desembarcó con sus refinados modales austriacos, como si hubiera llegado de la gran ciudad y todos fueran una panda de campesinos ignorantes. Aun así, el gran rabino Koretz hizo una labor excelente

manteniendo tranquila a la comunidad y animándola a seguir trabajando. Incluso los boches se dieron cuenta de que era el único judío de Salónica con el que podían colaborar: hablaba alemán con ellos y mostraba la misma eficacia. Al principio lo habían arrestado y lo habían mandado a no se sabe qué oficina de la Gestapo en Viena, pero enseguida lo readmitieron en su cargo: no eran idiotas. «Todo será para bien en el mejor de los mundos posibles», había dicho Elías, repitiendo su mantra habitual.

En efecto, durante un tiempo, todo había sido, si no para bien, por lo menos para no muy mal en Salónica, si se comparaba con otros lugares. Naturalmente, se sucedían las fricciones, y despertaba una especial preocupación el saqueo de libros y objetos de la comunidad judía, pero los problemas principales eran de naturaleza económica. Griegos, judíos, albaneses, armenios, los refugiados búlgaros que acababan de llegar a la ciudad se enfrentaban a los mismos problemas. La escasez de bienes hizo que los precios en el mercado negro se dispararan. Además, el bloqueo del Egeo por parte de la armada británica impedía la llegada de suministros a la ciudad. «El otro día vi a un vendedor ambulante cazando a una rata para la cazuela», les había escrito Avni Bey. «Según parece, sabe igual de bien que el conejo.» Aun así, y a pesar de los pesares, la vida continuaba más o menos como siempre. Después de trabajar en la clínica, Elías se citaba con Avni Bey en el Hotel Continental, donde ambos se relajaban tomándose un aperitivo y fumándose una pipa. El doctor seguía visitando el cementerio los domingos para recopilar las inscripciones de las lápidas, «cuidando de los vivos y de los muertos», como continuaba bromeando.

El 8 de julio de 1942, sin embargo, más de un año después de que el ejército alemán hubiera entrado en la ciudad, las cosas empeoraron. Se ordenó a todos los hombres judíos de edades comprendidas entre los dieciocho y los cuarenta y cinco años que se presentaran en la plaza de la Libertad, desde la que se los condujo a una oficina cercana en la que se les entregó una tarjeta de operario para que trabajaran en obras de construcción. Desde hacía un tiempo, los integrantes más destacados de la Administración local griega se quejaban a las fuerzas alemanas de ocupación de que «los

judíos nunca contribuían a la comunidad, que eran unos egoístas, que llevaban una vida paralela, que tan solo rapiñaban de los recursos del Estado». Ahora corría el rumor de que habían llegado instrucciones distintas, no de Berlín, sino de las autoridades locales, para forzar finalmente a los judíos a trabajar.

Cuando hacían cola ese día, varios hombres fueron apaleados o vejados, y se les obligó a hacer ejercicios de calistenia bajo el sol abrasador. Muchos se desmayaron por la espera y el agotamiento, mientras unos actores de teatro de la Kraft durch Freude (Fuerza a través de la Alegría), una organización nazi dedicada al ocio, se reían y hacían fotos. Todo el mundo entendió en ese momento que los meses de concesiones habían concluido.

En las semanas posteriores, el horario del doctor Elías cambió radicalmente. Como era un hombre mayor, quedaba exento de los trabajos forzosos, pero ahora los médicos eran más necesarios que nunca. En las obras, la gente se desplomaba a diario como consecuencia del calor, la malnutrición y las muy precarias condiciones de seguridad, y, como no recibían ayuda de las autoridades, los judíos con formación médica tuvieron que dar un paso al frente. Muchos morían por agotamiento y exceso de trabajo, y, al llegar el invierno, la situación empeoró todavía más. El gran rabino Koretz trató de negociar su libertad ofreciendo sustituirlos por obreros profesionales griegos cuyos sueldos serían sufragados por la comunidad judía. La empresa constructora Levantine exigió tres millones de dracmas, pero, como los fondos recaudados no alcanzaron la suma exigida, se desempolvó una antigua propuesta: ceder los terrenos del cementerio judío para financiar la parte que faltaba. Elías Levy también participó en ello. En efecto, estaba más ocupado que nunca recopilando las inscripciones de las lápidas. Las notas que había reunido durante muchos años eran ahora fundamentales para persuadir a las autoridades de la necesidad de conservar algunos ejemplos de gran valor histórico.

Fue en esa época cuando Leman tuvo noticias suyas por última vez, en una carta que su padre le envió en otoño de 1942, en la que le hablaba de la odisea del cementerio y le pedía que no se lo contara a Cocotte. Había esperanza para los restos de su madre, le

había escrito, ya que había muerto en el gran incendio, y se estaba discutiendo la posibilidad de salvar los restos de quienes hubieran fallecido después de 1912. «No hay necesidad de poner triste a esa pobre chiquilla si luego podrá visitar a su madre en otro sitio», le había escrito Avni Bey, con el mismo tono desapasionado que había empleado para informarle de los achaques de Mediha Hanim, como si simplemente le diera un pronóstico del tiempo.

El cementerio fue arrasado por los nazis en torno a la Navidad de 1942: no se pudieron salvar tumbas nuevas ni viejas. Las autoridades se cansaron de la lentitud de los trabajadores griegos y desplegaron sus propios equipos de demolición. Se vendieron o distribuyeron miles de ladrillos y lápidas entre iglesias, teatros y empresas que trabajaban en la construcción de líneas férreas, carreteras y viviendas. Las familias corrían al cementerio a intentar rescatar los cuerpos de sus seres queridos enterrados hacía poco. Cientos de esqueletos, montones interminables de huesos yacían ahora en las aceras, devorados por los perros callejeros que, en invierno de 1942, pasaban incluso más hambre que los seres humanos, aunque no mostraban el mismo ánimo destructivo que ellos. Al cabo de poco tiempo, ser un perro en Salónica sería preferible a ser judío, me dijo mi abuela muchos años después.

A principios del año siguiente, todos los ciudadanos judíos de Salónica fueron obligados a llevar la estrella de David y se les prohibió el uso del transporte público. Las casas judías fueron requisadas y ocupadas por refugiados sin hogar; los bienes de los judíos fueron confiscados. Al rabino jefe se le acumulaba el trabajo recopilando las listas de personas que debían inscribirse para su traslado al gueto recién inaugurado, alrededor de la calle Sarantaporou, donde Leman había asistido al liceo francés. Los judíos le reprochaban al rabino su antaño alabada eficacia prusiana. ¿Por qué no podía ser menos diligente, retrasar las cosas, crear trabas burocráticas? ¿Cuál era el motivo del entusiasmo con el que desempeñaba su trabajo, azuzando a la gente a gritos para que se diera prisa, reclamando a sus colaboradores que trabajaran incluso de noche, incluso los sábados? ¿Por qué no podía parecerse un poco

a ellos, tomárselo con calma, poner palos en las ruedas de la administración?

Fue Gustav quien informó a Avni Bey de que, si quería a su amigo Elías, debía decirle que abandonase la ciudad cuanto antes, añadiendo en tono enigmático: «La guerra será cada vez más dura». En un intento desesperado de salvar a su amigo, Avni Bey se puso en contacto con una cantante griega apodada Franzi que solía mezclarse con agentes de las SS. El doctor Elías le había curado la sífilis y Avni Bey sabía que ella le debía la vida. Franzi acudió a su amante alemán y, con la ayuda de este, lograron sacar a Elías Levy de la ciudad y trasladarlo a las montañas. Desde allí, unos pastores griegos acompañaron al doctor hasta la frontera albanesa, que cruzó a pie, con su documento de identidad judío, número de registro 10017. Al cabo de unos días partía el primer tren del gueto con destino a Auschwitz.

–Me llamo 10017. Ese es mi nombre. ¿No se lo cree? –dijo Elías, que volvía a hallarse en un estado de confusión febril, cuando vio a Asllan al lado de la cama. Desde que Leman lo había llevado a su casa, Elías alternaba episodios de delirio con momentos de lucidez. Le habían diagnosticado una neumonía y solo le daban unos días de vida–. Me llamo 10017 –insistía con una voz sorprendentemente recia, la voz de alguien que reúne todas sus energías antes de despedirse para siempre del mundo–. No es el número de lápidas. Hay muchísimas más. ¿Quiere verlas? –dijo tosiendo antes de deslizar las manos bajo las sábanas como si buscara algo–. *Tha itheles na ta deis*? –repitió en griego–. Eche un vistazo. Las he tapado porque tiritaban. Hacía frío en lo alto de las montañas, y tiritaban... Por un momento pensé que no iban a sobrevivir.

Asllan miró a Leman, que estaba sentada al lado de la cama, como si le pidiera una pista sobre cómo debía responder. Ella le contestó asintiendo misteriosamente.

–No voy a venderlas, no se preocupe –continuó Elías, respirando con dificultad–. Las he traído porque tenían muchísimo miedo, no querían que las dejasen solas. Han hecho un largo viaje, pero ahora

ya están a salvo. Están muy muy a salvo. Las he abrazado durante todo el trayecto para asegurarme de que no lloraran. –Abrió mucho los ojos oscuros y durante una fracción de segundo la luz pareció volver a ellos–. Mire, ya vuelven a sonreír. Permítame que se lo muestre, monsieur. Esta es el número dieciséis. No es nada vieja, todo lo más cinco o seis años, y no tiene ni idea de dónde está. Y usted... ha de prometerme que será muy cariñoso con estas. –Dio tres golpes sobre la cama con los dedos–. Mire, trescientos, trescientos uno, trescientos dos... Son muy viejas... Tan viejas como la destrucción del Primer Templo. Y... y... ya lo sabe..., hablan tan deprisa porque les preocupa que por su edad todo el mundo piense que son estúpidas o que no tendrán tiempo de terminar porque es mucho lo que tienen que contar... –Hizo un gesto de agotamiento con la mano, luego movió los pies bajo las sábanas como si quisiera darle una patada a algo–. Este de aquí abajo, en concreto, cuatrocientos dos, cree que es el líder, y su esposa se queja constantemente de que me la llevo a un sitio equivocado, mientras su recién nacido, trescientos cuatro, no para de moverse, no para, pero ahora se ha dormido, así que no podemos hacer ningún ruido... Chist... Chist...

Cerró los ojos y al instante volvió a abrirlos. Durante unos segundos, el silencio reinó en la habitación. Luego, con cara de enfado, el doctor Elías volvió a hablar:

–Bien, monsieur, ya lo ve, no van a dejar que duerma tranquilo. Lo sé. A la mínima que hay silencio, les entra el miedo de que las hayan dejado solas y empiezan a pelearse unas con otras, y lo peor, lo peor de lo peor en el peor de todos los mundos peores posibles, es que..., cuando se pelean, empiezan a desintegrarse, se convierten en polvo..., como esto... y plaf, plaf, plaf.

Con un vigor que sorprendió a Leman, Elías sacó ambas manos de debajo de las sábanas y se puso a dar palmadas.

–Por favor, doctor Elías, debe descansar –le susurró ella.

Pero él no le hizo caso hasta que el ruido de sus palmadas, cada vez más vigorosas, le sobresaltó de repente.

–¡Eh! ¿Qué haces? –dijo, volviéndose agresivamente hacia Asllan y levantando la voz–. ¿Por qué me has quitado las lápidas?

¡Devuélvemelas! ¿Dónde las has metido? ¿No ves que no saben quién eres, que no quieren hablar contigo? Devuélvemelas, malnacido. Voy a matarte si haces eso, ¿queda claro? ¡Son mías, mías! *Ich werde dich töten! Du Schwein*! ¡Voy a matarte, cerdo! Devuélvemelas ahora mismo. ¡Te ordeno que me las devuelvas!

–*Kalmo, kalmo* –le dijo Leman con suavidad, en ladino–. Las lápidas están a salvo. Queremos ayudarle a cuidar de ellas. No se preocupe. Él también las ama –dijo, señalando a Asllan–. Él tiene sus propias lápidas, no quiere las suyas. Solo quiere ayudarle a protegerlas.

Le acarició la cabeza con dulzura y el viejo se serenó un poco. Enseguida le comenzaron a manar las lágrimas de los ojos medio muertos. Pasaron unos minutos y, mientras esperaban todos en silencio, su respiración se hizo más trabajosa. Volvió a cerrar los ojos y se puso a hablar despacio, con gran dificultad. Parecía haber recobrado la lucidez nuevamente.

–Esto... –susurró–. No merezco esto. *Merci muncho, merci,* Ibrahim Bey –añadió medio en francés medio en ladino, antes de continuar en turco otomano–. Tu abuela... La pobre Mediha Hanim era una mujer muy sabia. Cuando falleció Ibrahim Pachá, dijo que tu abuelo había querido morir con dignidad... –Volvió a toser. Su voz se apagaba–. Y ella... ella se inventó esa historia, que había muerto de un ataque al corazón, porque el corazón..., pensaba ella..., el corazón es lo más importante. –Cerró los ojos y agarró la mano de Leman–. Y yo... yo... recuerdo haberle dicho que lo único que importa es cómo se vive.

–Recuerdo esa historia –dijo Leman con una sonrisa triste–. Nunca supe qué era verdad y qué era invención de mi abuela. Y también recuerdo cuando me dio por hacerme llamar Ibrahim Bey, y todos esos canarios en la casa, que armaban tanto escándalo cantando cuando usted venía a vernos los domingos. A veces todavía me parece oírlos.

–No es verdad lo que le dije a tu abuela –continuó Elías, absorto en sus pensamientos–. Nunca lo fue. Aunque... yo era muy joven y estúpido. Y tenía demasiada fe en... en... –Volvió a tener un ataque de tos y Leman intentó ponerle derecha la almohada para que se

incorporase, pero él le dijo con un gesto que lo dejara–. *Ne t'inquiète pas, kerida*, no te preocupes, querida. No voy a necesitar almohada en el lugar al que voy. –Su voz no era más que un susurro–. No vine buscando... buscando una casa –dijo. Cada vez estaba peor, tenía rígido el cuerpo, más piedra que carne–. Solo una tumba... Solo quería una tumba... Y ahora estoy aquí... ¿No te parece... no te parece... *magnifique*? Todo ha sido para... ha sido para... –Pero no pudo terminar la frase.

Tercera parte

PRÓLOGO: UNA VISITA RECIENTE A TESALÓNICA

–¿Cuál es el motivo de su visita a Tesalónica?

–Trabajo –respondí secamente.

Un agente de seguridad de mediana edad, penetrantes ojos azules y constitución atlética acaba de sustituir a su compañero en la garita de control del aeropuerto de Macedonia. Tiene el pelo rubio, más bien ralo, y unas facciones delicadas que contrastan vivamente con su poderoso cuello y los músculos de sus hombros. Lleva una placa con su nombre impreso en letras negras: «Socrates A.».

Transmite esas ganas de trabajar tan propias del inicio de la semana que serían dignas de elogio en cualquier contexto burocrático, pero no en un control fronterizo, especialmente si resulta que llevas un pasaporte albanés.

Socrates pregunta a qué me dedico.

–Soy escritora –respondo.

Me mira como si fuera imposible tomarse en serio semejante afirmación, luego se pone a estudiar mi pasaporte, que descansa sobre un fajo de documentos que le han entregado para que los someta a inspección: tarjeta de embarque, billete de vuelta, invitación de la universidad, reserva de hotel. Saca una vieja llave magnética de hotel que parece haberse colado fortuitamente entre el resto de las pruebas y me la devuelve con cortesía.

–También soy profesora universitaria –digo, para que mi caso le quede más claro–. He venido a consultar los archivos para un proyecto de investigación.

–Ajá –dice Socrates, sin mostrar empero la menor intención de sellar mi pasaporte, lo que interpreto como una invitación a ampliar mis explicaciones.

–Además de visitar los archivos, me han invitado a dar una

conferencia en la Universidad Aristóteles.

–¿Qué clase de conferencia?

–Sobre la dignidad.

–¿La dignidad de quién?

Su pregunta me deja un poco perpleja. Aun así, no cabe dudar cuando te encuentras frente a un vigilante de seguridad, por más que se llame Socrates.

–Bueno, de nadie en particular, solo trato distintos conceptos: la dignidad entendida como desempeño de cargo público, la dignidad como derechos, la dignidad como valía moral, ese tipo de cosas.

Vuelve a levantar la vista de los documentos.

–¿La dignidad en el cargo? –repite, como si quisiera asegurarse de que lo ha entendido bien. No me parece conveniente abundar en la cuestión y me limito a responder asintiendo–. ¿Y qué hace con la dignidad? –insiste él.

–Yo..., esto..., bueno..., analizo ideas, reflexiono sobre su uso a lo largo de la historia, verdadero, falso, bueno, malo, ese tipo de cosas. Soy filósofa.

–Dijo usted que era escritora –replica Socrates, mirándome con la típica satisfacción de un vigilante fronterizo que ha detectado una contradicción.

El diálogo puede encaminarse ahora en cualquier dirección. La cola es larga y justo en ese instante un bebé empieza con un gimoteo que pronto se convertirá en una pataleta en toda regla.

–Soy de Creta –añade él, inexplicablemente, con una sonrisa–. Pero... –me mira con una sonrisa pícara–, usted es filósofa, así que ya debe de saberlo. Se dice que todos los cretenses mienten. Si le digo que soy cretense y todos los cretenses mienten, ¿miento o le digo la verdad? –A modo de respuesta, le ofrezco una sonrisa pudorosa–. Filósofos, historiadores, políticos, ¡todos unos embusteros! –declara con firmeza, y, tras echar un vistazo rápido a la foto de mi pasaporte, le estampa el sello con tanta energía que más bien parece clavarle un martillazo–. Solo me gustan los artistas. Debería pasarse por una taberna y escuchar un poco de música en directo. ¡Disfrute de su estancia en Tesalónica, madame!

Al salir del aeropuerto, decido que me daré un paseo por el campus universitario. Pese a las respuestas firmes que he dado al agente de seguridad, no tengo del todo claro el motivo exacto de mi viaje a Tesalónica. Lo llamo dar conferencias porque es terreno conocido, menos inquietante que lo que me propongo en realidad. Desde el mismo día en que leí esos documentos en los archivos de la Dirección de Seguridad albanesa, he descubierto tantos detalles misteriosos, ahora también relacionados con la vida de mi abuela en Grecia, que no paro de saltar de un archivo a otro para intentar encontrar los eslabones perdidos que me permitan relacionarlo todo.

El calor es abrasador esta tarde de verano, tanto que incluso la gigantesca estatua de Aristóteles situada en el mismo centro del campus parece estar sudando. Saco el móvil para consultar el mapa y encuentro un mensaje de una de las personas que me han invitado a la universidad.

«El archivo cierra hoy a las tres de la tarde. No te dará tiempo a llegar después de tu conferencia.» Levanto la cabeza para mirar la estatua de Aristóteles y recuerdo que la raíz de la palabra *archivo* procede del griego *arché*, el primer principio de todo. «Signorina», vuelve a mí la voz del profesor de mi examen sobre la *Metafísica* en la Universidad de Roma. «¿Por qué es tan importante la *arché* para Aristóteles? ¿Y por qué la filosofía moderna, desde Descartes en adelante, identifica la *arché*, el primer principio, con la duda?»

Saco de nuevo el móvil y, exasperada, vuelvo a consultar el mapa. Soy un desastre con los mapas. También estoy convencida de que la duda filosófica no debería hacerse extensiva a las señales de circulación.

Un grupito de estudiantes mata el tiempo frente a un edificio cubierto de andamios. Comen *souvlaki* mientras conversan animadamente. De mala gana, y después de otro intento fallido que me lleva al mismo punto de partida, decido acercarme y pedirle que me oriente a una chica alta de pelo oscuro y rizado.

–Perdona –le digo–. ¿Sabes exactamente dónde está el cementerio? Parece que soy incapaz de encontrarlo...

–El cementerio... Mmm... –Se queda pensando–. Esto es la

universidad. ¿Qué parada de autobús es? –Se vuelve hacia sus compañeros.

–No, no me refiero al nuevo cementerio. Me refiero al viejo, el judío. –Le explico que estoy buscando el terreno del antiguo cementerio judío, que debería estar exactamente donde hoy se encuentra la universidad, y que debería haber un monumento conmemorativo.

–¿El cementerio judío se construyó debajo de la universidad? –repite, confundida.

–Bueno, en realidad es al revés –digo–. La universidad se construyó encima del cementerio.

–¿Qué? –responde ella, y se vuelve para inspeccionar los andamios que tiene detrás, como si esperase que unos fantasmas surgieran del edificio en obras.

–Hace mucho que pasó –le digo, tratando de tranquilizarla–. Es un yacimiento antiguo.

–Aaah –dice con un suspiro de alivio–. Yo soy de Atenas –añade en lo que casi parece una disculpa–, y es mi primer año... Estudio Biología. No estoy al tanto de las cosas culturales. ¿Quiere ver el *idadi*?

–¿El *Ithaki*?

–El *idadi*... La vieja escuela musulmana, donde tienen ahora el anfiteatro de la facultad de Filosofía –dice, pensando que tal vez sea yo una turista. Casa, escuela, cementerio, qué más da, el turista interesado sabrá disfrutar de todo–. Es un edificio antiguo precioso –añade.

Niego con la cabeza sonriendo con cortesía para rechazar la oferta. Debo de parecer decepcionada, porque ella se vuelve enseguida hacia un amigo, un estudiante de aspecto más curtido, con gafas y una camiseta de fútbol del Olympiacos, que está sentado en los escalones de un edificio que hay a unos pasos.

–Dimitrios... Dimitrios –grita ella, añadiendo algo en griego–. Dimitrios es buenísimo en historia –dice.

El joven llamado Dimitrios se levanta y camina hacia mí.

–La acompañaré al cementerio –dice–. No queda lejos. Aunque no

hay mucho que ver, solo unas cuantas piedras. A los neonazis les encanta quedar allí. Esperemos que las lápidas estén bien.

Mi móvil empieza a sonar inesperadamente. Es mi madre, que me pregunta si ya he llegado y cuándo tengo previsto visitar el archivo.

–*Edhe ti shqiptare?* ¿También eres albanesa? –me pregunta de pronto Dimitrios, al oírme hablar la lengua. Ahora nos reímos los dos.

–Ay, los albaneses –le digo–. No somos muchos, pero estamos por todas partes.

Él suelta una risita y me estrecha la mano.

–En realidad no me llamo Dimitrios –dice–. Soy Denis. Mis padres me cambiaron el nombre cuando nos mudamos a Grecia. Para encajar mejor, ser como los demás. Mi padre pensó que le resultaría más fácil encontrar trabajo si nos bautizábamos todos como ortodoxos. Pero en realidad somos musulmanes.

–Un gusto conocerte. Me llamo Lea.

–Ah, ese es un nombre común entre los judíos –comenta–. ¿Por eso te interesa el cementerio?

–No, mi familia también es musulmana –respondo–. Bueno, algunos parientes eran dönmeh. Ya sabes, esos judíos que se convirtieron al islam, y otros son católicos, y otros ortodoxos, un poco lioso, como todo el mundo en Albania. Creo que su religión principal es el capitalismo.

–¡Lo mismo que los míos! –Se ríe–. Aunque ser emigrantes en Grecia durante la crisis del euro ha despertado a algunos de los más devotos. ¿Qué te trae por Tesalónica?

Le explico que mi abuela nació aquí y que he venido a dar una conferencia e investigar un poco en los archivos.

–¡Archivos! –exclama–. Me lo dices o me lo cuentas... Estoy haciendo un doctorado en Historia. Es como ir de cita a ciegas todas las semanas y no encontrar nunca a la pareja ideal. Pero es emocionante.

Continuamos charlando un rato y justo cuando dejamos atrás la facultad de Medicina me señala una parcela ligeramente elevada que hay unos metros más allá. Se puede acceder a ella por un camino de losas, apenas visible tras una fila de coches aparcados en la calle.

–Ahí está el cementerio –dice–. Tienes suerte porque lo vas a ver en toda su gloria. Hoy no encontrarás pintadas con esvásticas.

El terreno donde se halla el memorial ocupa un área cuadrada de apenas cinco metros de lado, cubierta de césped agostado y rodeada de olivos. Miro los troncos y me pregunto si esos árboles ya estaban ahí antes de que arrasaran el cementerio. También caigo en que, si sobrevivieron, no siendo humanos, fue precisamente porque nunca lo fueron.

–¿No es interesante que Albania fuera el único país europeo con un mayor número de judíos después de la Segunda Guerra Mundial que antes? –dice Denis, interrumpiendo mis pensamientos–. Muchos hallaron refugio allí. No es algo que se sepa mucho por aquí, y tampoco en el resto de Europa.

–Leí en algún sitio que se debió en parte a que éramos mayoritariamente analfabetos y no pudimos acceder a la literatura antisemita –respondo, ofreciéndole mi interpretación desencantada del asunto.

–Pero eso no es verdad. –Denis no parece haber encajado bien mis comentarios–. Como si hacer el bien dependiera de saber leer. Creo que en realidad el motivo principal es la antigua tradición del *besa*, el juramento de hospitalidad. Supongo que conoces la historia: cuando los nazis entraron finalmente en Albania, reclamaron a las autoridades que confeccionaran listas para la deportación, y estas se negaron. Les dijeron que eso iba en contra de nuestras costumbres ancestrales. La casa del albanés pertenece al invitado y a Dios, ya sabes de qué hablo.

–Habría sido una regla preciosa si se hubiera aplicado en todas partes, ¿no? Leí que la hospitalidad tribal suplía la ausencia de una policía funcional. Supongo que eso tuvo sus ventajas durante el Holocausto.

–Pues sí –dice él–. El imperio de la ley funciona de maravilla en teoría. En la práctica, depende de tener unas leyes que puedan mejorar en algo las cosas.

En el suelo descansan tres o cuatro lápidas con la estrella de David, y en el centro de la parcela se alza una gran menorá, con uno de los lados inclinado hacia la derecha, rozando la tierra, casi como

si la excavara. Junto a la menorá, hay cinco grandes cartelas memoriales, cada una escrita en una lengua distinta, incluida la inglesa. Ambos leemos en silencio:

> Huellas en un lugar santo. Estás caminando en lo que quedó de la más grande necrópolis del Oriente. Estás caminando por donde durante muchos siglos eran enterrados los judíos de Tesalónica. Espíritus fuertes y almas gentiles de la comunidad, la más viva del Mediterráneo, encontraron aquí su último reposo. Sus tumbas se allegaban a las colinas de alrededor hasta que en 1943 las fuerzas del mal destruyeron la sustancia humana, mas las personas no les bastaban, querían destruir también las memorias. Y mientras enviaban a los vivos a su muerte, destruían las tumbas y dispersaban los huesos de los muertos. Todos los que estaban enterrados aquí murieron por segunda vez.

¿Puede la muerte ser una experiencia que se repita? Quizá sea ese el reto al que me enfrento con mi abuela, salvarla de una segunda muerte. Desde mi visita a la Dirección de Archivos he estado obsesionada con su vida, basculando entre la curiosidad, la frustración y el resentimiento. Su pasado se alza ante mí como un insobornable guarda fronterizo. «¿Cuál es el motivo de su visita?», parece preguntar.

La dignidad, no ceso de repetirme para mis adentros. Eso que separa a los humanos de los árboles y de las piedras. Eso que hace humanos a los seres humanos incluso cuando, como mi abuela, ya no están con nosotros. La dignidad. ¿Por qué no pensé nunca en el pasado en estos términos cuando mi abuela todavía estaba viva y aún podía acceder a él a través de ella? Incluso cuando me obsequiaba con historias de su juventud en Grecia y luego en Albania, era como escuchar un cuento de hadas, una serie de vicisitudes trágicas que culminaban con el final feliz de mi llegada al mundo. Me sabía de memoria el elenco de personajes: Ibrahim Pachá, Mediha Hanim, Selma, Asllan, Xhafer, el doctor Elías. Recuerdo que solía poner siempre el mismo broche a sus cuentos, con la frase: «Hubo mucho sufrimiento, mucho sufrimiento», entonada con la misma voz con la que habría podido decir «La calle estaba muy mojada» después de salir un momento a hacer unos

recados un día de finales de otoño. Jamás se me ocurrió que esas historias no eran *suyas*, sino mías; no su experiencia auténtica, sino una narración pedagógica reestructurada por mi bien, por el bien del público. ¿Cómo fue su vida para ella? En esa época, sus relatos me parecían una recopilación de hechos a los que no podía atribuir emociones. Ahora que ya no está con nosotros, que ya no puede contestar a mis preguntas, son una recopilación de emociones a las que no puedo atribuir unos hechos.

–¿No es curioso? –dice Denis–. Las palabras para *ataúd* y *archivo* en albanés son casi iguales. *Arkivol* y *arkiv*, el primero para enterrar el cuerpo, el segundo para enterrar el alma.

–A mí, *arkivol* me suena a una especie de sedante –respondo–. Cuando el *arkiv* es inaccesible, tómate un *arkivol* para tranquilizarte.

Denis se ríe y da una patada a una piedrecita en el suelo. Entonces parece pensárselo mejor, va a recogerla donde ha aterrizado y la devuelve a su sitio.

–Por cierto, ¿cuándo nació tu abuela?

–En 1918.

–¿Eran ricos?

–Durante una época.

–Entonces es posible que encuentres algo en los archivos. Pero no pierdas el tiempo preguntando por ella en concreto. Si conoces el nombre de su padre, de su abuelo, de cualquier tío, pregunta por ellos. Básicamente, tienen que ser hombres. Yo renuncié a investigar sobre mujeres. Las mujeres y los archivos... Que te sea leve. Más te valdría escribir una novela.

INTERMEZZO: UNA MUJER DE SALÓNICA

–¿Motivo de visita al archivo?

La pregunta, en tono pomposo, en esta ocasión me la plantea una empleada del Archivo Histórico de Macedonia, una villa de dos plantas construida en estilo neoclásico en el periodo de entreguerras que en su día fue la sede del hospital ruso. Con unas gafas de ostentosa montura dorada, y un reloj de oro sujeto a una fina correa que parece una pulsera, la mujer lleva el pelo rubio peinado con secador y luce un top rojo sin mangas aderezado excéntricamente con un cuello de pieles blanco. La acaba de convocar una colega más joven, y al parecer subalterna, porque «habla mejor en inglés», y se sienta con gesto autoritario en una silla ergonómica de oficina, dándome la espalda, mientras espera a que la pantalla de ordenador que tiene ante sí vuelva a la vida.

–Me gustaría encontrar información sobre mi abuela –digo–. Era albanesa, aunque nacida en Grecia.

La señora Pieles Blancas se gira hacia mí y vuelve un poco la cabeza con el ceño misteriosamente fruncido. Aprieta con fuerza los labios, como si fueran las puertas de acceso a un pensamiento prohibido.

–Encontré algunos datos sobre ella en los archivos de Tirana –me apresuro a añadir–, pero también había algunas cosas raras en los documentos, así que he venido a Tesalónica a comprobar si son verdad.

–¿Qué cosas raras?

Agarrando nerviosa la tableta donde tengo guardados los escaneados de la documentación de mi abuela, le pido que me dé un momento. He revisado tantas veces estos documentos que sé exactamente adónde tengo que ir para encontrar la breve

«biografía» de Leman Ypi. En la página 12 del Expediente de Investigación 931 se lee:

> Leman Ypi nació en Grecia, en la ciudad de Salónica, en el año 1925. Es soltera y tiene nacionalidad griega. Su padre era muy rico y falleció. Solo le queda su madre, que es propietaria de una pequeña finca cerca de Salónica. Antes de trasladarse a Albania, Leman estuvo prometida a un abogado (que al parecer era extremadamente rico). El abogado fue asesinado por los partisanos griegos en 1945. Leman llegó a Albania en 1942, junto con su madre, con el pretexto de visitar a unos parientes. En 1943, trató de regresar a Grecia y con la ayuda de [tachado] y [tachado] acudió al teniente Jacomoni para solicitarle autorización para abandonar el país. El teniente les informó de que debían esperar un mes más antes de recibir un permiso oficial de Atenas. Después de consultarlo con su madre, decidieron no emprender el viaje porque la situación se había complicado en Grecia, las fuerzas partisanas se habían multiplicado y se habían extendido por todo el país, de modo que viajar ya no era seguro. Leman convino con su prometido, el abogado, que celebrarían su matrimonio en Albania y esperaba que se reuniera con ella. En 1944, recibió un telegrama con la noticia de que lo habían asesinado. Hoy vive en el n.º 42 de la calle Bardhyl.

–La información que dan los expedientes que obtuve en Albania es muy desconcertante –le explico–. Por ejemplo, en una página se dice que su año de nacimiento fue 1925 y en otra, 1926. Pero, que yo sepa, nació en 1918, un año después del incendio...

–Hubo muchísimos incendios en Tesalónica en esa época, madame –me interrumpe la señora Pieles Blancas.

–La información restante también es muy extraña. Hay incoherencias en las fechas en el mismo documento, este que tengo en la tableta, donde también se afirma que su marido, mi abuelo, fue asesinado por los partisanos griegos. Fue su suegro, el padre de él, el que murió por una bomba.

Levanta la vista de la pantalla.

–Pero alguien de la familia sí murió, ¿no?

–Bueno... Sí... Pero no su marido. –Ella se encoge de hombros como dando a entender que soy demasiado quisquillosa–. Y, además –añado, adivinando su impaciencia y tratando de ser concisa–, en este mismo documento se afirma que planeaba regresar a Grecia

con su madre, pero que se quedó atrapada en Albania por culpa de la guerra. Otra incoherencia. Que yo sepa, solo su madre quedó atrapada. Mi abuela acababa de casarse en Albania con el..., el abogado del que se dice que era su prometido..., y él era albanés, no griego...

–¿Y qué quiere que hagamos nosotros? –me pregunta secamente–. No podemos decirle quién viajó y quién no. En esa época todo era menos complicado. La gente iba y venía. Como los pájaros.

Hay un breve silencio.

–¿Quizá podría confirmarme su año de nacimiento? ¿O ver si puede encontrar algo más? Su nombre y apellido no son muy comunes. No creo que haya nadie más con orígenes albaneses que viviera en Salónica en esa misma época y se llamara igual. Con un poco de suerte, no le llevará demasiado tiempo...

Ella asiente con la cabeza y me pongo a dictarle los detalles, empezando por el nombre de soltera de mi abuela, Leman Leskoviku. Mientras hablo, teclea en el ordenador, aunque acompaña los movimientos de las manos con gestos nada halagüeños con la cabeza.

–Aquí no viene nada.

–¿Quizá pueda probar con su apellido de casada: Leman Ypi?

–¿Cómo se deletrea «Ypi»?

–Y, P, I.

La señora Pieles Blancas levanta la vista de la pantalla, visiblemente enfadada ahora.

–Madame, por favor. Estamos en un archivo *griego*. La letra Y no existe en griego. Puedo ofrecerle una O, una OU o una U. ¿Cuál prefiere?

–Ah, entiendo. ¿Podría..., podría... quizá probar con las tres? –Levanta la mano y su reloj de pulsera tintinea con un sonido metálico–. ¿Por favor...? –Se vuelve hacia el ordenador y teclea de nuevo, con pulsaciones cada vez más decididas. Mi móvil empieza a sonar de pronto–. Mami –susurro en albanés–. No, todavía no han encontrado nada. Ya sé que forman parte de la UE. No, no ha encontrado nada. ¿Darle diez euros? ¿Qué insinúas? No, no es

porque quiera más. No tengo ni idea de cuánto quiere. No es una camarera que atienda en un bar. No, tampoco es albanesa. Bueno, vale, quizá sí deberías haber venido conmigo... Tengo que colgar...

–No encuentro nada –declara la señora Pieles Blancas en tono perentorio.

–Pero le digo de verdad que nació en Salónica –insisto–. A solo unas manzanas de aquí, en la calle Sarantaporou, en una villa con cien canarios. Siempre me hablaba de esos canarios, incluso me sabía una canción en griego sobre esa historia...

–Aaah, Sarantaporou –dice ella–, donde estaba el gueto. ¿Era judía? Entonces debería buscar en los archivos de la comunidad judía. Su documentación es mucho más completa, ¿sabe? Por el Holocausto...

–Mi abuela era musulmana. Élite otomana. Su abuelo era pachá. ¿Quizá podríamos buscar por el nombre de mi abuelo y ver si aparece algo?

La mujer niega con la cabeza con gesto concluyente.

–No habrá nada anterior a la liberación –responde convencida.

Tardo un segundo en entender qué liberación tiene en mente. Mi abuela siempre se refirió a 1912, el año en que Albania declaró la independencia y Salónica pasó a formar parte oficialmente del Estado griego, como el año de la «invasión».

–¿Ha probado en el catastro otomano? –pregunta ella.

Me siento al borde de las lágrimas, lágrimas de rabia. Ya he visitado el catastro, la oficina de registro municipal, el centro de documentación del barrio de Kalamaria, la escuela francesa donde están depositados los archivos del liceo. Es como si mi abuela no hubiera existido, salvo en mis recuerdos.

–Es muy difícil encontrar a las mujeres –dice la señora Pieles Blancas levantándose de la silla para darme a entender que mi tiempo ha concluido–. Incluso si son griegas. Me asombra que haya podido encontrar tanta información.

–Esa información procede de la gente que la espiaba en Albania durante el comunismo.

–Nosotros tuvimos fascismo, madame –replica, indicándome ya la puerta.

INTERMEZZO: INFORMES DE VIGILANCIA

La vigilancia se inició a las 4:30 del 19-2-1952 en el n.º 42 de la calle Bardhyl. El objeto [sic] abandonó su domicilio a la hora indicada y caminó por la calle Bardhyl, Qemal Stafa, la calle Barricadas, la calle 28 de Noviembre, Hamdi Mezezi y Hamdi Toptani. A las 15:05, entró en el Ministerio de Educación. A las 19:05 salió del ministerio y caminó por el bulevar de la Nueva Albania y, en esa vía, se encontró con el profesor P- K-, con domicilio en la calle Myslum Peza. Caminó con él por las calles Bajram Curri, Cuatro Héroes y Thanas Zyko, donde permanecieron parados quince minutos, aunque ya había anochecido y no se podía ver bien. Sospechamos, sin embargo, que intercambiaron correspondencia. Al cabo de esos quince minutos, se separaron dándose las buenas noches. El objeto caminó por las calles R. Cerova y Bardhyl, y a las 20:30 volvió a entrar en su domicilio.

[...]

El 22-2-1952, de las 6 a las 14 horas, el objeto no abandonó su domicilio en ningún momento.

(La Gorra Roja, el Marjal de Shëngjin, el Pelivan.)

[...]

El 23-2-1952, el objeto abandonó su domicilio a

las 7:25 y caminó por las calles habituales para ir al trabajo sin encontrarse con nadie. A las 13 horas salió del ministerio y caminó por las calles Hamdi Toptani, Labinoti y George Martin, la plaza Avni Rustemi, la calle Hoxha Tasim, y en el centro de la calzada se encontró con M- M-, con quien habló un momento, después de lo cual se separaron y el objeto transitó por las calles Hoxhe Vokri, Qemal Stafa y Bardhyl antes de regresar a su domicilio.

[...]

El 24-2-1952, de las 6 a las 14 horas, el objeto no abandonó su domicilio en ningún momento.

(El Tenazas, el Pelivan, el Marjal de Shëngjin.)

[...]

A las 15:05, el objeto salió de su domicilio en la calle Bardhyl y se encontró con un hombre mayor, empleado del Comité de Educación Física, que llevaba un jacinto y algo de verdura y comida. Después de conversar dos minutos, se despidieron y el objeto continuó caminando por la calle Bardhyl, y luego por las calles Q. Stafa, Riza Cerova, Rapo Hekali y Thanas Ziko. Después regresó a la calle Qemal Stafa, dobló por la calle Shenasi Dishnica y entró en el domicilio del n.º 80 de esa calle, donde residen L- J- y Sh-. El objeto permaneció allí dos horas y cinco minutos y, al salir, transitó por las calles Shinasi Dishnica, Q. Stafa, Barricadas y 28 de noviembre, donde se encontró con una amiga y, juntas, caminaron por el bulevar. [...] Aquí se encontró con otra amiga [...]. Aquí, el objeto, junto con sus dos amigas, entró en la

casa n.º 3 y no salió hasta las 22:00. Dentro de la mencionada casa es donde la dejamos.

(El Revólver, el Engranaje, la Tormenta.)

Uno de los descubrimientos más apasionantes que hice mientras intentaba descifrar la vida de mi abuela basándome en todos esos documentos fueron los nombres de los colaboradores: el Gorro Rojo, el Tenazas, el Engranaje, el Revólver, la Rama de Sauce, la Tormenta, el Viento de Marzo, el Marjal de Shëngjin. Una combinación de la naturaleza y lo técnico. Me gusta especialmente el Pelivan, un término que en albanés se emplea para describir a una persona que es valiente y ágil, pero al mismo tiempo está dotada de inteligencia práctica y aptitudes para adaptarse. Procede del turco otomano: los *pehlivan* practican la lucha libre en aceite, la competición deportiva más antigua del mundo, en la que los adversarios se untan el cuerpo con aceite y luchan entre sí en un desafío físico. Este deporte ha entusiasmado al público desde el siglo XIV, pero empezó a perder popularidad cuando las élites eurófilas del Imperio otomano decidieron interesarse por pasatiempos más decorosos y menos resbaladizos como el tenis y el golf. Mientras indago en un sinfín de páginas de información irrelevante meticulosamente recopilada, pienso en los hechos de la vida de mi abuela que consiguieron deslizarse entre las manos de los colaboradores, como extremidades bañadas en aceite. Un *pehlivan* es lo que un robot jamás podrá ser.

Es fácil distraerse. Los documentos a veces son tediosos. Largas listas de nombres de calles, seguidos por la hora en la que el «objeto» fue localizado, como si se tratara de una especie de Google Maps prehistórico. Cuando me pongo a leerlos, a veces me siento culpable porque creo perder el interés por la vida de mi abuela. Entonces me pregunto cuál de mis descendientes, si es que llega a hacerlo alguno, podría el día de mañana indagar en una gran base de datos online sobre mí. Ni en sueños habrían podido las autoridades comunistas imaginar semejante desarrollo de las fuerzas de producción.

En los archivos, mi abuela es descrita como «el objeto». Hay algo paradójico en un objeto que también se percibe como una «amenaza». Un objeto nunca es autónomo; siempre requiere un sujeto que pueda dirigirlo según un propósito determinado. Leman puede dirigirse a sí misma, y *ellos* (los espías, el partido, el politburó) temen la dirección que podría estar a punto de tomar. La controlan, pero en cierto sentido es ella quien los controla a ellos: ellos existen porque ella existe; se definen por oposición a ella. Es una suerte de dialéctica del amo y el esclavo aplicada al reconocimiento mutuo. Dos agentes independientes y conscientes entablan una lucha a vida o muerte, se llevan a sus respectivos límites y descubren que la verdad de cada uno de ellos reside en el otro.

Quizá la humanidad de Leman importaba más al sistema que controlaba sus preferencias de lo que yo le importo al que controla las mías. A ella la vigilan sus iguales. La observan, toman nota de sus movimientos, registran sistemáticamente su paradero. Deben preocuparse de lo que ella piensa, *en particular*, como jamás ninguna empresa lo hará conmigo, *en particular*. Soy una consumidora genérica, un engranaje en una máquina recopiladora de datos, un medio para el afán de lucro. Ella, en cambio, sigue siendo reconocida en tanto que ser humano por otros seres humanos. Pese a la marcada asimetría de poder, pese a las manipulaciones y el control, ella sigue siendo un fin en sí misma, un sujeto cuya dignidad jamás podrá ser destruida por completo.

Un informe sobre ella consignado por el Tribuno el 12 de agosto de 1958 señala:

> Conozco a Leman Ypi desde 1950, cuando entró a trabajar en el Ministerio de Educación. Antes de su incorporación como mecanógrafa, había dos hombres que trabajaban en la oficina, y, cuando ella llegó, lo primero que le dije fue: «Oh, es muy agradable tener a una mujer trabajando a mi lado». Y fue así como nos hicimos amigos.

El Tribuno me suena a nombre de buscador alternativo en

internet. Sin embargo, *este* Tribuno conoce el orgullo y la vergüenza, la valentía y el miedo, tiene pensamientos, sentimientos y una vida propia, una vida que no está meramente construida para prestar servicio a los objetivos de un tercero (aunque sea muy capaz de hacer eso también). El Tribuno conserva la capacidad de dudar, e incluso la de dudar de sí mismo. A veces parece una persona compasiva:

> Leman a menudo está triste, y, cuando le pregunto qué le pasa, me dice: «Oh, tú tienes a otras personas aquí que te levantan los ánimos, yo no tengo a nadie, solo la pesada carga de tener que llevar una casa sin nadie que me eche una mano».

En otras ocasiones, el texto se lee como una relación peligrosa, que se mantiene a un coste personal significativo:

> Entonces abandonó el ministerio y tanto su salida como el consejo que recibí de tener cuidado con sus orígenes reaccionarios en la aristocracia otomana me obligaron a enfriar mi amistad con ella.

Me pregunto hasta qué punto mi abuela le correspondió, si alguna vez sintió afecto por su compañero de oficina. En ocasiones, sus conversaciones se volvían agrias, como detalla el Tribuno:

> Durante uno de nuestros encuentros fortuitos, le pidieron su permiso de residencia para que pudiera acceder a la nacionalidad albanesa, pero ella se negó en redondo. Estaba desesperada, bajo ningún concepto iba a hacerlo, y no paraba de repetir: «No tengo suerte. Voy a protestar», sin explicar por qué iba a protestar exactamente. «Te equivocas», le dije. «Eres albanesa, ese es tu origen.» Entonces, como es propio de su carácter, irascible y cascarrabias, se enfadó conmigo.

En otros momentos se percibe cierta empatía en sus informes:

> Hablando del pasado, dice que su familia fue muy rica, pero sé que es una

> mujer jactanciosa y llena de orgullo. A veces, en cambio, se queja de que mecanografiar le cansa mucho, de que debe trabajar fuera del horario laboral para poder ganarse la vida, y de que ya ha vendido todos sus bienes. Una vez le manifesté mi sorpresa a este respecto y le pregunté por qué había tenido que venderlo todo, pero ella me dio por toda respuesta que necesitaba alimentarse bien. Creo que puede estar enferma, porque otro amigo la ha visto muchas veces en el departamento de gastroenterología del hospital.

¿Otro amigo? ¿Era el Tribuno amigo de Leman?

Si se lee atentamente la documentación, es evidente que Leman no confiaba en ellos. Me pregunto si llegó a sospechar que su compañero de oficina era un colaborador. Así es como he interpretado por lo menos las múltiples inexactitudes e incoherencias que aparecen en los papeles, el hecho de que pareciera retener información decisiva o incluso desinformara a propósito a su colega. No hay mención en las conversaciones que mantuvieron ni de su hijo pequeño ni de su marido; solo referencias borrosas a su familia en Grecia, su madre dependiente en Albania y un abogado con el que estuvo prometida. Quizá no quería llamar la atención sobre el hecho de que *seguía* estando casada con ese abogado, dado lo que le había ocurrido a mi abuelo al poco de terminar la guerra. A diferencia de muchas de sus compañeras de generación, que terminaron divorciándose de sus parejas por motivos políticos y recibieron a cambio la promesa de una vida sin problemas, ella nunca cortó lazos con Asllan. Aun así, tiene sentido que recelara de llamar la atención sobre su familia, que no quisiera explicar *por qué* exactamente estaba ahora sola con su madre ni tampoco entrar en detalles sobre el paradero de su marido.

El Tribuno parece sinceramente convencido de tener un conocimiento profundo de la vida de mi abuela:

> A lo largo de nuestra amistad, solíamos hablar de asuntos personales y me pareció que su única preocupación era encontrar marido, porque estaba sola con su madre anciana.

Sonrío al leer este pasaje, pensando que Leman seguramente debía de referirse a Cocotte o bien decidió encarnar el personaje de su prima y el Tribuno lo malinterpretó todo. Algunas de las líneas parecen referirse a su prima, y me pregunto si Cocotte también debió de estar bajo vigilancia:

> Durante una de nuestras conversaciones recientes, me dijo llorando que había querido casarse con un italiano. [...] Posteriormente, le pregunté qué había ocurrido con ese matrimonio y ella sencillamente suspiró y me dijo: «El destino». Fui incapaz de averiguar qué había hecho con todo el tema de la nacionalidad.

Si el Tribuno hubiera sido un *bot*, habría mostrado mayor claridad en el procesamiento de la información. Me pierdo en los archivos de mi abuela como en un laberinto de sofismas. No hay rastro de la foto que se hizo viral en Facebook, aunque Çim insiste en que la tienen seguro «en la Oficina» y que no debo perder la esperanza. Aun así, ahora mismo la foto es tan solo uno de los múltiples misterios a los que me veo enfrentada. Los informes de vigilancia presentan una reconstrucción precisa de cada minuto de los movimientos diarios de Leman, pero, a medida que voy leyendo, la imagen general se vuelve cada vez más confusa. Hay demasiadas lagunas, demasiadas preguntas sin respuesta. Si no reconociera ciertos aspectos de su carácter en las descripciones, incluso podría llegar a dudar de si todo eso me habla de una vida que yo haya llegado a conocer en lo más mínimo.

Cuando se lo comento a historiadores, ellos se sonríen. Es el secreto mejor guardado de los archivos, me dicen: lo que importa de verdad es lo que no encuentras, y no lo que sí. El silencio del archivo es tan ruidoso como cualquier voz que haya logrado capturar. A ello se debe que las escasas ocasiones en las que descubres «la verdad» sean tan emocionantes: el contraste entre la repentina revelación de huellas del pasado y la expectativa más sobria de una ausencia irreversible. Sin embargo, no es fácil sentir como propio ese instinto en un mundo caracterizado por la disponibilidad instantánea, en el

que cada vez nos cuesta más asumir que hay cosas que se pierden sin remedio.

No hace mucho leí algo sobre una herramienta de realidad virtual llamada «modo vive para siempre», que permite a sus usuarios crear versiones digitales de sí mismos con las que los familiares que les sobrevivan podrán interactuar cuando hayan muerto. Quizá preferiría ese avatar digital a la ambigüedad de estos archivos. Quizá habría entrenado a esa máquina (¿o habría entrenado a mi abuela?) para que respondiera a preguntas sobre el sentido de su existencia, sobre su valía moral, sobre lo que queda de nosotros cuando nos convertimos en carne en descomposición.

Los archivos de los servicios secretos presentan sus propias dificultades. Cuando le pido a Eva, la solícita empleada de la Dirección de Archivos en Tirana, que me ayude a orientarme en la información contradictoria que contienen los documentos, su respuesta es: «Lo que ves es lo que hay». Cualquier archivista entenderá que los documentos a menudo contienen errores, ya sean debidos a fallos en el registro o a informantes demasiado entusiastas que proporcionan detalles no verificados, o incluso porque en muchos casos los colaboradores son conscientes de que sus palabras podrían tener consecuencias dramáticas y procuran no complicarles la vida a sus «objetos».

Hay ejemplos de todo ello en los documentos a los que echo un vistazo en la pantalla. A veces la información es muy comprometedora. En un resumen de la vigilancia remitido por el Tribuno se explica que

> cuando nuestros colaboradores preguntan a Leman por qué no se acoge a la nacionalidad albanesa, ella responde que este país no es Albania: «Igual deberías preguntarte tú por qué no adoptas la nacionalidad rusa, ya que aquí nadie quiere a la patria y solo se trabaja para Stalin».

En el mismo documento, más abajo, mi abuela confiesa sus preocupaciones:

Dijo a nuestro agente que un hombre que acababa de visitarla en la oficina era con toda probabilidad un colaborador, ya que todas las personas de origen extranjero estaban siendo vigiladas y ese hombre había ido a verla a ella en concreto con toda probabilidad, y se había preocupado mucho.

En otras ocasiones, la información remitida disipa en parte las sospechas sobre ella. Un agente de campo, Dhimitër L., informa:

Hablando con un amigo personal sobre Leman Ypi, me explicó que, en su opinión, es una mujer muy trabajadora.

Escribe con compasión e incluso simpatía:

Intenta aumentar sus ingresos en la medida de sus posibilidades, por lo que acepta otros materiales para mecanografiarlos y trabaja fuera de su horario laboral.

Bajando por el documento, aparece un comentario más explícito:

No he percibido conductas sospechosas ni ninguna relación con individuos sospechosos.

Dhimitër L., ojalá pudiera darte un abrazo. Tal vez yo no existiera si tú hubieras decidido dar otra información.

Mi petición de aclaraciones llega a la Dirección de Archivos en un momento especialmente inoportuno, durante un escándalo que implica al presidente del país en relación con su pasado como afiliado a las Juventudes Comunistas. Se suceden acalorados debates entre los empleados del archivo: algunos reclaman la verdad a cualquier precio, otros dicen que es imprescindible exigir la dimisión del presidente porque la mera sospecha de tal actividad ya deja una mancha en la biografía de cualquiera. Eva se deleita señalando que, en la larga transición hacia la democracia, que se

extiende sin límites como el elástico de unos pantalones viejos, los políticos con cargos públicos han tenido oportunidades de sobra para destruir cualquier prueba que pudiera comprometerlos. Ya es demasiado tarde, concluye. Mostrar interés por esa disputa es tanto como confesar la propia ingenuidad. Más vale concentrarse en «la lucha contra la corrupción». Por cierto, eso es lo mismo que piensa el presidente.

Es muy posible que se hayan perdido ciertos documentos del expediente de mi abuela, que no fueran de fiar ya de entrada o que los destruyeran en algún momento del proceso. No paro de pensar en Aristóteles: el ser se compone de propiedades esenciales y accidentales. Y aquí estoy yo, enfrentada tan solo a lo accidental; la esencia es escurridiza, como el cuerpo de un *pehlivan*. La esencia nunca se me ofrece. Al contrario, queda sellada en todos estos viajes a ninguna parte, en los documentos a los que ya no puedo acceder, en las voces que se han perdido, en los recuerdos que no podrán recuperarse. ¿Con quién estoy hablando exactamente? ¿Son fiables sus testimonios?

Aristóteles tenía razón, pienso. Tenía razón sobre la esencia, ese «lo que era ser» que ahora es efímero, pura ausencia, como el mal en un mundo que habría debido inclinarse hacia el bien. Entonces caigo en que solo treinta y uno de los aproximadamente doscientos textos que escribió Aristóteles sobrevivieron a la quema de la Biblioteca de Alejandría, y que lo que Aristóteles *pensaba* sobre la esencia bien podía hallarse en los ciento sesenta y nueve restantes. De hecho, ¿cómo podemos estar seguros de que fuesen doscientos en total? ¿Y si se descubren otros algún día? La esencia ya no se hallaría en el pasado, sino en el futuro: «Lo que ha de llegar a ser».

Debería volver al presente. A esta prístina pila de carpetas digitales, escaneados amarillentos y párrafos impresos aderezados con anotaciones a lápiz del coronel D. B., que, a estas alturas, me conozco del derecho y del revés. Los originales deben de oler fatal. Pero ¿quién puede saberlo en realidad?

1. OTRA INTERVENCIÓN HUMANITARIA

La única sangre que Leman recordaba haber visto durante la ocupación nazi de Albania era la suya propia. Se puso de parto una tarde de sábado, a finales de agosto de 1943, apenas un par de horas después de que Robinson pasara por su casa para invitar a Asllan a jugar al tenis en el club Nallbani. Asllan le había dicho al inglés que no podía dejar sola a Leman porque ya había salido de cuentas y le propuso, a cambio, jugar una partida de ajedrez.

Los dos hombres estaban manteniendo una de esas típicas conversaciones entre ajedrecistas que tienen lugar entre partida y partida, ráfagas de preguntas y respuestas rápidas separadas por largos silencios que se retoman sin aparente solución de continuidad al final de cada ronda.

Hacía tiempo que Asllan no veía a Robinson. El inglés había tenido trabajo ayudando a coordinar un encuentro entre comunistas, monárquicos y nacionalistas que acababa de celebrarse en Mukje, una aldea cerca de Tirana. Estaba de muy buen humor, cosa que no era habitual en él. Los albaneses, informó, habían decidido «no comportarse como albaneses por una vez». Habían logrado superar sus divisiones e instaurar un comité conjunto para la liberación, resolviendo combatir juntos hasta el final de la guerra y resolver sus diferencias políticas en unas futuras elecciones en la posguerra. Asllan también estaba alegre: había leído las noticias sobre la operación aliada en Sicilia y sobre la destitución de Mussolini por el mariscal Badoglio, y confiaba en que las tornas estuvieran cambiando.

Arrellanada en la butaca de cuero oscuro, Leman tejía un gorrito de lana blanco para el bebé, absorbiendo sin darse cuenta algunos retales de la conversación. Medio oyó que Asllan preguntaba por

algunos tecnicismos legales acerca del pacto de Mukje y también por las fronteras albanesas que los británicos reconocerían en caso de que los Aliados ganaran la guerra. También oyó decir a Robinson que los ingleses se habían comprometido a brindar a la resistencia albanesa un apoyo financiero y económico constante hasta que los fascistas fuesen derrotados.

Entonces, con esa facilidad característica de la mente para saltar de una cosa a otra, se puso a pensar en las dificultades que tenía ante sí y en lo sola que se sentía. Su madre, que se había instalado a vivir con ellos, había empezado a tener una tos muy fea y dolores de pecho, y ahora guardaba cama. Cocotte había anunciado que dejaría pasar unos meses antes de volver a visitarlos porque el llanto de los recién nacidos le daba pánico; al parecer, le recordaba a los gritos de la gente durante el incendio de Salónica. En cuanto a Asllan, su solidaridad había adoptado la forma de una traducción aún incompleta de la *Declaración de los derechos de la mujer y de la ciudadana*, de Olympe Gouges, aunque a duras penas sabía cascar un huevo. Te enseñan muchas cosas en la vida, estaba pensando Leman en ese momento, pero nunca cómo se cuida de un niño. ¿Cómo voy a saberlo? Entonces sintió una punzada de culpa por el mero hecho de haberse planteado esa pregunta.

Trató de seguir la conversación entre Asllan y Robinson y oyó a su marido nombrar a su padre una o dos veces, pero solo pudo cazar algunas palabras sueltas: *rey*, *república*, *socialismo*, *reforma agraria*. Flotaban en su mente como barquitos de papel diminutos en una piscina para niños, y luego se desintegraban. Los calambrazos en la barriga empezaron a hacerse más frecuentes e intensos y tuvo la impresión de quedarse sin aire. Sus sensaciones corporales cada vez la distraían más, y, si bien se esforzó en no convertirse en una molestia para los dos hombres, al final tuvo que rendirse a la evidencia. Cuando Asllan se levantó para ir a buscar otra botella de vino, ella le siguió y le susurró algo al oído.

–Ya veremos si los... si los yugoslavos que mandan en el Partido Comunista Albanés renunciarán a Kosovo –dijo él, volviéndose hacia Robinson. Se le habían formado dos gotas de sudor en la frente y estaba un poco más pálido que de costumbre–. *Pardonnez-moi*,

monsieur Robinson –añadió atribulado; estaba buscando la manera de ser diplomático–. Mi esposa... Lamento decirle que tendremos que salir... Mi esposa está a punto de dar a luz.

No exactamente. Llegaron al hospital, pero el parto de Leman se alargó más de treinta horas atroces. Entre ataques de vómito y constantes hemorragias, bramó como nunca habría imaginado que pudiera hacerlo. Más tarde diría que se había acordado de los alaridos locos e incontrolables de Mediha Hanim cuando descubrió que su hija había tomado un veneno. Retorciéndose de dolor en la cama del hospital, empapada de sudor, mientras se aferraba a las barandillas laterales, tratando de liberar esa vida nueva de sus entrañas, pensó que también ella debía de haber tomado un veneno. Se convenció de que estaba a punto de morir. La idea, extrañamente, no le causó inquietud. Solo quería que aquello terminara de una vez. No hay dignidad en el parto, diría más adelante, como tampoco la hay en el morir. Quizá aquello significaba, en resumidas cuentas, que la dignidad no tiene nada que ver con la naturaleza.

El bebé nació al amanecer, justo cuando el sol se alzaba por detrás del monte Dajti, llenando la sala del hospital de una luz brillante que daba un aspecto tridimensional a las enormes manchas de sangre sobre las sábanas blancas. Lo llamaron Xhafer, como su abuelo fallecido hacía poco, o Zafo, que era el diminutivo. Zafo tenía buena salud, nació con el pelo rizado y unos rollizos mofletes, y resultó ser un niño inusualmente satisfecho. De vez en cuando, el bramido de los tanques en la calle y el tronar de los aviones de guerra que daban vueltas en el cielo le sobresaltaban, y parecía que iba a romper a llorar, pero luego cambiaba de opinión. Miraba a su madre con un gesto misterioso, medio preocupado medio aburrido, una expresión que le recordaba a ella a esos querubines subversivos al pie de la *Madonna Sixtina* de Rafael. El niño mostraba, si no dignidad, por lo menos huellas de gracia.

Leman salió del hospital al cabo de unos días, en buen estado de salud, pero caminando con gran dificultad por los puntos que le habían puesto. Mientras su pequeño Fiat Topolino avanzaba por el bulevar Mussolini, dos agentes nazis circulaban en su coche en

paralelo a ellos. Uno de los agentes reparó en que Leman llevaba algo en el regazo y se lo indicó a su colega. Ella cubrió instintivamente la cara de Zafo con la mano. El coche frenó un poco, pero, cuando los agentes se dieron cuenta de que el objeto sospechoso era un bebé, les saludaron con la mano y sonrieron.

–*Grüss Gott* –dijeron a Asllan.

Él les devolvió el saludo bajando la cabeza.

–*Inshallah* conozcáis antes a vuestro Dios –murmuró en albanés.

–¿Era austriaco? –preguntó Leman cuando los agentes se alejaron–. Los alemanes dicen *Guten Tag*, ¿no?

–Depende, pero es cierto que envían sobre todo a austriacos para reemplazar a los italianos.

–Como en la Gran Guerra –dijo ella, poniéndole bien el gorro al niño–. Es como revivir la batalla de Vittorio Veneto, pero en Albania.

–Creen que los albaneses queremos a los austriacos porque muchos estudiamos allí –respondió Asllan, pero ella ya no lo escuchaba. Zafo había comenzado a moverse en su regazo, despertándose lentamente del sueño. Sonriendo, Leman le acarició la mejilla.

–Tiene una expresión como si quisiera corregirme todo el rato –le dijo a Asllan–. Eres calcado a tu papá, ¿no? Quieres meter en cintura a todo el mundo. No me mires así. –Le hablaba en voz baja, arrimando la nariz a su cuello de bebé–. Pronto habrá terminado, no te preocupes. Érase una vez, había un bebé chiquitito, igualito que tú, y también había una guerra grande, nunca había habido una guerra más terrible, y esos hombretones, el káiser, el sultán, se peleaban sin parar. Sus tierras eran extensísimas, y millones de personas habían vivido allí durante siglos, y a nadie le cabía en la cabeza que esos hombretones pudieran desaparecer, pero... un buen día... terminó la guerra, todos habían desaparecido, de golpe y porrazo, ¡zas! –Chascó los dedos en el aire, haciendo que el niño se asustara. Puso un gesto de dolor, como si estuviera a punto de echarse a llorar–. Eh, ¿te he asustado? –dijo ella, entrando ligeramente en pánico. Intentó mecerlo, pero el movimiento le hizo sentir un calambrazo de dolor entre las piernas y puso una mueca–. No te asustes. Cuando esos hombretones se marcharon lo dejaron

todo hecho un asco, y todavía estamos intentando averiguar qué tierra le toca a cada cual, y cómo hemos de tratarnos los unos a los otros, pero eh..., eh..., ahora sí que lloras, por favor, por favor..., madre mía... –Cada vez más angustiada, Leman respiró hondo para intentar serenarse–. Bastante tenemos con que tu *maman* y tu *papa* estén asustados... No llores, por favor... Tienes que enseñarnos a ser valientes, ¿de acuerdo?

El regreso a casa coincidió con el paso de Leman a esa zona horaria alternativa que las madres que acaban de dar a luz conocen tan bien, en la que el día y la noche se fusionan, mientras que los pensamientos y los actos no conocen otra estructura que la impuesta por las necesidades del bebé. Lo demás solo inspira indiferencia, como le ocurrió a ella. Esta actitud queda plasmada, aunque acaso de forma un tanto exagerada, en la página 9 del Expediente de Investigación 931, que aborda su «posición durante la ocupación alemana». Como queda de manifiesto en una nueva «biografía breve» aportada por el «subdirector de la sección de vigilancia del Ministerio del Interior», el capitán M. M., «hasta donde sabemos, no simpatizó con el movimiento de liberación nacional albanés ni le prestó apoyo».

Hasta donde sé *yo*, en las mismas semanas en las que el ejército alemán completaba la toma de Albania, Leman estaba concentrada en intentar darle el pecho a su bebé. Contrariamente a lo que le habían dicho, no había nada natural en ello. Seguía moviéndose por la casa con la ayuda de un bastón, y, aunque le habían advertido que la pérdida de sangre durante el parto complicaría la recuperación, cada vez estaba más nerviosa y deprimida. ¿Estaba sacando suficiente leche para mantener con vida al bebé? ¿Su hijo lloraba por falta de alimento, por cansancio o porque la rechazaba? ¿Podría volver a caminar sin ayudarse de un bastón?

«El cuerpo es sabio», le decía su madre, tratando de consolarla, «pero, si estás preocupada, la leche no te subirá.» A Leman le parecía extrañísima la idea de que tuviera que esperar sentada, o preferiblemente echada en la cama, a que el cuerpo actuara en

consonancia con un propósito del que era imprescindible excluir a la mente. Le costaba aceptar que la condición para que la naturaleza siguiera su curso fuera alimentar menos dudas. ¿No se suponía que debía ser al revés, que la mente disciplinase al cuerpo? No dudes. Existe sin pensamientos. Ergo no existas. Mantén la calma y sigue adelante. Todo aquello sonaba a propaganda de guerra. ¿Y si no funcionaba? ¿Quién sería entonces el responsable, quién pagaría el precio?

No frivolices con la guerra, pensó. La guerra es noble. ¿Qué honor hay en hacer leche? Aun así, parecía que sí había un deshonor en *no* hacerla. ¿Qué más le daba que los demás se pelearan? Comunistas, fascistas, liberales... ¿qué podían ofrecerle a ella? Estaban todos la mar de ocupados enterrando el viejo mundo, exhumando el nuevo, y ella estaba la mar de ocupada siendo excluida de ambos mundos, atrapada en su propia lucha, en la que nadie parecía reparar. A veces se preguntaba qué consejos le habría dado Selma. «Selma, si hubieras sido madre, nunca te habrías quitado la vida. Selma, eres una desertora total.» Estaba cansada a todas horas, irritable en todo momento. Quizá llevaban razón los demás, debía dejar de pensar y limitarse a existir, como una planta en una maceta, como un cactus. Quizá debía simplemente ser más valiente: una capitana de la leche.

Asllan, en su ir y venir, se la encontraba a menudo secándose las lágrimas. Procuraba consolarla, recordándole las palabras de su madre, pero ella no le hacía el menor caso, de modo que cogía al bebé en brazos unos minutos y trataba de distraerla con las últimas noticias: «Badoglio se ha rendido», «Los italianos han firmado un armisticio con Eisenhower», «Los Aliados están transmitiendo mensajes por la radio en los que animan a los soldados italianos a sumarse a la resistencia». A veces, Leman se interesaba un poco. A veces, sencillamente, miraba por la ventana con gesto ausente.

El ejército alemán terminó de ocupar Albania en el invierno de 1943 con la eficacia que lo caracterizaba, aunque también, quizá, de mala gana. Era una pena, declaró uno de los generales al mando, que hubiese sido necesario entrar en el país, y sin tener al menos el

detalle de llamar a la puerta. La intervención, explicaban los alemanes, era necesaria para controlar el espacio aéreo y conservar el dominio sobre objetivos claves como carreteras, puntos de acceso en el litoral y lugares estratégicos abandonados por los italianos, abriendo un corredor que permitiera enlazar con las tropas alemanas ya desplegadas en Grecia y Yugoslavia. A principios de verano, la Wehrmacht había encontrado una fuerte resistencia en el sur, donde las guerrillas de partisanos albaneses atacaban los convoyes alemanes con destino a Grecia. La operación de castigo se tradujo en una masacre de civiles en la aldea fronteriza de Borova: diez albaneses (entre los cuales se contaban mujeres y niños) por cada soldado alemán muerto. Sin embargo, cuando las distintas divisiones del regimiento de Jäger empezaron a congregarse en Tirana, cada vez más agotadas y desmoralizadas como consecuencia de la presión a la que se veían enfrentadas en toda Europa, ya habían perdido todo interés en proseguir con los combates, por lo que transfirieron la autoridad a las organizaciones albanesas en la medida de lo posible.

Un día, Asllan se presentó en casa con un puñado de panfletos que había encontrado al pie de la escalera que llevaba a su apartamento y se los entregó a Leman. La ciudad estaba empapelada con esas octavillas, le dijo, como si todos los edificios importantes llevaran una etiqueta con su precio.

–También hay un par de hojas de los Aliados –le comentó–, pero están en griego y serbio. Que Dios coja confesado al genio que pensó que íbamos a saltar de alegría al leerlas.

Leman echó un vistazo al fajo con gesto absorto y luego se lo devolvió a su marido como si le diera igual. Él insistió en leerle en voz alta los panfletos nazis:

> El Gobierno alemán saluda a los albaneses por su valentía resistiendo a Italia. Albania es ahora un país independiente y el Führer se compromete a ayudarla a defender sus fronteras ampliadas y su integridad territorial.

–Fronteras ampliadas –repitió–. ¿Qué te parece eso?

Ella bostezó.

Fue tan solo unos días después, volviendo de su primer paseo por la calle con el bebé, cuando Leman se percató de que la bandera albanesa que ondeaba en uno de los edificios gubernamentales tenía un aire distinto. Los fasces que flanqueaban el águila bicéfala habían desaparecido, al igual que el escudo de armas de Víctor Manuel, cuyo lugar ocupaba ahora el casco de Skanderbeg. El Gobierno alemán había justificado su intervención como una forma de prestar ayuda a los albaneses en su lucha por la independencia frente a los italianos, desplegando tan solo las tropas necesarias para disuadir a los Aliados. Derogaron las viejas leyes fascistas, rescindieron el pacto de alianza bélica con Roma y concedieron una «relativa» soberanía y una «relativa» neutralidad al país.

–Una nueva categoría en el derecho internacional –comentó con sorna Asllan–. Quedará consagrado en la constitución. Quién iba a imaginar que a los alemanes se les daba bien fingir...

Caminaban por su calle, después de ir al mercado, y Asllan la ayudaba a empujar el cochecito cuando Leman vio a su prima a lo lejos.

–¿Qué te ha pasado? –dijo Cocotte casi a gritos, asustada, cuando la vio caminando con tanta dificultad–. Pensaba que habías ido a la maternidad, ¡y resulta que vuelves cojeando como si hubieras tenido un accidente de esquí!

–Una montaña muy escarpada –dijo Leman, acercándose a ella–. Todo un reto, muy difícil de coronar. ¿Tú qué te cuentas? ¿No habías anunciado que no ibas a pasarte hasta que cumpliera los primeros seis meses?

Cocotte le dio un abrazo, pero en su gesto se observaba todavía una ligera expresión de reproche.

–Bueno, no me quedaré mucho rato. He pensado que quizá te apetecerían unas hojas de parra rellenas que he cocinado. –Cocotte miró al bebé de reojo, con desconfianza, y, en cuanto se convenció de que Zafo no se echaría a llorar inmediatamente, preguntó si podía cogerlo en brazos–. Soy tu *tante* Cocotte –le decía mientras Asllan ayudaba a su mujer a subir las escaleras de la entrada–. ¡No te

atrevas a tocarme el rímel nuevo con esas manos llenas de mocos o ya no seremos amigos!

–¿De dónde has sacado que tenga las manos llenas de mocos? –preguntó Leman, ofendida.

–Es solo un aviso a navegantes para el futuro. Por cierto, hablando del futuro, ya me he hartado de Remo, *il marito italiano*. Aquí ya no quedan hombres italianos, salvo la chusma que terminó uniéndose a Hoxha y a sus amigos en las montañas. –Vio que Asllan torcía el gesto al abrir la puerta–. Bueno, es que son todos chusma. Fue Robinson quien lo dijo –continuó Cocotte–. Lo vi hace unos días. Parece que los comunistas han roto el pacto con los nacionalistas, los nacionalistas se han hecho amiguitos de los nazis, y por eso a los británicos ya solo les queda apoyar a la chusma. Por cierto, ¿sabes quién te manda recuerdos? –Se había vuelto hacia su prima–. Herr Gustav. Me lo encontré por casualidad en una *soirée* en el Hotel Dajti, hace un par de noches.

–¿Ha vuelto? –preguntó Leman.

–¿Que si ha vuelto? ¡Nunca se marchó! Es empresario, acuérdate, y está en la vanguardia. El dinero avanza más deprisa que las divisiones Jäger. Cuanto más luchan los hombres, más fuman. ¡No me puedo creer que Avni Bey le vendiera todas las acciones de la tabaquera! Se habría hecho millonario después de todo esto... Los alemanes se quedan con todos los contratos. Eso sí, insisten en firmar los contratos con nosotros, que es mucho más de lo que hicieron los italianos... Aunque podrían quedárselo todo si les diera la gana. No creo que nadie se atreviera a impedírselo.

Cocotte bajó entonces la mirada, con una ligera expresión de culpabilidad en el rostro.

–Gustav me preguntó si podía pasarse... Quiere... quiere ver el... –murmuró, señalando al bebé.

–Me temo que no –la interrumpió su prima antes de que pudiera terminar la frase.

–Has de saber que está muy arrepentido. Me dijo que no está de acuerdo con todo lo que hace su Gobierno. Es la guerra, me dijo... También mueren los suyos. Y recuerda... Hizo todo lo que estuvo en

su mano con... con todo el tema del doctor... –continuó Cocotte un poco avergonzada.

–No –repitió Leman levantando la voz.

–Vale, vale, no te enfades conmigo. Fingiré que se me pasó decírtelo. En cualquier caso –dijo volviéndose hacia Asllan–, Gustav es el único alemán que he conocido de momento. Los demás son todos austriacos.

–Eso he oído –respondió Asllan–. El embajador también lo es. Hemos hecho algún progreso con la situación del país –añadió irónicamente–. Ya no somos una colonia. La más alta autoridad del cotarro es su humilde excelencia el embajador Neubacher. Por lo visto, fue alcalde de Viena.

–¡Me chifla el *wiener Schnitzel* ! –exclamó Cocotte–. ¡Y el vals, y el *Kaiserschmarrn*! ¡Y he de decir que los militares austriacos que he conocido son unos auténticos caballeros!

–Por lo visto, están intentando cortejar al antiguo jefe de Leman, el primer ministro más liberal que hayamos tenido nunca –comentó Asllan–. Lo han traído de vuelta de la cárcel italiana donde lo tenían preso. Encabezará el consejo de regencia.

–Pues se han marcado un buen tanto –dijo Leman, interesada.

–Es verdad. –Asllan estaba encantado de que su mujer participara en la conversación. Durante las últimas semanas, había tenido la sensación de que vivía no solo en una franja horaria distinta, sino en un país extranjero–. Seguro que te acuerdas de cómo llamó a todos tus amigos científicos que estudiaron en Viena para nombrarlos ministros. La gente sigue pensando que es el mejor Gobierno que ha tenido este país.

–Recuerdo sus discursos en la radio contra Mussolini –dijo Cocotte, como si pensara en voz alta–. Tenía una voz muy atractiva. Fue emocionantísimo cuando llamó a todos los albaneses a empuñar sus revólveres. Incluso yo estaba dispuesta a luchar...

–Ahora dirán que los nazis nos dieron la libertad. –Asllan adoptó un gesto pensativo–. Todo ha vuelto a salirse de madre. ¿Cómo llamó Robinson a los comunistas? ¿La chusma? Tengo la poderosa sospecha de que la chusma tendrá la última palabra.

2. CORDEROS Y ÁGUILAS

Gustav solo se puso en contacto una vez con Leman en Tirana, muy al final de su estancia, ya en noviembre de 1944. La había citado en una villa al lado de la Calle Real, una de las escasas zonas de la ciudad que estaban resguardadas de los choques cada vez más sangrientos entre partisanos y unidades nazis. La casa, construida no hacía muchos años en estilo neoclásico, era propiedad de un diplomático albanés casado con una tal Madame Eleonora, pianista mediocre pero mujer dotada de un gran talento para las relaciones en la alta sociedad, cuyas exquisitas veladas de homenaje a Chopin deleitaban con frecuencia a las élites de Tirana.

Pese a que en un primer momento Leman no tenía muchos deseos de verle, a última hora decidió que acudiría a la cita, después de que Cocotte le insistiera en que Gustav tenía algo importante que comunicarle. Se preguntó si el punto de encuentro lo había elegido tan solo por motivos de seguridad. Aunque sabía perfectamente dónde se encontraba la casa, nunca había asistido a las afamadas veladas culturales de Madame Eleonora, en buena medida por sus obligaciones cotidianas como madre primeriza, pero también porque se negaba a alternar con esos «Goethe con la esvástica en el brazo», que es como solía referirse a los militares nazis a los que la señora tenía por costumbre invitar a los conciertos en su villa. Tampoco Asllan sentía el menor afecto por el marido de Eleonora: un gris licenciado en Derecho a quien había conocido siendo estudiante y a quien había visto en los últimos meses jugando al ping-pong con el embajador alemán, actividad esta que compaginaba con reuniones secretas con los representantes de los Aliados para tratar de convencerlos de la neutralidad de Albania en la guerra. Totalmente ridículo, pensaba Asllan, pero como los alemanes se

esforzaban tanto en dar la impresión de que no interferían en los asuntos internos de Albania, aquel hombre había logrado, si no persuadir a los agentes de inteligencia, por lo menos sembrar la confusión entre ellos.

–Escucha –le dijo Asllan, con el corazón en la mano, a Robinson al término de una de las largas conversaciones que solían mantener en torno a un tablero de ajedrez–, dices que financiaréis a todo aquel que luche *exclusivamente* contra los nazis. Las videntes que se dedican a leer los posos de una taza de café turco me parecen más fiables que las instrucciones que recibes de la Oficina de Guerra. Y todos esos pobres soldados británicos que sueltan en paracaídas sobre las montañas para ayudar a las guerrillas... No me extraña que anden un poco perdidos. Los nazis siguen cortejando a los nacionalistas, los Aliados recelan de los monárquicos, los yugoslavos dirigen la resistencia comunista... ¿Hay alguien que pueda orientarse en este embrollo?

Robinson asintió pensativamente.

–Quizá alguien debería asistir a una de las fiestas que organiza Madame Eleonora –respondió– para averiguar si hay alguien ahí en quien podamos confiar de verdad y nos ayude a luchar contra los nazis.

Sin embargo, en los meses siguientes, las derrotas de la Wehrmacht en Bulgaria y Rumanía decantaron el equilibrio de fuerzas en beneficio de los Aliados. El cuartel general alemán en Belgrado recibió instrucciones de iniciar la retirada de tropas de los Balcanes para que no quedaran atrapadas entre el avance de los soviéticos y los partisanos yugoslavos. Muchos miembros de las divisiones de infantería, a menudo desertores o prisioneros de guerra que habían sido capturados en la Unión Soviética, empezaron a pasarse al bando enemigo. De camino a su reunión con Leman, Gustav se encontró a tres soldados vestidos con el uniforme nazi a quienes preguntó si la carretera estaba despejada: resultó que eran un tayiko, un uzbeko y un kazajo. Le confesaron que tenían menos dificultades para entender a los ancianos turcohablantes que daban refugio a los partisanos en las montañas que esas preguntas en alemán. Contrariado, Gustav movió la cabeza y siguió avanzando, al

tiempo que dudaba si esos soldados terminarían desertando. Entregarían sus armas a los británicos o a los partisanos, a quienquiera que encontrasen antes, pensó para sus adentros.

Había un ambiente inquietante en la casa de Eleonora cuando llegó. Era un día frío y húmedo, y un fuerte viento se colaba por entre los huecos de los marcos de las ventanas. Los propietarios habían huido de la ciudad a principios de esa semana, en el mismo convoy de oficiales de las SS de alta graduación a quienes habían invitado a recitar poemas de Goethe y Schiller durante sus veladas culturales. Hacía varios días que los partisanos avanzaban y en esos instantes estaban irrumpiendo en la emisora de radio de la capital. Los rumores de un inminente hundimiento nazi se propagaban como un incendio incontrolado.

Gustav esperaba de pie en el centro del salón, en el mismo sitio que había ocupado un piano de cola Steinway. Un par de trabajadores entraban y salían a toda prisa de la estancia, arrastrando algunos muebles –una butaca reclinable, un pequeño puf verde, un sofá de terciopelo a juego con el puf–, con una expresión medio aburrida, medio enfadada, como si les supiera mal perderse las cosas verdaderamente importantes que estaban ocurriendo en la ciudad. De vez en cuando, uno de ellos cogía algún objeto del salón y lo arrojaba contra la pared, dejando una marca en el estucado. Luego, se volvía hacia Gustav y lo miraba con gesto desafiante, como si quisiera decir: «Sí, he estropeado la madera. ¿Pasa algo?».

Trataba de ignorarlos, dando la espalda a la puerta principal de la casa, con los ojos clavados en el gran espejo con marco de plata que todavía colgaba de una de las paredes, último vestigio de los días de gloria que había conocido aquel salón. Se miraba la calva cuando el rostro de Leman apareció de pronto a su lado en el reflejo. La vio derrengada pero aún atractiva, un botín de guerra que nadie había reclamado aún. Caminó hacia ella con los brazos abiertos, como si la invitara a fundirse con él, pero, cuando ella dio un paso atrás con un brusco gesto de resistencia, dejó caer los brazos a ambos lados, como los de una criatura mitológica –mitad ave, mitad humana– que pugnara por alzar el vuelo.

–Mire qué sitio –le dijo en voz baja, saludándola con una pequeña reverencia–. Hace solo un mes estábamos aquí escuchando *Du bist die Ruh* de Schubert. Eres el descanso y la paz –añadió, repitiendo el título del lied–. Los bolcheviques no pierden el tiempo, eso hay que reconocérselo...

–Monsieur Gustav... –respondió Leman inclinando levemente la cabeza.

–Es una pena que no haya visto esta casa con todos sus muebles. Madame Eleonora organizaba aquí unas fiestas memorables, maravillosas –continuó–. Pobre criatura, sollozaba sin consuelo cuando tuvo que marcharse. No quería abandonar sus cosas, sobre todo el piano. Por lo menos ya está a salvo en Italia, todos lo están.

Leman lo miró con una expresión teñida de reproche.

–Monsieur Gustav –dijo–. Hace mucho de la última vez que nos vimos. Fue en la fiesta de celebración de mis dieciocho años, si no me equivoco.

–Ella está a salvo, sí –repitió Gustav, más interesado en hablar de lo que le preocupaba que en ponerse al día con Leman–. Ojalá pudiera decirse lo mismo de usted. Por eso he querido que nos viéramos.

–¿Es por mi seguridad? –preguntó Leman, perpleja.

–Y la de su familia.

Sintió que le bajaba un escalofrío por la espalda y se llevó la mano al collar de plata con el pequeño brillante, como si buscara la protección de un talismán. Gustav la estaba poniendo nerviosa. Se acordó del primer día que lo vio; ella estaba sentada con Selma, leyendo a Madame de Staël, y él apareció en su casa con una daga otomana falsa, preguntando cuánto podía costar la alfombra que había tejido Dafne.

–Mi familia... Nos las arreglamos –dijo un poco a la defensiva, y se quedó callada un momento, antes de añadir–: Estaría más preocupada si fuéramos alemanes como usted.

Se arrepintió inmediatamente de no haber encontrado un comentario más afortunado. La inquietó darse cuenta de que, pese a no haberlo visto desde hacía muchos años, la imagen que conservaba de Gustav era idéntica a la que tenía ante sí.

Experimentaba, en su presencia, la misma incomodidad, la misma sensación de una amenaza cerniéndose sobre ella.

–Oh, por mí no se preocupe –respondió Gustav–. Mis negocios marchan bien. La gente siempre fumará cigarrillos. Pero usted... –vaciló un instante–. Si estuviera en su lugar, no confiaría en sus amigos ingleses.

–Los Aliados ganarán la guerra –repuso Leman, esta vez con mucha más convicción.

–Los Aliados sí, vosotros no.

Leman empezó a perder la paciencia. Pensó que el alemán mostraba la misma expresión maliciosa, la misma seguridad en sí mismo, la misma actitud arrogante que había despertado el desprecio de Selma tantos años atrás. Y la misma indiferencia frente al evidente malestar que causaba en la persona que tenía delante, quizá incluso una pizca de satisfacción por el hecho de saber que la estaba haciendo sentir incómoda.

Tras sacar un cigarrillo de una pitillera de plata que llevaba en el bolsillo superior de la chaqueta, se lo encendió y murmuró algo, primero como si hablara consigo mismo, con los labios casi cerrados, luego con mayor claridad.

–Los Aliados ganarán –repitió–. Vosotros no. A vosotros se os llevarán las nuevas águilas.

–¿Águilas? –Leman empalideció–. No lo entiendo.

–Bueno, a quién puede sorprender que los corderos teman a las grandes rapaces, aunque tampoco se les puede reprochar a esas aves que se lleven entre sus garras a los corderitos. Así funciona el mundo. Lo demás son todo fantasías, delirios...

–No sé si le sigo –le interrumpió ella.

–Pronto lo entenderá, permita que termine. –Pareció impacientarse–. Es tan absurdo pedirle a la fuerza que *no* se exprese a sí misma como fuerza, que no se manifieste como deseo de derrocar, aplastar, ocupar la posición del amo, como absurdo es pedirle a la debilidad que se exprese como fuerza. Los comunistas nos vencerán a nosotros. –Se quedó callado un instante después de decir «nosotros» y la miró como si quisiera observar su reacción–. Ya están echando a nuestro ejército con la ayuda de los ingleses.

Bombardearon un convoy que se replegaba. Una de las mujeres estaba embarazada. Sé que fue madre hace poco. Como entenderá, nosotros... nosotros... –Se interrumpió nuevamente después de decir «nosotros» y volvió a mirarla a los ojos–. Nosotros no somos los únicos bárbaros.

Leman respiró hondo, pero siguió guardando silencio.

–En cualquier caso –continuó Gustav–, el futuro de Albania quedará en manos de su pueblo. El mes pasado los comunistas formaron un Gobierno provisional. Seguro que ya lo ha oído. Serán reconocidos como los representantes legítimos de la nación albanesa. Si no son ellos, ¿quién si no? No hay Gobierno en el exilio y los comunistas ya han rechazado todos los compromisos legales del Gobierno anterior.

–Bueno, habrá elecciones libres –susurró Leman, casi como si quisiera convencerse.

–¿Y quién cree que las ganará? –replicó él.

–El país... el país tendrá democracia.

–Me temo que está equivocada, mademoiselle..., perdón, madame –dijo él–. Lo que tendrán es una dictadura del proletariado. Con la salvedad de que tampoco es que tengan mucho proletariado. De modo que tendrán que conformarse con la dictadura de los campesinos, los bandoleros, los rebeldes de las montañas, la plebe, los esclavos a los que han regalado la grandilocuente idea de la «dignidad del trabajo» para consolarlos por la miseria de su vida, el hambre, el frío, las enfermedades, las pulgas que les chupan la sangre, los niños que murieron en sus cunas, mientras ustedes, el resto del país, aunque supongo que también debería incluirme, estaban esquiando o tomando el sol en la playa. Pronto llegará la hora de esos esclavos. Y habrán tomado nota de quienes se les opusieron, de quienes dudaron de su compromiso, de quienes los humillaron, de quienes se burlaron de ellos con su dinero, su cultura, su francés, de quienes no hicieron los mismos sacrificios. Y también se acordarán de quienes los miraron con condescendencia, de quienes les tiraron un mendrugo para que lo royeran como perros, esperando que les dieran las gracias. Los corderos se convertirán en águilas y harán lo que hacen las águilas cuando tienen hambre:

buscar presa. El problema de la buena vida está relacionado con el resentimiento: no hay otra manera de verlo. Aves de presa que se llevan a los corderos, y corderos que más tarde se convierten en aves de presa. No hay más. Cualquiera que esté en medio tendrá que marcharse. Cualquiera. Y eso los incluye a ustedes.

–¿Por qué nosotros? –protestó Leman, negando con la cabeza–. Cuando termine la guerra, todos votaremos. Habrá una nueva constitución democrática, nuevas leyes y una reforma social como es debido, con la adecuada representación de los trabajadores. Siempre hemos estado de su parte.

–No les tocará a ustedes decidir de qué parte han estado –dijo Gustav–. Serán ellos los que lleven la batuta. Recuerde lo que le digo. La última palabra la tendrán ellos.

–A nosotros no se nos llevará nadie –protestó Leman–. Asllan conoce bien al coronel general Hoxha. Estuvieron juntos en el Frente Popular. Lucharon por las mismas causas. Solo difieren en los métodos...

–¿Cree que puede usted distinguir entre corderos y aves de presa? –la interrumpió él. Luego reflexionó un momento–. Entiendo que no me crea. Sé que tenemos ideas diferentes sobre estos asuntos. Y no he venido a darle una lección. He venido a ofrecerle una salida. –Se sacó una carta del bolsillo–. Aquí están todos los detalles. Deben salir de Albania antes de que sea demasiado tarde. Puede llevarse a su marido y a su hijo. Por desgracia, no puedo conseguir que su madre les acompañe. Quizá Avni Bey pueda ocuparse de ello más adelante, aunque dudo que lo consiga. Es una pena, pero tendrán que dejarla aquí.

–¿Por qué me ofrece esto? –preguntó ella.

–Eso tiene fácil respuesta –dijo él–. Porque se halla en peligro. En realidad, la historia es más complicada, y he estado dándole vueltas, pero no es momento de que entre en detalles y además tampoco tenemos tiempo. Resumiendo, su decisión de trasladarse a Albania desde Salónica fue, si me lo permite, la decisión de una mujer joven y orgullosa, con el vivo deseo de independizarse de sus padres, aunque también es verdad que guardaba cierta relación con lo que le ocurrió a su tía hace tantos años. He estado reflexionando estos

últimos días. Fue mi cumpleaños. Cumplí sesenta. Hay tanta muerte por todas partes, y cuanta más muerte hay, más se acuerda uno de los muertos: mi madre, mi padre, y también, por algún motivo, he estado pensando en mademoiselle Selma, en lo joven y bella que era. No podemos evitar la muerte, así es la vida. La muerte, el pensamiento de la muerte, nos acompaña como un viejo amigo. –Se interrumpió un instante–. Sea como fuere, creo que tal vez tuve cierta influencia en su decisión de venirse a Albania. Espero que me perdone por decirle esto, pero al final podría resultar una mala decisión. Me gustaría ayudarla a revertirla, si me lo permite, desde luego, antes de que sea demasiado tarde. Tengo contactos que podrán ayudarles a huir a Italia, en caso de que desee marcharse de Albania. Me aseguraré de que su salida sea segura y pueda seguir los pasos de Madame Eleonora y su familia, a quienes también ayudé.

Leman tuvo la sensación repentina de que iba a desmayarse y buscó una silla, pero como el salón estaba completamente vacío, tuvo que apoyarse en una pared.

–¿Madame Eleonora... ha huido? Pero nosotros no hemos sido colaboracionistas –musitó–. ¿Por qué íbamos a querer huir? –Pensó un momento, reunió todas sus fuerzas y se volvió hacia Gustav–. ¿Se siente usted culpable? –preguntó, procurando transmitir firmeza.

–¿Culpable? –La pregunta lo tomó por sorpresa–. Tenemos una interesante palabra en alemán para la culpa: *Schuld*. Y está relacionada con *Schulden*, es decir, «deuda»: negociar y regatear, comprar y vender, intercambiar una cosa por otra, dicho de otro modo, lo que hago para ganarme la vida, hacer dinero, tan simple como eso. Sin duda, cuando piensas en términos de «culpa», tienes algo más noble en mente, algo que guarda relación con la responsabilidad, quizá incluso con lo que cabría llamar una conciencia moral, vinculada a las ideas de deber, a un sentido del bien y del mal que puede definirse..., cómo puedo expresarlo..., a través de... –Se interrumpió un momento y miró a Leman como si esperase que ella terminara la frase–. A través de la reflexión... Podría incluso pensarse que solo los seres humanos somos capaces de reflexionar y que eso es lo que nos hace especiales.

Leman cerró los ojos y oyó reverberar el eco de las palabras de Gustav en el salón vacío. *Culpa*, *responsabilidad*, *conciencia moral*, las palabras seguían rebotando en las paredes como las balas de plástico de una pistola de juguete. Él se le acercó.

–Si se pregunta si tengo conciencia moral, la respuesta habrá de ser no. No creo en la moralidad en ese sentido. Por lo que a mí respecta, la bondad, la justicia, la humanidad, son solo palabras, las palabras del resentimiento, los pensamientos necesarios para que las víctimas puedan expresar su frustración, la insoportable sensación de estar atrapado. Se las eleva para que suenen nobles, dignas, como si fuéramos dueños de algo que nos hace especiales, algo que nos distingue como seres humanos de todos los demás animales.

Uno de los trabajadores entró en el salón y cogió una pila de cartones abandonada en un rincón. Gustav lo siguió con la mirada mientras la cargaba.

–No, no concibo la moralidad en ese sentido –dijo–. Lo único que existe es la rabia, la venganza de los débiles, el retorno de los oprimidos, los corderos que un día se convertirán en aves de presa. Todo es deuda, todo tiene un precio. No me interesa reflexionar sobre ello ni intentar cambiarlo. Eso sería hacer trampa, como si se nos ofreciera algo mejor. Solo importa la acción, no la intención. Odio las promesas vacuas, pero aún odio más la palabra en sí: *promesa*. Mis contactos están en la carta. Todo está explicado en detalle. Si decide aceptar la oferta, hágamelo saber.

Se arregló el cuello de la chaqueta, se puso el sombrero y se miró por última vez en el espejo. Los encargados de los muebles entraron en el salón e indicaron que debían llevárselo, así que tuvo que hacerse a un lado brevemente para dejarles paso. Cuando llegó a la puerta, pareció que le venía una nueva idea a la cabeza y se volvió hacia Leman.

–He olvidado decirle algo importante. Tienen hasta mañana por la tarde. Luego ya me habré marchado. Será demasiado tarde.

3. EL FUTURO DE LA DEMOCRACIA

Leman no tenía tiempo para analizar la propuesta de Gustav. El trayecto de vuelta a su apartamento era ahora tan peligroso que en todo momento debía vigilar por dónde caminaba. Mientras bajaba por la Calle Real, vio al final de la calzada una barricada improvisada con colchones, mesas y sillas, utensilios de cocina, herramientas de jardinería e incluso un abrigo de tweed colocado en precario equilibrio en lo alto de la pila que le recordó a un hombre rezando arrodillado. Cuando llegó al bulevar Mussolini, el sonido de los disparos era cada vez más cercano, de modo que tuvo que desandar parte del camino y encontrar una ruta alternativa.

Ya cerca de casa, vio un cuerpo tendido al final de su calle, rodeado de un charco de sangre. El tipo, más un niño que un hombre, no podía tener más de dieciséis o diecisiete años. La sangre que empapaba el uniforme le impidió ver si se trataba de un nazi o de un partisano. Concluyó que no tenía importancia y caminó decidida hacia él, con la firme intención de ver si necesitaba ayuda. Tenía la cara pálida y rígida como el mármol, la boca entreabierta como si la muerte lo hubiera tomado por sorpresa. Sin embargo, su cuerpo todavía hacía pequeños movimientos convulsivos, como si cabeza y extremidades fueran independientes entre sí: ora se aferraban a la vida, ora se resignaban a la muerte. Se agachó sin pensarlo, cogió un trozo de ladrillo del suelo y se lo guardó en el bolsillo.

Cuando llegó al piso, lívida y temblorosa, Leman no pudo hablar con Asllan de la propuesta de Gustav. Tuvo que esperar porque Robinson se había pasado por la casa en compañía de uno de sus amigos, un joven oficial de enlace británico llamado Eliot Watrous, instalado hacía poco en Tirana procedente de Bari para encabezar la

sección albanesa de Operaciones Especiales. También ellos dos habían quedado atrapados en el fuego cruzado en el barrio y estaban esperando a la hora de margen entre la puesta de sol y el toque de queda para marcharse sin que nadie los viera.

–Si salimos ahora, es posible que los comunistas nos disparen –le explicaba Watrous a Asllan cuando Leman llegó–. Luego dirán, obviamente, que ha sido un accidente.

–Tu amigo Hoxha envió una nota formal en la que daba a entender que ya no éramos bienvenidos –añadió Robinson.

Asllan se rascó la cabeza.

–Pero ¿vuestras armas sí lo son?

–No, si también sirven para abastecer a los leales a Zog en el norte. Hoxha ha dicho por activa y por pasiva que cualquier arma que demos a los monárquicos se usará para matar a partisanos, no a nazis. Quién sabe si tiene razón... En cualquier caso, ahora ya es demasiado tarde. Kupi, el líder de los zogistas, ha pedido ayuda para que lo evacuemos. Estábamos a la espera de instrucciones de Londres, pero, por lo visto, el señor no pudo esperar más y se marchó en un barco italiano. Incluso Churchill se ha enterado ya de las hazañas de Hoxha. ¿Sabes qué le dijo a Eden sobre el rey Zog? «¡Otro monarca europeo a la basura!»

–Siendo justos, ya iba de camino al desguace cuando no reconocisteis al Gobierno albanés en el exilio –señaló Asllan sacando unos vasos de coñac–. No puedo decir que me sepa mal. De todos modos, lo que me tiene preocupado es el futuro de la democracia albanesa...

–Asllan, eres la única persona en el mundo que se preocupa por el futuro de la democracia en plena guerra –dijo Robinson, riéndose.

–¿El futuro? –dijo Leman con sorna. Sonaba cansada e irritada–. ¿Es que acaso tiene un pasado?

Robinson le dedicó una de sus miradas desconfiadas, pero ella no se quedó a escuchar la respuesta. Fue a ver cómo estaba el niño –dormía– y luego entró en la habitación de su madre, que estaba al lado, para ver cómo se encontraba. Ismet Hanim estaba enferma desde hacía semanas, con dolores agudos de estómago acompañados de sangrado. Había perdido tanto peso que su cuerpo

semejaba ahora una hoja de planta prensada entre las páginas de un libro. Los médicos estaban casi convencidos de que era cáncer.

Leman se acordó entonces de que prácticamente había desconectado cuando Gustav le había dicho que no podrían escapar de Albania con su madre. La sola idea de abandonar a Ismet a su suerte la avergonzaba. ¿Cómo iba a abandonarla, sabiendo que ella misma había sido el motivo de que su madre hubiera terminado en Tirana, postrada en una cama? ¿Cómo había podido imaginar ese hombre que ella fuese capaz de hacerlo? Movió la cabeza de lado a lado, como si quisiera espantar una mosca pesada. Desde luego que ese hombre podía pensar algo así. Gustav nunca había sabido lo que era tener un vínculo estrecho ni con su padre ni con su madre. Ni tampoco lo responsable que podías sentirte de su bienestar cuando envejecían y su salud flaqueaba. Para él, todo era negociar y regatear. No tenía ningún sentido del compromiso ni del deber para con los demás. Solo conocía la supervivencia, el hecho desnudo de sobrevivir, la pulsión de seguir existiendo a cualquier precio.

Cuando regresó al salón, le ofrecieron un vaso de coñac, pero lo rechazó. Se sentó en la butaca del rincón a tejer un jersey para Zafo mientras cazaba algunos fragmentos de la conversación que mantenían los hombres sobre el orden de posguerra. No se le borraba de la cabeza la imagen del soldado con el rostro exangüe que había visto abandonado a un lado de la calzada, como la placa de una calle en una pared reventada por las bombas, debatiéndose entre la vida y la muerte. No habrá orden de posguerra para él, quiso decirles. Entonces se preguntó si no sería un pensamiento demasiado estrecho de miras; quizá permanecer con vida no era lo único que importaba. «A veces estamos muertos aun cuando estamos vivos, y estamos más vivos cuando estamos muertos», recordó que dijo Selma la noche antes de su boda. ¿Aquel joven había elegido? ¿O serían otras personas las que elegirían por él, aquellas que asignarían un significado a su muerte?

No serás olvidado... Leman pensó que estaba consolándose a ella misma al consolarlo a él retrospectivamente. Tu nombre quedará inmortalizado, los niños sabrán de tus actos, tu heroico sacrificio será un ejemplo para los demás. A menos que... a menos que...

fueras uno de ellos, uno de los otros, de los que luchaban con el otro bando. En cuyo caso solo te llorará tu madre, solo ella visitará tu habitación vacía y permanecerá en silencio junto a la puerta de noche. Solo ella se despertará y se sentará a la mesa en la que tú, de niño, dibujabas todos esos hombres con pistolas. Solo ella se preguntará por qué ni siquiera has merecido una tumba.

Instintivamente, se llevó la mano al bolsillo de los pantalones y acarició el trozo de ladrillo rojo que había recogido en la calle. Ni siquiera un ladrillo entero, pensó. Ni siquiera una lápida imaginaria como las que el doctor Elías había creído traerse de Salónica.

–Hemos intentado presionar a los boches para que se rindieran en Tirana –dijo el mayor Watrous, cortando el hilo de sus pensamientos–, pero dijeron que el comandante en jefe estaba fuera e insistieron en que no podían tomar esa decisión sin contar con él. No hemos dejado de negociar con los partisanos: les prometimos que les daríamos apoyo aéreo si lo necesitaban, y entonces, de golpe y porrazo, decidieron atacar a los alemanes. No te queda otra que admirarlos: cuando luchan, lo hacen de verdad. Han machacado a los nazis desde Ohrid, persiguiéndolos, rodeándolos por todos los flancos. No me gustaría tener que ordenar la retirada de mis tropas en esas circunstancias.

–También han detenido a cientos de personas en Tirana –añadió Robinson–. No todos colaboradores, debo decir. Las cárceles están llenas. Y se han confiscado los bienes de la gente que ha huido. Y, desde luego, ya se han celebrado varios juicios... Juicios populares, para ser más precisos.

–¿Lo veis? Ese es el problema –dijo Asllan–. Un juicio popular sin unos tribunales como es debido... Es muy inquietante. ¿Y quién representa al Estado en este caso? Supongo que la respuesta ya no puede ser «quienquiera que luche contra los nazis», ahora que ya no queda casi ninguno. Es más, en principio no estoy en contra de las confiscaciones, pero no sin algún tipo de compensación. Y en cuanto a los contratos, en fin, hay una interesante cuestión de jurisprudencia sobre su valor, dada la naturaleza de la transición legal de una Albania en guerra a unos acuerdos de posguerra...

Robinson lo miró con gesto inquisitivo, como si fuera a preguntarle

si era aquel el momento adecuado de plantearse semejantes cuestiones. Asllan calló y pensó un momento. De pronto se acordó de su discusión con el estudiante Enver, ahora coronel general Hoxha, cuando se encontraban ambos en París y trató de ayudar a su amigo con el pago de la deuda del alquiler a su casera francesa. Enver, en cambio, decidió saltar por la ventana. «Asllan», le había dicho, «solo tú estás obsesionado con los contratos, *mon ami*. Pero olvidas que todo contrato es fruto de la violencia...»

–De todos modos, no se puede actuar con semejante arbitrariedad –comentaba Asllan, como si retomara la conversación no con el militar británico que tenía ante sí, fumándose un cigarrillo, sino con el estudiante que había sido.

–Las cosas se están poniendo muy feas para nosotros –dijo el mayor Watrous, cambiando de tema–. Todo el mundo sabe que, si solo apoyamos a la resistencia partisana, será como entregar Albania a los rusos. Por desgracia, ya tenemos mucho trabajo en Grecia. Los rojos tienen mucha fuerza allí. Y en cuanto a una intervención armada de los Aliados, dudo mucho que la veamos aquí.

Watrous hablaba el francés con cierta dificultad, pero recuperó la elocuencia y la confianza cuando volvió a pasarse al inglés. Al principio, Leman pensó que tenía acento de Estados Unidos, pero resultó que se había criado en Johannesburgo; su madre era neozelandesa, y su padre, un abogado estadounidense que dirigía las explotaciones africanas de la Texas Oil Company. Se había trasladado a Londres de niño y había estudiado en la Westminster School. A Leman no le sorprendió descubrir que a sus veintidós años ya estuviera al mando de la sección albanesa del SOE, pues exhibía la proverbial seguridad en uno mismo de quien ha pasado por las aulas de un colegio de élite inglés. Se había metido perfectamente en el papel tras la muerte prematura de su antecesor, Philip Leake, antiguo director del Dulwich College, que perdió la vida durante una operación en una aldea del sur, el mismo día en que debía volver al cuartel general de la organización en la ciudad de Bari, recientemente liberada. Leman se preguntó si lo que era más llamativo de Watrous era su innegable talento o la autoconfianza de la que hacía gala. Tenía labia, era ingenioso en sus respuestas y,

sobre todo, se mostraba generoso con la sonrisa, una expresión franca y amplia que recordaba a las sonrisas de esas celebridades de Hollywood que elegían para protagonizar las películas que siempre terminan bien.

–Fomentamos activamente la creación de un partido socialdemócrata, formado por personas íntegras, individuos que puedan oponerse a los comunistas desde una posición de fuerza moral, gente como tú, nadie de quien pueda sospecharse que ha colaborado. Desde luego, haremos todo lo que esté en nuestra mano para brindaros nuestro apoyo –le explicaba Watrous a Asllan mientras este hojeaba con gesto despreocupado un libro francés de historia del arte que tenían en la mesa de centro.

Watrous se había alistado en la Artillería Real tan solo un par de años antes de ir a Albania, pero ello no le impidió encadenar rápidos ascensos en el escalafón. Transmitía tranquilidad cuando hablaba, con un carisma más próximo al de un maestro de escuela que al de un militar. Tenía un conocimiento excelente de los hechos y una memoria notable: relataba sin aparente esfuerzo las cantidades de munición, ropa y alimento que habían suministrado a los partisanos, recordaba detalles biográficos de los oficiales caídos o heridos en el campo de batalla, e incluso citó los números de página de los informes de inteligencia que había facilitado a los partisanos para ayudarlos.

A veces era difícil discernir por sus comentarios si Watrous hablaba en serio o bromeaba. Cuando Asllan lo elogió por su extraordinario conocimiento del panorama albanés adquirido en tan breve tiempo, él se encogió de hombros con aire misterioso.

–Oh, solo conozco la leyenda de Kocamici, es prácticamente lo único que nos enseñaron en los cursos de formación en El Cairo –dijo restándose importancia. Entonces, para sorpresa de todos, recitó en un albanés impecable–: «Kocamici cayó en la olla. / La vieja se arrancó el pelo, / el viejo se arrancó la barba, / la urraca se arrancó la cola».

–¿Quién es ese Kocamici? –preguntó Robinson, riéndose–. Llevo aquí más tiempo que tú y no había oído nunca ese cuento.

–Es un ratón al que una pareja de ancianos adopta como hijo –

explicó Asllan–. El ratón se cayó en una olla que tenían sobre el fogón. El típico cuento balcánico en el que se suceden la nostalgia, el afecto y la destrucción.

–De todos modos –dijo Watrous, retomando la palabra–, ese cuento le salvó la vida a uno de nuestros colegas cuando quedó atrapado entre guerrilleros rivales en las montañas. Estaba con una pistola en la sien y no sabía ni una palabra de albanés, pero cuando se puso a recitar la leyenda de Kocamici le perdonaron la vida. Al ratón inglés por lo menos le salvaron de terminar en la olla.

Leman volvió a ver al mayor Watrous al cabo de unas semanas, en una gran manifestación celebrada en Tirana a finales de 1944 para festejar la liberación de la ciudad de los nazis. Se encontraron por casualidad entre los miles de personas reunidas ante el Hotel Dajti. Al mayor lo acompañaba el brigadier Dante Edwards Hodgson, a quien acababan de nombrar director de la Misión Militar Británica en Albania, y Watrous se lo presentó. Mientras seguían el discurso apasionado que Enver Hoxha pronunciaba desde un podio erigido para la ocasión frente al hotel, Leman les habló del día que lo había conocido en el Café Kursal, y su mente revivió el aroma a cebollas y lavanda, el bastón en el que se apoyaba, las miradas que iba echando a su reflejo en la cristalera del establecimiento. Luego recordó su encuentro posterior en la licorería, tras el incidente de Ahmet con Robinson, cuando Enver, utilizando el alias de Tarás, le había pedido a Asllan que le guardara unas octavillas antifascistas. Lo último que había sabido de Ahmet era que se había unido a la resistencia en las montañas, pero que se había desenganchado después de un altercado con los yugoslavos.

En el podio, al lado de Enver, había una niña que no tendría más de nueve o diez años, con dos largas trenzas negras que le bajaban por la espalda. Apuntaba al cielo con un arma y llevaba también un cinturón de balas. En el ambiente reinaba una mezcla de incredulidad y euforia, aunque Leman no podía quitarse de encima la inquietante sensación que le había provocado la imagen de esa niña, como si no se anunciara la paz, sino el inicio de una nueva guerra.

Concluido el discurso, empezó un desfile, con campesinos vestidos con el colorido traje tradicional, y Leman se acordó de la boda del rey Zog. Los partisanos marchaban al frente de la multitud, entonando canciones patrióticas y ondeando banderas albanesas. En la ultimísima fila, apenas visible, también había una bandera con la hoz y el martillo.

–Por fin vamos a poder celebrar nosotros algo también –dijo Leman a los oficiales británicos cuando emprendieron el camino de regreso después de que los actos hubieran terminado–. Hemos organizado una pequeña ceremonia para cortarle el pelo por primera vez a Zafo. Es tradición en Albania, aunque lo hemos aplazado un tiempo. No parecía oportuno celebrarlo cuando todavía había gente luchando. Estáis más que invitados.

–Acepto con mucho gusto –respondió Hodgson–. Supongo que pronto se celebrarán elecciones en Albania. Vuestras primeras elecciones verdaderamente democráticas. Eso también sería todo un motivo de celebración, si los comunistas no hubieran empezado ya a prepararse. Estoy un poco preocupado.

–¿Por qué? –preguntó Leman con sincero interés.

–Apenas queda nadie que se les oponga. Las pocas personas que nos merecen confianza no han tenido tiempo de organizarse en listas electorales o coordinar un programa conjunto. En las zonas más remotas, la gente ni siquiera tiene una mínima idea de quiénes son. Se presentarán como candidatos independientes, pero dudo que tengan alguna posibilidad. Si el plan de acción lo ha dictado el Comintern, habrá problemas...

INTERMEZZO: FRAGMENTO DE UN INFORME SOBRE LA ADMINISTRACIÓN ACTUAL DE ALBANIA

Extracto de un informe sobre la actual Administración de Albania.

Albania, 30 de abril de 1945

El FNC [Frente Nacional de Liberación] sigue controlando el país con mano de hierro. Dicho control se ejerce mediante el uso aplastante de la fuerza armada, el estricto seguimiento de movimientos, redadas periódicas en domicilios y la represión de cualquier forma de expresión popular. Debido a la gran cantidad de armas suministradas al FNC y las que se capturaron a los alemanes, la actual Administración se halla en una posición de fuerza para sofocar cualquier contrarrevolución.

Por el momento no hay muestras de tolerancia hacia cualquier formación política que no sea el Partido Comunista.

La postura del FNC es eminentemente prorrusa y proyugoslava. No se ha otorgado ningún reconocimiento a los Aliados occidentales por el incuestionable apoyo prestado, y tampoco parece probable que se les agradezca el material suministrado para socorrer a la población.

Parece seguro que, después de la recepción del

material, y en caso de que se les conceda algún reconocimiento, la postura del FNC hacia los Aliados occidentales se enfriará aún más, a no ser que el país todavía dependa de una de las potencias aliadas para obtener ayuda de una forma u otra.

Un asunto nuevo ha sido la recepción por la Misión Militar Británica de cierto número de cartas anónimas. Dichas misivas recalcan que el Gobierno no tiene otros designios que los comunistas y reclaman nuestra intervención para que Albania no sea vendida a los eslavos.

Se nos considera responsables por haber ayudado al FNC a alcanzar el poder mediante el suministro de armas en la lucha contra los alemanes, y por ello entienden, con cierta lógica, que tenemos la responsabilidad de enmendar la situación.

Brigadier D. E. P. Hodgson
Al mando de la Misión Militar Británica

INTERMEZZO: LA DECLARACIÓN DE ASLLAN

Fragmento del expediente de Investigación Judicial 1384.

Muerte al fascismo Libertad para el pueblo

Declaración prestada y firmada en el decimotercer día del sexto mes, mil novecientos cuarenta y siete, en la Dirección de la Prisión para los Enemigos del Pueblo, ante un servidor, Capitán M. S., y en presencia del oficial N. P., por el acusado Asllan Ypi. [...]

Vi a los angloamericanos en junio de 1944, con motivo de la ceremonia del primer corte de pelo de mi hijo. Había invitado también a algunos familiares, además de a Watrous y Robinson. Visitaban frecuentemente mi casa: cenábamos y tomábamos coñac. También coincidí varias veces con ellos en el Dajti, en Valbona y otros lugares. En distintas ocasiones me manifesté en los siguientes términos:

El Gobierno democrático popular de Albania es un Gobierno dictatorial. Asesina, encarcela y dicta sentencias judiciales de forma arbitraria. Las medidas adoptadas por los órganos de la Dirección

de Seguridad del Estado son severas y extremas. Afirmé que, en Albania, no hay libertad de expresión ni de prensa. Solo los elementos comunistas pueden escribir con libertad, mientras que los demás son censurados.

Afirmé que los líderes y los principales administradores del Estado ocupan cargos importantes no por su experiencia o competencia, sino por la confianza de que disfrutan como miembros del Partido Comunista. Por los mismos motivos, reina también una gran confusión en el sistema por el que se elige a los jueces populares en los tribunales ordinarios: dichos jueces no disponen de experiencia técnicolegal y son incapaces de interpretar las leyes, por lo que siguen tomando decisiones que las socavan.

Afirmé que las leyes de tributación son un pretexto para la expropiación. A la gente no se le cobran impuestos sobre la base de sus ganancias, sino de todo su capital.

Afirmé que, en los distintos exámenes convocados por el Estado, no se elige a los ciudadanos más capaces y competentes: solo se favorece a las personas de confianza. En esa época, había solicitado matricularme en un examen estatal y me pareció que se me excluía injustamente. No se me ofreció el cargo pese a que me sentía muy seguro de mi dominio del francés.

En esa ocasión, también afirmé que la gente como nosotros ya no tiene lugar en este país, y me pregunté por qué no se nos conceden pasaportes para que podamos emigrar todos a Turquía o a otros países y reunirnos con nuestros familiares. Me

pareció que la Orden n.º 4 del Ministerio del Interior, relativa a la expulsión de desempleados de Tirana, era excesivamente dura. Señalé que las quejas de las personas afectadas por esta medida no se habían atendido.

En una ocasión, en el Café Splendid, analicé el discurso pronunciado por Winston Churchill en Fulton, Estados Unidos, y llegué a la conclusión de que habrá una guerra que aplastará los nuevos Gobiernos populares creados en países de Europa oriental como Albania, Bulgaria, Yugoslavia, Rumanía y Polonia.

De entre los angloamericanos, he hablado con las siguientes personas: Watrous, Robinson y el brigadier Hodgson. Con los dos primeros, me encontré tantas veces que no podría recordarlas todas, tanto en mi casa como en las casas de otras personas, en el Hotel Djati, Valbona, etcétera. Comimos y cenamos juntos varias veces, en compañía de las siguientes personas albanesas: Leman Ypi (mi esposa) [...], Cocotte Leskoviku [...].

Cuando las mujeres estaban presentes, nunca hablamos de política ni de otros asuntos importantes.

Con la clausura de la misión inglesa, corté toda comunicación con ellos. No tengo conocimiento de la existencia de ninguna organización política subversiva.

Lamento profundamente todo lo que he hecho, me siento muy culpable y condeno mis acciones. No tengo nada más que añadir. Todo lo que he dicho es cierto a mi leal saber y entender, y accedo a que

mis afirmaciones se cotejen con las de otras personas de ser necesario.

Esta declaración me ha sido leída en voz alta y la he firmado por mi propia voluntad, sin coacciones.

FIRMA: ACUSADO ASLLAN YPI

INTERMEZZO: LA DECISIÓN DEL TRIBUNAL

En nombre del pueblo albanés

Tribunal militar de la Guarnición de Tirana, formado por los siguientes oficiales:

Capitán primero A. H.: Subdirector
Capitán segundo S. R: Miembro
Teniente segundo A. S.: Miembro

Reunido en sesión judicial el 26 de noviembre de 1947 para asistir al fiscal militar de la Guarnición de Tirana, en presencia del capitán F. M., asistido por el secretario sargento A. G.

DECISIÓN

Basada en el número de registro 683, relativa a las acusaciones presentadas contra:

Asllan Ypi, hijo de Xhafer, 32 [sic] años de edad, nacido en Bitola (Yugoslavia) y residente en Tirana, en el número 8 de la calle Kajo Karafili, casado, padre de un hijo, en posesión de un título

de enseñanza superior, antiguo estudiante en Francia, de nacionalidad albanesa y de profesión comerciante, en buena posición económica, afectado por las reformas del Pueblo, durante el periodo ítalo-alemán no fue miembro de los movimientos nacionalista o monárquico, sin parientes cercanos que hayan huido del país, sin antecedentes penales, detenido el 16 de mayo de 1947.

Es acusado por el Tribunal Militar de la Guarnición de Tirana de:

- Haber mantenido contactos con los agentes ingleses Robinson y Watrous, con quienes compartió información de carácter militar, económico y político.
- Participar en varias reuniones secretas en las que se trató cómo sembrar agitación contra el Gobierno, con la intención de reclutar efectivos para un grupo secreto.
- Colaborar en su círculo social con elementos insatisfechos con el Gobierno y tener actividad en el reclutamiento de nuevos elementos para un grupo secreto.
- Ser conocedor de la existencia de la organización desleal de S. B. (director del Partido Socialdemócrata Albanés) y trabajar de conformidad con el programa de dicha organización.

EL TRIBUNAL

A tenor de la lectura de las declaraciones oficiales de la Sección de Seguridad contra el sospechoso,

a tenor de la lectura de las acusaciones de la fiscalía,

a tenor de la lectura de la apología del sospechoso,

y teniendo en cuenta las pruebas reunidas durante el juicio, las declaraciones de los sospechosos, las declaraciones oficiales y las declaraciones relativas a otros sospechosos, ha concluido que no hay duda de que el sospechoso Asllan Ypi formó parte de un grupo secreto que conspiraba contra el Poder Popular, con vínculos con los representantes parlamentarios del Partido Socialdemócrata Albanés, y que trabajó en estrecha relación con agentes de los Servicios de Inteligencia Británicos, como Robinson y Watrous, con quienes compartió información esencial sobre la situación económica, política y militar del país.

El acusado y su grupo sembraron agitación y difundieron propaganda contra las Reformas Económicas y las Leyes del Poder Popular en el círculo de comerciantes, propietarios, beyes y exempleados públicos descontentos con las reformas.

Han intentado sembrar la inseguridad con respecto al Poder Popular, comentando que pronto podría darse un cambio de situación, que los angloamericanos emplearían la fuerza para intervenir en Albania y que ello provocaría un cambio de régimen. El delito de traición ha quedado

demostrado tras las declaraciones de todos los sospechosos, quienes han confirmado que continuaron conspirando contra el Gobierno, sus reformas y sus leyes.

La propaganda difundida entre el pueblo, y la estrecha cercanía que mantuvieron con los agentes de inteligencia Watrous y Robinson, fueron el fruto de varios encuentros en el domicilio de Asllan Ypi, donde Watrous y Robinson fueron frecuentemente invitados so pretexto de encuentros sociales, cuya finalidad era en cambio la transmisión de órdenes subversivas.

Asllan Ypi acepta que invitó a Robinson y Watrous a su domicilio, que mantenía con ellos una estrecha relación de amistad y que habló con ellos de cuestiones políticas.

Aunque el sospechoso solo acepta parte de las acusaciones, es evidente, a tenor de las declaraciones de terceros, como por ejemplo su primo Ahmet J., que dichas actividades tuvieron lugar.

Asllan Ypi siempre ha vivido a expensas del pueblo, y viendo que el Poder Popular ya no era favorable a los intereses de su familia, decidió oponerse al Gobierno y ponerse al servicio de elementos extranjeros.

Habida cuenta de que dicha actividad contraviene el artículo 3 de la ley 372, con fecha de 1212-1946, párrafo 10, relativa a quienes cometan actos de espionaje para beneficiar a un país extranjero, y basándonos en el artículo 8 de la ley 373 que lo considera una conducta penal,

el Tribunal Militar ha decidido dar validez a las

acusaciones contra el sospechoso e imponerle la siguiente condena:

- Asllan Ypi es condenado a veinte años de cárcel, trabajos forzados y la pérdida de todos los derechos civiles y políticos, así como la confiscación de toda su riqueza, tanto financiera como de cualquier otra índole.
- El cumplimiento de la sentencia se inicia a fecha de la detención.
- Todas las costas relacionadas con el juicio serán sufragadas por el sospechoso, por un monto de 54 lek.

Tirana, 26 de noviembre de 1947

FIRMADO: SECRETARIO, MIEMBRO, MIEMBRO,
SUBDIRECTOR DE LA COMISIÓN

4. EL GABÁN GRIS

Le habían dicho que esperase fuera de los juzgados mientras Asllan recibía su condena de cárcel por colaboración con los angloamericanos. Hacía meses que Leman no lo veía, desde la noche que lo detuvieron, el 16 de mayo de 1947.

Era un frío día de noviembre, en vísperas del tercer aniversario de la liberación del país después de la ocupación nazi. El nuevo primer ministro, Enver Hoxha, había expulsado a la Misión Militar Británica hacía poco. Reinaba un ambiente festivo en la ciudad.

Mientras esperaba fuera del edificio, se levantó viento, y el paraguas que empleaba para cobijarse con Zafo, a quien llevaba en brazos, se rompió con una ráfaga repentina. Unas afiladas piedras de granizo empezaron a caer sobre ellos, hiriéndolos como dagas.

Le habían prometido que la llamarían para que intercambiara unas breves palabras con Asllan al final del juicio, una vez leída la sentencia. Asllan formaba parte de un grupo de presos acusados de colaboración con una facción de parlamentarios independientes, a cuyo líder socialdemócrata habían ahorcado hacía unas semanas, tras un juicio retransmitido por la radio.

Cuando la llamaron al interior del edificio, Zafo se echó a llorar. Había oído el fragor de una banda militar que desfilaba por una calle cercana y señalaba insistentemente la ventana del largo pasillo mientras se dirigían a toda prisa a la sala de vistas.

–Zafo, fuera –repetía–. Zafo quiere tambor...

Leman intentaba calmarlo mientras mantenía los ojos bien abiertos, con la esperanza de encontrar a su marido. Hacían salir a los presos de uno en uno al pasillo escasamente iluminado y reconoció a algunos parientes lejanos. Ahmet, que había sido detenido unas semanas antes que Asllan y a quien ella sabía

responsable de haber entregado el nombre de su marido a las autoridades, la saludó bajando la cabeza con un gesto rápido. Estuvo tentada de apartar la mirada, pero había algo tan desvalido en su expresión que al final le devolvió el saludo con una leve sonrisa.

Asllan no aparecía y por un instante esperó un milagro.

Cuando escoltaron al pasillo al último grupo de presos, se armó de valor y se dirigió a uno de los guardas.

–Asllan Ypi... –dijo–. Busco a Asllan Ypi. Me dijeron que estaría en este grupo. No lo he visto.

–¿Ypi? ¿El abogado? –se mofó el guarda–. ¡Ahí lo tiene! –Señaló a una de las figuras abatidas que estaban a punto de salir del pasillo. Con un vendaje en la cabeza y la espalda encorvada como un caparazón de tortuga, la figura renqueaba con la mirada clavada en las baldosas del suelo. Cuando estaba a punto de desaparecer, pudo atisbar el gris conocido de la manga de un gabán, el gabán que habían comprado juntos en Cortina durante su luna de miel.

–¿Asllan? –susurró Leman–. No... no te había reconocido...

INTERMEZZO: ÓRDENES DE DEPORTACIÓN

Unos meses después de que Asllan fuera condenado, Leman recibió la orden de abandonar Tirana. Sigue a continuación una copia de una carta hallada en la caja Z del archivador 1718 de la Oficina del Primer Ministro. La carta, firmada por Leman y escrita de su puño y letra, fue recibida el 20 de noviembre de 1948.

Yo, la abajo firmante, Leman Ypi, nacida en Grecia, les escribo para manifestar las siguientes preocupaciones.

Durante el mes de mayo de 1948 se publicó una lista que contenía todos los nombres de las familias a las que se ha reclamado que abandonen Tirana. Dentro del plazo previsto, les escribí para manifestarles la dificultad que entrañaba dicha decisión por los siguientes motivos:

1. Dado que nací en Grecia, no tenía otro sitio a donde ir. El lugar (Leskovik) del que procede mi familia fue arrasado por las llamas durante la guerra.
2. El lugar de procedencia de la familia de mi marido (Starje) fue arrasado por las llamas durante la guerra.
3. Mi madre sufría una enfermedad terminal; no podía moverse, y mucho menos viajar, como queda

confirmado por las pruebas médicas que adjunté a la solicitud que les envié.

La Comisión de Urbanización aceptó mi solicitud y nos permitió quedarnos en Tirana hasta que mi madre experimentase una mejoría en su estado. El permiso fue ampliado automáticamente hasta el 1 de julio, fecha en la que mi madre falleció.

Volví a escribir a la Comisión de Urbanización para explicarles que todavía no teníamos adónde ir y que mi hijo había enfermado de sarampión. La solicitud fue admitida y se me autorizó a permanecer en Tirana indefinidamente.

Después de que mi hijo se restableciese del sarampión, fui yo la que enfermé de gravedad, por una pleuritis muy severa que requirió tratamiento médico, como queda de manifiesto en la historia médica adjunta.

Tal era la situación cuando, el 16 de los corrientes, un agente de policía llamó a mi puerta para solicitarme que lo acompañara a la Comisaría de Policía n.º 1, ya que se me consideraba sospechosa de no acatar las órdenes de la Comisión de Urbanización. Después de explicar mis circunstancias en detalle, se me pidió que presentara un certificado de la Comisión de Urbanización, pero las autoridades se negaron a emitirlo.

Dado que no me siento culpable en este asunto, y dado que las acusaciones no tienen base, les escribo para solicitarles por favor que intervengan para que el asunto sea reconsiderado y se retiren

las acusaciones, sin que se inicien nuevos procesos judiciales, y pueda permanecer en Tirana con mi hijo pequeño.

Leman Ypi
Tirana, 20 de octubre de 1948
Calle Asim Vokshi, n.º 4

5. CAMARADA LEMAN

–Madame Leman. Aquí todos esperan llamarla madame Leman. No se ofenda, no intentamos hacernos los graciosos. La verdad es que tampoco me veo capaz de llamarla camarada Leman.

Leman se quedó pasmada al descubrir que la «supervisora» con quien le habían dicho que debía ponerse en contacto al llegar a la cooperativa era diez años menor que ella. Desconfió todavía más cuando la mujer se le acercó con los brazos abiertos, como si quisiera darle un abrazo. Quizá formaba parte de las instrucciones que tenía como supervisora intentar hacer amistad con ella, pensó, e instintivamente dio un paso atrás. Cuando percibió la desilusión que le había causado, se arrepintió de su reacción. No quería que su supervisora pensara que era hostil o, peor si cabe, reacia a colaborar.

–Puedes llamarme Leman –dijo, tratando de mostrar entusiasmo.

–Yo me llamo Dafina –respondió la joven–. Los italianos me llamaban Dora. Puedes llamarme Dora, también. No me sentará mal. No te denunciaré ni nada por el estilo. Eso sí, debo avisarte de que soy muy puntual. Me da igual si vienes de... ¿De dónde decías que venías? Kavaja. Bueno, no está tan lejos. Algunas de las *mesdames* que trabajan aquí tienen que venir a pie desde mucho más lejos. Sé que no te quejas. Solo intento dejar las cosas muy claras. Queremos que nos vean como un ejemplo. Fuimos uno de los primeros grupos de la aldea en colectivizar las tierras después de la reforma agraria y crear una cooperativa. Si llegas tarde al trabajo, se acabó. Dejaremos de ser amigas.

Dafina, como Dafne, mi vieja niñera, pensó Leman. Otra Dafne puntual y suiza. A lo mejor también sabe cantar. Solo que esa Dafne albanesa era su jefa, no su niñera. Hablaba deprisa y con un fuerte

acento rural, alargando la última palabra de cada frase, como si la usara de escalera para encaramarse a la siguiente. Alta y musculosa, tenía unos pómulos muy marcados y la piel rojiza y brillante, del mismo tono que el pañuelo con el que se recogía una larga y abundante melena. Dafina se paseaba con una energía nada habitual, manteniendo una postura erguida en agudo contraste con todas las espaldas encorvadas de las agricultoras a las que recibía en su despacho los lunes. Le gustaba llamarlo «despacho», aunque se trataba de un viejo establo, indistinguible de todos los demás salvo por el fuerte olor a sudor humano.

Era una mañana de julio de 1949, a primera hora, y un calor insoportable ya asfixiaba las tierras bajas del oeste de Albania como un amante al que no se desea. Leman llevaba varias horas en danza, caminando por los campos, cuando finalmente llegó a la sede de la cooperativa en Vorrozen. Vorrozen, pensó, qué nombre más extraño. No paraba de repetirlo mentalmente: *varr* (que significaba «tumba») y *ze* («ocupar»). Vorrozen, literalmente «el lugar ocupado por tumbas». Los lugareños hablaban como si mezclaran las palabras para formar cemento. Se demoró en la erre, haciéndola vibrar una y otra vez en su boca, como si empleara la lengua para perforar ese cemento y asegurar así el éxito de su huida.

Desde Kavaja, la ciudad en las tierras bajas del oeste a la que se había mudado con Zafo hacía poco, no se podía llegar a la aldea en transporte público. La carta más reciente que la Comisión de Urbanización le había remitido declaraba que su súplica de permanecer en Tirana había sido revisada y rechazada. Se le ordenó que desalojara el piso que había comprado con Asllan después de la boda. Al cabo de una semana, sería ocupado por una oficina del Frente de Mujeres Antifascistas.

Al principio había sido todo un reto encontrar alojamiento en Kavaja. No tenía conocidos allí, la ciudad había recibido una avalancha de «enemigos de clase» como ella y, en la jerarquía de las condenas de cárcel, la de su marido ocupaba un lugar lo bastante destacado como para que muy pocas personas estuvieran dispuestas a correr el riesgo de alquilarle un sitio en el que vivir. Justo cuando estaba a punto de perder la esperanza, Mehmet, un joven líder local

del partido, se apiadó de la bronquitis de Zafo y les consiguió alojamiento en un granero. Él también la llamó madame Leman, después de explicarle que su empleo oficial en la cooperativa sería el de «trabajadora auxiliar en el mantenimiento de los canales de riego». Debía presentarse en la cooperativa de Vorrozen a las siete y media de la mañana el lunes siguiente. Leman se comprometió a darle clases de francés a su hijo los domingos.

Dafina le pidió que firmara una serie de papeles y luego salió con ella de aquel despacho improvisado.

–¿Sabes qué es esto? –preguntó, recogiendo algo de un montón de herramientas metálicas que había en el suelo.

–Una pala –respondió enseguida Leman, para corroborar sus ganas de trabajar.

–¡Muy bien! ¿Tienes experiencia usando una pala?

–Enterré a mi madre hace unos meses.

–¡Por fin! –exclamó Dafina. Luego se corrigió enseguida–. No lo decía en ese sentido. Es que estoy contentísima de que por fin nos hayan enviado a alguien que sepa identificar las herramientas. Siento mucho lo de tu madre, desde luego. ¿De qué murió?

–Cáncer de estómago.

«Por fin», claro que sí, pensó Leman con una mezcla de sorna y pesar. Se sentía culpable cada vez que recordaba la sensación de alivio con la que había recibido el fallecimiento de Ismet. Sabía desde hacía meses que su madre tenía los días contados y hasta el final albergó la esperanza de que le encontraría una cama en un hospital o un sanatorio, una suerte de viaje sin billete de vuelta a un sitio más tranquilo que el presente. No había plazas. Es más, todos los médicos con los que contactó en privado le explicaron que era demasiado arriesgado visitarla en casa, ya que podía dar lugar a malentendidos con las autoridades. Ismet sufría unos dolores atroces y Leman estaba consumiendo todos sus ahorros para conseguir morfina en el mercado negro. Era como si el alma de su madre hubiera sido secuestrada por un cuerpo en descomposición que se negaba a liberarla hasta que se le abonara el último rescate. Cuando Leman se quedó sin dinero y tuvo que vender sus pieles, se

preguntó cuántas energías le quedaban a Ismet para seguir luchando, no contra la muerte, sino contra la vida.

La salud de Zafo en los últimos meses también era cada vez más frágil. Era propenso a las infecciones de pecho y le costaba respirar, de modo que Leman tuvo que dividir sus noches entre cuidar de su enfermizo hijo y velar por su madre moribunda. Al amanecer, debía acudir a su trabajo en el Ministerio de Educación, donde la habían contratado temporalmente mientras esperaba la decisión de la Comisión de Urbanización. No le importaba estar agotada, pero, cuando salía de casa dando un portazo para ir a trabajar, se sentía atenazada por la angustia. Le parecía una irresponsabilidad absoluta dejar a un niño de cinco años al cuidado de una enferma terminal de cáncer o a una enferma desahuciada al cuidado de un niño de cinco años.

Leman miró la pala que sostenía Dafina y recordó la sensación de libertad que había experimentado cuando todo terminó, cuando llegó al cementerio para hablar de los detalles del entierro con la funeraria. Fue como una inesperada bocanada de aire fresco en un día de calor sofocante. Había tenido la suerte de dar con un encargado que no tuvo inconveniente en asignar un sitio digno para la tumba de Ismet a cambio de un par de pendientes de oro. Ya entonces sabía que la revolución comunista no contemplaba una fácil transición a la vida eterna, y como tenía que buscar una tumba para su madre sería un calvario parecido al que le había tocado sufrir al buscarle una cama de hospital, aquel trueque fue como recibir un regalo por sorpresa. El comentario del empleado de que la lucha de clases había ido demasiado lejos le hizo sospechar que debía de ser un informador. Al final, fue un alivio comprobar que era la misma corrupción de siempre.

Cocotte había sido el único familiar que había asistido al funeral; pudo ausentarse de la fábrica de cerveza en la que ahora trabajaba. Todas las mañanas se presentaba en la cinta transportadora vestida como Coco Chanel, con los ojos apenas visibles bajo una gruesa capa de rímel. Como pronto se lo quitarían todo, decía, ¿por qué guardar sus mejores modelitos en el armario? Y si ella también iba a terminar en la cárcel, razón de más para disfrutar de esos últimos

días de libertad. Se dio la casualidad de que estaba con Leman cuando un día, al caer la tarde, se presentó la comisión de confiscaciones en el piso de esta última, y ensayó la misma estrategia, envolviéndose en la alfombra de Dafne para salvarla del decomiso. «¿Quién se ha creído que es? ¿Cleopatra?», le gritó uno de los inspectores, apartándola de un empujón mientras iban tachando uno por uno los objetos que constaban en su lista: correspondencia, libros, ropa, joyas. Leman no volvería a ver a su prima en mucho tiempo. A la mañana siguiente se marchaba de Tirana con Zafo.

–¿Tu familia también vive por aquí? –dijo Dafina, cortando el hilo de sus pensamientos.

Leman negó con la cabeza. A veces se preguntaba si Avni Bey había recibido el mensaje en el que le daba la noticia de la muerte de su esposa. Durante muchos días estuvo tentada de ocultarle lo ocurrido, pensando que la compasión debía imperar frente al deber de verdad para con su padre. Ahora solo esperaba que él –a quien tenía la certeza de que jamás volvería a ver– no hubiera recibido la carta, que nunca supiera que Asllan había sido detenido y estaba en la cárcel, que su hija y su nieto habían sido deportados a Kavaja. Tenía la esperanza de que, a pesar de que su padre debía de saber por fuerza que su vida había empeorado, nunca supiera hasta qué punto lo había hecho en realidad.

Se lo imaginó solo en Salónica, llamando a las puertas de despachos, recabando información sobre las medidas previstas para la reunificación familiar, recibiendo detalladas explicaciones sobre los procedimientos legales que regían para los ciudadanos griegos de origen albanés, leyendo sobre la legislación aprobada durante la ocupación italiana en virtud de la cual se declaraba a Albania Estado enemigo, luchando contra la confiscación de sus propiedades, acudiendo a abogados, defendiendo sus derechos. ¿Derechos? Leman torció el gesto como si fuera una palabra en una lengua desconocida.

–¿Y sabes cuál es esta? –le preguntó Dafina de golpe, mientras rebuscaba en otro montón de herramientas–. Se usa para separar el heno.

Leman asintió.

–¡Bien! –exclamó Dafina–. Entonces dime cómo se llama. No es que no te crea. Estuve luchando en las montañas y los beyes siempre mienten. Por eso hay que asegurarse.

–Una horca –murmuró Leman.

–¿Qué has dicho? –le gritó Dafina.

–Una horca –repitió ella, levantando la voz.

–¡Bravo! ¡Felicidades! ¿Lo has visto en una película de cine, quizá?

Leman hizo un gesto distraído con la cabeza.

–¡Yo no he visto una película en toda mi vida! Debe de ser alucinante. En los viejos tiempos solo la burguesía tenía permitido ir al cine. Me han dicho que en las películas la gente tiene el mismo aspecto que en la vida real. ¿Es verdad?

Ella volvió a asentir. Le habría costado explicarle que la película que tenía en mente había sido la vida real, pero que había sido filmada hacía tanto tiempo que ya no era nada fácil verse a ella misma como la protagonista. Tendió la mano para coger los aperos que Dafne le daba y se acordó de los campesinos y los trabajadores que en las cálidas noches de verano se reunían junto a la Torre Blanca a la misma hora que Selma y ella regresaban de sus paseos vespertinos.

«Esa que tiene los dientes de hierro oxidado y se parece un poco al tridente de Poseidón se llama horca», le había explicado su tía, «y esa otra, con la hoja curva que reluce bajo el sol, es una hoz y se usa para segar la hierba.»

Siempre fueron las herramientas lo primero en lo que se fijaba Leman, luego en las personas. Palas llenas de barro, horcas herrumbrosas, hachas afiladas, todas apuntando hacia el cielo, como si esos útiles y las personas que los empuñaban estuvieran manejados por hilos, marionetas accionadas por una mano invisible en lo alto. Se acordó de que lo primero que hacían esos títeres cuando llegaban a la plaza y se congregaban en torno al estrado, con los rostros agrisados por el agotamiento y gotas de sudor que les bajaban por el cuello, era sentarse en el suelo y quitarse los zapatos.

Miró instintivamente al suelo, como si buscara un sitio en el que

ella también pudiera sentarse.

–Te dolerán los brazos y las piernas los primeros días –dijo Dafina, como si le hubiera leído el pensamiento–. Es normal, ya te acostumbrarás. A veces canto mientras trabajo. Cantar facilita las cosas, hace que el tiempo pase más deprisa. Pero no debemos pensar en el tiempo. No podemos contentarnos con alcanzar los objetivos de producción; debemos superarlos. Queremos que vean en nosotros un ejemplo, ya te lo he dicho. Hoy puedes tomártelo con calma. Mañana te enseñaré el sistema de riego. Eso sí, aunque te lo tomes con calma, recuerda: siempre debemos rendir por encima de las expectativas, nunca por debajo.

«¿Sabes?», le decía Selma. «Judíos, griegos, turcos, armenios, tal vez no hablen la misma lengua, tal vez no sepan leer ni escribir, pero todos quieren lo mismo: que los respeten por su trabajo.»

Leman se acordó de cómo miraba de niña esas manos sucias y llenas de callos, las expresiones sufrientes de los campesinos y obreros que llenaban la plaza, los hombres que se tambaleaban borrachos, las madres impacientes que llevaban a sus hijos a la espalda, y se acordó también de que a veces sentía miedo al ver esos ojos que parecían salir de sus órbitas, los gestos desencajados en esos rostros, las miradas cansadas, hostiles, furiosas. Y ahora esos ojos eran los que ella tenía, y seguía preguntándose qué forma podía adoptar ese respeto que esperaban los trabajadores: quizá era una especie de gracia que solo podía encontrarse tras excavar en el barro como quien busca un tesoro escondido. O quizá tan solo era una palabra, que, como tantas otras, no hacía sino velar las cosas; quizá ese respeto no existiera en ninguna parte... Quizá Gustav tenía razón.

Dafina le mostró la zanja en la que debía cavar y se aplicó a la tarea. Lo primero que pensó, mientras trabajaba, fue que, de niña, los invitados que acudían a su casa solían referirse a su abuelo Ibrahim Pachá como uno de los «dignatarios» más leales del sultán, y que ella escudriñaba su retrato en el salón en busca de alguna pista que le descubriera en qué podía consistir esa dignidad. En aquel entonces se la imaginaba como un regalo envuelto en lazos de seda, o como una hilera de relucientes medallas de oro colocadas

sobre un cojín de terciopelo, pero Selma le había explicado que la dignidad no era algo que se pudiera ver, oler o tocar, sino una propiedad que tan solo cabía encontrar después de indagar muy pero que muy hondo en el interior de alguien.

Siguió cavando en la zanja y el olor de la tierra removida le llenó las fosas nasales. Se acordó del día en que le había pedido a Avni Bey que la llevara a las plantaciones de tabaco propiedad de su familia. Estaban de vacaciones en su villa junto al mar, cerca de Volos, pero estaba cansada de tomar el sol en la terraza. «Cansada de tomar el sol», pensó ahora, con ironía, mientras el sol del mediodía le abrasaba la espalda. «Quiero ver qué aspecto tienen los empleados cuando trabajan en los campos», había dicho ese día. «Y quiero montar en burro.»

Esa mañana, había tenido la suerte de que la dejaran montar en un burro para cubrir los últimos centenares de metros de su caminata matinal hasta Vorrozen. Leman se preguntó si, de noche, en el camino de vuelta, tendría la misma suerte. Movió la cabeza como si quisiera espantar esa idea. No debía quejarse tan pronto, ni siquiera para sus adentros. A fin de cuentas, la caminata no tenía ni punto de comparación con la que había tenido que hacer cuando acudió a su primer encuentro con Asllan en la cárcel, poco antes o después de Nochevieja. La cárcel estaba en Burrel, en el extremo norte del país, en un paraje de acceso mucho más difícil que la aldea en la que vivía ahora. Aun así, los conductores de la camioneta que la habían subido no la acosaron, pese a que la gente le había advertido de que eso era precisamente lo que podía pasar. Al contrario, uno de ellos le había ofrecido leche. Quizá tuvo suerte, o sencillamente no era lo bastante atractiva, o quizá la ayudó el hecho de ir de negro después del funeral de su madre. Sin embargo, la semana anterior, el negro del luto no había servido de nada con ese viejo, el secretario del partido, que le había pedido que se presentara sola en su despacho para reconsiderar el dictamen de la Comisión de Urbanización. A ese hombre no le disuadieron sus medias negras, y la falda de terciopelo negro tampoco fue escudo suficiente. Por fortuna, llovía cuando se marchó y el agua lavó enseguida la sangre de sus rodillas, pero luego fumó tanto que le

dolía el pecho, y ese dolor aún persistía cuando una semana después llegó el momento de visitar a Asllan.

Había tardado tres días en llegar a la cárcel de Burrel, y el encuentro solo había durado media hora. No había previsto que buena parte del tiempo que les habían concedido se destinaría a repasar las reglas: cuántas veces, y con qué frecuencia, podía solicitar permisos de visita; qué tenía permitido llevar a su marido y qué no. Asllan había sonreído una vez y ella apartó la vista instintivamente, sin atreverse a preguntar qué les había ocurrido a sus incisivos. Ahora se preguntaba si él se había dado cuenta, si recordaría su reacción y pensaría en ello en la celda, hasta su siguiente encuentro, cuando ella le aseguraría que seguía teniendo el mismo aspecto de siempre o cuando no conseguiría quitarle la pena, porque era incapaz de mentir.

Entonces, hacia el final del tiempo que les habían concedido, Leman le explicó toda la comida que le había llevado; una estupidez anunciarlo en voz alta delante de todo el mundo, le dijeron las otras mujeres que habían ido a visitar a sus familiares. Los tarros de comida olían tan bien que era seguro que nunca le llegarían a Asllan. La próxima vez debo mezclarlo todo para que parezca asqueroso, pensó para sus adentros mientras iba apilando estiércol de caballo. Ensalada de pendientes, puré de pulsera, pudding de collar... Por algún motivo, era incapaz de recordar la comida que había cocinado, solo las joyas que había vendido para poder comprar los ingredientes, todas esas joyas en una sola cazuela, mezcladas para que parecieran un vómito, para que dieran náuseas hasta al más obtuso y hambriento de los carceleros. Destacaría en ello, lo haría incluso mejor que esa mujer, Mimika, cuyo marido había sido condenado por traición, esa mujer a la que se le daba tan bien cocinar platos de aspecto repugnante que ahora enseñaba a otras mujeres la manera de hacerlo, creando capas de comida que parecía asquerosa. Aunque no duró mucho, porque Mimika perdió la cabeza y empezó a mezclar ingredientes al buen tuntún, hasta que dejó una navaja dentro de una cazuela de sopa y la policía la encontró y a punto estuvo de detenerla, y luego, en el camino de vuelta de la cárcel, pidió a uno de esos camioneros de triste recuerdo que la

llevara, y luego, avanzada esa semana, se cortó las venas con la misma navaja.

Leman se sintió de pronto dominada por la furia. Cavaba cada vez más deprisa; sus brazos se movían como los de un autómata. Por supuesto que había pensado en quitarse la vida. De hecho, hasta había pensado en cómo lo haría: se ahorcaría utilizando un sedal. El doctor Elías solía decir que pensar en el método era una prueba evidente de que el paciente quería hacerlo de verdad: cuanto más específico fuese el plan, más serias eran sus intenciones. ¿Quién era ese paciente? En su caso, se trataba más bien de un lujo que no podía permitirse. ¿Quién le daba permiso para actuar como si sus deseos fueran lo único que importase? ¿Con qué derecho iba a obligar a su hijo a crecer en un orfanato?

Se le desencajó la expresión en una mueca de dolor cuando pensó en Zafo. Lo había dejado con sus nuevos vecinos; parecían de fiar, una pareja joven de una aldea cercana que ahora vivía en la villa de unos colaboracionistas. Era una buena noticia que hubiera dejado de preguntar por su *papa*. Había aceptado que tardaría mucho tiempo en regresar. Incluso parecía entender de qué le hablaba cuando le explicaba que Asllan había ido a la universidad en una ciudad cuyo nombre nunca le mencionaba con todas las letras –algún sitio en B., le decía sencillamente– para aprender francés.

Pasó el primer día de trabajo cavando en las zanjas, con la sombra de Selma cerniéndose sobre sus hombros quemados por el sol. Su tía había salido de su vida como un visitante que huye al amparo de la noche. Ahora parecía haber regresado y el motor de la memoria arrancaba nuevamente: los veranos en Volos, los paseos al volver de los Jardines de Beshchinar, y esa última pregunta sobre si había que salir de una habitación llena de humo. El sentimiento de culpa, que la había atormentado a lo largo de los años de adolescencia, había desaparecido en cierto momento, cuando entendió que no le correspondía a ella dar respuesta a la pregunta de su tía. Aun así, aquel enigma se le presentaba otra vez ahora, aunque adoptando una forma nueva. ¿Debía huir del fuego y del humo? Quizá, en vez de huir, buscaría dónde se había iniciado el incendio. Quizá pediría ayuda o miraría en torno a sí para ver si había otras personas que

necesitaran su auxilio. Quizá intentaría... Ya no podía pensar con lucidez. De Volos a Vorrozen... ¿Qué sentido tenía nada? ¿Por qué no abandonarlo todo, buscar la libertad, encontrar la dignidad? *Vo, vo, vo*..., se decía a sí misma, como si quisiera dar caza a un pájaro furioso que revoloteara con sus alas letales en torno a su cerebro: *volare, voler*, volar, huir de la vida, de la muerte, y luego no tener espacio en la vida, pero sí en la tumba, volar en pos de la eternidad. ¿Por qué estaba pensando siempre en tumbas? Sería influencia del doctor Elías. Él era el causante de su obsesión por los muertos, por cómo nos siguen hablando siempre, y nos reclaman, y nos piden que cuidemos de ellos...

Anochecía cuando Dafina fue a verla para decirle que ya era hora de volver a casa. Por primera vez aquel día, levantó la vista de la zanja que cavaba y contempló el horizonte. La cabeza le daba vueltas; las flores silvestres de los campos eran como las flores bordadas de su vieja alfombra. Por un instante, se sintió como un personaje de *Las mil y una noches*, a punto de volar de regreso a un pasado que todavía no se había convertido en el presente, a Salónica, al Monte Athos, al caos de Tirana cuando aterrizó en la ciudad por vez primera, a su luna de miel en Cortina d'Ampezzo, a esa fracción de segundo en la que todavía parecía dueña de su vida y de cómo vivirla.

«Los comunistas ganarán la guerra, los Aliados ganarán la guerra..., no vosotros...», recordó las palabras de Gustav. Luego clavó la vista en el suelo, cogió la pala que había tirado y la agitó en el aire una o dos veces como si empuñara una espada, como si fuera una marioneta que estuviera cortando los hilos que la sujetaban. El cielo ya estaba negro. Comenzaba la primera noche después de las mil y una noches.

6. NO HABÍAMOS HECHO NADA MALO

«Me marcho mañana... Después sería demasiado tarde... Demasiado tarde.»

La última frase de Gustav pervivía en el recuerdo de Leman y en cada ocasión que afloró, a lo largo de las décadas, despertó una emoción distinta: incredulidad, rabia, urgencia, desesperación, resignación. Era como si, al rememorarla, su vida pasada se desplegara en nuevas etapas del duelo con cada giro que había dado el destino.

Cuando me habló de aquella cita fatídica, transcurridos casi cincuenta años, me la describió sin emociones, explicaciones o interpretaciones. Era un simple hecho, un muro firme en el que se había golpeado la cabeza tantas veces que, en última instancia, el muro había terminado formando parte de su vida.

Me habló de ello en marzo de 1991, poco después del hundimiento del comunismo, cuando las primeras oleadas de emigrantes albaneses empezaban a partir rumbo a Italia.

–Todo el mundo quiere marcharse de Albania –recuerdo que le dije–. El puerto está abierto, los barcos trasladan a la gente a la otra orilla del Adriático. ¿No te tienta?

–¿Tentarme qué?

–Marcharte.

–¿Por qué? Nosotros no hemos hecho nada malo.

Era extraño que, a diferencia de lo que la mayoría consideraba una nueva oportunidad para ser libre, ella viera en marcharse de Albania una suerte de exilio, de castigo, algo que no merecía. Sin embargo, en vez de explicármelo en esos términos, me contó la historia de ese alemán de Hamburgo que había pedido la mano de su tía y años más tarde le había ofrecido a ella un medio para

escapar, dando a entender que había una relación entre su traslado a Albania y aquellos hechos ocurridos en Salónica hacía casi sesenta años.

–Yo no me vi obligada a abandonar Grecia como la gente que debe marcharse ahora de Albania, por necesidad económica –me insistió–. Yo no era pobre, no estaba desesperada. Más tarde decidí no marcharme de Albania, y luego me tocó asumir la responsabilidad de esa decisión. Asllan era del mismo parecer. ¿Por qué íbamos a marcharnos? ¿Por qué nos pedía ese hombre que huyéramos, como si hubiésemos sido colaboracionistas? No habíamos hecho nada malo.

»Aun así, las predicciones de Gustav resultaron ser ciertas –dijo mi abuela–, por más que no pudiera prever cómo se desarrollarían los acontecimientos: el Gobierno provisional, cómo se organizaron las elecciones, las listas de independientes que no tuvieron tiempo de formar sus nuevos partidos y concurrieron con el Frente Democrático. Habíamos dado la bienvenida a algunos de esos cambios, las leyes aprobadas para regular el comercio, la reforma agraria y cosas así. Los británicos nos habían advertido de las expropiaciones, y sin duda estaban más enterados que nosotros de los detalles. Pero es irónico que la única oferta para marcharnos del país viniera de un nazi.

–¿Sabes qué fue de él?

–Ni siquiera sé qué fue de mi padre.

Le pregunté si habría aceptado el ofrecimiento, de haber sabido lo que le esperaba. Ella negó con la cabeza. Aun así, la pregunta pareció entristecerla.

–¿Qué sentido habría tenido? –me respondió con su tono tranquilo de siempre–. Luché contra todo esto muchísimo tiempo. Luché conmigo misma. Me sentí responsable, culpable, más tarde estúpida. Muy pero que muy estúpida. Ahora pienso que nada tuvo sentido. La culpa..., ¿de qué sirve la culpa? Es muy fácil echársela a quien sea. Lo importante no es echar la culpa. Lo importante es comprender.

7. COMPRENDER

Cuando mi abuela me habló por primera vez de la oferta de Gustav, recuerdo haberle preguntado cómo había sido para ella saber que había perdido su libertad para siempre. «Nunca estuve privada de libertad», replicó ella. «Lo que la mayoría entiende por libertad es, de hecho, una forma de esclavitud a las pasiones: el miedo, la avaricia, la envidia. Creo que solo somos libres cuando intentamos hacer lo que es justo hacer.»

Ahora, empero, me pregunto qué significará eso, si puede haber una vida acorde con la justicia en una vida que no puede estar más lejos de ella. Asllan cumplió casi quince años de condena en Burrel, tanto tiempo que, cuando Leman me contó su historia, recordaba aquellos años de cárcel como una condena a muerte, primero conmutada a cadena perpetua y luego reducida a un tiempo limitado. Crió a Zafo, mi padre, como madre soltera, siempre atormentada por el temor a que la detuvieran a ella también, tratando de identificar, entre su círculo social, quién podía ser un informador y en quién podía confiar de verdad. Su marido regresó a casa en 1960, unos años antes de lo esperado, gracias a su buena conducta en la cárcel y al clima algo más tolerante que se creó en Albania entre la muerte de Stalin en 1953 y la ruptura de relaciones con la Unión Soviética de Jrushchov en 1961. Tras su puesta en libertad, Asllan escribió una carta a Enver Hoxha en la que le recordaba su amistad en el liceo francés y le rogaba, por motivos de salud, que le concedieran un trabajo de oficina en lugar de uno manual. Recibió una respuesta positiva y su vida mejoró ligeramente, hasta que la alianza de los comunistas albaneses con la China de la Revolución Cultural dio pie a la aplicación de nuevas medidas represivas que le obligaron a jubilarse anticipadamente. Mi

padre sufría un asma grave que requería controles médicos periódicos en Tirana, pero la familia era reacia a regresar a la capital por temor a quedar expuestos a la vigilancia estatal y a nuevas detenciones. Leman siguió trabajando en la empresa cooperativa de Dafina, aguantando todas las dificultades, hasta que alcanzó la edad de jubilación, aunque en sus últimos años fue ascendida a contable. Asllan falleció unos meses después de que yo naciera, el 15 de junio de 1980. No guardo ningún recuerdo suyo, solo el de las visitas que solíamos hacer a su tumba.

Mi abuela consideró siempre que la culpa y la comprensión podían separarse, como las sábanas embrolladas que cubren la cama hospitalaria de un paciente agitado. Me pregunto si alcanzó a entender todo lo que se derivaba de esa afirmación. Llamarlo «culpa» hace que suene estrecho de miras y vengativo, como si quisiéramos explicar los misterios del universo apelando a los demonios y las brujas en lugar de hacerlo a ecuaciones matemáticas. Sin embargo, si describimos la culpa en términos más nobles y menos viciados –llamándola, por ejemplo, «atribución de responsabilidad»–, se torna más tolerable e incluso esencial: la clave para entender los matices de la libertad de acción.

Aun así, achacar a alguien la responsabilidad de sus acciones implica que existe algo que acaso podríamos llamar «libre albedrío», que cabe la posibilidad de tomar decisiones morales. Decir que las cosas habrían podido desarrollarse de otra forma –que a un individuo se le exigió actuar de una determinada manera pero resistió, mientras que otro obedeció– es tanto como suponer que la gente puede evadirse de sus roles sociales y contemplar con una actitud crítica las obligaciones que le vienen impuestas. La historia, como la naturaleza, se compone de patrones que se repiten, y esos patrones los crea la acción humana libre. Saber *quién* causó *qué* a menudo es esencial para entender *por qué* ocurrió lo que ocurrió.

Me llevó muchas visitas a los archivos entender todo esto, aprender a tolerar algo que en un principio me había parecido intolerable: una pregunta que me aguardaba a cada paso como un felpudo que luce un vulgar «bienvenidos» ante una puerta. Bienvenidos a la injusticia histórica. ¿Desea revelar el verdadero

nombre de los colaboradores? ¿Saber quién se esconde tras el Tribuno? ¿Tras Viento de Marzo? ¿Tras el Pehlivan? ¿Tras todos esos desconocidos que armaron la historia de la vida de mi abuela como esos artesanos medievales que montaban los vitrales de las iglesias? Plegarias y vigilancias que se encadenan, un elemento en el diseño general, insertado cuidadosamente en el lugar que le corresponde. A veces, se rompe uno de los cristales... Una vida queda hecha trizas. ¿Desea saber quién fue? Los archiveros seguían presionándome, como si poner nombres pudiera de algún modo contribuir a paliar el daño.

Durante un tiempo me resistí al impulso de identificar a los informadores. No porque no me interesara, sino porque creía que hacerlo debía ser el último recurso. También me preguntaba si Leman habría querido saberlo, de haber tenido la oportunidad. A fin de cuentas, ella fue la verdadera víctima, aunque ahora ya no necesite saberlo. Hay quien dice que los muertos tienen intereses que les sobreviven: dictan testamento, por ejemplo, y nos sentimos obligados a honrar sus deseos. A veces me pregunto si no se tratará, simplemente y como diría mi abuela, de *une façon de dire*, una forma de hablar, algo parecido a una licencia poética que los vivos empleamos para ocultar lo que, de ser revelado, nos parecería obsceno: nuestra irresistible tendencia a manipularlo todo, a instrumentalizar a quien sea necesario por nuestros proyectos, incluso a los muertos, si es preciso.

Sin duda, cualquier daño que mi abuela sufriera en su vida no tiene ya vuelta de hoja. Sus deseos, las mentiras que se contó a sí misma, ya no existen. Quizá todo lo haga por mí, entonces. Quizá es a mí a quien se le debe la verdad, por todos los traumas que sufrió mi familia. Aun así, se me hace muy difícil de comprender. Nunca he tenido la sensación de que me hayan hecho daño a mí personalmente. Al contrario, si mi abuela no hubiera decidido viajar a Albania, si no hubiera conocido a mi abuelo, si mi padre no hubiera nacido, si él no hubiera conocido a mi madre en Kavaja, adonde obligaron a trasladarse a su familia, los acontecimientos que desembocaron en mi nacimiento jamás se habrían producido y yo no existiría en modo alguno. Al final, debo mi vida al dolor del que mi

abuela fue víctima. Llegué a la existencia no pese a esas heridas, sino gracias a ellas. En lugar de culpar a esos artesanos medievales, supongo que debería estarles agradecida. Eso también me parece perverso.

Suelo acordarme de un día de agosto de mediados de la década de 1990 en el que estábamos viendo juntas *Belleza y poder*, un famoso culebrón americano, en una de las cadenas de televisión de Berlusconi. Uno de nuestros personajes favoritos, al que habían dado por muerto en el capítulo anterior, resultó que estaba vivo. Normalmente habríamos intercambiado un par de bromas sobre la afición de las series americanas a dar un final feliz a sus historias. Sin embargo, mi abuela se quedó pensando un momento y me miró a los ojos.

–Cuando me muera, quiero que digas unas palabras sobre mí en el funeral.

–De acuerdo –respondí, aunque la idea de perderla un día me dolió y sentí el impulso de demostrarle cuánto lo haría–. Y, si yo me muero antes, tú dirás unas palabras sobre mí.

–*Mais non, jamais*. Dios no lo quiera. Tienes toda la vida por delante.

–Pero ¿y si nos morimos juntas? ¿Quién dirá unas palabras sobre nosotras? –insistí, riéndome.

–No será necesario. Confiaremos las dos en que la otra siga hablando.

Sin embargo, cuando murió, yo no estaba. Me encontraba en Italia, estudiando para los exámenes. Al final pude regresar a tiempo para el funeral y, mientras miraba su tumba, leí unas cuantas frases que había apuntado en el avión. No me salían las lágrimas. Tampoco las palabras. Pero tenía una promesa que cumplir.

–Gracias por venir a acompañar en este último viaje a una persona que nos ha demostrado, con su ejemplo, que solo existe una cosa incondicionalmente buena en este mundo: tener una voluntad fuerte.

No eran palabras propias de mí. Se parecían más bien a algo que acabara de leer, a algo que me hubieran pedido repetir.

–Leman Ypi, mi abuela, nos enseñó a conciliar el amor con la

razón, y a soportar el dolor con dignidad.

Continué en esa misma línea, como un autómata, sin apartar la vista de la hoja que sostenía ante mí como un escudo, mientras mi pie derecho trazaba círculos involuntarios en el barro.

«Ha pasado más de un año desde que se marchó», escribí en mi diario el 4 de marzo de 2006.

> ¿Cómo lo llevo? Cuando la gente me pregunta cómo estoy, me pongo furiosa. ¿Cómo es posible que no entiendan que no puedo pensar en ello, que ni siquiera me veo capaz de repetir las palabras «está muerta» cuando pronuncio su nombre? Cuando hablo de ella, por lo general por cortesía, en respuesta a los comentarios o preguntas que me hace la gente, no es de ella de quien hablo. Les hablo de alguien de quien sí puedo hablar, de alguien por quien no siento dolor cuando pongo palabras a los pensamientos que me inspira. No sé cómo describir lo que siento cuando suena el teléfono y corro a contestar, esperando oír su voz. Se me duermen los brazos y las piernas. No es un sentimiento; es la ausencia de todo sentimiento. Es como si me hubieran anestesiado las emociones. Es un hecho. Ayer intentaba escribir un trabajo sobre Kant y terminé investigando sobre el dolor por la pérdida de un ser querido. Por lo visto, mejora con el tiempo y los sentimientos son sustituidos por otros sentimientos. Supongo que en mi caso querrá decir que los hechos serán sustituidos por otros hechos.

De aquello ya han pasado casi veinte años, pero lo recuerdo como si fuera hoy. Sigo intentando enmendar mi error y encontrar las palabras justas para honrar su desaparición como en justicia debería haberlo hecho. Leí en algún sitio que la raíz de la palabra humanidad *procede* del latín *humāle* («enterrar»). Quizá sea este el sentido último de la existencia humana: recordar a los muertos como es debido. Tal vez, recopilar los hechos de su vida durante todos estos años haya sido mi manera de cumplir la promesa que le hice.

Y, sin embargo, en la página final de su expediente, el último documento que obtuve de la Autoridad para la Información Relativa a la Documentación de la Antigua Dirección de Seguridad del Estado tiene la osadía de declarar que no estoy facultada para hacerlo. Según parece, no estuve junto a su tumba, peleándome con las palabras, preguntándome después si lo había dicho todo al revés.

Ese archivo, árbitro supremo de la verdad relativa a la vida de mi abuela, insinúa que miento, me lleva la contraria. Sus argumentos son sucintos y sencillos: en la realidad que retrata, ella y yo nunca nos conocimos. Según la entrada que cierra el expediente, cuando yo nací, ella ya estaba muerta.

INTERMEZZO: UN CERTIFICADO DE DEFUNCIÓN

El significado de las palabras no cambia, por más veces que las lea. La explicación llega al final de una página marcada con el sello de «confidencial», con fecha de 18 de marzo de 1977, y firmada por el subdirector K. I., en nombre de la Dirección del Ministerio del Interior.

DECISIÓN DE ARCHIVAR EL OPERATIVO DE VIGILANCIA
EXPEDIENTE 2B RELATIVO A LEMAN YPI

Yo, F. M., agente de vigilancia de la Dirección del Ministerio del Interior en Tirana, tras examinar el material relativo al Operativo de Vigilancia Expediente 2B abierto a Leman Ypi,

HE AVERIGUADO

que Leman Ypi, nacida en Salónica, Grecia, y residente en el Distrito 8, consta como fallecida. Provenía de una familia de terratenientes ricos, tenía un título de enseñanza secundaria, trabajaba en el Ministerio de Educación, estaba casada, sin hijos, y tenía nacionalidad griega.

La mencionada tenía raíces en Satje, en el distrito de Korça, pero residió durante un amplio

periodo de tiempo en Grecia, donde falleció su padre. En 1942, se instaló en Albania con su madre y, con posterioridad, se le prohibió regresar a Grecia pese a sus numerosas solicitudes.

[...]

El 29 de diciembre de 1951, surgieron sospechas de su presunta colaboración con los servicios de inteligencia griegos, lo que motivó su vigilancia. Durante ese periodo, manifestó abiertamente su animosidad hacia las autoridades y recordó con afecto su vida en Grecia, expresando a menudo el deseo de regresar a su ciudad natal.

En 1958, dado que no se hallaron pruebas de una actividad enemiga significativa, y considerando que la información aportada por nuestro colaborador el Tribuno resultó ser falsa (como él mismo confesó durante su detención y posterior juicio por traición), se archivó el expediente en la Sección 4 de la Oficina.

Recientes verificaciones han confirmado que la mencionada (Leman Ypi) falleció el 20 de marzo de 1972. Así pues, a tenor de lo antedicho, he tomado la siguiente

DECISIÓN

de cerrar y archivar el Expediente 2B, relativo a la sospechosa Leman Ypi, y depositarlo en los archivos del Ministerio del Interior por su valor histórico.

CODA: LA OTRA LEMAN YPI

Las palabras «valor histórico» están escritas con estilográfica. El documento presenta múltiples firmas y el sello «Desclasificado, decisión tomada el 22 de mayo de 2022», unos días después de que yo solicitara el acceso al expediente de mi abuela. Adjunta al documento, hay un certificado de defunción que confirma que Leman Ypi falleció en un hospital de Tirana el 20 de marzo de 1972.

Siempre me ha admirado la fuerza del archivo para ordenar los hechos. Se trata, no en vano, de una categoría histórica *a priori*: todas las afirmaciones relativas a la realidad de las cosas dependen de su existencia. El archivo estructura los hechos de la misma forma que la gramática estructura el pensamiento: regulando una masa discursiva amorfa, fijando patrones de transmisión, prescribiendo quién dice qué, cuándo y con qué consecuencias. Esas páginas amarillentas, a veces casi ilegibles, cubiertas de manchas y garabatos, son eslabones fundamentales de la gran cadena que vincula mi vida a la de mi abuela, y la vida de mi abuela a la de la joven que fue en otro tiempo.

De vez en cuando doy con información banal, grandes cantidades de datos que no me sirven para avanzar en la investigación. Soy como un científico que regresa a su laboratorio para chequear los resultados de un experimento y suspira contrariado cuando descubre que este ha sido un fracaso. Yo también suspiro. Pero luego me siento culpable. Desde luego, no está bien imaginar un archivo como un laboratorio; desde luego, mi abuela es algo más que el mero objeto de un experimento social. Quizá sea el fracaso, y no el éxito, lo que debería celebrar. Es precisamente cuando esos documentos *no* dan el resultado esperado cuando debería soltar un suspiro de alivio. Si los hallazgos no son concluyentes, es menos probable que

las repercusiones que tuvieron en su vida fuesen severas. A veces me siento como los historiadores de principios de la Edad Moderna, que documentaron los juicios a las brujas reuniendo las pruebas depositadas en los archivos inquisitoriales. Cuanto más cruel la tortura, más extensa la confesión de la sospechosa. ¿Acaso los motivos que me animan –saber más, conocer los detalles exactos, saber por qué Leman fue considerada una enemiga del Estado– no son los mismos que animaron a quienes la vigilaron? En los escasos momentos de lucidez con respecto al método de mi investigación, llego a pensar que tomo el partido de quienes la espiaron.

Por supuesto, siempre es posible aligerar el peso que siento en la conciencia, explicar por qué mis motivos son nobles. Tal vez persiga los mismos datos que las personas que la vigilaron, quizá incluso me plantee las mismas preguntas. Aun así, yo tengo algo de lo que ellos carecen: la capacidad de interpretar la realidad, reflexionar sobre los patrones que identifico, juzgar desde una perspectiva moral distinta. A fin de cuentas, el poder que se otorga al archivo es el mismo poder que yo trato de desmantelar. Claro que sí.

Pero ¿qué voy a hacer con este certificado de defunción? Una nueva anomalía en el estudio longitudinal de mi familia, un nuevo hallazgo que no acierto a incorporar a mi base de datos. ¿Y si el archivo, en lugar de limitarse a reflejar los mecanismos del poder estatal, albergara también los esfuerzos subversivos por minarlo desde dentro? Al menos eso es lo que parece pensar Eva, la solícita archivera a la que acudo en busca de orientación. No lo expresa en esos mismos términos; los matices de las categorías históricas *a priori* no le interesan demasiado. Aun así...

Cuando le muestro el expediente de mi abuela en la tableta, y le confieso mi desconcierto por el misterio del certificado de defunción, Eva deja la taza de café sobre la mesa, se pone unas gafas de montura finísima y empieza a leer. Su expresión de perplejidad es un eco de la mía, su confusión es palpable, pero permanece sentada en su silla con la espalda bien recta, aferrando mi tableta entre unas manos que parecen diques para protegernos del diluvio, barreras que han de cerrar el paso al apocalipsis que traen estos textos.

En el principio fue el Verbo, y el Verbo estaba en la Oficina, y la

Oficina era el Verbo.

De pronto, levanta la vista del documento.

–¡Ya lo tengo! –exclama–. Esto lo explica todo.

Lee en voz alta una frase, un texto sobre un desconocido al que apenas presté atención en mi primera lectura.

> En 1958, dado que no se hallaron pruebas de una actividad enemiga significativa, y considerando que la información aportada por nuestro colaborador el Tribuno resultó ser falsa (como él mismo confesó durante su detención y posterior juicio por traición), se archivó el expediente en la Sección 4 de la Oficina.

–Es extraordinario, ¿no? –dice–. Se declaró erróneamente el fallecimiento de tu abuela para que los servicios secretos ya no pudieran vigilarla.

Eva vuelve a leer la frase, imprimiéndole en esta ocasión un énfasis poético: «como él mismo confesó durante su detención y posterior juicio por traición».

–¿Lo ves? –insiste–. El Tribuno pagó por la vida de tu abuela con la suya propia.

A saber quién sería el tal Tribuno, cavila Eva mientras vuelve a coger la taza de café y mira por la ventana. Quizá estaba enamorado de ella. Quizá se hartó y punto. Quizá quiso ser un héroe.

–Tu abuela tuvo que morir sobre el papel para poder salvar la vida real –dice, un tanto molesta por mi silencio–. ¿No te parece precioso?

–Una noble mentira –asiento.

–¡Exacto! ¡Una noble mentira! De la que se benefició tu abuela. No la explicación socorrida, predecible, siempre desalentadora que ofrece el error burocrático. Algunas personas nunca perdieron la dignidad, ni siquiera en aquellos años.

Hay un breve silencio durante el cual Eva se termina el café y coloca la taza bocabajo sobre el plato para poder leer más tarde los posos que hayan quedado en los laterales. Vuelve a desplazarse por los documentos.

–El Tribuno... –repite–. ¿Quieres saber quién era?

Me lo dice con una sonrisa irónica, como si ya conociera la respuesta. Pero la pregunta ha adquirido ahora un significado distinto. Si la interpretación de Eva es correcta, ya no tenemos a un malvado al que perseguir, sino a un héroe al que celebrar. El Tribuno, un auténtico tribuno del pueblo, un aliado de los oprimidos, un enemigo del sistema que él mismo habría contribuido a crear. Sin duda, su nombre, su identidad, su sexo merecen ser conocidos, para demostrar que la moralidad está a nuestro alcance, que no todo informador actúa de conformidad con las exigencias de su función, que dispone de más capacidad de acción de la que pensamos.

Asiento.

Estamos tan acostumbrados a repartir culpas. El Tribuno, fuera hombre o mujer, ya debe de estar muerto. Aunque ¿no sería alentador encontrar en estos documentos, en este improbable abismo congelado, a alguien que le salvara la vida a mi abuela en lugar de arruinársela? El archivo, no entendido como arqueología del saber, sino como un cuento de hadas en el que la gente podría vivir feliz eternamente.

–Sí, quiero saberlo –digo.

–Entonces tendrás que hablar con Çim –me sugiere Eva–. Se conoce la Oficina del derecho y del revés. Él te dirá por dónde empezar a buscar su identidad.

Pienso en cómo empezó todo, con esa foto de mi abuela de luna de miel en Cortina que descubrí en las redes. En ese momento me parecía imprescindible encontrar el original, rescatar a mi abuela de los troles, restaurar su dignidad después de la muerte. Sin embargo, aquí estoy ahora, tres años, cinco países, ocho archivos y miles de páginas después. No hay rastro de la foto. Tampoco sería descabellado pensar que fue obra de una inteligencia artificial.

Pero sé lo que diría mi abuela. La foto como tal nunca fue importante; siempre se trató de la memoria. El pasado nunca pasa, es como un pariente lejano que sigue envejeciendo lejos de nosotros mientras nos concentramos en ocuparnos del presente. Va cambiando, se vuelve amargo, empieza a guardarnos rencor. La memoria, diría mi abuela con san Agustín, es el estómago de la

mente, almacena las cosas sin consumirlas. Luego me contaría la historia del que fue su abuelo, Ibrahim Pachá, de las circunstancias extrañas en que murió, exactamente cuando ella nació. E insistiría en que lo importante no es *qué* recordamos, sino *cómo*.

Dudo unos días, luego decido ponerme en contacto con Çim.

–No se trata de la foto –me apresuro a decirle cuando le llamo–. En eso ya me he dado por vencida. Lo que me gustaría es encontrar información sobre un colaborador que se llamaba el Tribuno. Creo que manipuló el expediente de mi abuela para salvarla de la vigilancia. Es muy probable que adjuntara un certificado de defunción falso y me gustaría saber quién era en realidad. Me pregunto si usted podría ayudarme. Siempre estamos intentando descubrir a los culpables de los crímenes. Aquí tenemos a un héroe que celebrar. Es una historia distinta, para variar.

–¿Tiene el PDF? –pregunta–. Envíeme el archivo y le echaré un vistazo.

Su respuesta llega al cabo de media hora.

«Estimada Lea», dice el email. «No hay héroes en este documento. El expediente no corresponde a su abuela. Es de otra Leman Ypi.»

Alarmada, vuelvo a llamarle.

–No puede ser –insisto–. Reconozco los detalles biográficos, algunos de los nombres, algunas de las direcciones... Y las descripciones de su personalidad. Tiene que ser ella. Es verdad que hay algunos detalles confusos, hace tiempo que eso me hace tener dudas. Pero el Tribuno...

–Entonces ¿una parte de la información es correcta y otra es falsa? –repite sardónicamente.

–Sí, sí, eso es. Mi hipótesis es que el Tribuno...

–Anda desesperada buscando comunistas buenos, ¿no? –dice, riéndose–. Pues bien, siento defraudarla. Nadie trató de salvar a su abuela. ¿Tiene el expediente delante? ¿Puede leer los nombres de los padres en el certificado de defunción?

–Claro que sí. –Saco el expediente–. Qerim y Nurie. –Hay un silencio incómodo–. No tengo ni idea de quiénes son.

–Porque son los padres de otra persona. Había otra Leman Ypi, y

esos eran los nombres de sus padres. Murió en la fecha que consta en el certificado. De eso no me cabe duda. Es posible que en la oficina también se conserven fotos suyas. Aunque, desde luego, la fantasía es libre.

Vuelvo a mi colección de documentos y los reviso de nuevo de uno en uno. La otra Leman Ypi ya no se deja silenciar, su pasado grita en cada página. Es exactamente como mi abuela, con la salvedad de que no lo es. Al igual que mi abuela, nace en Salónica en vísperas del hundimiento del Imperio otomano, es de etnia albanesa y ciudadanía griega, procede de una familia de terratenientes ricos, su condición social es privilegiada. De pronto cambian las fronteras en torno a ella, los límites del mundo se convierten en los límites del lenguaje. La obligan a demostrar que tiene derecho a vivir en el país que la vio nacer. En vez de ello, decide marcharse, como hizo mi abuela. Se instala en Tirana, su madre se reúne con ella, su padre decide quedarse. Su vida, como la de mi abuela, se compone de fragmentos. Algunos de esos fragmentos se hallan ahora en mis manos. Antes y después de la llegada del comunismo. Y la segunda parte también es llamativamente parecida: Leman Ypi es sospechosa de conspirar contra el Estado comunista recién formado, se la somete a vigilancia, se la categoriza como 2B.

Trato de imaginarme cómo pudo ser su vida. De los documentos se desprende que tuvo un prometido en Grecia que murió durante la invasión italiana. Aquí es donde empiezan a asomar las diferencias. Debía de estar enamorada cuando se marchó de Salónica; antes de la guerra ya debió de vivir una separación amorosa que mi abuela solo conocería después. Pero, entonces, ¿por qué decidió marcharse? Quizá abandonó Salónica por motivos completamente distintos de los de mi abuela. Quizá se parecía más bien a Selma: inteligente, culta y forzada a casarse con un hombre al que despreciaba. Tal vez amaba la vida más que Selma y decidió que su habitación libre de humo estaba en otro país, que solo podría encontrar la dignidad en el exilio. Releo los informes de vigilancia y encuentro una línea que siempre había supuesto que o bien aludía a Cocotte o bien constituía la prueba de que mi abuela prefería callar que su marido estaba en la cárcel: «A lo largo de nuestra amistad,

solíamos hablar de asuntos personales y me pareció que su única preocupación era encontrar marido». Pero ¿por qué insistiría más adelante en que quería volver a Grecia?

Vuelvo a revisar todos los documentos con la esperanza de comprender mejor cómo se desarrolló su vida. Pero de esa otra Leman no guardo historias: no sé nada de su personalidad salvo por las descripciones de los informes de vigilancia. *Orgullosa* y *terca* son los dos adjetivos que aparecen con más frecuencia, y en ellos siempre había creído reconocer a mi abuela. Quizá las mujeres que abandonaron Salónica en la primera mitad del siglo pasado no tuvieron más remedio que ser orgullosas y tercas. En un giro bastante inquietante, entiendo que todas mis conjeturas sobre esta otra Leman dependen inevitablemente de las historias de la mía. Cuando vuelvo a los informes de vigilancia, ya no sé quién es quién, si me hablan de mi familia o de otra que no es la mía. Solo se enumeran hechos, hechos sin interpretación, hechos ora muy esclarecedores, ora completamente oscuros, a veces del todo alineados con las historias que le oí contar a mi abuela, a veces marcadamente discordantes con todo lo que he sabido.

Al final me veo obligada a aceptar que Çim tiene razón. No hay un «objeto» de vigilancia, sino dos: algunos informes describen la vida de mi abuela; los demás, la de la otra Leman Ypi. El Tribuno no es un dechado de virtud, sino sencillamente humano, demasiado humano. Lejos de haber engañado a las autoridades para salvarle la vida a mi abuela, esa persona quedó atrapada en una telaraña de errores burocráticos de los que más tarde se le culparía, y eso fue lo que terminó costándole la vida.

Ahora siento una nueva responsabilidad sobre mis hombros, como si el peso hubiera pasado de los avaros a los pródigos en el cuarto círculo del infierno. ¿Cómo voy a dejar constancia de todo esto? ¿Cómo voy a deslindar la reconstrucción de las verdades de esta desconocida de las palabras que le debo a mi abuela? ¿Cómo puede pensarse en la dignidad cuando estás metida en este embrollo?

Empiezo a investigar sobre la otra Leman. Trato de averiguar si tiene descendientes. Me pondré en contacto con ellos para explicarles lo ocurrido y me serviré de sus historias para desenredar

los documentos. Me preparo mentalmente para un encuentro difícil. Nunca ha sido mi intención violar su intimidad, diré, no quiero entrometerme. Sin darme cuenta, me he topado con los secretos de su familia, cuando estaba intentando exhumar los de la mía. Quizá podríamos trabajar juntos para separar las dos historias, identificar a los victimarios, restaurar la dignidad de las víctimas. La reconciliación llegará por accidente al final, pero no hay duda de que lo hará.

Mientras sigo consultando en varias oficinas, entrevistando a historiadores, leyendo más informes de los servicios secretos, ampliando la investigación a la Albania en tiempos de guerra, surgen todo tipo de curiosidades. Unas memorias de Vandeleur Robinson, en las que deja constancia de sus experiencias albanesas e incluye una amplia colección de fotografías de burros, aunque no haya rastro en el libro de mis abuelos. Las notas diplomáticas del teniente Jacomoni, que recogen sus respetuosos intercambios con mi bisabuelo Xhafer Ypi. Y mi curiosidad favorita: un artículo en el *Financial Times* sobre propiedades de lujo en el sur de Europa. Una gran residencia familiar en la isla de Paxos, frente a las costas de Albania, acaba de salir a la venta por cinco millones y medio de libras esterlinas. El nombre de los dueños me llama la atención mientras leo el artículo a bordo del autocar en el que vuelvo de la prisión de Burrel, donde mi abuelo pasó lo que le quedaba de juventud. La villa, de cinco habitaciones, la compró Eliot Watrous, sí, el mismo Eliot Watrous, unos años después de abandonar Tirana para incorporarse al departamento de ultramar de la BBC, más o menos en las mismas fechas en las que mi abuela esperaba fuera de un juzgado, antes de que la dejaran entrar y reconociera a Asllan por su gabán. Me pregunto si mi abuelo habría terminado en Burrel si no hubiera conocido a Robinson durante su luna de miel en Cortina, y si nunca hubiera hablado de política con Watrous. Le envío el artículo a Eva, que conoce todos los nombres que aparecen en los documentos, y lo acompaño de la siguiente broma: «Debería pedir unas semanas de vacaciones gratis en Paxos como compensación por la injusticia histórica». Ella me responde: «¿Tu familia no recibió ya la indemnización de diez mil euros por los años que pasó tu

abuelo en la cárcel? ¿Qué más puede esperarse de este Estado en bancarrota?».

No lo tengo claro. Mi abuela está muerta y yo soy producto del sistema que le arruinó la vida. Sin embargo, nunca me he tenido por una víctima. Fingir lo contrario sería como burlarme de su sufrimiento. Aun así, uno no puede quedarse indiferente. La verdad importa, quizá no tanto porque exista un medio para resarcir a la gente por los quebrantos que sufrieron sus familiares difuntos, sino porque hay lecciones que aprender. El esclavo de Sócrates, Meno, tenía razón: todo conocimiento es una forma de recuerdo. Por eso me interesa tanto encontrar a los parientes vivos de esa otra Leman, contarles su vida secreta en los archivos de la Dirección de Seguridad del Estado, ver de qué forma encaja lo que acabo de exhumar con los recuerdos que guardan de ella. Y por eso me duele tanto descubrir que no queda ninguno.

Ninguno. No es fácil encajar la idea de que soy la única albacea de los registros de la otra Leman Ypi. Regreso a los documentos y entiendo que lo que interpreté como inexactitudes sobre la vida de mi abuela son en realidad detalles que le pertenecen a ella. Descubro que su madre falleció poco después de la guerra, que Leman no se separó de su cama, compaginando sus obligaciones diurnas en el Ministerio de Educación con los trabajos de traducción y estenografía que hacía de noche para poder hacer frente a los gastos de los medicamentos y del alquiler. Sus bienes, su casa, las tierras que esperaba heredar algún día, todo sigue en Salónica, con toda seguridad en manos del Estado griego, si es que no se ha vendido a un inversor extranjero. Nunca pudo regresar a su ciudad natal y nunca volvió a ver a su padre.

Descubro que era una mujer de salud delicada, que siempre lo fue. En cierto momento, justo después de la invasión italiana de Albania, pasó unas semanas en un sanatorio suizo. Quizá fue en Davos, quizá en otro lugar. Al igual que la breve estancia de mi abuela en los Dolomitas –la *otra* montaña mágica–, este detalle siempre consta en la documentación como prueba de sus actividades subversivas y su estilo de vida burgués. Quién sabe si aprendió a esquiar alguna vez. Quién sabe si sabía bailar el vals.

Descubro que, cerca de cumplir los cuarenta años, conoció a alguien mucho mayor que ella, un hombre de extracción humilde, un afiliado al partido, una persona honrada, según los informes. Planearon casarse y quizá lo hicieron. Todo cuanto sé, a partir de la documentación oficial, es que nunca cambió de apellido. Su salud siguió empeorando, y al final, cuando contrajo una infección del sistema respiratorio, tuvo que acudir a un hospital en Tirana, donde falleció. Su tumba debe de estar en alguna parte, pero me ha sido imposible localizarla. Acababa de cumplir los cuarenta y cinco años.

Todo lo que sobrevive de Leman se halla ahora en la Oficina. Su existencia es la de los informes depositados en la Dirección de Archivos, la única relación detallada de sus actividades, el solitario registro que perdura de su vida. Lo que confesó a sus amigos, cómo se comportaba, cómo vivió sus desdichas, las conversaciones en las que tomó parte, sus esperanzas para el futuro, todo fue metódicamente recopilado por los agentes encargados de vigilarla. Habrían podido inventárselo, por supuesto, en todo o en parte: alguien que necesitaba un ascenso, o quería evitar que lo sancionaran, o tenía que informar de algo para poder cobrar a final de mes. Espero que no. Espero que esos informes hayan plasmado su esencia, su verdadero «lo que era ser».

Me pregunto si la palabra *esencia* es la adecuada aquí. Los muertos solo existen en la medida en que tenemos conciencia de ellos, de una forma u otra. Solo he sabido de ella por un error burocrático, algo que en primer lugar viví como confusión, luego como problema de clasificación, y por último como dilema moral. Esa otra Leman es una desconocida por la que no siento ningún apego, solo la compasión abstracta que podríamos alimentar por un personaje en una narración, acaso porque nos recuerda a nosotros mismos, o a alguien a quien conocemos, o la persona que nos gustaría ser. Pero ella no es un personaje de ficción: tuvo su vida y de ella quedan estos fragmentos repartidos a lo largo del expediente de mi abuela, como copas de champán medio vacías al final de una fiesta. A diferencia de mi abuela, esta desconocida, esta otra Leman Ypi, no tiene una nieta que pueda dejar constancia de esa vida, nadie que pueda reflexionar sobre el sentido de la dignidad. Y, sin

embargo, esa vida sin duda merece quedar consignada de alguna manera. ¿Acaso esta mujer no querría, si pudiera, que alguien pronunciara unas palabras junto a su tumba?

Al final decido adoptarla, darle la nieta que nunca tuvo, darme a mí otra abuela. Quizá así me ganaré el derecho a recrear su vida, darle la dignidad de la memoria. Como esas dos mujeres eran lo bastante parecidas para confundir a los agentes secretos que interfirieron en su vida, en lugar de borrar una e inmortalizar a la otra, decido escribir sobre ambas, dando continuidad en mi relato al desdibujamiento de fronteras entre esas dos personas que encontré en los archivos. Sigo pensando en las palabras de mi abuela: lo que importa no es *qué* recordamos, sino *cómo*.

Mientras ensamblo la información depositada en los distintos archivos, imagino cómo pudo ser la vida de la otra Leman, siguiendo sus pasos desde la Salónica de su infancia hasta su madurez en Tirana. La observo forcejear con un mundo cada vez más hostil, tratando de hallar el sentido a unas circunstancias muy alejadas de aquellas que la vieron nacer. Veo en ella a una mujer no muy distinta de tantas que he ido encontrando, en los libros y en la vida, a menudo a merced de hombres, atrapadas entre obligaciones contrapuestas frente a padres, madres, maridos, hijos, parientes, amigos; una mujer agnóstica en un mundo en el que la religión da forma a la persona que eres; cosmopolita en el mismo instante en el que las fronteras desgarran a la gente; una escéptica que encuentra fuerzas en la duda. Veo por qué, desde el punto de vista de sus aspirantes a opresores, es la anomalía definitiva y la enemiga consumada, veo la amenaza que entraña para fanáticos de toda condición por el simple hecho de haber logrado sobrevivir, veo cómo los injuria por encarnar una posición sumamente subversiva: que la familia, la clase, la raza, la religión o el país pueden limitarte, sí, pero jamás determinarán plenamente la persona que eres.

Veo cómo es ridiculizada por negarse a las medias tintas y luego es silenciada. Veo lo insoportable que es para las autoridades. Y lo sola que está. «Un animal no puede hacer más que librarse del dolor, pero el ser humano puede decidir sufrir», confesó Friedrich Schiller, el poeta alemán favorito de Leman, en un ensayo escrito

poco después de la Revolución francesa. Hay un sufrimiento inmenso en estos documentos, y en los recuerdos con los que ando a cuestas, y en todos los archivos a los que nunca podré acceder, y en los documentos que fueron quemados hace largo tiempo, y en aquellos que nunca existieron porque no todas las voces merecían ser escuchadas. Ella lo ve todo, lo experimenta todo: la caída de los imperios, el auge de las naciones, el tráfico de personas, la guerra y la nada, el hundimiento de la utopía. Sabe que cada acción tiene un coste y encuentra consuelo en la idea –pese a que solo es una idea– de que lucha por imponerse a la adversidad mediante la fuerza moral. A la expresión con la que esta fuerza se manifiesta en el mundo, continúa el desdichado poeta, la llamamos «dignidad».

¿Dignidad? ¿Qué sentido tiene la dignidad? Esta Leman Ypi desapareció hace mucho tiempo, sus pesares cayeron en el olvido, y toda la estupidez, el egoísmo, la crueldad, las aves de presa que se disfrazan de corderos, todo lo que temió, todo contra lo que luchó siguen ahí. No hay armonía, no hay reconciliación. Me ha encomendado a mí buscar la verdad, explicar, pronunciar unas breves palabras para la posteridad en su nombre. Pero me veo a las puertas de la rendición. Mientras examino estos documentos, sus documentos, me parece que nada tiene sentido. Los hechos solo son fiables si confiamos en los mecanismos por medio de los cuales nos son transmitidos, si el error queda descartado. No tengo confianza en la empresa que he abordado, en la superioridad del presente con respecto al pasado. Si la interpretación es siempre fruto de la ideología, la manipulación, la propaganda, ¿cómo voy a estar segura de que mis ideas las pienso yo? Si el daño del pasado encuentra la manera de perdurar en el presente, ¿cómo puede la moralidad actuar todavía como una guía fiable?

No hay respuestas en lo que leo, y solo me surgen nuevas preguntas, las preguntas de un mundo tan distinto del suyo, y sin embargo el mismo, un mundo al borde de la extinción, en el que la guerra se cierne siempre, en el que la gente enarbola las banderas de revoluciones pretéritas, todas ellas con la promesa de reconstituir el mundo, todas ellas asegurando ser la última en hacerlo. Un

mundo en el que se ha perdido la inocencia de la naturaleza y aún no hemos encontrado la libertad del espíritu.

Empiezo a escribir mi historia, la historia de las dos Leman, pero sin ser capaz de sacudirme un cierto malestar, una sensación de voyerismo intelectual. Ignoro cómo debería hacerme sentir todo esto y si lo que siento es adecuado. Si recreo la vida de una Leman con la ayuda de la otra, ¿les habré faltado el respeto a ambas? ¿Habrían preferido ser olvidadas? ¿Las estoy manipulando, al engañar a la gente en su nombre? Y lo más peligroso: ¿no es toda cultura precisamente eso, traer a los muertos de vuelta a nuestro mundo sin su consentimiento?

Aun así, no voy a rendirme todavía. Debe haber esperanza en algún lugar, entre la memoria y la imaginación, en un estado que hay que crear y no descubrir. Quizá esa esperanza revista la forma de una fe en la fuerza redentora del arte, en su capacidad para mediar entre los sentimientos y los imperativos morales. ¿Importa quién fue exactamente esta Leman? Medio existente, medio construida, es una presencia e influencia real en mi vida, pero también el fruto de la mente de una escritora que se empeña en entender por qué se repite la historia, primero como tragedia, luego como una tragedia todavía mayor.

Quizá a las dos Leman siempre les correspondió estar juntas, versiones múltiples de la misma humanidad. Perdidas en el pasado, nos muestran que la dignidad reside en intentar actuar con un propósito moral, aunque también constituyen una idealización de esa misma toma de postura. La reconciliación tal vez no consista tanto en alcanzar el final de un proceso cuanto en encontrar un camino a través de los conflictos del presente. De ser así, quizá la verdad sobre Leman Ypi resida solo en parte en la reconstrucción de los hechos de su vida. Tan valiosa como esta es la interpretación de esos hechos, la historia que nos cuentan, la luz moral que proyectan sobre el mundo. O la catarsis que alientan al hacernos pensar que las cosas podrían ser distintas: la indignidad desafiada por medio de la imaginación.

AGRADECIMIENTOS

Durante la investigación de este libro, he consultado materiales depositados en los siguientes archivos y centros de documentación.

Autoridad Albanesa para la Información Relativa a la Documentación de la Antigua Dirección de Seguridad del Estado (AIDSH)
Dirección General de Archivos de Albania (AQSH)
Archivo del Centro para la Transparencia y el Diálogo, Tirana
Archivos Históricos del Ministerio de Asuntos Exteriores de Albania
Archivo Militar de Albania
Biblioteca Nacional de Albania
Archivos Históricos de Macedonia
Archivos Históricos de los Refugiados Griegos del Municipio de Kalamariá
Registro Civil del Municipio de Tesalónica
Escuela Francesa de Tesalónica
Museo Kemal Atatürk de Tesalónica
Centro de Investigación del Museo Judío de Tesalónica
Colección Robinson de los Archivos del University College de Londres
Archivos Nacionales del Reino Unido
Colecciones del Museo Imperial de la Guerra, Londres
Archivos de Estudios Adriáticos, Venecia
Archivos de la Universidad de París I en los Archivos Nacionales de Francia
Gallica en la Biblioteca Nacional de Francia
Biblioteca y Archivos de Naciones Unidas

Le estoy agradecida al personal de todas estas instituciones y, en especial, a Genta Sula y Migena Demirxhi de la AIDSH, a Ardit Bido de la AQSH y a Uran Butka, Bledi Çuçi, Kastriot Dervishi y el difunto Artan Lame, que me ayudaron en varios aspectos de la investigación en Albania.

Por cuanto atañe a la investigación en Salónica, le estoy agradecida a Mark Mazower por haberme orientado en las primeras etapas del proyecto, a Xenia Venenga por asistirme en la investigación, a Filimon Peonidis por su ayuda en la Universidad Aristóteles, y a Gregory Vardarinos por hacerme llegar su documental sobre el Gran Incendio de Salónica. Estoy especialmente en deuda con Qemal Xhomo, el único primo vivo de mi abuela en Salónica, quien compartió conmigo sus recuerdos de la infancia de ambos en la ciudad (también lo estoy con Evald Xhomo, por facilitar nuestros intercambios y... ¡por tolerar todos los mensajes de voz que le envié!).

Para la investigación relacionada con los imperios Habsburgo y Otomano, Yugoslavia, Grecia, Italia, Francia, España y el Reino Unido –así como los aspectos filosóficos y metodológicos del libro– me beneficié de los consejos y las sugerencias de Marilena Anastasopoulou, Nathalie Clayer, Paul Irby, Melissa Lane, Noel Malcolm, Catherine Lu, Balazs Trencsenyi, Barnaby Raine, Claus Offe, Jeannie Morefield y Jessica Wardhaugh.

Algunas de las ideas del libro se presentaron en el Centro por los Valores Humanos de la Universidad de Princeton, el Neubauer Collegium de la Universidad de Chicago, la Universidad de California en San Diego, el Saint Antony's College de Oxford, el Congreso sobre Pensamiento Político de la Universidad de Oxford, la Freie Universität de Berlín, la Universidad de Viena, la Universidad de Utrecht, la Conferencia Van Der Leeuw en Groninga, así como en otros lugares. Estoy agradecida a mis colegas en esas instituciones y, en especial, a Othon Anastasakis, Tim Garton Ash, Paul Betts, Arjen Dijkstra, Melissa Lane, Jeff Wasserstrom, Amy Wilentz y Tara Zahra, así como al público asistente por sus preguntas y críticas. Mientras investigaba para este libro disfruté de dos becas de corta duración como investigadora visitante: una en el Institut für die Wissenschaften

vom Menschen (IWM) en Viena, y otra en el Institute for Future Studies (IFFS) de Estocolmo. Estoy muy agradecida por ambas oportunidades. Este libro se terminó un verano, durante una estancia de investigación en Vietnam: vaya mi agradecimiento a los asistentes en Ciudad Ho Chi Minh y Hanói, y a Chelsea Nguyen, Hài Đăng, Thu Nguyen, Tobias Burger y Quyen Nguyen por organizar mis conferencias y facilitar mi estancia.

Gracias a mi agente, Sarah Chalfant; a mi editora en Penguin, Casiana Ionita, y a mi editora albanesa, Arlinda Dudaj, por haber tenido siempre fe en mis ideas, incluso en aquellos momentos en que mi propia fe vacilaba. Tengo la inmensa fortuna de disfrutar de su amistad y consejo. Gracias a Eric Chinski, de Farrar, Straus and Giroux, quien hizo varias intervenciones cruciales en una fase crítica del desarrollo del manuscrito, y a Eva Gilmer de Suhrkamp, quien siempre es una fuente de sabiduría. Gracias a los brillantes equipos de la Agencia Wylie (en especial a Emma Smith, Sam Sheldon y Rebecca Nagel), de Penguin Press (en especial a Corina Romonti, Maria Green, Rosie Brown, Ingrid Matts, Richard Duguid, Kate Parker, Thi Dinh y Olga Kominek) y de FSG (en especial a Eliza Rudalevige, Rose Sheehan, Devon Mazzone y Elisa Rivlin).

Muchos amigos –entre ellos, Uran Ferizi, Rainer Forst, Bob Goodin, Samuel King, Martin Loughlin, Shqiponja Telhaj, Mario Reale, Paola Rodano, David Runciman, Artan Puto, Edison Ypi y, *last but not least*, Leni von Pemame obsequiaron con sus comentarios sobre los primeros borradores de capítulos sueltos o sobre el manuscrito entero, además de ahorrarme más errores de los que podría recordar. Les estoy muy agradecida a todos ellos, y también a Isabelle Kokona Dussau, Xhoana Papakostandini, Anila Kadija y Tsveti Georgieva por su amistad y solidaridad. Gracias a todos mis colegas y alumnos de la London School of Economics, a los profesores titulares, personal y rector del Wissenschaftskolleg zu Berlin, y a mis colegas en la Australian National University por nuestros siempre estimulantes intercambios.

Por último, gracias a mi familia –Jonathan, Arbien, Rubin, Hana, Doli, Lani y Noana– por compartirlo todo conmigo: lo bueno, lo malo, lo feo, los mejores momentos y los peores.

Este libro va dedicado a la memoria de mi padre, Zafo, que tal vez se habría quejado de que no tiene suficientes chistes.

La voz de mi abuela Nini siempre susurra en mi mente, esté escribiendo o no una historia que también es suya. Es precioso pensar que quizá ahora estará susurrando también a los lectores del mundo.

Título de la edición original:
Indignity. A Life Reimagined
Allen Lane
Londres, 2025

Ilustración: © Penguin Press / Alamy / Scala Archives

Primera edición: marzo 2026

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
© De la traducción, Albert Fuentes, 2026
© Lea Ypi, 2025
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A. U., 2026
Pau Claris, 172
08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-5016-1

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es